

Trilogía
Mundo Elisa
Vol.3

BEATRIZ VELASCO

Arturo Losada.

*entre tu ausencia
y la mía.*

D.J.57

***Arturo Losada,
entre tu ausencia y la mía.***

BEATRIZ VELASCO

© Beatriz Velasco Hernández

1ª edición, enero 2020

Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para los que me enseñaron a creer en un paraíso en el que
posiblemente todos acabemos encontrándonos sin nombres ni
apellidos.

SINOPSIS

Arturo Losada, profesor de reputación intachable en la Universidad de Valladolid, se ve envuelto en una inesperada historia de amor que tambalea los cimientos de toda su vida.

En este tercer volumen de la trilogía “Mundo Elisa”: *Arturo Losada entre tu ausencia y la mía*, será Arturo quien nos desvele cómo vivió en primera persona aquella relación.

Intriga, imprevistos, nuevos personajes, nuevas perspectivas de la palpitante historia de la vida de Elisa.

PRÓLOGO

Después de recordar la historia de mi vida, no sé a qué sentimiento enfrentarme. Al que me provoca la risa, al que me provoca la nostalgia o al que me provocas tú, Pedro: el hombre que hizo tambalear mi seguridad, el hombre ante el que me sentí débil y al que consideré, durante muchos años, el vencedor de una guerra que nunca fue absurda, porque nos jugábamos mucho. Nos jugábamos una vida con ella.

Si me decido a escribirte esta carta, es porque en el fondo creo que te debo mucho. Cuidaste de ella y la dejaste volar cuando más lo necesitaba. Te lo agradezco, Pedro, porque gracias a eso pude ser feliz... Y no te lo digo para hacerte daño, sino como agradecimiento sincero.

En el fondo creo que nos hubiéramos llevado bien, a pesar de que los dos sabemos que nuestra relación era imposible. Quizás, ahora...

No, ahora tampoco... Los dos sentimos de la misma manera.

Una vez le dijiste a Elisa que fuera feliz pero que no volviera... Hoy soy yo el que te lo dice a ti, aunque eso sí, con una pequeña variación.

Sé feliz, Pedro, te lo mereces, pero vuelve cuando quieras ya que, ahora sí, las puertas de mi casa están abiertas porque al fin las heridas están cerradas.

ARTURO*LA NOTICIA*

—¿Sí?

—¿Arturo? Soy yo, Claudia... —Su voz temblorosa y angustiada me hizo temer lo peor—Son... papá y mamá...

No hizo falta que dijera más, lo supe. Yo tenía veinte años y mis padres acababan de morir. Había llamado a la facultad y alguien vino a buscarme a clase para acompañarme a secretaría donde esperaba Claudia al otro lado de la línea.

—No te muevas de la facultad, ¿vale? Koen ya está yendo a buscarte.

Y fue así como, de golpe y porrazo, mi vida dio un giro de ciento ochenta grados.

Recogí mis cosas de clase con las manos temblorosas mientras compañeros y profesor me miraban en silencio con cara de compasión. No sabían qué había pasado, pero estaba claro por el rictus de mi cara que algo iba peor que mal. Esperé a Koen, el novio de mi hermana, en la entrada de la facultad sentado en una de las escaleras, esperando a que mis piernas me respondieran. Estaba rígido, a duras penas pude llegar hasta allí. De mis ojos no cayó ni una sola lágrima hasta que Koen, cuando llegó, me dio un abrazo sentido. En ese momento, me derrumbé por fin. El viaje hasta el hospital de Palencia fue eterno y, a pesar de las cariñosas palabras de mi cuñado, no conseguí encontrar consuelo. “¿Cómo ha podido pasar? Si me despedí de ellos por la mañana cuando me fui a clase... y ahora ya no están... ¡Nunca van a estar...!”.

La infancia fue la etapa más feliz de mi vida. Recuerdo las persecuciones con mi hermana por el pasillo de casa, a mi madre haciendo la cena y a mi padre leyendo un libro en el salón con

música de fondo. Los paseos por la calle mayor, los inviernos encogido de la mano de mi madre que nos llevaba a rastras al colegio, las horas jugando con mis padres a las cartas y los veranos en Cardaño... En Cardaño...

Mi abuela vivía allí y, cada vez que no teníamos colegio, íbamos entusiasmados a verla. Ella, que llevaba años viuda, nos mimaba de tal manera que estábamos deseando pasar más y más tiempo con ella. Y no es que nos diera regalos o chucherías, es que nos abrazaba, jugaba con nosotros, nos llevaba a dar paseos por la montaña, nos enseñaba rincones secretos... Las noches de verano las disfrutábamos todos juntos charlando y jugando hasta las tantas... ¡Qué recuerdos tan entrañables! Aquella se convirtió en nuestra segunda casa y cuando mi abuela falleció algunos años después, seguimos yendo allí cada fin de semana siempre que el tiempo lo permitía... Por eso... no lo podía entender. Conocíamos la zona como la palma de nuestra mano.

—¡Claudia! —grité como un niño pequeño pidiendo consuelo cuando por fin vi a mi hermana sentada en aquella fría sala de hospital.

Me agarré a ella y lloré sin pudor. Lloramos juntos hasta que no hubo una sola lágrima más que poder derramar.

—¿Qué ha pasado, cómo es posible? —pregunté de nuevo a pesar de que Koen me lo había explicado, quizá para que su respuesta fuera diferente y me dijera que todo había quedado en un susto.

—Se fueron a pasar el fin de semana a Cardaño y una placa de hielo en la carretera... —No pudo continuar, volvió a hundirse, intentaba mantenerse a flote pero en ese momento no pudo, y volvió a hundirse... y yo con ella.

¿Cómo poder asumir aquella pérdida tan grande siendo una familia tan unida y siendo la única familia que teníamos? La vida no era justa.

No sé cuántas horas pasamos allí y no sé cómo se solucionó todo. Lo cierto es que me sentía como un niño, un niño asustado que no sabía a dónde ir, ni qué hacer.

Entre mi hermana y Koen lo arreglaron todo, yo solo fui un mero espectador del día más terrible de mi vida, junto con el de mi “muerte”, claro. En ambos, sufrí la despedida más dolorosa y cruel de mi vida. En ambos, tuve que despedirme del más puro y verdadero amor: el de la familia, el de mis padres y el de Elisa, un amor eterno que perduraría más allá de los límites del tiempo. Pero de eso ya habrá tiempo de hablar.

Mis padres, que nunca discutieron delante de nosotros, que nos inculcaron el respeto y el amor a la familia, habían conseguido que nuestro hogar fuera eso, un hogar en el que refugiarse cuando las cosas iban mal, cuando sentíamos miedo o estábamos perdidos. Un hogar en el que sentirse querido y respetado, un hogar que ahora quedaba vacío...

Pasaron las semanas y el dolor seguía encallado en mi pecho.

Poco a poco fui respirando aunque quizá no al ritmo que deseaba mi hermana.

Con el tiempo, el dolor y la angustia se fueron transformando en vacío y el vacío, en hastío.

Dejé de pisar por la facultad y, si lo hacía, era para meterme en líos. Un simple “lo siento, como hoy no tenemos esa asignatura no he traído los apuntes”, me servía de excusa para arremeter contra aquel compañero. No sé muy bien con qué intención los pedía, porque estaba claro que no tenía pensado estudiar, y mucho menos, pasar apuntes. Simplemente buscaba follón. Empecé a salir las noches de fiestas para buscar pelea y, a pesar de sentirme fatal después de hacerlo, me desahogaba partiéndole la cara a cualquier pobre chaval que había salido a pasárselo bien.

No estoy orgulloso de aquella etapa, me duele asumir que fui un imbécil, que no supe enfrentarme a un duro golpe y que actué de la forma más vil y asquerosa. Los compañeros que me conocían y con los que salía habitualmente antes de aquella etapa, no daban crédito. Me alentaban para que dejara de actuar así, intentaban por todos los medios reconducir mi comportamiento, pero ya era tarde y la rabia se había apoderado sin remedio de todos y cada uno de mis sentidos. El último coletazo que dieron para intentar ayudarme antes de dejarme solo fue avisar a mi hermana de lo que estaba pasando

(de eso me enteré tiempo después, claro, de haberlo sabido antes seguramente les hubiera partido la cara a ellos también).

Al final Claudia, viendo como me estaba echando a perder, tuvo que renunciar a irse con Koen a Holanda con un proyecto de trabajo que les había salido, y volvió conmigo a nuestra casa en Palencia. Allí descargué toda mi ira en paredes y puertas cuando vi que mis amigos me habían dado la espalda y que mi hermana había tenido que renunciar a su vida por cuidar al desgraciado de su hermano.

Me odié cada minuto del día y a pesar de todo era incapaz de coger las riendas. La ira había anidado de tal manera en mis entrañas que era imposible ver un poquito de luz.

Estaba furioso por la pérdida de mis padres, por la renuncia de mi hermana a su vida y por no saber cómo sacar fuera de mí aquella rabia sin emprenderla a golpes con la gente y el mobiliario de casa. La paciencia de Claudia fue infinita y eso me daba más coraje aún, porque me sentía un parásito en su vida.

Después de unos dos meses viendo que mi actitud no se relajaba y que, a pesar de haberme quedado solo y sin amigos, seguía saliendo para emprenderla a golpes con el primero que pillara, que estaba echando a perder mi vida y mi carrera, un día Claudia se sentó a mi lado y me dijo con todo el cariño del mundo que no podía seguir así, no por ella, sino por mí...

—Mira, Arturo, te conozco muy bien y yo sé que tú así no eres feliz...

—Ja, ja, ja... Muy observadora, Claudia. Feliz, dice... claro que no soy feliz. No hay que ser muy listo. No creo que pueda volver a ser feliz en la vida, Claudia.

—Sí, Arturo. Lo serás, claro que lo serás y eso no significará que dejes de querer a papá y mamá...

No me sentí con fuerzas para rebatirle.

—Tienes que canalizar esa rabia. El salir de fiesta hasta las tantas, el pelear con la gente y el dar golpes a las paredes ya has comprobado que no sirve de nada. No te sientes mejor, es más, te sientes peor, mucho peor porque tú no eres así, ¿verdad?... Deberías buscar otras salidas para desfogarte...

—Bueno, se me ocurre alguna que otra... pero no creo que estés dispuesta a dejarme subir con chicas —dije con sorna— O... quizá si le doy al alcohol... ¿No dicen que te ayuda a olvidar las penas...?

—Ja, ja, ja —Se rio relajada al ver que, a pesar de mi tono seco y distante, estaba receptivo a su charla de hermana mayor—. Anda, anda, para lo único bueno que tienes y es que no bebes...

—Vaya... lo único bueno... Pues sí que me estás ayudando hermana... Ja ,ja, ja.

—Sabes a lo que me refiero, no seas tonto...

—Ah... o sea que si la segunda opción, la del alcohol, está descartada... ¿qué tal si volvemos a la primera y puedo traerme a chicas...?

—Ja, ja, ja, no seas tan listillo... —dijo soltándome una colleja.

Nos reímos juntos, empecé a relajarme algo más. Sin darme cuenta me agarró por los hombros y me atrajo hacia ella. Hundí mi cara en su pecho y aspiré hondo como cuando era pequeño. Me sentí tranquilo, olía a casa, a familia...

—Mira —dijo poniéndome en las narices lo que me pareció una propaganda—. ¿Y si nos apuntamos a este gimnasio? He estado preguntando y está muy bien. Yo puedo ir a aerobio y tú, si quieres, a la sala de máquinas. Es pequeñito, pero tiene de todo y el monitor está dispuesto a orientarte para ver qué es lo que más necesitas...

—Ja, ja, ja... —Creo que aquellas carcajadas aún deben estar rebotando por las paredes de aquel piso—. Eso sí que no me lo pierdo yo... ¿Tú a aerobio? Si eres más tiesa que el palo de una escoba. Ja, ja, ja... si no tienes ni pizca de ritmo...

—Bueno, hombre... no creo que sea para tanto... Mira... —y se puso a imitar a Eva Nasarre en aquel programa de la tele donde daba clases de aerobio y que tanto le gustaba a nuestra madre—. ¡Ves!

—Sí, veo, veo... pero creo que preferiría ir a otro gimnasio antes de que me vieran entrar contigo...

—Pero... entonces ¿te parece buena idea?

Me quedé mirándola en silencio hasta que una leve sonrisa surgió de mis labios contagiándosela al instante.

—Sí, Claudia, me parece buena idea.

Estaba cansado de mi actitud, de las peleas, de ser esa mierda en la que me había convertido. Necesitaba un cambio, algo que me recondujera y Claudia me lo puso en bandeja.

Me abrazó de nuevo, pero esta vez como si fuera un oso de peluche, atrapado entre sus brazos, me meneaba de un sitio a otro gritando como loca de contenta.

—Pero...

—No, no, no... —no me dejó acabar—. Si tengo que sacrificarme y no apuntarme al gimnasio porque vas a estar más cómodo sin mí... pues nada, yo me sacrifico. ¡Ja, ja, ja! Eso sí, Arturo, otra cosa...

—No... Claudia... ya me parecía a mí que esto era muy sencillo.

—¿Por qué no te pasas por la facultad y pides disculpas a tus amigos?.

—Me han dejado solo —dije retomando mi tono seco.

—No, eso no es cierto. Te han intentado ayudar hasta donde han podido, pero tú les cerraste las puertas...

—Va... déjalo, Claudia. No quiero discutir más...

—Arturo... vas a hacerlo, se lo debes a ellos y te lo debes a ti —Me quedé callado, sabía que en el fondo tenía razón—. Además no dejes la carrera, Arturo, siempre te ha gustado... Lucha, Arturo, lucha... Aún puedes sacar el curso si te esfuerzas...

Aquellas palabras me cayeron como un jarro de agua fría.

—Yo... yo... No puedo hacer ni una cosa ni otra... Lo hice muy mal con ellos, no me perdonarán y... en cuanto a estudiar... ahora no puedo concentrarme, Claudia, no consigo memorizar... No entiendo las cosas...

Sonrió con ternura y la calidez de su gesto aplacó mi nerviosismo.

—Tranquilo, Arturo, de verdad, me sirve simplemente con que no lo descartes. Tus amigos te perdonarán, y si no lo hacen... bueno, eso ya no depende de ti, pero tienes que disculparte. Ya verás como poco a poco, cuando empieces a entrenar y canalizar toda la pena que aún llevas dentro, todo empezará a fluir de nuevo. Es cuestión de tiempo y yo sé esperar. Te voy a ayudar en todo lo que necesites. Y en cuanto a los estudios, si tengo que quedarme contigo hasta las

tantas estudiando, me quedo. Pero no lo dejes, por favor, no lo dejes...

“No lo dejes, por favor, no lo dejes...” Y como la típica canción pegadiza que no consigues sacarte de la cabeza, sus palabras resonaron una y otra vez en mi interior, hasta que consiguieron hacer efecto.

Dos semanas después, en pleno proceso de desintoxicación emocional, me presenté en la facultad con la intención de empezar de cero.

EMPEZAR DE CERO

Fue en el preciso instante en el que me puse frente a mis compañeros para disculparme, cuando empecé a forjarme como hombre, asumiendo las consecuencias de mis actos y admitiendo mis errores sin titubeos.

—No tengo las palabras necesarias para pedirlos perdón. Debería inventarme un nuevo vocabulario para describir la clase de personaje en que me he convertido. Siento la decepción que os he causado... Y... ahora que ya tengo algo de lucidez solo puedo pedirlos perdón.

Permanecieron callados mirándome sin articular el más mínimo gesto que me hiciera entender que iba por buen camino.

—Entiendo que no me perdonéis, he hecho las cosas muy mal —seguí hablando al ver que ellos no reaccionaban—. Pero necesito disculparme. Lo siento. Lo lamento profundamente.

—Anda... pasa para clase imbécil. Necesitarás los apuntes de todos estos meses, ¿no? —me dijo Mauro agarrándome por los hombros con una sonrisa.

—No, no, no... —dije como si me quemara el entrar en clase—. Yo solo he venido para hablar con vosotros, no estoy preparado. Además no traje nada...

—Toma, tonto el culo —dijo Dani según me acercaba unos folios y un bolígrafo—. Con esto tendrás suficiente para las horas que nos quedan. Después nos vamos a la biblioteca a ponerte al día.

—Además, seguro que le das una alegría a más de una que lleva suspirando por ti desde que te fuiste —acabó sentenciando Rubén, según me daba un empujón y me metía en clase justo en el

momento en el que el profesor entraba para que ya no tuviera escapatoria.

Fueron muchos los que me miraron cuando me vieron aparecer y muchos también los que cuchichearon a mis espaldas.

—Si tienes que decir algo a lo mejor se lo puedes decir cuando acaben las clases... —incredó Mauro a uno de los chicos con los que me había peleado meses antes, cuando al verme entrar le comentó algo al compañero que tenía al lado.

—Mauro... —le susurré entre dientes mientras me partía de la risa—. Así no me vas a ayudar demasiado en mi reinserción.

—¡Ese es un payaso! —sentenció en alto, claro, para que el chico le oyera.

Primera lección de vida: a veces la gente te sorprende por su buen corazón.

No hicieron falta más disculpas, me perdonaron sin peros, sin preguntas, sin juicios. Me ayudaron en todo lo que pudieron para ponerme al día, pero aún me quedaría algún tiempo para volver a encontrarme con el que era y a centrarme en los estudios.

Claudia tenía razón. Sí hicieron efecto las horas en el gimnasio y no solo a nivel físico, sino y, sobretodo, a nivel emocional. Empecé a notar como mi mente volvía a abrirse y no sin esfuerzo, eso sí, empecé a pensar que podía sacar el curso. Cada día que pasaba se hacía más soportable la pena y, cuando los recuerdos golpeaban fuerte y me impedían estudiar con normalidad, antes de que me nublaran de nuevo, bajaba al gimnasio y focalizaba todos mis esfuerzos en superar el hito alcanzado el día anterior, “ venga, Arturo, seguro que la rabia que tienes puede con medio kilo más en cada pesa”. Horas más tarde, salía exhausto del gimnasio y, con la mente despejada, me ponía a estudiar como si no hubiera otra cosa más importante en el mundo. Y no la había, al menos en ese momento.

Al principio Claudia me ayudó a estructurar bien las materias, a hacerme esquemas para que todo me fuera más sencillo e incluso se pasaba horas a mi lado explicándome aquellos temas que no conseguía memorizar.

—Arturo... —me dijo una tarde Claudia cuando vino de trabajar —. A lo mejor estaría bien que salieras un poco a distraerte. A estas alturas de curso ya debe de haber un montón de fiestas por ahí, ¿no?

—Ahora que he conseguido ponerme al día paso de salir.

—¿No era ahora, en abril, la fiesta de tu facultad?

—Sí, es este viernes —contesté con desgana mientras seguía subrayando los apuntes—. ¿Y piensas ir? ¿No hay ninguna chavalita por ahí que te haga tilín? Ya sabes que estas fiestas son perfectas para ese tipo de menesteres. ¡Ji, ji, ji!

—¿Perdona? —dije girándome hacia ella muerto de la risa—. ¿Me estás diciendo que tengo vía libre para subir a alguna “chavalita”?

—Oye, guapo, no te pases, no seas tan listo. Te estoy diciendo que a lo mejor estaría bien que te distrajeras un poco. No haces otra cosa que estudiar, ir a clase, al gimnasio... y ¿cuando te diviertes? También hay que buscar huecos para la diversión, Arturo...

—Vaya... ¿temes que tu hermano se convierta en un bicho raro, todo el día encerrado en su cuarto, haciendo a saber qué cosas?

—¡Brrr... de verdad, chico! Mira, haz lo que quieras...

—Claudia... —la llamé antes de que cerrara la puerta desesperada—. Mis ratos de ocio los encuentro en el gimnasio, allí me siento totalmente libre y... puede que hasta feliz. Además estudiar también me divierte...

Sonrió... Pobre, estaba tan preocupada por mí...

—Me alegro, de verdad que sí, Arturo, pero... quizá deberías relacionarte con más personas...

—No sufras, anda... En clase me relaciono con todo el mundo, y bueno... hay una chica de cuarto a la que le he echado el ojo... Quizá te haga caso y vaya a la fiesta...

—¿De verdad? ¡Yupi! —dijo sobreactuando—. Pues entonces el viernes puedes quedarte hasta la hora que quieras por ahí, que va a venir Koen el fin de semana...

—¡Serás capulla! ¡Querías que me fuera para dejarte la casa libre!
—Sabía que lo decía de broma pero nos gustaba picarnos—. Oye...

¿y cómo que puedo llegar a la hora que quiera? Papá y mamá hacía años que no me ponían hora de vuelta...

—¡Ja, ja, ja! A ver... creo que el último tren a Palencia sale a las siete de la mañana, ¿no? ¡Ja, ja, ja! Me da tiempo de sobra...

Y salió corriendo como una niña pequeña. Me gustaba vernos así. Poco a poco todo volvía a calmarse, habían pasado cinco meses de la muerte de nuestros padres y ya podíamos hablar de ellos con normalidad, aunque todavía había algo que no habíamos logrado hacer: volver a la casa de Cardaño.

¿BAILAMOS?

Como le prometí a Claudia, fui a la fiesta de la facultad pero, para ser sinceros, con el único aliciente de hablar por fin con aquella chica de cuarto que me había dedicado más que un par de miradas cuando nos cruzábamos por los pasillos.

La discoteca donde se celebraba la fiesta, llevaba un par de horas abierta cuando llegamos y se notaba en el ambiente que había dentro. Apenas se podía respirar del humo que había y la gente ya iba bastante cargada. Mauro, Dani y Rubén se quedaron tan sorprendidos como yo al ver los niveles de descontrol que ya se habían alcanzado en el poco tiempo que llevaba abierta la discoteca y eso que era la primera fiesta del curso... Por lo visto el ambiente fiestero iba superándose en cada fiesta.

Fuimos a la barra a pedir (yo un agua con hielo, como siempre) y allí nos encontramos a la chica sin nombre de cuarto. Mauro me dio un codazo al verla y me hizo un gesto con la cabeza para que me acercara. Todos nos habíamos dado cuenta de cómo me miraba cada vez que nos cruzábamos y fue objeto de burla (no hacia ella, claro, sino hacia mí por no saber entrar al trapo) en más de una ocasión.

Rubén me empujó disimuladamente... ¿disimuladamente?. Me empujó de forma tan descarada que choqué con ella sin poder evitarlo haciendo que se girara un tanto malhumorada.

—Lo siento, perdona... Aquí mi amigo que anda borracho como una cuba, ya no se tiene en pie y va empujando a todo el mundo...

—le dije a la chica rápidamente para que cambiara el rictus de su cara.

Y vaya si lo cambió... Si las miradas hablasen...

—¡Eh, tío, que acabo de llegar! —contestó Rubén ofendido mientras yo me partía de la risa.

—Pues quien lo diría, chico, porque se te ve muy mala cara... ¿no tendrás ganas de vomitar, no? —le dijo ella mientras me hacía un guiño cómplice.

—Anda... pero tú me sueñas... —dije disimulando como si no supiera perfectamente quién era...— ¿tú no estudias en la Facultad de Filosofía y Letras? Yo creo que te he visto alguna vez por allí...

—Sí... Tú también me sueñas... —“te cacé”, pensé orgulloso—. Creo que tenemos una clase en el mismo pasillo...

—¡Anda! —Me hice el sorprendido— ¿Y qué estudias? ¿Historia?
—No, Derecho.

Vaya... pues no la tenía tan bien fichada como creía. Cuando yo estudiaba, las carreras de Humanidades y Derecho se impartían en la misma facultad y no era extraño que en el mismo pasillo hubiera estudiantes de Derecho, Historia o Filología Inglesa... Cómo fui tan tonto de no caer en eso...

—Estoy a punto de acabar, así que... deseando ya... —. Pues no, no la tenía muy fichada, no—. Entiendo que tú sí estudias Historia, ¿no?

—Sí, pero a mí aún me quedan dos años más...

Y una cosa llevó a la otra... Un baile por aquí... Una consumición por allá... Que me acerco a decirte una cosa, que no te he oído bien, que me vuelvo a acercar, que nos chocamos “sin querer”, que le doy un beso... Que no se aparta... Que se acerca y me lo da ella... Qué tal si salimos de aquí... Mira que yo vivo en Palencia... Mira que yo vivo con mis padres... Hasta que acabamos en una pensión de mala muerte por una de las calles cercanas a aquella discoteca.

Cuando regresé a casa al día siguiente, me encontré a Claudia y Koen desayunando tranquilamente en la cocina.

—¡Arturo, me tenías preocupada! —dijo mientras respiraba tranquila al verme en casa—Te tomaste a rajatabla lo del último tren....

—Bueno, en realidad he cogido el segundo bus. —contesté haciéndome el gracioso, mientras daba un abrazo a Koen.

—Deberías tener un coche... Ya se lo he dicho a tu hermana, pero la tía es muy terca...

—No va a entrar en razón, Koen, no insistas...

—¡No lo necesita! —dijo secamente como cada vez que le sacaba el tema—. Tiene buses cada poco que le dejan en la misma puerta de la facultad, así hicimos todos sin necesidad de coche... Tanto coche, tanto coche...

—¡Ja, ja, ja! ¿Ves, Koen? Lo que te decía...

*POR QUÉ LLAMARLO AMOR CUANDO SOLO FUE...
ENTENDIMIENTO*

María, que así era como se llama la chica de cuarto de Historia, que resultó ser de quinto de Derecho, pasó a convertirse en algo más que amiga, al menos los siguientes dos meses.

A pesar de que me esforcé porque aquella atracción se convirtiera en algo más que una bonita amistad, con algún (bueno, bastantes) que otro encuentro romántico (bueno, romántico...), mis esfuerzos fueron en vano. Mi lucha porque brotara en mí un sentimiento hacia aquella chica debió de hacerse demasiado evidente y ella, que se vanagloriaba de ser una mujer independiente y segura de sí misma, me dejó sin miramientos dos meses después de nuestro primer encuentro, alegando que me veía incapaz de sentir nada por nadie, y que ella no se conformaba con las migajas que pudiera ofrecerle. No me esforcé en rebatirla, no le faltaba razón. En aquella época fui incapaz de enamorarme de nadie. En realidad, no la haría hasta muchos años después, a pesar de que mi relación con las mujeres empezó a ser, por aquella época, bastante “estrecha”...

De la noche a la mañana, Arturo despertó y se encontró con un billete directo a los placeres carnales.

Después de aquel duelo por mis padres, que a punto estuvo de costarme mi carrera y mi propia vida, por el camino en el que me estaba metiendo, empecé a obsesionarme con los estudios. Mis visitas a los despachos de los profesores fueron constantes para despejar dudas, pedir consejo, bibliografías... Gracias a eso, la relación con ellos en clase empezó a ser bastante más fluida y los continuos guiños y referencias a mí, unido a las constantes

interrogantes que me surgían en clase, hicieron que dejara de pasar desapercibido para mis compañeros, mejor dicho para mis compañeras, que empezaron a partir de ese momento a mirarme... digamos que... con buenos ojos. Y bueno, yo me dejé querer.

Supongo que todo eso, unido a la euforia con la que salía del gimnasio después de horas entrenando, hacía que me sintiera más receptivo para entablar nuevas “amistades” con todas aquellas chicas.

Empecé a entender el carácter de cada una de ellas y jamás me acerqué a ninguna que me pareciera emocionalmente dependiente.

Fue un entendimiento mutuo que en muchos casos no se redujo solo a una noche, sino que hubo mujeres con las que compartí muchos meses de mi vida a pesar de que, al final, la ausencia de un sentimiento más romántico por mi parte acabara por minar una relación basada en la armonía, amistad y el buen entendimiento sexual.

Los finales de aquellas “relaciones” nunca fueron traumáticos para ninguna de las partes, ya que ellas, la mayoría de las veces y muy inteligentemente, todo hay que decirlo, se alejaban cuando notaban mis esfuerzos por enamorarme.

—Me dijeron que eras tremendo en la cama, pero jamás pensé que llegaras a estos niveles... ¿Cómo has conseguido entender tan bien lo que pedía mi cuerpo? Ha sido la experiencia más alucinante que he sentido en la vida. Voy a tener que darles la razón.

—¿Perdona? ¿Te dijeron? ¿Quién te dijo...?

—No me lo puedo creer, Arturo. ¡Ja, ja, ja! ¡Todas mis amigas! Has salido prácticamente con todas y ninguna de ellas ha conseguido decirme nada malo de ti.

Me quedé un poco bloqueado.

—Rosario, Tere... Yo soy la que intentaba pasar de ti cuando salíamos todos juntos... ¡Ja, ja, ja! ¿De verdad no te acuerdas? En realidad no entendía cómo podías haberte enrollado con ellas y que compartieran la opinión sobre ti.

Aquella conversación me hizo ver que no podía seguir así...

—Fue coincidencia... No sabía que erais amigas... Las conocí en sitios diferentes y, bueno, la primera vez que Tere me invitó a salir

con vuestro grupo no voy a negar que me sorprendí al ver a Rosario... pero ya había pasado mucho tiempo... Y, bueno, si te soy sincero, a ti no te recuerdo en ese grupo...

—Ja, ja, ja... porque me quise hacer la interesante... No hablé nada contigo... En realidad creo que podía haber hecho el pino desnuda que en ese momento solo tenías ojos para Tere.

—No lo pongas en duda... Igual que ahora solo tengo ojos para ti... —dije mordiéndole parte de su trasero...

Aunque aquella pareció una conversación sin demasiado interés, para mí supuso un cambio de actitud. No podía seguir así, con relaciones que no me llenaban. Y aunque soy sincero cuando digo que siempre que estuve con una chica fue porque me empujó algo de ella más allá de lo puramente sexual, tampoco miento si digo que ese tipo de relaciones ya dejaban de parecerme divertidas.

Estaba cansado. Quería enamorarme y, aunque me esforzaba porque esas relaciones funcionasen, no bastaba con ir al cine entre semana o llamarlas todos los días. Me seguía sintiendo incapaz de sentir algo más que simpatía por ellas.

Fue una época divertida, no lo niego, que afortunadamente no tuvo ningún tipo de repercusión en mis estudios. En esa época mi fijación por acabar la carrera con la mejor nota posible era mi objetivo prioritario.

Y fue así como poco a poco empecé a dejar a un lado aquellas divertidas tardes y... noches de encuentros, para centrarme los dos últimos años de carrera, de manera casi obsesiva, en mis estudios.

Dejé de salir al ver que aquella ausencia de sentimiento, aquella incapacidad por corresponder emocionalmente a las chicas con las que estaba, me estaba haciendo mella, hundiendo poco a poco mis energías y mi autoestima. Empecé a sentirme no merecedor de la amistad que todas ellas me ofrecían, y como no quería volver a tocar fondo, antes de empezar a sentirme una roca sin sentimientos, me refugié en los estudios y seguí descargando iras en el gimnasio.

ABRIENDO CAMINO

Acabé la carrera con reconocimientos, la tesis, el doctorado... Obtuve numerosos premios, becas y conseguí la cátedra en relativamente poco tiempo. Anduve dando tumbos por diferentes universidades hasta que conseguí la plaza en la Universidad de Valladolid, donde empezó, ahora sí, a forjarse mi verdadero destino.

Claudia hacía ya unos años que había regresado a Holanda con Koen, donde empezó a trabajar y a vivir su verdadera historia de amor, alejados de todos los malos recuerdos que dejaron atrás.

Yo, por mi parte, tras varios años dando vueltas de un sitio para otro, cuando por fin tuve unos ahorros y una estabilidad laboral, opté por invertir mi dinero en un piso en Valladolid y alejarme de una vez por todas del piso de mis padres en Palencia, que todavía me traía demasiados recuerdos de ellos y de aquella etapa tan difícil de la que todavía quedaban reminiscencias en puertas y paredes.

Después de una búsqueda desesperada, conseguí enamorarme de uno a primera vista. Era un piso céntrico, amplio y con grandes ventanales que daban al Pisuerga. Tenía una gran terraza en el salón que me encantó nada más verla. Me imaginé las tardes de primavera allí sentado leyendo un libro, escuchando los pájaros, (ya que al ser el último piso, apenas se oía el ruido de la calle) y contemplando aquella arboleda tras la que se escondía el río.

Me encantó y lo compré. Lo reformé de arriba abajo dejándolo prácticamente nuevo y totalmente desconocido. Lo impregné de mi esencia y empezamos a hacernos amigos.

Mi vida transcurría con más o menos normalidad, unas veces más agobiado con el trabajo, otras más relajado... Seguía yendo al gimnasio para recargar las pilas que a veces parecían fallarme con

tanto trabajo. Allí empecé a hacer amistades. Siempre coincidíamos las mismas personas a la misma hora y, al final, después de tanto tiempo entrenando juntos, nos hicimos amigos. Amigos... y amigas.

Quedábamos para tomar algo y charlar después de entrenar y, bueno, ya sabemos lo que pasa cuando pasas mucho tiempo con las personas, que al final les acabas cogiendo cariño.

Mi corazón seguía cerrado a cal y canto, eso sí, pero otras partes de mi cuerpo pedían a gritos salir a dar una vuelta y más viendo las chicas que se acercaban a mí sin mucho disimulo y con muchas ganas, la verdad. Yo, que siempre fui un hombre muy comprensivo, me dejé querer.

Empecé de nuevo aquella relación con las mujeres, incapaz de sentir nada por ellas, pero dejándome arrastrar por sus instintos más primarios.

—Te apuntarás a la cena del gimnasio, ¿no? —me preguntó María (que de María tenía lo que yo de San José), una amiga del gimnasio con la que solía coincidir.

—Sí...ya me apuntó Luis. —Sonreí al entender a qué se debía esa pregunta.

—Vamos a ir a tomar algo todos juntos antes de la cena, ¿te vienes?

—Sí, claro...

Estaba viviendo una época de mucho trabajo y necesitaba salir a distraerme un poco.

Estuvimos tomando algo por ahí antes de ir a cenar y el ambiente entre las personas que bebían empezó a ponerse divertido.

María y Gloria formaban parte del grupo de amigos con los que siempre quedaba para tomar una copa después de entrenar, pero ese día parecían mujeres diferentes engalanadas con sus mejores trajes para la ocasión. Bueno, miento, en realidad parecía que se les había olvidado vestirse, porque llevaban unas faldas tan minúsculas que había que hacer verdaderos esfuerzos para saber si se trataba de una falda o un cinturón y, bueno, que vamos a decir de aquellos tops que cubrían... vale, que no cubrían nada, como si la ropa del

gimnasio, con la que las veíamos habitualmente, no dejara ver los cuerpos perfectos que ambas tenían.

Lo cierto es que con ropa o sin ropa estaban impresionantes y yo, que siempre presumí de tener una buena vista, pude apreciarlo nada más verlas.

No tengo muy claro cómo aparecí en casa de María. Vale, lo admito, me estoy haciendo el interesante, estoy intentando aportar algo de misterio a una realidad que era fácil de adivinar, más que nada porque no dejó de insinuármeme desde que llegó y yo le seguí el juego más que encantado. Lo que sí que no me explico es cómo no pude parar el juego cuando vi que la situación ya empezaba a ser demasiado peligrosa. Me había prometido no liarme con ninguna amiga del gimnasio, a la que después tendría que ver todos los días.

El caso es que, después de una cena cargada de insinuaciones y unos cuantos arrumacos en la fiesta de después, acabamos en su cama envueltos en besos interminables.

Estábamos de pie frente a la cama desnudándonos cuando, mientras besaba a María, noté como otros besos húmedos y cálidos se posaban en mi espalda. Me giré sobresaltado y vi a Gloria que, sin cortarse un pelo, me abordó con su boca, consiguiendo que nuestros labios y nuestras lenguas hablaran el mismo idioma.

María, sin mostrar el más mínimo signo de malestar, empezó a acariciarme el cuerpo hasta encontrarse con lo que, inevitablemente, se había despertado. Sus besos en aquella zona, junto con los de Gloria en mi boca, hicieron de aquella noche, una auténtica fiesta de la lujuria. De allí me iba directo al infierno, ¡seguro!, ni purgatorio ni leches, eso seguramente no tenía perdón.

A día de hoy sigo pensando si aquella noche no sería fruto de un plan predeterminado de aquellas dos mujeres, que me parecieron demasiado duchas en el tema.

Lo que más me sorprendió de todo y lo que me hizo sospechar que era algo que llevaban tiempo buscando fue que cuando nos volvimos a encontrar en el gimnasio: su actitud no dejó de ser insinuante y me insistieron de nuevo, en más de una ocasión, en volver a repetir aquello.

Yo, que por aquel entonces hubiera accedido agradecido, tuve que hacer verdaderos esfuerzos para declinar la invitación. Sabía que si volvía a repetir, seguramente entraría en un círculo que a la larga acabaría desgastándome emocionalmente, porque para qué engañarnos, el sexo estaba bien, claro que sí, pero yo, un romántico empedernido, buscaba un amor que me llenara el alma y no que me vaciara la po... Pues, eso, que buscaba algo más profundo.

Venga, va... seré sincero del todo. No buscaba nada, pero lo que tenía claro es que aquello no me llenaba y no encajaba en mi estilo de vida. ¿Romántico? No. ¿Tonto del culo? Puede que sí.

Y no me lo pondrían fácil. No se daban por vencidas así como así y en cuanto veían la ocasión, tanto juntas, como por separado, se me insinuaban sin ningún tipo de pudor. Y yo era un hombre de carne y hueso, y estaba solo y tenía mucho trabajo... y vaya que caí en alguna ocasión más, eso sí, por separado, porque aquella mezcolanza no la llegaba a ver del todo clara.

Volví a centrarme en el trabajo, que empezó a absorberme demasiado y aunque salí con alguna que otra chica más, nunca pude profundizar demasiado en ninguna relación, así que llegué a un punto en el que decidí no obligarme.

No todas las personas consiguen enamorarse y aquella autoimposición que me ponía para encontrar un alma con el que poder encajar me suponía más frustración que otra cosa. Me sentía mala persona por iniciar relaciones que sabía no llegarían a buen puerto.

Me relajé por fin y empecé a disfrutar de mi libertad y de mi soltería, a pesar de las presiones que el entorno ejercía de vez en cuando.

Así viví varios años, casi de manera automática. Clases, investigación, tesis, gimnasio, amigos, salidas, encuentros, desencuentros... Hasta que llegó un momento en el que necesité coger aire. Pero aire puro, aire del de verdad.

—Claudia... —le comenté un día a mi hermana cuando hablábamos por teléfono—, voy a ir el fin de semana a la casa de Cardaño.

—¿Estás seguro, Arturo?

—Claro que estoy seguro. Voy a abrirla de nuevo y darle vida. Necesito desconectar de tanto trabajo. Me apetece hacer senderismo, perderme por las montañas... Y volver a mis raíces....

—Espero que eso de perderte por las montañas sea en sentido figurado, no me gustaría volver a perder a alguien allí... —Quiso parecer graciosa pero se quedó a medias, el recuerdo de nuestros padres, se le atascó en la garganta.

—Tranquila, Claudia, ¡ja, ja, ja! Aquello me lo conozco como la palma de mi mano. Además ahora en primavera tiene que dar gusto volver a pisar por allí. ¿Por qué no te animas y venís algún fin de semana cuando volváis a España?

—No. Yo no quiero volver allí, Arturo.

UNA NUEVA ILUSIÓN

Me fui un viernes al acabar la clase. Anulé todas las citas y reuniones que tenía para esa tarde, cogí mi maleta y arranqué hacia Cardaño.

Llegué prácticamente de noche. Abrí la puerta con un agarrotado nudo en mi pecho y al entrar, un intenso olor a cerrado, a humedad y a tiempo penetró en todos mis sentidos. Sonreí aliviado porque aquella primera impresión, después de lo que había pasado, no fue desgarradora, sino reconfortante.

Encendí la chimenea para templar un poco la casa y recorrí cada uno de los rincones intentando capturar un poco de aquel pasado que quedaba tan lejano.

Cuando coloqué todo a mi gusto, me preparé una infusión y me senté en el sofá a contemplar el fuego. Chisporroteaba graciosamente y, a medida que lo iba contemplando con la más absoluta de las calmas, se iban formando en mi cabeza ideas que dejaron de parecerme descabelladas tiempo después.

Al día siguiente, fui a las montañas a andar, a respirar, a perderme y a encontrarme. Lo que quedó de fin de semana, lo dediqué a limpiar aquella casa de arriba abajo y, lejos de parecerme un trabajo tedioso, consiguió despejar mi mente y abrirme a la inspiración. Visualicé una casa reformada en la que poder descansar y disfrutar.

Fue tan fortalecedor aquel par de días que empecé a tomarlo como costumbre y, cada vez que podía escaparme, lo hacía sin pensarlo.

Me sentía vivo allí a pesar de que el recuerdo de mis padres entre aquellas paredes se hacía demasiado fuerte. Por eso decidí

deshacerme de esa sensación de añoranza, llevando a cabo aquel pensamiento del día que reabrí la casa.

Llamé a mi hermana emocionado por ese proyecto, que ponía una nueva ilusión a mi día a día .

—Hola, Arturo, dime.

—Lo he pensado mucho, Claudia, y lo mejor es que me vendas tu parte.

—Arturo, cariño... ¿de qué narices me hablas?

—De la casa de Cardaño, de tu parte. Quiero que me la vendas puesto que tú no quieres saber nada de ella.

—Pero Arturo, no hace falta que te la venda. Para mí es como si fuese tuya, yo no la quiero. Puedes hacer con ella lo que quieras.

—No. No me parece justo, es parte de tu herencia. Quiero comprártela.

—Arturo, de verdad que no hace falta...

—¿Vais a venir en vacaciones?

—Sí claro, ya lo sabes, como siempre.

—Pues lo haremos entonces. Voy a reformarla. Quiero alejarla de tantos recuerdos, quiero entrar en ella y sentirla mía pero sin apartar del todo lo que vivimos allí.

—Puedes hacerlo igual sin necesidad de comprarme nada... —
Qué pesada era a veces.

—Claudia, de verdad, ¿qué más te da? Déjame hacerlo así, por favor.

—Vale, vale... tranquilo. Lo haremos como quieras.

—Gracias, Claudia.

Y así lo hicimos. Aquel verano solucionamos el tema de la compra y me puse de lleno con la reforma. Hice construir una pequeña ventana en el techo de mi habitación, justo encima de la cama, para poder ver cada noche la sonrisa de mis padres en cada una de las estrellas que brillaban en el cielo.

¡Qué amor tan bonito y verdadero el que siente un hijo por sus padres! Jamás, a pesar de los años que habían pasado, me olvidé de ellos. Podía sentir cómo mi madre me arropaba cada vez que me metía en la cama de aquella casa o cómo mi padre se sentaba en una esquina de la cama a leerme un cuento. Y con esos recuerdos

yo me dormía... pero mi alma se quedaba encerrada entre aquellas cuatro paredes y no podía ir hasta donde estaban ellos.

Por aquella ventana podía escapar e ir directo a su encuentro, cerca de las estrellas y de esa luna que tantas veces miramos juntos.

Claudia no pudo volver, ni siquiera se animó a ver el resultado. Le hubiera gustado, porque a pesar de mantener la esencia de lo que allí vivimos, quedó prácticamente nueva, diferente, nada que ver con lo que recordábamos. Tampoco insistí demasiado para que fuera a verla, porque sabía que la haría sufrir, así que desde aquel momento, aquella casa se convirtió en mi refugio.

EL INQUILINO

—¿Puedo ayudarte? —le pregunté a una guapísima mujer que se encontraba en la puerta del portal, con demasiadas cosas en sus brazos como para poder con ellas.

— Ay... si me cogieras la bolsa que se me está resbalando del meñique... ¡Ja, ja, ja.!

—Claro... —La ayudé amablemente mientras le abría la puerta del ascensor.

—¿A qué piso vas?

—Al último....

—Anda, donde vivo yo, ¡ja, ja, ja!

—Pues entonces, encantada, soy tu nueva vecina.

Me quedé sorprendido porque desconocía que se hubiera puesto ese piso a la venta.

—Vaya, pues encantado... Me llamo Arturo y si necesitas que te ayude con la mudanza, dímelo.

—Inma —dijo mientras dejaba todas aquellas cosas en el suelo y se acercaba a darme un par de besos—. Gracias, pero en breve vendrán los de la mudanza y se encargarán de todo. Yo solo me he adelantado para traer algunas cosas más personales.

Sonreí al verla tan dispuesta.

Llegamos al piso y la ayudé de nuevo con aquellas bolsas que ella se empeñaba en coger a pesar de no poder agarrarlas de ninguna manera.

—Bueno, ya ves —dijo cuando las dejé en el salón donde ella me había indicado—, de momento el piso no dice mucho, pero dentro de poco estará espectacular.

Sonreí.

—Tu terraza es la que está al lado de la mía... Ya verás como disfrutas de los días de sol...

—Sí... fue una de las cosas que más me enamoró del piso...

Volví a sonreír.

—Bueno, te dejo que tengo que ir a trabajar...

—Vale. Oye, muchas gracias, de verdad.

—No ha sido nada. Si necesitas cualquier cosa no dudes en llamar. Ya sabes donde estoy —dije sonriendo.

Me fui al trabajo y, cuando regresé por la noche, me encontré de nuevo a Inma, esta vez con un chándal y una coleta, bajando la basura.

—Hola de nuevo, ¿qué tal lo llevas?

—Bien, bien... recogiendo unas cosillas y poco más. La verdad que lo han hecho todo los de la empresa de mudanzas. Mañana ya me pondré a meter todo en los armarios, por hoy ya me ha llegado.

—Te entiendo, lo de las mudanzas es un rollo.

—Sí.

Ahora estábamos los dos en el ascensor y no voy a negar que me di cuenta de su mirada.

—¿Tienes algo que hacer ahora?

Vaya, aquella mujer era más descarada de lo que presagiaban sus ojos...

—Pues me temo que sí. Tengo mucho trabajo pendiente y en cuanto lo acabe me voy a ir a descansar porque he tenido un día muy duro.

Sonrió sin darse por vencida.

—Pues no hay nada mejor para un día duro que relajarse tomando algo...

—Sí, en eso tienes razón, siempre que no tengas que seguir trabajando en casa, claro...

—Claro, claro.

El ascensor me hizo el favor de llegar a su destino y por fin pude entrar en casa despidiéndome amablemente de mi obstinada vecina.

En cuanto me puse cómodo y me preparé una infusión, seguí con el trabajo que tenía pendiente, pero de nuevo me volvieron esos

dolores de cabeza que llevaba arrastrando desde hacía algunos meses.

Era un dolor tan intenso que a veces me dejaba *KO* y casi, diría yo, que sin respiración.

Tuve que dejar de trabajar y tumbarme en la cama, como llevaba haciendo ya demasiado tiempo, consiguiendo que el trabajo que tenía pendiente cada vez fuera mayor. Al final aquello iba a acabar con mi salud. Tendría que hacer algo si no quería que aquellas migrañas acabaran conmigo.

—No son migrañas, Arturo, vamos a ver de dónde pueden venir esos dolores. Vamos a hacerte una serie de pruebas para ir descartando —dijo mi médico cuando, después de mucho tiempo aguantando ese dolor, me decidí a ir a verle.

— ¿Pruebas? ¿Qué pruebas? Tengo mucho trabajo...

—Que tienes mucho trabajo, lo sé, y que tienes que ir dejando algo, también lo sé.

Preferí no rebatirle, le conocía y era una lucha perdida, así que me dejé hacer como un niño bueno.

Me sometí a una resonancia de la cabeza, de la columna vertebral, una resonancia magnética nuclear funcional y no sé cuantas cosas más hasta que un día, por fin, después de mucho peregrinar por los hospitales haciéndome pruebas, me llamó Echegaray, mi médico, para ir a consulta.

Estaba claro que algo me pasaba. Fui asumiendo la noticia incluso antes de que me la diera el médico para no mostrarme ante él como un hombre abatido y asustado.

—No hace falta que te andes con remilgos, Echegaray, llevo tiempo asumiendo la noticia.

Me miró serio y pareció no hacer caso al tono gracioso con el que le hablé. Suspiró y carraspeó.

—Como has podido imaginar... estamos hablando de algo serio. Tienes un tumor en la cabeza. La buena noticia es que no es cáncer, la mala, es que está en una zona muy delicada en la que, de momento —“de momento”—, no podemos intervenir.

Aquello, a pesar de la dureza de la noticia, pareció aliviarme. No era cáncer, así que seguro que algo se podía hacer...

—OK, ¿solución?

—De momento no hay solución. Te daré algo para aliviarte el dolor y... lo único que podemos hacer es esperar...

—Perfecto, esperar... Pues esperemos... ¡Pensé que me iba a morir mañana! Ja, ja... ¿algo más?

Me miró serio.

—Arturo, parece que no has entendido la seriedad del asunto.

—Bueno... no sé... no es cáncer... es pequeño...

—Es pequeño pero va a crecer. Y te he dicho que está en una zona muy delicada en la que no podemos intervenir...

—De momento, me lo acabas de decir.

—No sabemos cómo va a evolucionar, Arturo. Puede que crezca lo suficiente para que podamos extirparlo y no haya ninguna secuela —“mierda, secuelas”— o puede crecer demasiado rápido y bloquear algunas funciones vitales. —“Joder”— y dejarte en una cama postrado o incluso llegar a producirte la muerte cerebral. Pero eso poniéndonos en el peor de los casos...

—Joder, Echegaray, te recuerdo que yo me estaba poniendo en el mejor de los casos cuando me bajaste de la nube... —le dije en tono irónico.

—¡Ja, ja, ja!... bueno, hombre, solo quería que supieras qué es lo que tienes y qué consecuencias puede tener... Pero, como digo, eso es poniéndonos en el peor de los casos. Lo bueno es que, en principio —“ahora, en principio... este hombre me va a volver loco”—, no es cancerígeno y eso es una baza a nuestro favor, una muy buena baza. Por lo demás iremos haciéndote controles cada seis meses para mantenerlo vigilado y actuar en el momento preciso. Así que por ahora estate tranquilo. Eso sí, te daré calmantes para esos dolores de cabeza...

—¡Qué esté tranquilo, dice! ¡Ja, ja, ja! Eso intentaba hasta que tú me lo impediste.

—Eso sí, si notas cualquier cosa que te pudiera parecer preocupante o extraña, cuéntamelo.

Salí de la consulta con un sabor agridulce, por una parte era mejor diagnóstico que el que me había hecho yo mismo, pero por otra... si algo salía mal... Inevitablemente pensé en mi hermana

Claudia, si algo me pasara...

Llegué a casa y, lejos de ponerme con el trabajo, me fui a la terraza donde me senté en la tumbona con un vaso de agua con hielo y limón. Aproveché los rayos del sol, el aire en mi cara y los trinos de los pájaros para aclarar un poco mis ideas y relajar mi estado de ánimo que se había quedado algo tocado después de aquello.

Previendo que la noticia que me iba a dar Echegaray iba a ser complicada, me cogí el día en el trabajo y aproveché esas horas para reponer fuerzas y equilibrar de nuevo mis emociones.

No tardé en asumir la noticia que me apenaba más por mi hermana que por mí mismo.

Decidí no preocuparla antes de tiempo. Si me pasara algo ya se enteraría en su momento. Pobre Claudia, si tuviera que volver a pasar por lo mismo que con mis padres otra vez... Hice lo posible por alejar de mí ese pensamiento, y seguí con mi vida intentando olvidar a aquel inquilino que se había alojado en mi cabeza sin permiso ninguno.

LA VECINA

Me sobresaltó el timbre de la puerta. Habían pasado ya algunas semanas desde que Echegaray me había dado la noticia y volví otra vez, casi de forma compulsiva, a obsesionarme con el trabajo.

Me levanté y abrí la puerta de casa.

—Vaya, hola, Inma, qué sorpresa...

—Hola, Arturo, espero no molestarte...

—No, no me molestas. Ya estaba acabando de trabajar...

—Ah, pues qué bien, porque ahora ya no tendrás excusa — Sonreí—. He preparado lasaña para cenar y he abierto una botella de vino... Había pensado que podías cenar conmigo para inaugurar la casa...

—¡Ja, ja, ja!... Inma.... Ya llevas meses viviendo aquí. Un poco tarde para inaugurar, ¿no?

—Bueno, ¿qué me dices?

—Que ofreciéndome lasaña para cenar, iba a ser prácticamente imposible resistirme...

Me esperó en el rellano a que cogiera las llaves de casa, por miedo a que me arrepintiera y decidiera cerrar la puerta. Cuando entré en su casa, me recibió un olor que salía de la cocina, demasiado tentador (casi tanto como ella...).

Había preparado la mesa en el salón con demasiados detalles románticos y muy poca luz. Me sirvió una copa de vino que rechacé muy cortésmente, consiguiendo que me trajera instantáneamente un agua en compensación.

Ya sentados en la mesa tuvimos una conversación muy amena.

—Bueno y cuéntame, a qué te dedicas, que te veo siempre con un maletín y lleno de carpetas... ¿eres comercial?

Aquello me hizo mucha gracia.

—Pues no... No había caído en que podía tener el mismo perfil que un comercial, ¡ja, ja, ja! Profesor... en la universidad...

—Oh, vaya.. .profesor de...

—Historia.

Detrás de la sorpresa que mostró su cara, adiviné que se alegraba de lo que le estaba escuchando. En seguida entendí por qué.

—¿Pues sabes que a mí me gusta mucho la historia?

—¿Ah sí?

—Sí. Mira —Y se levantó instándome a hacer lo mismo.

Fuimos hasta una de sus habitaciones.

—Qué buena biblioteca tienes aquí. —Me sorprendió al mostrarme una habitación llena de libros.

—Si te fijas casi todos son de historia. Me gusta todo lo relativo a la primera y segunda guerra mundial, no me digas por qué. También me gusta leer mucho sobre la guerra civil porque en mi familia... Bueno, que me encanta la historia.

—Me alegro encontrar un lazo de unión...

—Vaya.. qué pena... ¿Solo has encontrado uno?

Hum.... Sabía que aquello iba a pasar pero no me apetecía en ese momento de mi vida, complicarme... a pesar de que Inma... puf, era muy guapa...

— Y dime, Inma, ¿tú en qué trabajas? —Le gustaba mucho hablar de ella, así que con aquella pregunta, me garantizaba un rato de tranquilidad.

—Trabajaba... con mi exmarido... en su empresa. Ahora de momento estoy sin trabajo, pero el impresentable de mi ex me garantizó un puesto en la oficina de un amigo suyo después del verano. A ver si cumple. Soy administrativa.

En menudo jardín me había metido.

—Y... —No sabía por donde salir. Inma se había acercado demasiado, tanto, que sus pechos rozaban mi camisa—. Hum... ¿Te gusta el cine?

No hubo respuesta, sus labios se pegaron a los míos como ventosas humedecidas en un cristal...

—Sí, me gusta —dijo separándose de mí como si no hubiera pasado nada—. Si quieres podemos ir algún día juntos.

“¡Pues sí que lo has arreglado, Arturo!”

—Sí, es un buen plan. Pero yo ahora me tengo que ir. Mañana tengo una reunión a primera hora y ...

—Claro, claro... Ya te he liado demasiado —dijo con una media sonrisa que empezó a destapar como era el verdadero carácter de aquella mujer—. Bueno, nos vemos por aquí, ¡ji ,ji, ji!

“Sí...ji...ji...ji...”

LA CARTA

Después de los exámenes, llegaron por fin las ansiadas vacaciones. Ese año además, con todo lo vivido con el tema de aquel odioso y doloroso tumor en mi cabeza, las necesitaba más que nunca. Me refugié en Cardaño hasta que Claudia llegó de Holanda. A pesar de que ellos tenían un piso en Valladolid, siempre les pedía que se quedaran en mi piso el tiempo que estuvieran en España. Era muy grande y teníamos espacio suficiente para estar cómodos. Pasar tanto tiempo sin ver a mi hermana hacía que luego, el tiempo que estábamos juntos, no quisiera despegarme de ella.

—Arturo, ¿se puede saber quién es la loca esa que ha llamado como cuatro veces al timbre de casa? —me preguntó Claudia desde el otro lado de la línea.

—¡Ja, ja, ja!. ¿Pero ya habéis llegado? Pensé que vendrías la próxima semana. Bienvenidos. Os presento a Inma, mi vecina, una mujer... muy peculiar.

—Sí, ya veo... Peculiar es un rato. Después de casi quemar el timbre y, como consecuencia mis oídos, abro la puerta y veo a una tipa muy guapa, eso sí, mirándome de arriba abajo y preguntando quién era yo. ¿Te lo puedes creer? ¡Y que dónde estaba Arturo!

—¡Ja, ja, ja!... Ya la irás conociendo. Es peculiar, pero buena persona.

—¿No andarás con esa?

—No, no... Dios me libre... Aunque ella insiste e insiste.. .¡Ja, ja, ja! Pero cuéntame, ¿qué hacéis ya aquí? De haber sabido que llegabais hubiera ido antes a Valladolid...

—Le dieron a Koen unos días que le debían y salimos antes. Pero tú tranquilo, quédate allí el tiempo que quieras.

—¡Ja, ja, ja! Estás loca si piensas que voy a perder el tiempo aquí solo. Voy para allá enseguida.

Aquel verano pasó tan rápido que apenas me di cuenta. Después de quince días los tres juntos en Mallorca, pasamos lo que nos quedaba de vacaciones en casa, haciendo algún pequeño viaje que otro, en el que se nos acopló Inma sin el menor de los disimulos.

Claudia pudo comprobar entonces la insistencia de aquella mujer que, a pesar de ser muy agradable y simpática, no me dejaba ni a sol ni sombra y aunque en varias ocasiones (vale, en muchas) puse alguna excusa para librarnos de ella, fue misión imposible en la mayoría de los casos. La mujer no se daba por enterada.

El verano fue pasando y Koen y mi hermana empezaron a preparar todo para su regreso a Holanda.

La noche antes de marcharse, después de la cena, cuando Koen estaba haciendo su maleta, me senté junto a Claudia para hablarle de algo.

—Claudia, toma... —Le entregué un sobre cerrado.

—¿Qué es esto?

—Es una carta que he escrito hace tiempo, pero que no puedes leer ahora.

—¡Pues, anda! ¿Y para qué me la das entonces?

—Para que la tengas, para que la abras cuando llegue el momento. En ella te dejo claro varias cosas. Pero no la abras ahora. Prométeme que no la abrirás hasta que sea el momento.

—¡Ay, Arturo! ¡Qué misterio! ¿Y cómo voy a saber yo cual es el momento?

—Tranquila, esto es como un parto. Cuando llegue el momento, lo sabrás. ¡Ja, ja, ja!...

—Ay, Arturo, estás como una cabra, chico. Me la llevo entonces.

—No, espera. Guárdala aquí. De abrirla, será aquí donde lo hagas, así que guárdala aquí. Mira, la dejo en este cajón.

Me miró con cara de suficiencia, alzando una ceja y moviendo la cabeza de un lado para otro...

—¡Me estás mareando con tanto misterio!

Pasamos la última noche que nos quedaba charlando en la terraza al fresco y haciendo planes para las siguientes vacaciones.

Me insistieron para que fuera a visitarlos y la verdad que, a pesar de los años que llevaban allí, siempre ocupado con alguna historia, se me había ido pasando el tiempo sin hacerles una visita. De ese año no pasaría.

Lo que sí pasó fue el tiempo, y demasiado rápido para mi gusto. En nada empezaría un nuevo curso y volvería de nuevo a centrarme en todas las cosas que tenía pendientes. A pesar de que siempre tenía trabajo por hacer, aquel verano lo quise disfrutar más de la cuenta, yéndome primero a Cardaño, disfrutando de unas merecidas vacaciones en Mallorca y estirando después el tiempo que me quedaba con Koen y mi hermana en casa.

Pero llegó el primer día de clase, si soy sincero, se me hizo un poco cuesta arriba. Y no porque no me gustara mi trabajo, que me apasionaba, sino porque me daba la sensación de que el tiempo pasaba demasiado deprisa. Otro año, las mismas asignaturas...

Entré en el aula echando un vistazo a los nuevos alumnos y sonreí con un poco de tristeza, al encontrarme a alguna que otra cara conocida que no había conseguido aprobar la asignatura el año anterior.

“¿Inma?” No me lo podía creer. Cuando dejé el maletín en la mesa, levanté la vista para empezar la presentación de la asignatura y la vi sentada en la tercera fila, me parecía mentira. Me resultó bastante cómico, para qué negarlo. Aquella mujer no se rendía. Después de aquel beso en su casa, conseguí zafarme de sus labios en numerosas ocasiones, pero a pesar de eso, ella parecía no entender la indirecta. Desde ese primer beso que me robó, entendí que Inma, era una persona muy dependiente emocionalmente, y sabiendo que yo no podría darle lo que ella seguramente me pediría, decidí alejarme del lado más romántico de nuestra relación, para centrarme solo en nuestra amistad.

No miento si digo que en alguna que otra ocasión me vi tentado a caer en sus redes, pero sabía que las consecuencias para ella (y para mí, sobre todo después de conocerla más) serían catastróficas. Así que, cada uno en su casa y Dios en la de todos...

—Buenas tardes, venga... silencio... —Esperé un rato a que se fueran calmando, mientras sacaba unas fotocopias de mi maletín—.

Tenga, vaya pasando a sus compañeros. A ver, silencio. Bueno como ya habrán deducido por su horario, estamos en la asignatura de Historia Medieval. Me llamo Arturo y, por favor, ruego que no hagan comparaciones, ¡ja, ja, ja!... Veo caras conocidas del año pasado y alguna que me ha sorprendido, gratamente, se entiende. Bienvenida, señorita Inma...

EL SER OMNIPRESENTE

No me entretuve demasiado en la facultad. Después de las dos clases que tenía ese día me fui al gimnasio para quitarme la desagradable sensación de tener que empezar de nuevo. No sé por qué extraña razón aquel año me costó tanto empezar y coger el ritmo. Por lo general, me gustaba empezar el curso y ver las caras expectantes de los nuevos alumnos, preparar las clases... Ese año por el contrario, era lo que más pereza me daba. Me hubiera gustado dedicarme de lleno a mis otras tareas y dejar la función de profesor colgada en el ropero de mi despacho. Quizá el tumor, la falta de ilusión, el ver que la vida pasaba igual año tras año sin darme tregua, sin dejar de trabajar y aún encima, sosteniendo a aquel inquilino en mi cabeza, que no hacía más que fastidiarme de vez en cuando con dolores que me dejaban tambaleando. Lo único que me devolvía la energía era el gimnasio, así que sin pensarlo agarré mi mochila y me fui a recargar unas pilas que ya estaban demasiado gastadas. Luis y las chicas me tentaron a tomar algo con ellos después de entrenar, pero ni siquiera tenía ganas de hablar, solo de meterme en la cama coger un libro y descansar para empezar un nuevo día que sería igual al otro, y al otro, y al otro...

¿He dicho que no me apetecía mucho hablar, verdad?

—¡Hola, Arturo! Te he estado llamando varias veces ya veo por qué no me abrías...

Sí, Inma apostada en la puerta de mi casa como una quinceañera haciendo cola a la intemperie para ver el concierto de su ídolo, en primera fila.

—Hola, Inma. ¡Qué sorpresa! ¿Querías algo?

—Nada... solo quería invitarte a cenar. Para celebrar el nuevo curso...

Estaba yo como para celebrar y menos aún el nuevo curso...

—Vaya, Inma, lo siento, tendrá que ser otro día. Hoy no me encuentro bien y me voy a meter ya en la cama.

Para que diría aquello, los ojos parecían hacerle chiribitas.

—Pues que sepas que hice años un curso de quiromasaje. Si quieres vete tumbándote en la cama que voy a por las cremas que tengo para los masajes.

“¿Pero qué dice esta tía?”

—¡Ja, ja, ja! No Inma, no. De verdad te lo agradezco pero voy a dormir, nos vemos mañana...

Ay, iluso... Nos vemos mañana, dice. Una hora más tarde estaba dando pequeños toquitos con el palo de la escoba en la ventana que daba a mi terraza. Salí asustado de la cama al escuchar aquel extraño ruido y cuando la vi allí en su terraza con la escoba. Mejor no digo lo que pensé.

—Inma, ¿pero qué haces? —Estaba un poco enfadado para qué negarlo. Me había sacado de aquel duermevela y ahora me iba a costar un triunfo volver a coger el sueño.

—Quería saber si andabas despierto. ¿Qué tal estás?

—Pues de malhumor, Inma, me has despertado. Por favor entra en tu casa y déjame descansar.

—Ah, qué bien, si has podido coger el sueño es buena señal.

¿De verdad ha dicho eso? ¿Pero me ha escuchado cuando le he hablado?

Me metí enfadado dentro de casa sin ni siquiera despedirme. Al minuto la oigo llamar al timbre de casa.

—¡Inma!

—Estaba pensando que si estás despierto podíamos ver una película juntos, todavía es pronto.

“No... esto es una pesadilla, fijo”.

—Anda para, ¿pero qué haces? Te vas a hacer daño.

—Estoy pellizcándome porque creo que estoy soñando.

—¡Ja, ja, ja! Qué tonto...

Cerré un poco los ojos mirándola para intentar descifrar si en realidad me estaba tomando el pelo... y no, no me lo tomaba...

—Inma, me voy a dormir, por favor no me molestes.

Y cerré. ¿Pero qué narices le pasaba aquel día? ¿Se había tomado alguna pastilla?

Por fin pude dormir a pierna suelta y levantarme al día siguiente con mejor ánimo.

No tenía mucho hambre, así que después de ducharme salí de casa sin desayunar, esperando poder tomarme un café con Alfredo, mi amigo y compañero, antes de empezar a trabajar. Le esperé en la cafetería de la facultad, ensimismado dando vueltas a un café que solo tenía café, ni leche, ni azúcar.

Cuando llegó le comenté lo que había pasado con mi vecina. Él y Marta, su mujer, ya conocían lo insistente que era, porque la habían sufrido en alguna que otra cena en mi casa, a las que ella se había autoinvitado.

Cuando llegó le comenté lo que había pasado con mi vecina. Él y Marta, su mujer, ya conocían lo insistente que era, porque la habían sufrido en alguna que otra cena en mi casa, a las que ella se había autoinvitado. Alfredo se rio con la boca abierta no solo por lo que le estaba contando, sino al verla aparecer con una carpeta y una coleta alta como si fuera una colegiala.

Cuando me giré y la vi, pensé que me daba algo.

—Hola, Arturo, ¿y tú por aquí tan pronto?

—Yo, trabajar y ¿tú?

—Tengo alguna asignatura ahora por la mañana.

—Pero Inma, ¿qué haces aquí? ¿Me refiero a qué haces estudiando Historia? Además la asignatura que tengo contigo es de segundo...

—Llevo años matriculada en la UNED. Cuando te conocí a ti, pensé que sería más fácil estudiar aquí ahora que solo trabajo por las mañanas. Antes me era imposible. Cambié el expediente y convalidé las asignaturas que pude.

Me dejó sin palabras. Aquella mujer era un saco de sorpresas.

—Pero hoy es por la mañana...

—Ya, hoy es el único día que tengo clase por la mañana y por la tarde. Es mi día libre.

Vale, tenía respuesta para todo, mira mejor no preguntar.

—Bueno, me tengo que ir a trabajar...

—Vale. Nos vemos por aquí...

Y desde luego que la iba a ver. En la cafetería, en la planta de mi departamento, en los pasillos, sentada en la entrada de la facultad esperando para que... ¡La llevase a casa! ¡Como me oís! Esa mujer se había vuelto loca y a mí, me iba a volver loco también.

LA SORPRESA MÁS BONITA DE MI VIDA

Aquel año pasó por mi vida sin pena ni gloria, como otros muchos. Trabajé demasiado, seguí haciéndome los controles médicos oportunos y pasé muchas horas con Inma, bien en mi despacho, bien en mi casa, bien en el cine, en las tiendas, en la calle... Se convirtió en mi sombra. Y que conste que no es que me cayera mal. Inma era una mujer muy simpática y su conversación era muy amena, pero creo que su obsesión por mí empezó a nublar un poco su sentido de la realidad.

—Adelante...

—Hola, Arturo...

“Otra vez tú”...

—Hola.. “de nuevo” Inma. Dime...

—Perdona que te moleste, pero me preguntaba si después, cuando acabes, que yo no tengo prisa, me puedes acercar hasta casa... Y si quieres luego podemos ir al cine.

—Claro, Inma, en media hora más o menos termino, pero lo del cine no va a poder ser. Estoy cansado y me duele la cabeza...

—Vaya... si quieres me quedo un rato contigo en casa hasta que te encuentres mejor...

“Sí claro, justo lo que necesito que me rompas la cabeza con tus historias”.

—Gracias, Inma, pero necesito estar solo. Además quiero preparar la maleta para irme a Cardaño.

—Ay, a ver cuando me llevas a esa casa que tienes allí... ¡Ja, ja, ja!..

“Lo que me faltaba”. Sonreí sin demasiado ánimo. A veces se excedía demasiado.

Inma, Inma... una mujer curiosa.

Alfredo, que casi siempre dejaba la puerta de su despacho abierta, la vio entrar en mi despacho y al poco apareció él, como de la nada, salvándome de una incómoda situación.

—Tienes que hablar claramente con ella, Arturo. Si no esa mujer no va a parar. Al menos que estés interesado en ella, claro, aunque en ese caso no entendería a qué tanta reticencia...

—No, no, Alfredo, no quiero nada con ella... Y créeme si te digo que no ha sido la primera vez que se lo digo claro y sin lugar a dudas: “Inma, de verdad que lo siento, pero yo no puedo ser tu pareja... Yo te veo como una amiga, no tengo sentimientos más allá...”

—Sí, claro se lo dejaste... Entonces creo que el problema es otro... ¡Está como una cabra!

—¡Ja, ja, ja! ¡Alfredo! Aunque no te miento si te digo que me está llegando a preocupar. Mira...

Y busqué entre mis correos y le enseñé uno suyo bastante, como diría yo, ¿amenazante? Me instaba a no “hacerme el simpático” con las chicas de clase (como si no lo hiciera también con los chicos) y a mantenerme más distante, porque alguna se podría confundir...

—Confirmado, está como una cabra. ¿Y tú que le respondiste?

—Que no podía seguir así, que me estaba agobiando mucho y que si seguía en esa actitud, tendría que dejar de hablar con ella.

—¿Y?

—Pues ya ves el resultado, sigue igual. Ya no me dice nada si hablo con otras mujeres, pero la sigo viendo hasta en la sopa...

—Si la cosa sigue así vas a tener que tomar medidas...

—Sí, me temo que sí... A ver si con las vacaciones de verano si se relaja un poco y vuelve más tranquila.

—Bueno, al menos no la tendrás en clase el próximo año, ¡ja, ja, ja!

—Ja.... Veremos qué pasa en septiembre, porque en junio no ha aprobado.

—Hombre, Arturo... A ver levantado un poquito la mano...

—¡Ja, ja, ja!...Tendría que haber hecho mucho más que eso ...

Aquel verano apenas estuve en Valladolid, por lo que no tuve que luchar demasiado con la insistencia de Inma. Me fui a Cardaño.

Aquel verano apenas estuve en Valladolid, por lo que no tuve que luchar demasiado con la insistencia de Inma. Me fui a Cardaño hasta que mi hermana y mi cuñado tuvieron vacaciones y, por fin, hice aquel ansiado viaje a Holanda, para pasar con ellos lo que quedaba de verano. No solo me alegró volver a verles, sino la noticia que me tenían preparada. Cuando Claudia vino a buscarme al aeropuerto y la vi con aquella expresión en su cara, bueno, y vi también lo que había cambiado su cuerpo, lo supe : estaba embarazada. Eso, o se había pasado con el queso.

—¡Claudia, enhorabuena! —le dije cogiéndola en volandas al tiempo que besaba su mejilla.

—Cuidado, cuidado... No me malogres al niño.. .¡Ja, ja, ja!

—¿Cómo que al niño? ¿Pero ya sabéis lo que es? ¿Cómo no me lo habéis dicho antes? Dios, Claudia, es verdad, pero si estás tremenda... —dije mirándola con más detenimiento.

—Y tan tremenda.. .si todo sale bien, probablemente le veas nacer aquí.

—¿Aquí? ¿En el aeropuerto? ¡Oh, socorro, una ambulancia!

—¡Serás payaso! —me dijo dándome un codazo.

—¡No me lo puedo creer! ¿Cómo habéis aguantado sin decirme nada?

—Pues con mucho esfuerzo. Ya sabes lo que me cuesta estar callada cuando hay noticias importantes. Pero ha merecido la pena solo por ver tu cara... Ahora entiendes nuestra insistencia porque pasaras el verano con nosotros, ¿no?

—¡Ja, ja, ja! Estáis locos. Pero de habérmelo dicho hubiera venido antes... Ya me extrañó que en Navidad te unieras a mi agua con limón y esa cara paliducha que tenías... ¡Ja, ja, ja! ¡Ahora lo entiendo todo!

—Calla, no me recuerdes aquellos meses... Todo me daba asco y tú venga a sacar comida a la mesa...

—¡Ja, ja, ja! Claudia... ¡Qué alegría!

Como calculó mi hermana, vería nacer a mi sobrino. Y llevaba allí poco más de una semana, cuando una noche después de cenar,

Claudia empezó a ponerse de malhumor. No encontraba la postura en el sofá y no conseguía atender a la película que estábamos viendo.

En realidad, no nos dejó ver la película tranquilos con sus continuos movimientos y sus gruñidos cada dos por tres.

—Claudia, si estás incómoda, a lo mejor estarías más tranquila en la cama... —sugirió Koen al verla así.

—¿Qué? —gritó ofendida— ¿me estás echando? Esto es el colmo...

Y se fue llorando a la cama como una niña pequeña a la que acaban de castigar.

Koen me miró con los ojos como platos y yo no pude contener la risa.

—No te rías —Me empujó mi cuñado desde el sofá.

—¡Y tú no te rías payaso! —gritó mi hermana desde su habitación — ¡Me gustaría a mí verte en mi estado a ver si te iba a hacer tanta gracia!

Koen y yo no pudimos aguantarnos y tuvimos que coger un cojín para sofocar nuestras carcajadas en él. Él se levantó cuando consiguió dejar de reírse y fue junto a ella para tranquilizarla.

Dos horas después, salimos hacia el hospital con la cara desencajada de mi hermana por el dolor y blanca de mi cuñado por el susto que llevaba.

Aquella noche de verano nació mi sobrino Hugo, haciéndome presagiar con su llegada, que la vuelta al nuevo curso sería igual de bonita que la cara de aquel bebé tan perfecto.

ALGO EXTRAORDINARIAMENTE EXTRAÑO

La vuelta a la rutina fue especialmente dura ese año. A pesar de que me entusiasmaba mi trabajo, el tener que distanciarme de mi familia, especialmente después de aquel acontecimiento tan bonito que habíamos vivido con el nacimiento de Hugo, supuso un duro varapalo para mi integridad emocional, que estaba sensiblemente tocada con todo lo que había vivido el año anterior.

A mi vuelta, me sorprendí (y alegré) al no tener noticias inmediatas de Inma. No se pasó por casa para darme la bienvenida ni me llamó. En su piso no había nadie y he de confesar que tuve miedo de haber sido demasiado duro con ella en nuestra última conversación. Poco después me daría cuenta de que estaba equivocado, Inma seguiría igual que siempre.

Aproveché esos días sin Inma pululando por allí para sentirme más tranquilo y preparar mi regreso a las clases con algo más de entusiasmo que el año pasado.

Sentía una tranquilidad especial y una nueva ilusión. El nacimiento de Hugo me devolvió parte de esa chispa que se necesita para soportar la rutina. Pensar en empezar el trabajo, no hacía otra cosa que animarme para ver más cerca mi encuentro con ellos. Que el tiempo pasara rápido era estupendo, iría restando días para volver a ir a verles.

Aún así, la llegada a casa fue dura. Me sentí solo y vacío. Pasé horas en el gimnasio intentando desprenderme de la ausencia, el vacío y de la pena que llevaba arrastrando desde que me fui de Holanda.

Con las energías renovadas, mi último fin de semana de vacaciones lo dediqué a darle un nuevo giro a la forma de llevar ese

año las clases, me metí de lleno en todo el trabajo que tenía pendiente y, poco a poco, todo volvió a ponerse en su sitio.

Ese mismo lunes ya tenía mi primera clase por la tarde. Después de estar un rato charlando con Alfredo en la puerta de mi despacho, bajé con ánimo al aula para comenzar, lo que aún no sabía, sería el año de mi vida. Nuevo curso, nuevos alumnos, bueno, no todos, algunos permanecían fieles a sus sitios en la tercera fila.

—Buenas tardes —dije dirigiendo una sonrisa a Inma, que me miraba sonriente desde su sitio.

Eché un vistazo general a la clase y acomodé el maletín en la mesa para sacar el temario que íbamos a seguir ese año. Aparecieron en ese momento dos chicas algo apuradas por pensar que llegaban tarde y las animé a que entraran sin reparo. Saqué las fotocopias del maletín.

— A ver, silencio, id cogiendo asiento por favor.

Y entonces la vi... y algo extraordinariamente extraño, me sucedió con ella. Ese nuevo curso iba a ser muy diferente a lo que tenía pensado.

No voy a negar que cuando subí de nuevo a mi despacho y oí al poco tiempo que alguien llamaba a la puerta, me alegré. Me alegré porque me iba a alejar, aunque fuera por un instante, de una extraña sensación que se apoderó de mí nada más salir de clase.

—Hola, Arturo.

—Hola, Inma, ¡qué sorpresa! —entiéndase la ironía—, ¿qué tal? se me ha hecho raro no verte estos días por tu piso.

—Ya, es que este año he apurado al máximo las vacaciones. De hecho vine esta mañana...

Sonreí, parecía más relajada que de costumbre y me alegré de ello.

—Solo venía a saludarte, ¿qué tal en Holanda?

—Muy bien, mucho mejor de lo que creía... Mi hermana ha tenido un hijo...

— ¡Oh vaya! ¡Qué sorpresa! Enhorabuena...

—Gracias —Y sin apenas darme margen para contestar, ya la tenía agarrada a mi cuello dándome dos besos.

—Bueno, me tengo que ir que tengo otra clase ahora. Ya me enseñarás fotitos —dijo cuando ya estaba prácticamente fuera del despacho, como en un intento de huir de sí misma.

Chocó con Alfredo que iba a entrar en ese mismo momento.

—Qué sorpresa esa mujer en tu despacho.... —me dijo burlándose cuando ella ya no podía oírle.

— Parece que está más relajada...

—Ya veo, ya... —Y se rio con la boca abierta— ¡Qué tal, hombre, que andas desaparecido! Vengo a invitarte a cenar esta noche. Es cosa de Marta, a mí no me digas nada. Por lo visto quiere que le cuentes qué tal con tu hermana...

—¿Qué tal con mi hermana, no? ¿Tú también lo sabías? —le pregunté riéndome...

—Bueno, ya sabes que Marta tiene facilidad de palabra. .La mujer no puede callarse ni debajo del agua, era cuestión de horas que lo supiera... ¡Ja, ja, ja!

Marta, la mujer de Alfredo, trabajó durante varios años en el mismo banco que mi hermana y con el tiempo se hicieron buenas amigas. Tanto, que se enteró antes que yo de que iba a ser tío.

—¡No es justo! —dije protestando como un niño pequeño—. Lo sabíais todos y no me dijisteis nada...

—Era una sorpresa hombre —dijo mientras me daba un fuerte abrazo y unas palmaditas en la espalda—. Enhorabuena.

No le podía recriminar nada, de habérmelo dicho, seguramente su cabeza estaría reposando en alguna estantería de su casa. Conocía a Marta y cualquiera se atrevía a contradecirla.

Me gustó cenar con ellos. Como siempre, las horas volaban cuando estaba a su lado. Les puse al día de todas las novedades de mi viaje, a pesar de que sabía que Claudia ya les había puesto al tanto de todo.

Cuando regresé a casa era muy tarde y, a pesar de las pocas ganas que tenía de trabajar, me puse a preparar todo lo que tenía pendiente para el día siguiente, que para mi gusto era demasiado. Tuve que pelearme con el dolor de cabeza tan intenso que se llevaba arrastrando desde hacía algunas horas y, al final, opté por

tragarme una de las odiosas pastillas que me había recetado Echegaray, para poder seguir con lo que estaba haciendo.

No era algo que acostumbrara a hacer, porque aquellas pastillas absorbían toda mi energía. Para mi desgracia, había días que el dolor se hacía tan insoportable que no me quedaba más remedio.

Conseguí a duras penas acabar con lo que tenía programado para ese día y me fui arrastrando hasta la cama, donde me quedé dormido hasta el día siguiente.

No fue el despertador lo que me levantó de la cama aquella, sino el timbre de la puerta.

Me levanté sobresaltado y abrí pensando que sería algo importante.

—¡Inma! —dije sorprendido y con un ojo aún pegado. Bueno, a lo mejor si me veía de aquella guisa reculaba. No hay mal que por bien no venga...

—Ay, menos mal que no te has ido. Pensé que ya no te encontraría. Que por cierto ¿cómo es que estás tú aquí a estas horas? —“no se pensará callar nunca”—. Se me hizo raro no verte desayunando en la terraza, por eso me acerqué por si aún no te habías ido... Que no es que te esté vigilando, ¿eh? ¡ji, ji, ji! Es que como siempre desayunas ahí...

Necesitaba que se callara ya.

—Inma, ¿qué es lo que querías? —dije de mala gana. Aunque no lo entendió.

—Era para saber si me puedes acercar a la facul... —“¿facul? ¿No eres demasiado mayor para hablar así?”

—Lo siento, Inma, no puedo, hasta por la tarde no voy a ir a la facultad... Tengo cosas que hacer en el archivo, lo siento...

—Ah, no pasa nada. No te preocupes, cojo el bus —“¡para matarla!”—. Tengo café recién hecho en casa y unos bizcochos que cogí a primera hora en la panadería. Si quieres te los traigo...

—No gracias, Inma, yo también tengo café y prefiero desayunar con fresas. Adiós, nos vemos el próximo día en clase.

Y cerré la puerta. “¿Habrá cogido la indirecta? ¿Entenderá que no quiero verla hasta entonces?”

El día pasó, como prácticamente todos los días de mi vida, envuelto en trabajo. Sin darme cuenta, llegaría otro día al que seguir enfrentándome y otro y otro...

Que vamos a ver, me gustaba mi rutina y mi trabajo, pero y por qué no decirlo, el tema de mi... aparatoso “grano” en el cerebro me provocaba una desagradable sensación de pérdida de tiempo. ¿Qué

hacía enredado en tanto trabajo sin disfrutar de mi juventud? Me pasaban los años y no había encontrado a nadie con quien compartir mi vida y mis inquietudes. Ahora que nadie nos oye, he de confesar que esa repentina inquietud por encontrar a alguien con quien compartir mi vida, me vino por la extraña y agradable sensación que me provocaba aquella chica cada vez que la veía.

Mi dedo índice golpeaba la mesa de manera compulsiva, mientras miraba la pantalla del ordenador, inmiscuido en mis pensamientos. “¿Cómo se llamaba aquella chica? Sí, hombre, aquella que te gustó quizá un poco más que las demás. La que era amiga de Claudia... Joder... ¡Cómo era! Si además he estado con ella antes del verano... Joder...Hum.” Cogí el móvil y busqué en el WhatsApp todos mis contactos. “¡Te tengo!”

— ¿Miriam?

—Hombre, Arturo, qué sorpresa...

—Siento no haberte llamado antes, pero es que acabo de aterrizar como quien dice de Holanda y con el comienzo de las clases... Ya sabes...

—Sí, Arturo, ya sé... No hace falta que te justifiques... —Sentí como sonreía al otro lado del teléfono. “Mujer segura e independiente emocionalmente, me vale...”

—Me preguntaba si te apetecería cenar conmigo...

—¿Hoy?

—Sí, sé que es un poco tarde y no te doy mucho margen pero no sé, me acordé de ti y no quise perder la oportunidad...

—¿ Y dónde has pensado cenar? —Sabía que aceptaría...

—En mi casa, soy un excelente cocinero —dije con picardía.

—No me cabe duda. Dame media hora...

Colgué y preparé todo lo rápido que pude un ceviche de pescado y una ensalada de arroz y, cuando estaba encendiendo la última

vela, sonó el telefonillo.

Al abrir la puerta de casa me di cuenta de por qué aquella mujer me gustó más que las demás. Las curvas de su cuerpo no eran más que la perfecta distracción, para alargar un poco más el momento de llegar a su cara, de donde salía su verdadera luz. Era preciosa. Sus ojos negros resaltaban en la blancura de su piel, su pelo largo como caía sobre un hombro dejando el otro al descubierto y provocándome unas irrefrenables ganas de morderlo.

Entró con paso decidido dejándome su chaqueta en las manos, como si fuera el guardarropa de una discoteca. Me quedé mirando hacia su culo que iba contoneándose con una gracia estudiada.

—¿Vienes o te vas a quedar ahí parado mirándome el culo?

—Si te soy sincero preferiría tocártelo mucho más que mirarlo — dije cuando ya estaba a su altura.

—Pues entonces no veo qué es lo que te lo impide...

Y a penas acabó de decir aquello ya estaba subyugado a todos y cada uno de sus encantos.

No sé muy bien si aquella noche cenamos o fue la cena quien nos cenó a nosotros, porque acabamos de ceviche y ensalada de arroz, hasta las orejas. Mi cuerpo descargó en ella toda mi soledad y mis anhelos. Pero cuando terminamos ya sin fuerza en la cama, y abatidos por tanta pasión, mi corazón como siempre permaneció impasible ante aquella imagen tan bella. Miriam, la mujer perfecta, dormida plácidamente en mi pecho, no me inspiraba mayor sentimiento que el de volver a ... Me enfadé conmigo por no ser capaz de conseguir rozar siquiera aquel sentimiento del que todos hablan y del que hay tanto escrito: el amor...

LOS PRIMEROS SÍNTOMAS

Al día siguiente fui a dar la clase con energías renovadas, y no era de extrañar, la fortaleza física de Miriam me sorprendió muy gratamente deleitándome con un par de encuentros más por la mañana.

Sonreí al ver al típico grupo de estudiantes que se formaba siempre en las puertas de las clases antes de empezar. Me paré unos segundos delante de la puerta para dejarles pasar y la vi de nuevo, hablando animadamente con sus compañeros. Cuando entró en clase tan cerca de mí me descubrí sonriendo de manera inconsciente.

Dejé el maletín en la mesa y me planté frente a la clase, seguía en la primera fila, como el día anterior. Empecé mi exposición, algunos rápidamente cogieron sus bolis sin darse cuenta siquiera, de que no había empezado con el tema. Quería exponer primero una serie de cuestiones acerca de cómo se iban a desarrollar las cosas ese año.

Volví a mirarla. Tenía el boli entre sus dientes esperando a que yo dijera algo lo suficientemente importante como para empezar a anotar. Sonreí de nuevo. Seguí hablando y, a pesar de que quería dirigir mi mirada a la clase en general, mis ojos se obstinaban en dirigirse hacia ella.

Y de repente me sentí sucio. Después de haber estado fornicando toda la noche, bueno, y parte de esa misma mañana, con Miriam, de repente me crucé con la mirada tan limpia, tan clara de aquella chica y me sentí sucio... ¡Por favor, sucio! ¿Qué tontería era esa?

Carraspeé, me estaba distraendo más de la cuenta... Esos ojos... La volví a mirar, me miraba atenta y me sonrió de manera mecánica al encontrarse con mi mirada... Carraspeé de nuevo. Decidí pasear por la clase y coger un poco de aire. Nunca me había distraído tanto... ¿Sería ese maldito tumor de mi cabeza?

—Inma, por favor —necesitaba pisar suelo firme—, ¿sería tan amable de fotocopiar este documento para sus compañeros cuando acabe la clase?

—Sí claro, Arturo, desde luego...

Me sobresaltó la sirena.

Todos empezaron a recoger sin dejarme acabar la explicación y antes de que hubiera llegado a mi mesa para recoger mis cosas, ya había algunos con las manos en la manilla de la puerta esperando a que les diera permiso para salir. Sonreí.

—Salgan, salgan...ya si eso acabo el tema el próximo día, no se preocupen... ¡ja, ja, ja!...

Cuando acabé de recoger todo y salí, miré hacia el sitio de aquella chica pero ya no estaba, había salido corriendo como el resto de sus compañeros.

Subí al despacho un poco desconcertado por aquella distracción en clase. No era algo que me pasara habitualmente, de hecho, nunca me había pasado y me preocupé al pensar que quizá el problema que tenía en la cabeza iba a empezar a dar los primeros coletazos.

Dejé las cosas en la mesa y encendí el ordenador. “Echegaray me dijo que estuviera alerta por si notaba cosas que pudieran parecer preocupantes o extrañas... No, por favor... No me apetece enfrentarme a esto ahora, no quiero empezar con medicaciones, pruebas...”

Lo cierto era que los dolores de cabeza cada vez eran más frecuentes, aunque quizá eso sí, algo menos dolorosos. Estaba claro que algo empezaba a no ir bien y tenía que estar pendiente de las señales, me gustara o no...

Toc, toc, toc...

—¿Estás ocupado?

Asomó la cabeza de Inma por la puerta... “Joder”

—No, no pasa...

—Vengo a traerte la fotocopia. Ya están hechas.

—Oh, vaya, qué rápida. Gracias. Pero no hacía falta que me la subieras, me la podías haber dado el próximo día...

—Pensé que la necesitarías...

“Sí, claro, la necesito con urgencia. Una bibliografía con la que no podría vivir.... Puf... Aquella mujer no iba a cambiar nunca.”

Sonó el teléfono. Descolgué y me encontré con Alfredo al otro lado de la línea. Inma no había cerrado la puerta de mi despacho y el de Alfredo, que estaba enfrente, también estaba abierto. Le miré mientras se partía de risa desde su mesa. Fingí una conversación profesional con él, e Inma, gracias a Dios, se dio por enterada. Se despidió con la mano y me dejó hablando tranquilo.

Colgué y fui a hablar con Alfredo para agradecerse. Estaba espatarrado en la mesa como un crío, partiéndose de risa.

—De verdad, Arturo, me vas a tener que decir cómo lo haces.

—No seas tan gracioso. ¿Estás liado? ¿Bajamos a tomar un café?

—¡Cómo rechazar una invitación!

—Nadie ha dicho que vaya a invitarte, ¡ja, ja! —le dije agarrándole de los hombros y zarandeándole como un muñeco.

LA CURIOSIDAD MATÓ AL GATO...

Pasaron las semanas y, para mi sorpresa, los dolores de cabeza empezaron a remitir, no así las distracciones en clase. Tenía que estar paseando continuamente por el aula a medida que iba exponiendo los temas. Si me mantenía parado frente a la clase o en mi mesa, me distraía con demasiada facilidad. Sentía que al moverme, la sangre fluía con más ligereza y las palabras salían solas sin la necesidad de carraspear o coger aire.

Decidí comentárselo a Echegaray, me preocupaba esa sensación, nunca antes había tenido problemas para concentrarme.

—Esta bien. Vamos a adelantar la revisión. No quiero tener sorpresas. No tiene por qué ser nada, pero es mejor prevenir, quiero mantener vigilado su crecimiento.

Asentí como un niño bueno y me dejé hacer. Dos semanas más tarde me llamó para darme los resultados.

No voy a mentir cuando digo que al ver su número de teléfono reflejado en la pantalla de mi móvil, me temblaron hasta las ideas. ¿Cómo asumir una noticia de esa envergadura con todo el trabajo que tenía que hacer?

—Arturo, soy Echegaray...

—Buenas tardes, dime... —No podía esconder los nervios que tenía. Estaba claro que algo iba mal, las distracciones cada vez eran mayores y eso no era normal.

—Tranquilo. Está todo bien.

Al oír aquello me dejé caer hacia el respaldo de la silla, exhalando todo el aire que se me había quedado enquistado en los pulmones..

—Sí, sí, de verdad. Está perfecto. No ha aumentado ni un milímetro, sigue igual que hace tres meses e igual que hace un año. Parece que no quiere molestarte demasiado, ¡ja, ja, ja!

—Pero... entonces... no entiendo... ¿Estas distracciones, mi falta de concentración a qué se debe?

—Pues no sé, Arturo.. ¿Tienes algún problema, alguna preocupación?

—No...

—Quizá estás nervioso por este asunto. No es fácil saber que tienes un inquilino en la cabeza...

Puse los ojos en blanco... “¿broma de médicos?”

—Sí, puede ser... Será eso...

—Claro Arturo, de todas formas, tú sigue vigilando cualquier cosa que te parezca extraña. Hiciste bien en venir a consulta.

—Vale, vale. Me alegro de que quedara en un susto...

—Sí, yo también. Te queda mucho por guerrear amigo. ¡Ja, ja, ja!

Me quedé en blanco mirando la puerta de mi despacho. ¡Estaba todo bien! ¿Pero cómo iba a estar todo bien si tenía que luchar por concentrarme en clase? Resoplé. La sirena me recordó que tenía clase en ese momento. Cogí el maletín y bajé mucho más aliviado que el resto de los días...

—Venga, chicos, a clase...

Como siempre, ahí estaban todos en el pasillo rascando minutos para evitar entrar en el aula demasiado pronto. Sonreí. Esa chica... Siempre entraba la última...

Ese día decidí quedarme enfrente de la clase. Si no se trataba de nada físico, no tenían sentido aquellos paseos por el aula. Comencé la exposición y curiosamente, me sentí más relajado. Tengo que confesar que mis ojos se desviaban demasiado a la primera fila en busca de aquella chica. Sonreí al verla incapaz de seguir mis explicaciones, levanté la mirada al resto de alumnos y les vi a todos con la misma dificultad. Realmente me había relajado más de la cuenta, tanto, que no me había percatado de que los pobres se esforzaban en escribir hasta la última palabra que, he de reconocer, salía de mi boca con demasiada urgencia. Bajé el ritmo, sobre todo porque quería que más que anotar, entendieran lo que les estaba

contando. Poco a poco empezaron a destensarse y a anotar mis explicaciones con más sentido. Volví a mirarla. Me crucé con sus ojos que no estaban en los folios sino fijos en mí. Bajó inmediatamente la cabeza y noté que se ruborizaba. Sonreí y fui un poco malo. Me coloqué a su altura y apoyé mis manos en su mesa. Si hubiera bajado un poco más la cabeza, se hubiera dado de morros con ella. No levantó la mirada en lo que quedaba de hora y, en más de una ocasión, tuvo que echar un vistazo a los apuntes de su compañera. Sonó la sirena. Ni en ese momento, fue capaz de levantar la mirada. Recogió sus cosas con la cabeza gacha, esperando a que fuera yo el primero en salir. No la quise hacer sufrir más, recogí mis cosas rápido y me fui antes de que se viera en la tesitura de levantarse y no poder poner un pie en frente del otro.

Me despedí de todos cuando pasé a su altura. ¿De todos?

Subí a mi despacho y lo primero que hice fue encender el ordenador y buscarla en el listado que tenía de alumnos. “Elisa Rivas”... Sonreí de nuevo. Me interrumpió Alfredo para tomar un café.

Bajamos y nos juntamos con más profesores que ya estaban allí.

— Oye, Lucas, tú el año pasado les diste clase a mis alumnos de segundo...

— ¡Ja, ja, ja! qué perspicaz, Arturo.

— ¡Ja, ja, ja! ¿Y qué tal, cómo los viste? ¿Alguno que destacase?

— Uy... Sin lugar a dudas... ¿cómo se llamaba? —Estuvo un rato pensando—. ¡Elisa! Elisa Rivas.

“Ajá. Te tengo”. No sé por qué extraña razón sentí como un aguijonazo en el corazón al escuchar su nombre.

— No sé cuántas matrículas se llevó. ¿No te acuerdas el año pasado que vino a la cafetería un chico a dejar una tarta? Pues era para ella.

— Sí, es verdad... Ahora que lo dices lo recuerdo. Ya decía yo que me sonaba la cara de ese muchacho. No me acordaba de eso...

Aquella conversación fue reveladora, ¿pero qué hacía yo sacando información con disimulo de una alumna?. En ese momento entró Pedro con otro compañero. Le observé y recordé

aquel día que estaba con aquella tarta... Si me parecía un niño. Me reí de mí mismo y volví a la conversación con todos.

SEÑORITA RIVAS, SU BOLI...

Pasaron algunas semanas más y entendí lo que me estaba pasando. ¡Aquella chica me estaba gustando!. Me gustaba verla en clase y por qué no decirlo, ponerla nerviosa. Me hacía gracia la manera que tenía de ruborizarse si la miraba más de la cuenta o si me quedaba cerca de ella. Me gustaba que a veces tuviera el valor suficiente para mantenerme la mirada aunque, prácticamente al instante, reculase. Me gustaba cómo esperaba a que yo llegase a clase y cómo siempre se quedaba la última para entrar, regalándome esos dos segundos para poder estar a su lado. Después me iba a casa y me volvía la cordura. Entonces era yo el que, al día siguiente, me obligaba a no mirarla y a no prestarle atención, pero era tremendamente complicado. La luz que desprendía brillaba demasiado...

—Ay, Arturo, tienes que ayudarme con esto... —me dijo una tarde Clara en la cafetería.

—Clara, ¿te parecen pocos los frentes que tengo abiertos? Me vas a volver loco, ¡ja, ja, ja!

En ese momento entró un grupo de estudiantes que se acomodaron a nuestro lado.

—Si no les importa, nosotros nos quedamos aquí cerca de ustedes que fijo les sirven antes. Llevamos una hora intentando pedir y no hay manera, ¡ja, ja, ja! —dijo Pedro al que reconocí justo cuando ya estaba a mi lado. Instintivamente miré al grupo para ver si entre ellos se encontraba Elisa. Ahí estaba, algo escondida.

“Una hora intentando pedir... ¡Ja, ja, ja! Pero si acabáis de entrar, Pedro...”

—No es broma, en esta cafetería es imposible pedir y que te sirvan pronto así ¿cómo vamos a llegar puntuales a clase? —dijo con gracia otra de mis alumnas a la que sonreí en respuesta.

—A ver, hombre, sirve a estos chicos que se les va a pasar la hora de ir a clase y seguro que no está en sus planes faltar, ¿verdad? —le dije al camarero mientras le echaba una cómica mirada a aquella chica, que con poco disimulo se plantó a mi lado.

—¡No, no, no qué va! desde luego eso no formaba parte de nuestro plan... —contestó Pedro con ironía.

Elisa seguía agazapada detrás de otra compañera hablando con ella, mientras que con bastante disimulo, me miró un par de veces.

Se apartaron un poco cuando consiguieron sus cafés y cada uno volvimos a nuestras conversaciones.

Cuando empezaron a recoger para marcharse, me di cuenta de que Elisa se había dejado un bolígrafo olvidado encima de la barra.

—Señorita Rivas, se deja el boli en la barra.

Cuando vi su cara de sorpresa al girarse, creí morir de risa. Se quedó tan paralizada que parecía no tener dominio sobre sus pies, aunque he de decir que se repuso en seguida.

—Aquí tiene su boli —le dije mientras estiraba el brazo para dárselo. Nuestras manos se rozaron y en ese momento lo supe : estaba perdido—, muy bonito, por cierto.

Ese día fui a clase con la clara intención de dejar de fijarme en aquella chica. Me encantaba el juego de la seducción, no lo voy a negar, pero en clase y con una alumna... No, gracias. Así que preferí frenar antes de tener que arrepentirme. No puedo negar que la miré un par de veces (bueno quizá tres... o cuatro...) mientras cogía apuntes y que me hubiera quedado fijo en aquella imagen lo que quedaba de hora. Pero tenía la suficiente cordura, al menos en ese momento, para saber parar a tiempo.

Aquella semana intenté poner distancia sin prestar demasiada atención a las batallas que empezaban a lidiarse en mi cabeza. No me fue del todo difícil gracias a la cantidad de trabajo que tenía por hacer y a las constantes peticiones de Clara, amiga y compañera, para que la ayudara una vez más en uno de sus proyectos.

Trabajar con Clara era algo que venía haciendo desde hacía algún tiempo y no me costaba nada aceptar sus propuestas. Siempre buscaba un hueco para ella a pesar de que me hacía de rogar. Me encantaba hacerla sufrir y verla dar vueltas de un sitio para otro en busca de argumentos que justificaran mi presencia en sus trabajos.

EL QUE JUEGA CON FUEGO...

Diiing, dooong... Llamaron a la puerta de mi casa ¿Alguien sabe quién fue?

—Hola, Inma.

—Hola. ¿Te ibas ya?

—Sí, me iba ya. Tenemos clase en media hora. ¿Tú no deberías estar ya en la facultad?

—He llegado hace poco del trabajo y no he podido ir a la primera clase. Por eso vengo a ver si me puedes acercar tú, si te vas ya...

—Sí, mujer te acerco pero Inma, no puedes seguir así... Yo no siempre voy a estar disponible. —Intenté ser lo más diplomático que pude con ella, aún sabiendo que esas formas sutiles de decirle las cosas, no llegaba a entenderlas.

— Ya, si iba a ir directamente a la facultad pero pensé en comer algo antes en casa y se me echó el tiempo encima...Y como metí el coche en el garaje... Ya sabes lo que me cuesta sacarlo de ahí...

“¡Pues haberlo dejado fuera!”. Y no es que me molestase llevarla, lo que me ponía furioso era el motivo por el que quería que lo hiciera. Me daba perfecta cuenta de cómo se pavoneaba delante de sus compañeros de clase, cada vez que hablaba conmigo o que la llevaba en coche. Era como su trofeo que mostraba orgullosa a diestro y siniestro, además había empezado a relajarse un poco el tema de su “acoso” y no quería darle motivos para que volviera a las andadas.

Cuando llegamos subí a mi despacho y ella se marchó, no sin antes, darme un beso en la mejilla como agradecimiento. De verdad

lo de esa mujer era increíble, en el fondo me hacía gracia a pesar de lo pesada que era.

Preparé todo para dar la clase y bajé al poco de sonar la sirena. Me extrañó llegar al aula y no ver en el pasillo a Elisa con sus amigos y, si soy sincero, me desilusioné un instante, y digo un instante porque me duró poco. Al entrar, la vi sentada en su sitio al lado de su amigo Pedro, riéndose y bromeando como una niña.

—Debe ser muy divertido lo que le cuenta su compañero, señorita Rivas, para que no deje de reírse. Espero que no le entorpezca la concentración en clase...

Puedo prometer y prometo que no era mi intención hacer ningún comentario, me salió sin pensarlo, pero cuando Elisa me contestó con gracia, sin la habitual vergüenza con la que solía mirarme, me alegré de haberlo hecho.

De repente, se empezó a despuntar un ligero brillo que se acomodó en mis pupilas... Sonreí como un imbécil.

Sabía que ese día ya iba a ser imposible dar la clase de forma distante. No disimulé mis miradas, me quedé más cerca de ella y sin querer evitarlo, quise ponerla nerviosa. Apoyé mis manos en su mesa mientras daba la explicación y en ese momento Elisa dejó de dar pie con bola. Me reía para mis adentros al verla angustiada por haberse perdido y mirar los apuntes de su compañero más veces de las que ella hubiera deseado. Yo pecador, a pesar de verla nerviosa y perdida, seguí inmóvil en su mesa con una sonrisa que ya me era muy difícil de ocultar.

—¿Se ha perdido, señorita Rivas? ¿Necesita que vuelva a explicarlo?

—No, no gracias —me dijo roja como un tomate sin levantar la mirada de los apuntes.

Puse fin a mi divertida tortura y dejé que siguiera la explicación con normalidad, me apoyé en mi mesa y seguí hablando. Tuve suerte de que fuera viernes y que poco tiempo después, la clase empezara a ser más dinámica con las preguntas de los alumnos.

Por lo general, solía dejar los últimos veinte minutos de la clase de los viernes para debatir temas o para que me hicieran preguntas sobre lo que habíamos visto durante la semana. Se acercaban los exámenes y, como era de prever, todos empezaban a preguntarse qué temas entrarían, qué deberían mirar mejor. Alguno incluso, me

llegó a preguntar directamente por las preguntas. Los alumnos eran de manual, año tras año, me enfrentaba a la misma situación...

—Vamos a ver, chicos, no se pongan nerviosos. Ya es su segundo año de carrera y habrán pasado por muchos exámenes. Todo, y siento decirlo, es importante —dije una vez más, como cada año—. Lo que sí les recomiendo, es que completen sus apuntes con la bibliografía que les voy dando. De hecho, al acabar la clase le voy a entregar un libro a la señorita Rivas para que baje a reprografía a fotocopiar unas páginas que me parecen esenciales para que tengan presente.

¡Ja, ja, ja! Solo al recordarlo vuelve a darme la risa, que en ese momento contuve a duras penas. La cara de Elisa, que hasta ese momento seguía con un ligero matiz colorado, empalideció de repente. Levantó la mirada que, al cruzarse con la mía, me produjo un latigazo en medio del estómago, y sonrió ligeramente con la expresión de sorpresa aún en su cara.

¿Por qué lo hice? Porque me gustaba jugar demasiado y porque la idea de tenerla a mi lado a solas, aunque fueran unos segundos, me producía demasiada curiosidad. Además quería conseguir que se relajara conmigo, notaba que en clase estaba muy tensa y ¡qué leches!, yo era un tipo cercano, no había porque asustarse, no iba a morderla... (al menos de momento). Quería que me hablara tranquila como hacían el resto de alumnos, que estuviera cómoda...

Ese día, me sentí culpable de haberla mantenido en tensión toda la clase y a pesar de que intuía que ella pensaba que con aquello iba a estar más nerviosa, yo sabía que, en cuanto habláramos, se relajaría. De verdad que en el fondo no era tan malo...

Sé que esos minutos hasta que acabó la clase fueron especialmente incómodos para ella, por eso dejé de observarla para que el tono rojizo de su cara fuera disminuyendo. Sonó la sirena.

—Señorita Rivas, ¿puede venir un momento? Voy a explicarle qué es lo que quiero que fotocopie.

—Sí, sí, claro.

Sentí lo nerviosa que estaba cuando me puse a su lado y también sentí como mi cuerpo reaccionó al tenerla cerca.

Una extraña pero bonita sensación revoloteaba en mi estómago y, sin recibir la orden del cerebro, mi boca esbozó una sonrisa, enviada directamente desde el corazón. ¡Ay la leche!. Saqué el libro y le expliqué con tranquilidad y cercanía, lo que tenía que fotocopiar. Poco a poco, noté como se iba sintiendo más cómoda y sonreí de nuevo al darme cuenta de que el mundo parecía haber dejado de girar.

—Cuando lo fotocopie súbame al despacho, por favor. Buen fin de semana, señorita Rivas.

—Igualmente, lo intentaré fotocopiar cuanto antes.

Sí, ya lo sé... ¿A mi despacho? No me quedó otra. Después de esa cercanía, necesité más. La quería a solas, unos segundos, sin nadie más...

No me extrañó, cuando horas más tarde, me fui a casa sin haberla visto. Intuía que no iba ser fácil acercarme a ella. “¿Acercarme a ella?. ¡Pero qué estás diciendo Arturo, para ya!”.

Ahí empezó mi calvario. Mi lucha interna. Elisa me había atrapado.

“Esto no es como con otras mujeres, Arturo. No puedes acercarte a ella sin más. Es casi una niña. Además. Qué diría la gente... Olvídale Arturo, por tu bien, olvídale”.

No tardé en salir de mis pensamientos porque el ruido incesante del timbre de la puerta hizo que el resto de las cosas perdieran importancia...

—Inma, pero ¿qué haces llamando con esa insistencia?

—¿Por qué no has dejado que hiciera yo las fotocopias como siempre?

—¿Qué? —No sabía de lo que me estaba hablando. Aquella mujer se había vuelto loca—.

Inma, pero ¡qué dices!

—Digo que las podía haber hecho yo como siempre.

No me apetecía contestar. De haberlo hecho, hubiera salido muy mal parada. La miré con cara de pocos amigos, lo que menos me apetecía en ese momento era estar peleando con su obstinación.

—Bueno, es igual... —continuó como si nada—. ¿Vas a hacer algo mañana?

— Seguramente me vaya... —"a otro planeta... por no verte". No me dejó continuar.

—¿A Cardaño?

—No. Ya hace muy mal tiempo para subir allí. Tengo cosas que hacer en Madrid...

—Vaya... pues si vienes el domingo podíamos ir al cine.

—No Inma. No voy a ir al cine contigo, ni mañana, ni nunca... — Ya no podía más...

—Pues no sé por qué no, si hemos ido alguna vez que otra...

—Cuando eras solo mi vecina y no mi alumna. Y no creo que pueda llevarte más en coche a la facultad, no me apetece que la gente hable...

“Yo creo que se lo he dejado bastante claro, ¿no?”

—La gente va a hablar igual, así que... Si te animas llámame y vamos al cine o a tomar algo ¿vale?

“Pues no. No lo dejé claro”. Me quedé con cara de bobo plantado en la puerta de mi casa sin dar crédito a lo que estaba pasando.

SE QUEMA

Ese lunes cuando llegué a clase, vi como Elisa entraba la primera y me sentí un poco culpable por haberla intimidado el día anterior en clase. No voy a negar que me sorprendió cuando, al entrar en el aula, me estaba esperando para entregarme el libro y comentarme con mucha tranquilidad, que había hecho las fotocopias y que sus compañeros ya estaban avisados. Sonreí y me vi tentado a hacerla sufrir de nuevo, pero me mordí la lengua, más por mi bien que por el suyo. Ya había empezado a ser consciente de que ella me ganaría la batalla.

Fui a mi mesa a sacar las cosas y me fijé en que Pedro estaba de nuevo en la primera fila.

Les hice un par de comentarios y al ver que la cara de Elisa me respondía con su, ya más que habitual sonrojamiento, decidí no ir más allá.

Nada más acabar la hora salí sin detenerme con nadie. Me esperaba una larga tarde de reuniones y seguramente ya habría alguien en la puerta del despacho. Como intuí, había alguien esperándome, pero no era precisamente la persona con quien deseaba encontrarme. ¿Por dónde demonios había subido esa mujer?

—Inma... ¿Qué haces aquí? Si acabas de estar en clase...

— Necesito hablar contigo y no puedo esperar.

—Inma, tengo citas concertadas...

—Solo son cinco minutos.

—Que sean dos. Pasa —Accedí al final un poco desesperado—.

A ver, cuéntame.

— ¿A qué viene ahora eso de que no quieras que nos vean juntos? ¿Es por la chica esa?

Aquello me dejó tambaleando. ¡¿Qué diantres me estaba contando esa mujer?! No estaba bien de la cabeza, algo no encajaba como debería...

—¿De qué me hablas, Inma? ¿Qué chica?

—La cría esa a la que le das los libros para fotocopiar...

—Esto es de locos, Inma. Haz el favor de salir.

Me había cabreado, había conseguido enfadarme a pesar de mi carácter sosegado.

—No, perdona, perdona Arturo. No sé lo que me ha pasado. Lo siento...

Y en un acto desesperado, me cogió del cuello y me besó en la boca. ¡Toma ya! De verdad que estaba desesperada aquella mujer...

La separé al instante.

—Inma, no. Hasta aquí hemos llegado. Déjalo ya. No me quiero enfadar más, así que por favor te pido que te vayas, inmediatamente...

Así lo hizo. Al final me dio hasta algo de pena, pero ya había cruzado la línea y de lo simplemente anecdótico había pasado a lo desagradable y yo ya no podía más.

Por suerte al poco tiempo llegaron los alumnos con los que tenía que reunirme y aquel episodio pasó rápidamente al baúl de los recuerdos.

Como había imaginado, aquella tarde fue larga pero productiva...en todos los aspectos.

Para mi sorpresa pude irme a casa antes de lo que imaginaba y, bueno, no fue la única sorpresa que tuve ese día.

—Hola, señorita Rivas, ¿ya acabó las clases?

Cuando el ascensor paró en la primera planta y abrió sus puertas, no podía imaginar que sería Elisa la que lo esperaba. Elisa y yo., por primera vez solos...

—¡Ah! Hola, no me había dado cuenta de que estaba aquí.

La frialdad con la que me saludó no hizo más que aumentar mis ganas de acercarme a ella.

—El viernes la esperé en mi despacho —Me miró sin entender muy bien lo que le estaba diciendo—, para que me devolviera el libro, digo.

—Ah, bueno, es que no me gusta molestar si no es por alguna duda. Además así aproveché a leerlo el fin de semana. Espero que no lo necesitara.

Me habló con una seguridad que me dejó ver un poco más a la Elisa que se escondía detrás de aquella aparente timidez.

Estuvimos hablando hasta que el ascensor llegó a destino y seguimos haciéndolo hasta la entrada, donde una alumna me saludó con tanto ímpetu que casi me fue imposible despedirme de Elisa. Forcé la despedida para no parecer maleducado y se fue con una prisa que me pareció fingida.

Aquel encuentro me puso en evidencia algo que estaba empezando a sospechar desde hacía algún tiempo. Elisa me gustaba. Pero me gustaba de una manera diferente a como lo habían hecho el resto de las mujeres a lo largo de mi vida. A Elisa la necesitaba.

Pensaba en ella continuamente y simplemente recordar su imagen en clase me hacía sonreír aunque estuviera en medio de una reunión. Incluso Alfredo en más de una ocasión se percató de ello sorprendiéndome con una mirada suspicaz, tirando a jocosa.

Tenía que dejar de pensar en ella, ¡hasta Inma se había dado cuenta! ¿Sería demasiado evidente? Por nada del mundo me apetecía que empezaran a circular rumores sobre mí.

El siguiente día en clase me mostraría más distante, no tenía sentido seguir con ese juego que no me iba a llevar a ninguna parte, porque desde luego lo que no entraba en mi mente era liarme con una alumna, por muy Elisa que fuera.

Y como digo, esa era mi intención, porque cuando llegó el momento y la vi rodeada de dos de sus compañeros, no pude evitar hacer un comentario divertido, sobre todo porque sabía, ya por aquel entonces, que Pedro tenía el claro propósito de entrar en guerra conmigo.

—Vaya, señorita Rivas, veo que cada día va captando más adeptos —dije sin desprender mi mirada de sus ojos.

Empecé la clase y no tardé en ponerme a dar vueltas por el aula. Cada vez eran mayores mis ganas de quedarme frente a ella dando la explicación, pero mi lado más racional me gritaba: vete, vete... y como en aquel tiempo estaba acostumbrado a ser más racional que sentimental, hice caso sin rechistar.

Me molestó sobremanera como Pedro, con disimulo, bueno disimulo... más bien a sabiendas que yo estaba detrás mirándoles, le entregó una nota a Elisa, que esta leyó con cierto temor a que les viera. Ese detalle de Pedro me puso de muy malhumor aunque no dejé que lo notara porque sabía que lo había hecho solo por molestarme. En ese momento, empezó la guerra, aunque me haya costado tiempo admitirlo.

Terminó la clase y, como siempre, todos volaron fuera, menos Elisa que se entretuvo guardando los apuntes. Yo aproveché ese movimiento para coincidir con ella en la puerta donde, sin pensarlo siquiera y fruto del enfado que aún llevaba dentro, la detuve un instante agarrándola de un brazo y en un susurro le dije...

—¿No cree que el tema de las notitas es para niños de colegio?
—El rubor de sus mejillas y su mirada chispeante, a pesar de su sorpresa, hicieron que mi enfado se disipara de inmediato—. Aunque bueno, a su favor diré que le agradezco que no le contestara. Esas cosas me ponen bastante nervioso y de malhumor.

Noté en su expresión y en la tensión de su cuerpo que, lejos de verme como su profesor, me veía como un hombre.

Y en ese mismo instante me arrepentí de haberlo hecho. Salí de allí sin darle margen para que me contestara.

Jugaba a la seducción con Elisa por el mero placer de satisfacer mi ego (o eso creía yo), sin darme cuenta de que aquello a ella quizá le podría dar alas y confundir mis intenciones. Subí a mi despacho entonando el *mea culpa*, sintiéndome un patán, un cretino. Cerré con llave y me senté en la silla. Apoyé mis codos sobre la mesa y mirando a la nada, me froté la cara. ¿Qué estaba haciendo con aquella chica? Yo jamás iba a tener nada con ella, pero algo me arrastraba a seguir jugando... quizá los latidos de mi corazón que durante tantos años habían permanecido aletargados...

No. Aquello tenía que acabar. Ya no por mí, sino por ella. Se acercaban los exámenes y no quería ser una distracción para una chica que por otro lado era brillante en los estudios. No. Tenía que parar con aquello.

ABRIENDO CORTAFUEGOS

A partir de aquel día me distancié. No volví a mirarla, ni a mostrarme cercano con ella, ni volví a quedarme en frente de su mesa para dar la clase. No volví a hacer nada que pudiera confundirla.

Lo que no pude evitar, muy a mi pesar, fue pensar en Elisa y cada día, al meterme en la cama, luchaba contra mí mismo para poder olvidarla. ¡Qué extraño sentimiento era ese en el que me envolvía! Ansiedad por verla, tristeza por saber que jamás iba a estar con ella, alegría cuando me miraba, desesperación por mi lucha interna, rabia y envidia cuando Pedro andaba a su alrededor... Sonreía sin poder remediarlo al pensar en ella esperando a que yo llegara para dar la clase, cuando se desesperaba porque se distraía conmigo, cuando sin querer, me miraba más de lo que su vergüenza la dejaba. Ella sí que me daba alas a mí. Alas que me animaban a salir corriendo, a gritar, a reír, a saltar en los charcos... Esa chica me despertaba, me hacía sentir vivo por más que yo rechazara aquella sensación. Pero no podía dejar que todo eso me superara. Yo era un hombre responsable y emocionalmente atascado. Tenía un montón de obligaciones que atender y mucho trabajo detrás que no iba a tirar por la borda por un posible rollete. Rollete... ni yo mismo me lo creía cuando lo pensaba. No. Elisa no era un posible rollete. Me inspiraba mucho más que una simple cita en un bar, una cena y un polvo demoledor. No. Elisa me estaba poniendo en bandeja ese sentimiento que me afané por encontrar en cada una de las mujeres con las que estuve y al que jamás me conseguí acercar.

Elisa me había fascinado y fastidiado a partes iguales. “No. No me podía haber fijado en la mujer de la biblioteca o la chica de la

panadería, no. Me tuve que enamorar de Elisa... (he dicho enamorar, sí, porque en ese momento ya lo sabía) una alumna, ¡una niña que estará a otras cosas! Yo he vivido esa época. Fiestas, alcohol, cachondeo... Sé de qué va la historia y desde luego yo no encajo en ella... ¡Dios! ¿cómo ha podido pasar?. No. No y no. Solo faltaría que por una tontería me cargara de golpe y porrazo toda mi carrera. No. Se acabó.”

Y que conste que puntalicé perfectamente: No (punto). Se acabó. Pero el destino se empeñó en corregir aquel pequeño signo de puntuación y dejarlo simplemente en : No se acabó... ¿Se aprecia la diferencia?

Y así me pasaba los días, en una constante lucha entre la razón y el corazón.

A tan solo una semana de los exámenes, me di cuenta de que aquella decisión, la de distanciarme, había sido la mejor opción sobre todo al ver cada día a Elisa estudiando concentrada en el departamento junto a sus compañeros. Si bien es verdad que no podía evitar sonreírle cuando nos cruzábamos, no es menos cierto que el resto de los encuentros en clase o en los pasillos, eran un poco menos simpáticos.

Ella también mostró más frialdad en sus saludos, no sé si fruto de los nervios de los exámenes o como cambio de moneda por verme en aquella actitud con ella. Porque he de admitir que marqué la diferencia con el resto de sus compañeros, con ella me mostré más distante y más antipático. Supongo que la rabia que sentía hacia mí mismo por dejarme arrastrar así, la pagué con ella.

El mismo día del examen aprovechando que estaba estudiando sola en el departamento y, ante el agobio que parecía mostrar con aquel desbarajuste de papeles y notas que tenía encima de la mesa, intenté tranquilizarla un poco. En realidad fue algo que no pensé. Las palabras empezaron a salir de mi boca sin permiso alguno y , para ser sinceros, dejé que siguieran fluyendo. Era algo absurdo e incluso infantil e inmaduro diría yo, no dirigirla la palabra puesto que ella no era culpable y desconocía la lucha interna yo que mantenía.

—Buenos días, señorita Rivas, la veo muy concentrada y muy sola, me extraña en usted.

—Ay, ¡qué susto! —Me hizo gracia el respingo que pegó en la silla, estaba más concentrada de lo que yo pensaba.

—Perdone —sonreí—, no era mi intención. Veo que anda un poco angustiada, ¿no lo lleva bien?

—Hum... —carraspeó—, digamos que no lo llevo tan bien como me gustaría

—En ese caso, no la molesto más. Pero yo creo que lo mejor que puede hacer ahora es repasar esquemas y poco más. Ya no es tiempo de estudiar. Suerte. La veo esta tarde en el examen.

Qué extraña naturalidad la que desprendían sus ojos al mirarme a pesar de que el rubor de sus mejillas, delataban cierta vergüenza al hablar conmigo. Tenía casi la plena certeza de que en la mente de aquella chica se lidiaba la misma batalla que en la mía. ¿De verdad era algo tan descabellado intentar un acercamiento con ella.

Qué extraña naturalidad la que desprendían sus ojos al mirarme a pesar de que el rubor de sus mejillas, delataban cierta vergüenza al hablar conmigo.

Tenía casi la plena certeza de que en la mente de aquella chica se lidiaba la misma batalla que en la mía. ¿De verdad era algo tan descabellado intentar un acercamiento con ella? Las murallas de mi fortaleza se tambaleaban cada vez que hablaba con Elisa y aquella seguridad, con la que argumentaba mis razonamientos sobre la irresponsabilidad de propiciar un encuentro con ella, parecían caerse por su propio peso. Por eso, por eso mismo, era por lo que tenía que alejarme de ella, de mirarla y de hablarle, porque si seguía haciéndolo, iba ser imposible mantener la distancia.

Llegó la hora del examen y me sorprendí al no verla en primera fila donde acostumbraba a sentarse. Me desilusioné al pensar que quizá había preferido no presentarse a aquella prueba... Instintivamente hice un recorrido por toda la clase hasta que la encontré sentada en la última fila. Sonreí aliviado (y sin poder evitarlo) al verla y le pregunté con un gesto de cabeza qué hacía ahí. Entendió mi gesto y me contestó encogiendo los hombros. Sonreí ante aquella pequeña complicidad y si digo que en ese momento hubiera tirado los exámenes al suelo y hubiera ido

corriendo junto a ella a decirle todo lo que me provocaba solo con verla, no mentiría.

He de confesar que el primer examen que corregí fue el de Elisa. En el mismo momento en el que me lo entregó me vi tentado a mirarlo, pero ante el constante goteo de alumnos entregándome sus exámenes, desistí en el intento.

Sí fue lo primero que hice al subir al despacho y, ¡oh sorpresa!, ¡qué desilusión! ¿Ese era el examen de una alumna que sacaba matrículas de honor? ¿Era una burla? Me sentí tremendamente ofendido, como si aquel examen fuera una burla hacia mi persona y hacia mi trabajo.

Sí, lo sé, un poco ridículo y desmesurado, ¿pero dónde estaba esa chica que hacía exámenes dignos de mencionar? Salí de mi despacho con la necesidad de airearme un poco y despejarme de los ridículos pensamientos en los que estaba envuelto.

En el camino me encontré a una compañera, profesora de Elisa en otra asignatura, y me vi tentado a preguntarle con disimulo sobre las “virtudes intelectuales” de aquella alumna que compartíamos. Para mi sorpresa fue más fácil de lo que esperaba, ni siquiera tuve que disimular.

—Hola Carmen... ¿qué tal? ¿Ya acabaste con los exámenes?

—Con los de segundo, sí, me queda por corregir alguno pero prácticamente está finiquitado. ¡Ja, ja, ja!

—Y qué... ¿alguna sorpresa?

—Pues mira sí, justo hace un día lo hablaba con Lucas, la chica esta de segundo, tú le darás clase, Elisa Rivas. —“¡Toma! ¡Sí señor!”, el corazón se me aceleró como a un crío de quince años—. Ha hecho un examen como muy pocos he visto a lo largo de mi carrera...

—¿De verdad? —dije sorprendido (y más cabreado si cabe)—. Pues mira qué casualidad, porque precisamente de ella te quería preguntar. A mí también me comentó Lucas lo buena estudiante que era y es que acabo de corregir su examen y... ¡da pena!. Que vamos a ver, los conceptos y fechas están bien, pero es que no hay por donde rascar. No sé, me parece muy raro, por eso te preguntaba...

—Hombre Arturo... —me contestó bromeando—. No me vayas a comparar el tostón de tu asignatura con la Antropología... —Para bromas estaba yo—. De todas formas ¿tú no acabas de salir del examen?, ¿y ya lo has corregido?

¿Por qué narices tienen que ser tan suspicaces las mujeres? Aquella pregunta me pilló desprevenido. Carraspeé para hacer tiempo y que la divina providencia me sacara del apuro...

—No, mujer... Le he echado un vistazo, como todo el mundo hablaba maravillas de esa chica, tenía curiosidad...

Su media sonrisa no me gustó nada.

—Ya. Bueno, me voy que tengo una reunión.

Regresé a mi despacho más malhumorado todavía y volví a echar un vistazo al examen. Quizá tenía puestas las expectativas muy altas y mirándolo de nuevo, a lo mejor no estaba tan mal...

Pues no. Mirándolo de nuevo estaba peor, así que decidí no volver a hacerlo por no acabar suspendiéndola...

Recogí y me fui al gimnasio.

TOCADO Y HUNDIDO

Al día siguiente me fui a primera hora a la facultad porque tenía la mañana cargada de reuniones. Vi a Pedro en la entrada hablando con alguien y me chocó verle tan pronto. Supuse que aún le quedaba algún examen y que aprovecharía para estudiar toda la mañana. Le saludé con prisa al ver que las puertas del ascensor se cerraban. Corrí y llegué a tiempo para impedirlo. Cuál fue mi sorpresa, cuando al abrirse, vi a Elisa mirándome con la misma cara de sorpresa que seguramente tenía yo.

—Señorita Rivas —Me quedé callado unos segundos preguntándome si sería mejor no decir nada—. He revisado su examen y me parece un desa... —Me pudieron la insensatez y las ganas que tenía de recriminarle aquella "M" de examen. Pero me quedé con ganas.

Las puertas del ascensor volvieron a abrirse y subieron más personas.

No me hizo falta acabar la frase, por el gesto de Elisa entendí que me había entendido. Aún así, las ganas de poder decírselo a la cara se me quedaron agarrotadas en el pecho (al igual que mi enfado) unos cuantos días más. Los justos hasta que salieron las notas y, con la excusa de que subiera un documento a mi despacho, vi la oportunidad de poder hablar con ella a solas. Nunca pensé que con aquella reprimenda, sería yo el que acabaría disculpándome como un niño pequeño. Ese mismo día, descubrí el poder que Elisa ejercía sobre mí y dejé de ser dueño de la situación.

Me puse como un energúmeno porque no entendía como una chica con su expediente había hecho un examen tan desastroso. Su "expediente", para qué diría aquella estupidez. Elisa entendió que

había estado indagando sobre ella (algo que, bueno, no era del todo mentira) y se sintió tan ofendida que tuve que agarrarla de los brazos antes de que se fuera casi llorando de la rabia y suplicarle que me perdonara, que no había sido como ella lo había entendido y que sentía haberme puesto tan hiriente con ella.

Gracias a que nos interrumpió Alfredo la cosa no fue más allá, porque en ese momento, yo me encontraba suplicándole perdón a una distancia no demasiado apropiada para una alumna y un profesor.

Pasados unos minutos, una vez que se fue Elisa, me recompuse y bajé con Alfredo y otros profesores a la cafetería y allí estaba sentada en una mesa, junto a sus amigos, riéndose con una cerveza en la mano. “Eso es, lo que es... Arturo, mírala. Una cría en sus primeros años de universidad, pasándose bien con sus amigos, bebiendo como hacen todos los jóvenes y seguramente burlándose del profesor que anda fisgoneando en el historial de una alumna demasiado guapa y demasiado joven.”

De pronto y como si hubiera estado leyendo mi mente, se giró y me sonrió delante de todos sus amigos, quizá para ridiculizarme todavía más delante de ellos.

Se me nubló el entendimiento. La rabia que había conseguido dominar durante años con el deporte salió de nuevo desde lo más profundo de mis entrañas. El gesto me cambió de repente y, dirigiéndome a Alfredo con una excusa bastante absurda, salí de allí odiándome por haber caído tan bajo.

“¿Cómo es posible que mi reputación pueda tambalearse por una cría? ¿Cómo he sido tan idiota de haber puesto en peligro tantos años de trabajo, tanto esfuerzo para ganarme la confianza de tanta gente por una...?”

Ni siquiera me molesté en coger mis cosas del despacho. Me fui a casa, con la rabia aún ardiéndome en el estómago, para coger la mochila del gimnasio y desfogar allí toda aquella insana sensación que me iba carcomiendo poco a poco.

Estuve tres horas sin parar, corriendo más de lo que debía, cogiendo más peso del que podía y odiándome por mi estupidez. Poco a poco, y gracias al cansancio y a la sensatez, conseguí

perdonarme. No podía odiarme por haberme enamorado... “Uno no elige de quién se enamora, pero sí cómo lo hace y yo, a partir de ahora, voy a dejar de ser tan idiota. Puede que no pueda desprenderme de este sentimiento, pero desde luego, no lo voy a avivar.”

Y con esa firme convicción me fui a casa creyéndome lo que decía... Pobre iluso.

A ver... vamos a contar. Esto pasó un viernes después el sábado, domingo y ese lunes, después de clase, ya estaba rogándole que subiera a mi despacho con la excusa de comentar algo de su examen.

¡Dos días! Habían pasado dos días y volvía a meterme en la boca del lobo como si no hubiera aprendido nada de lo que había pasado el viernes en la cafetería. Eso sí, creyéndome yo mismo que era para acabar con aquella situación.

YO CONFIESO

Ese día no fue a mi despacho. ¿Acaso pensaba que ella estaba deseando subir a mi despacho? ¿Qué dejaría todo lo que tenía que hacer para ir a hablar conmigo, un tío que se había arrastrado ante ella pidiéndole disculpas y del que se había burlado en la cafetería? Como era de esperar no se presentó y no lo hizo, no solo porque no le importaba lo más mínimo lo que yo pudiera decirle de su examen, sino porque tenía cosas mejores que hacer con su noviete, rollete, o lo que fuera Pedro.

Coincidí con ellos en el ascensor cuando acabaron las clases. Pedro la tenía aprisionada contra la pared, donde seguramente se acababan de dar un beso de esos que se dan los adolescentes con mucha baba y poco tino. Para ser justos, diré que eso no lo vi, pero sí vi a Pedro separándose de ella y lanzándome una mirada victoriosa, que me encendió aún más que lo que acababa de ver.

Aquella tarde disimulé trabajar, porque poca cosa pude hacer. Miraba atento la puerta del despacho esperando que Elisa entrara por ella. Cada vez que alguien llamaba, el corazón se me aceleraba apenas unos segundos, los necesarios para darme cuenta de que no era ella quien estaba al otro lado. Solo al final de la tarde fui consciente de que no iba a aparecer y dejé de pensar que iba a poder hablar con ella.

Por eso no es de extrañar que al día siguiente, cuando llamaron a la puerta, no contestara con demasiado entusiasmo.

Mi sorpresa fue máxima al ver que al abrirse aparecía Elisa con aquella expresión entre avergonzada y temerosa, que hizo que me volviera a odiar a mí mismo por no ser capaz de desprenderme de ese sentimiento.

Empecé mi discurso con tono serio y distante. Nada me hizo sospechar en ese momento que el final de aquella conversación sería totalmente distinto.

—Hola. No la esperaba.

Elisa se disculpó por no haber podido ir el día anterior pero yo apenas la escuchaba porque tenía demasiado reciente la imagen de Pedro sobre ella. Estaba claro que poco me importaban sus excusas después de haberla visto en aquella actitud.

En ese momento solo me importaba aclarar la burla que me había hecho el día anterior en la cafetería con aquella sonrisa delante de todos sus amigos y zanjar el asunto. Quería volver a ser el profesor al que respetar y nunca más sentirme vulnerable frente a ella. ¿Nunca? No tardé ni cinco minutos...

—¿Puede explicarme qué pasó el otro día en la cafetería? ¿Supongo que lo pasaron bien a mi costa, no? La vi, muy risueña. Se divirtieron mucho conmigo imagino. —Parecía confusa y no entender muy bien de qué le hablaba.

—No le entiendo. Disculpe pero lo que haga fuera de aquí y de lo que me ría, no le interesa.

—¿Qué no me interesa? ¡Sí cuando es de mí de quien se está hablando!. Le faltó tiempo para ir a comentarles a sus compañeros lo que le dije en el despacho, ¿no?. Vi cómo se burlaba, señorita Rivas, vi ese gesto en su cara...

Aquellas palabras no hicieron otra cosa que abrir paso a mi desesperación y caí abatido. A partir de ese momento, mi boca y mi corazón dejaron de escuchar los gritos desesperados que lanzaba mi razón para que permaneciera callado y olvidar a Elisa. Ilusa mi mente, ¿de verdad creía que podía luchar contra los latidos de un corazón que me llevaba una y mil veces hacia ella?

Me senté vencido en la silla, apoyé mis codos en la mesa y me froté la cara en busca de un poco de sensatez, no la encontré. Alcé la mirada y confesé. Ave María purísima.

Confesé mi dificultad para dejar de pensar en ella, el miedo que aquel sentimiento despertaba en mí y la inseguridad que sentía al verla a ella tan joven y pudiendo conseguir que, con un solo comentario en alguna de las tantas fiestas universitarias que había,

destruyera mi imagen y mi prestigio. Estaba desatado, ya de perdidos, al río...

La expresión de Elisa me sorprendió. Se llevó las manos a los ojos y permaneció callada hasta que dejé de hablar. En un acto de valentía o quizá más bien de inconsciencia, me levanté y le separé las manos de los ojos. Acaricié su cara y seguí hablando hasta que ella, quizá, haciendo caso omiso a la lucha interna con la que seguramente también lidiaba, fue mucho más valiente que yo y me besó. La esponjosidad y la calidez con la que me arroparon sus labios hicieron que se removiera algo en mi interior que no conocía. Una llama diferente que ocultó bajo tierra la poca cordura que me quedaba y que me animaba a no desprenderme de la cercanía de Elisa.

—Qué has hecho, Elisa... Esto es una verdadera locura, no puede ser... —intentó resurgir mi razón mientras la colmaba de besos...

En ese momento Elisa se separó y, cabizbaja, con lágrimas en sus ojos, me acusó de ser un sinvergüenza...

Me quedé mucho más que sorprendido... A ver, sí, había tenido muy poca vergüenza al confesar mis sentimientos, pero... hum..., ¡acabas de besarme, Elisa! ¿No podías haberlo pensado antes? Ahora ya estaba demasiado perdido como para recular.

Estaba claro que algo no había quedado demasiado claro entre los dos. Gracias a Dios, Elisa tuvo la suficiente sensatez para no salir del despacho sin aclararme ese asunto.

No sé por qué extraña razón Elisa pensó que Claudia, con la que me había visto en la entrada, era mi mujer y Hugo mi hijo. He de confesar que resoplé aliviado al saber que ese era el motivo de su desazón y, en el fondo, me gustó verla un poco insegura, porque desde que había dejado mis sentimientos al descubierto, ella se había mostrado con tanta seguridad que conseguía hacer demasiado visible la que a mí me faltaba.

Poco más pudimos hablar, no era ni el momento, ni el lugar y cuando Elisa se marchó sentí tanto pavor como felicidad.

Cientos de sentimientos contradictorios me bombardeaban, dudas, miedos, inseguridad, felicidad, alegría, esperanza, fuerza...

EL DÍA MÁS RARO DE MI VIDA

Cuando llegué a casa, lo primero que hice fue salir a la terraza a respirar un poco de aire gélido, para aclarar en lo posible mis ideas. ¿Aclarar mis ideas? Si lo tenía muy claro. Me había enamorado. Había encontrado aquello que buscaba desesperado en cada una de las mujeres con las que había estado. El problema estaba en que ella no dejaba de ser una niña en plena época universitaria y yo, un hombre muchos años mayor que ella y... su profesor.

¿Qué pasaría de ser un juego para ella? ¿Qué pasaría si Pedro se enterase y levantara rumores sobre mí? Y viendo la trayectoria de su querido amigo, era algo que no descartaba... Habría desperdiciado años y años de esfuerzo, de trabajo, por una insensatez...

Volví a entrar en casa. No quería darle más vueltas al asunto porque en el fondo, a pesar de mis dudas y mis miedos, estaba feliz. El recuerdo de sus labios en mi boca, de sus manos en el cuello me torturaba.

Al día siguiente, después de una muy mala noche debatiéndome entre el bien y el mal, entre lo adecuado y no adecuado, entre lo correcto y lo incorrecto, entre el amor y la razón fui a la facultad con la esperanza de encontrarme a Elisa por los pasillos y poder, de alguna manera, despejar todas mis dudas y demostrarme a mí mismo que no tenía que salir mal, que me estaba equivocando en pensar de esa manera. Y lo que descubrí ese día realmente me demostró que estaba equivocado, aunque muy a mi pesar, no de la manera que hubiera deseado.

Al salir de la cafetería me choqué con ella y su fiel lacayo Pedro, teatralizando lo que había sucedido el día anterior en mi despacho...

“¡No! ¡No podía ser! ¡Cómo había sido tan estúpido! ¡Cómo podía haber confiado en una cría que lo único que quería era pasar el rato y burlarse con todos sus colegas del profesor al que había conseguido seducir! ¡No puede ser que haya caído tan bajo! ¿Cómo he sido tan imbécil de creer que Elisa? No me lo voy a perdonar en la vida!”.

Subí al despacho inyectado en rabia y decepción. Más decepción que rabia, he de apuntar.

Cerré con llave y descargué toda mi desesperación contra la mesa de mi despacho. En seguida me arrepentí y conseguí, no sé de qué manera, guardar las formas.

Respiré hondo, di vueltas por allí como un pájaro enjaulado e intenté alejar aquellos pensamientos, para que no me perjudicaran más en mi trabajo. Abrí el ordenador y me puse a trabajar.

Al poco rato llamaron a la puerta. Algo me decía que era Elisa. No contesté. Insistió varias veces. Estuve tentado a abrir y acabar de una vez por todas con aquella farsa, de escupir todo el veneno que me estaba quemando las entrañas, de llorar como un niño delante de ella y de decirle que me había hecho daño, que jamás había sentido un dolor parecido, un dolor que se clavaba y reventaba todo por dentro.

Pero no lo hice. Me quedé allí en silencio esperando a que se marchara. Me levanté, miré por la ventana, di vueltas y de repente, me fijé en cómo se deslizaba un papelillo por debajo de la puerta. Sonreí sin querer, a pesar de lo decepcionado que estaba. Como ya he dicho antes, en aquella época mis emociones no las regía mi cerebro. Esperé un poco a no escuchar ningún ruido y lo cogí. Cuando lo leí me llevé tal sorpresa que no pude hacer otra cosa que reírme a carcajadas. Aquello confirmaba que Elisa no dejaba de ser una niña, aunque eso sí, muy valiente y obstinada.

“ La señorita Elisa Rivas de la Fuente jura solemnemente no hacer pública la relación que mantiene en este momento, asumiendo cualquier tipo de responsabilidad si llegase el caso de no cumplir tal juramento. A fecha de.....”

Lo leí varias veces porque no me acababa de creer que aquello que tenía entre mis manos, fuera de verdad. ¡Ja, ja, ja! ¿Había ido

a un notario a firmar ese documento? ¡Ja, ja, ja!... definitivamente, aquella chica... aquella chica era de fiar. Irradiaba bondad y naturalidad por todos los poros de su piel. Me estaba pidiendo a gritos que confiara en ella y yo, como un fiel servidor, no pude hacer otra cosa que agachar la cabeza y cumplir gustosamente sus órdenes. Quizá estaba equivocado, quizá aquello que vi no iba conmigo...

Algo más calmado decidí reanudar mi trabajo, aunque cada poco miraba aquel documento, que al menos me hacía sonreír. La cordura de aquella mujer (bueno mujer, chica) quedaba en entredicho con aquel papel o quizá la mía, por dejarme arrastrar por esa espontaneidad que demostraba y a la que yo me agarraba como un clavo ardiendo .

Seguí trabajando, repasé el correo y me fijé en que tenía uno de jella!. ¡Ja, ja, ja! ¿Cómo podía seguir enfadado?

Asunto: No es lo que parece

Por favor, ya sé que no debo enviarte correos personales aquí, pero es la única manera que encuentro para justificar lo que has visto.

Vi en tu cara lo que estabas pensando y te juro por lo que más quieras que no estábamos hablando de ti. Sé que sacado de contexto se podría malinterpretar, pero por favor, no lo hagas. Confía en mí. Déjame hablar contigo. Llámame...

“Ojalá Elisa, ojalá pudiera llamarte y aclarar esto, pero...tengo demasiado miedo...”

Me froté la cara y me arrepentí de no haber abierto la puerta cuando estaba llamando.

“Elisa... tú no eres como te había imaginado. Tus sentimientos son sinceros, no tienes maldad, ¿cómo he podido desconfiar de ti?” Sonreí de nuevo, solo y como un bobo. Confieso que leí aquel correo un par de veces y que me vi tentado a ir a buscarla, pero mi pánico a “el qué dirán” pudo conmigo.

Estuve trabajando hasta última hora, y justo cuando iba a apagar el ordenador, me llegó un correo, que deseé que fuera de Elisa, pero no. No era de Elisa, era de Inma. Puf. Me sorprendió mucho porque

creía haberle dejado clara la situación. Pues vaya, se ve que no, que muy claro no debí dejárselo...

Asunto: *¿Estás seguro?*

¿Estás seguro de que quieres tenerme como enemiga? Últimamente me has apartado de tu vida sin la más mínima consideración. Has dejado de pararte a hablar conmigo en la facultad, no coincidimos nunca en el portal, si llamo a tu casa

nunca estás... Has dejado de mandarme tareas en clase... Dime, ¿de verdad prefieres tenerme enfadada? Puedo hacerte la vida imposible si me da la gana... Sé que andas coqueteando con alguna alumna y eso estaría muy mal visto, ¿no? Ten cuidado, Arturo, porque se me está acabando la paciencia.

JO-DER... “¿Hoy es el día de vamos a tocarle un poquito las pelotas a Arturo o el día mundial de los locos de atar?” Que vamos a ver, no es que quisiera meter en el mismo saco a Elisa, pero joder, el día se estaba volviendo raro de narices.

“¿PERDONA? ¿Se te está acabando la paciencia? Esto ya ha llegado demasiado lejos. No voy a permitir que una despechada venga a amenazarme... ¡Solo faltaría!”. Aquello ya era lo último que podía pasarme.

Me fui a casa a lomos de Lucifer envuelto en tanta rabia que de habérmela encontrado en ese momento, la habría pinchado con el tridente de mi demoníaco compañero, que me instaba una y otra vez, a gritarle más de un improperio a aquella mujer que había perdido el juicio y por lo que estoy comprobando ahora, estaba consiguiendo también que perdiera el mío. Lo primero que hice nada más llegar a casa, fue llamar a la puerta de Inma que, para mi sorpresa, me recibió como si me esperara, con una camiseta de tirantes demasiado ajustada (en pleno invierno) y un minúsculo pantalón que le cubría más bien poco (lo dicho, estaba loca de remate).

—No vuelvas, NUNCA, a amenazarme. Porque si sigues así nos vamos a tener que ver en los tribunales. Ya has llegado demasiado lejos.

Y sin darle tiempo a contestar me fui a casa. Cerré de un portazo y me dejé caer en el sofá con la intención de dejar de sentir que

todo se me estaba yendo de las manos.

Aquella noche, los dolores de cabeza volvieron a ser preocupantes.

EL DESPACHO

Ese día llegué a clase algo aturdido por la noche que había pasado. Preferí además no mostrarme demasiado cercano con Elisa, a pesar de que cuando la vi, me devolvió la vida que la larga y dolorosa noche me había quitado.

Al acabar la clase no pude por menos que hacer un comentario sobre el correo que me había mandado Inma. Aún estaba caliente con ese asunto y quería que se diera por aludida delante de todos a ver si así se le pasaba un poco la tontería tan grande que llevaba tiempo arrastrando conmigo. Lógicamente no di detalles, ni dije de quién se trataba, pero fui lo suficientemente directo para que ella supiera de quién hablaba. No caí en la cuenta de que ese mismo día Elisa me había enviado otro correo y, sin poder evitarlo, conseguí que fuera ella la que se sintiera aludida, aunque no hay mal que por bien no venga...

Apenas había llegado a mi despacho y sacado las cosas, cuando oí que llamaban a la puerta.

—Adelante...

Sin darme tiempo siquiera a saludar, Elisa empezó a hablar sin parar un solo segundo para respirar. Sonreí y la dejé acabar.

Se disculpó por todo, por aquel malentendido con Pedro, por la nota del notario (“Dios santo, la nota del notario... espera, no te rías delante de ella”), por el correo. Se sentía tan avergonzada y tan insegura que no pude hacer otra cosa que caer rendido a sus encantos. De nuevo... ¡Qué novedad!

¿Qué importancia podían tener mis miedos si yo solo respiraba cuando estaba junto a ella? Me daba igual todo, buscaría la manera de deshacerme de esas inseguridades y de encontrar la forma de

vernos tranquilos en alguna parte... Empezó a fraguarse una idea en mi cabeza...

La semana pasó demasiado rápida preparando un ciclo de conferencias. Elisa y yo no tuvimos más encuentros que los de clase y alguno que otro en la cafetería. Estaba deseando poder estar con ella, abrazarla, besarla, pero no veía la manera de poder hacerlo.

Encontré la excusa perfecta en unos los dosieres que había preparado para aquellas conferencias.

Hice que subiera a mi despacho a por ellos y, cuando apareció por allí, lo primero que hice, fue cerrar la puerta y abalanzarme sobre ella... Qué necesidad tan grande de sentirla cerca... Su piel era tan suave y fina, sus labios tan cálidos que me hubiera quedado allí encerrado con ella el resto de mi vida.

Después de aquel encuentro fugaz, mi deseo fue en aumento y ya no podía dejar pasar un día más sin estar con Elisa. Estaba decidido. La llevaría a Cardaño.

El día de las conferencias estuvo cargado de sensualidad. Nuestras miradas no se separaban y me pareció que en aquel salón de actos repleto de gente solo estábamos ella y yo. Coincidimos en el ascensor y, con disimulo, conseguí ponerme a su lado.

Para su sorpresa y, sin que nadie nos viera, (excepto Pedro, que nos vio, y aquí voy a ser un poco malo, porque he de confesar que me encantó que lo hiciera), enredé mi mano en la suya durante todo el tiempo que nos concedió el ascensor en llegar a destino. Juguetear con su mano a escondidas, me encendió más de lo necesario y aumentaron mis ganas de poder estar con ella a solas (entiéndase "a solas").

Pensar en ese momento me atormentaba un poco, porque lo veía tan complicado que no veía posible que se pudiera producir en breve. Y yo ya había empezado a necesitarla demasiado.

Una vez más, Elisa me demostraría que las cosas son más fáciles de lo que parecen y que el deseo puede convertirse en una realidad con una simple jugada. Volvió a dejarme claro su valentía y la confianza que tenía en sus sentimientos y en ella misma.

Después de aquel día de conferencias, fui como todos los días a primera hora de la mañana al trabajo. Nada me hizo sospechar que

esa no iba a ser una jornada de trabajo al uso.

Al poco tiempo de estar allí, oí como llamaban a la puerta y me extrañé porque nunca iba nadie por la mañana, salvo que tuviera alguna cita concertada.

—Adelante...

Mi sorpresa fue máxima cuando al abrir la puerta vi a Elisa con una expresión diferente en su cara. Lo supe. No venía a hablar conmigo. Sonreí vencido.

—Hombre... Señorita Rivas... Esto sí que es una sorpresa...

Cerró la puerta con llave. Aquel simple gesto me puso a mil.

Aquella seguridad con la que se acercaba, sus movimientos envolventes e hipnóticos y la sensualidad con la que me hablaba, hizo que aquel momento se convirtiera en un recuerdo imborrable.

Acabamos haciendo el amor encima de mi silla, con la única certeza de que aquello, a pesar de ser una locura, había sido una necesidad vital tan primordial como el respirar.

Poco después, cuando nuestras respiraciones ya se habían acompasado y lo único que nos quedaba era disfrutar de aquella extraña pero agradable sensación, Elisa empezó a ponerse nerviosa como si de repente se hubiera dado cuenta de lo que acababa de pasar.

—Es muy raro que venga alguien a estas horas salvo que lo haya concertado. Estate tranquila —le dije sonriendo. Pero no había nada que hacer. Elisa quería marcharse y de pronto, a medida que avanzábamos hacia la puerta, fui yo el que empezó a sentirse inseguro. —Tengo... tengo una casita en el norte, en la montaña... ¿Había pensado que a lo mejor te apetecería pasar allí el fin de semana? Siempre que no tengas nada que hacer, claro.

Llevaba muchos días dándole vuelta a aquella idea. Ella y yo juntos, solos todo un fin de semana sin la necesidad de escondernos, pudiéndome sentir libre para abrazarla o mirarla sin miedo a ser juzgado o criticado.

Por la expresión de su cara y sus piernas enroscadas alrededor de mi cintura, deduje que a ella aquel plan le parecía tan buena idea como a mí.

UN RECUERDO IMBORRABLE

Al día siguiente en clase, lo noté. Pedro me retaba. No sé en qué momento lo supo o cuándo lo empezó a sospechar, pero Pedro sabía lo nuestro. Estaba rabioso, me lo decían sus ojos y su cuerpo, que se tensaba cada vez que me dirigía a Elisa. Y no le culpo, ella desataba nuestro lado más salvaje para lo bueno y para lo malo. Siempre lo sospeché, pero ese día, supe que Pedro estaba enamorado de Elisa y que no me lo iba a poner fácil.

Empezó con su ya conocido jueguito de enviarle notas por debajo de la mesa que tan nervioso me ponía. Y no fue eso lo que más furioso me puso no, sino que esa vez, Elisa le contestó. Entré al trapo. Sé que no debí hacerlo, pero como he dicho antes, Elisa sacaba nuestro lado más oscuro...

—Como siga con las notitas al final va a acabar conquistando a la srta Rivas, Pedro.

—Pues fíjese que no es mi intención hacerlo, no se preocupe — me contestó en el mismo tono sarcástico que yo había utilizado.

Sonreí. Empezaba nuestra guerra y los dos lo supimos.

Acabada la clase, dejé de pensar en Pedro. A Elisa y a mí, nos esperaba todo un fin de semana juntos y no iba a estropearlo con las pataletas de un crío al que casi le doblaba la edad.

Esperé en el despacho a que Elisa viniera para poder concretar nuestra salida. Sabía que tenía bastantes clases y que probablemente hasta última hora no llegaría. Lo que no me imaginé es que iba a arriesgar tanto, me estaba provocando, quería hacerme sufrir pero yo sabía que, antes o después, iba a aparecer por allí.

Respiré cuando oí que llamaban a la puerta.

Me acerqué hacia ella con ganas de comérmela entera.

—Pensé que no vendrías...

—¿Y si hubiera venido más tarde? ¿Cómo habiéramos quedado? ¿O quizás es que te has arrepentido?

Lo sabía, me estaba provocando. Insistía en que le diera mi teléfono para poder comunicarnos, pero yo tenía tanto miedo a que alguien (incluya y subráyese en ese “alguien” a Pedro como mayor peligro) pudiera verlo y que se echara por tierra todo el trabajo de años, por rumores malintencionados, que era incapaz de mover ficha.

Era un miedo que me paralizaba. Que no me dejaba avanzar, que me empequeñecía. Y lo peor de todo era que no me veía con fuerza para combatirlo. Si no hubiera sido por la obstinación de Elisa, probablemente aquel miedo irracional habría desencadenado en una huida (la mía, claro.).

Insistió e insistió tantas veces que al final, no sin reparo, acabé por meterle en el bolsillo trasero de su pantalón un papel (que había escrito y tirado un montón de veces antes de que ella llegara) con mi número de teléfono. Sentí una presión muy fuerte en el pecho y en seguida me arrepentí de habérselo dado, sobre todo al ver su cara de alegría. Se estaba confundiendo. Solo se lo entregaba para que me llamara si pasaba algo o si no encontraba el lugar en el que habíamos quedado, nada más... Pero su cara...

—No me llames si no es estrictamente necesario. No quiero ni mensajes ni llamadas ni nada... ¿De acuerdo? —tuve que aclarárselo antes de que siguiera ilusionada— y sobre todo no lo anotes en contactos, al menos no con mi nombre. No quiero que nadie pueda siquiera imaginar que estamos juntos.

Me arrepentí inmediatamente de haberle hablado así, pero no era yo, sino el miedo el que me empujaba a decir aquellas cosas. Intenté hacerme entender de otra manera al ver que aquellas palabras la habían dejado un poco tocada...

—No me mires así, por favor. Tengo miedo, esto es nuevo para mí. No quiero que anden chismorreando y perder el prestigio que me ha costado años ganar. Dame tiempo..

Me despedí de ella deseando que pasaran aquellas horas que nos separaban.

Tenía tantas ganas de que el tiempo avanzara que no esperé a que llegara el sábado. Esa misma tarde cuando llegué a casa, hice una pequeña maleta y me fui hasta Cardaño.

La casa llevaba bastante tiempo cerrada. Hacía ya mucho que no iba por allí y quería que estuviera cálida para cuando ella llegara.

Lo preparé todo y la imaginé allí junto a mí. Me tumbé en la cama y miré por la pequeña ventana que había en el techo. Cuando murieron mis padres pensé que jamás podría llegar a ser feliz, feliz del todo, plenamente y Elisa... Elisa me había devuelto la esperanza. Apenas nos conocíamos y había conseguido que mi corazón se acelerase, que latiese a un ritmo diferente. La necesitaba a mi lado para poder mirarla, besarla y quererla como no había querido a nadie.

Me quedé dormido sin darme cuenta. A la mañana siguiente, bajé a Velilla (el pueblo en el que habíamos quedado) a desayunar y a esperarla impaciente. Llegué demasiado pronto y, por lo que comprobé poco después, ella también. Cuando se plantó delante de mí a penas pude verla bien porque el sol me cegaba, pero cuando la cogí en volandas con ganas, pude mirarla mejor. Parecía más mujer, más segura y la alegría con la que me recibían sus ojos y sus labios me dieron de nuevo la vida.

Estuvimos paseando toda la mañana. El sol lucía y teñía de dorado todo el paisaje. Aunque en ese momento no podía discernir si era el sol o la propia Elisa quien desprendía aquella luz que todo lo iluminaba. No podía dejar de mirarla. Cada poco tenía la necesidad de pararme y besarla y ella, con cierto pudor, sonreía ante mis ataques repentinos.

La cosa cambió cuando llegamos a casa. Allí sin nadie alrededor, pudimos dar rienda suelta a nuestro deseo. No hubo nada que pudiera frenarnos salvo el agotamiento de nuestra propia fogosidad.

Una chimenea, una ducha, una cama... Mis manos descubriéndola, su boca recibíendome. Paseos, risas, abrazos, confesiones...

Y el tiempo corría y yo, a pesar de querer retenerlo, era incapaz. Se nos escapaba de las manos pero lo disfrutamos igual.

El recuerdo de aquel fin de semana quedará incrustado en mi memoria y no habrá enfermedad ni tiempo ni espacio que pueda borrarlo.

DE VUELTA A LA REALIDAD

Como imaginé, la despedida ese domingo fue muy dura y yo conseguí empeorarla por no saber tranquilizar su ánimo ni calmar la inseguridad que le nacía al enfrentarse de nuevo a una distancia que me era imposible recortar. Hubiera sido tan fácil como acceder a su petición de comunicarnos por teléfono, pero claro, debía ser la cosa más difícil del mundo coger el móvil y decirle que la echaba de menos, que la necesitaba a mi lado. No, claro, mucho más fácil dejar nuestras conversaciones y nuestros encuentros a momentos puntales y esporádicos, en los que tenía que perder el tiempo en explicaciones absurdas que justificaran mi distanciamiento cuando nos encontrábamos en cualquier lugar. No me pedía mucho, pero como digo, debía ser demasiado complicado para poder ceder. No. Yo no podía, al menos de momento. Supliqué que me entendiera, que me diera tiempo y ella, con lágrimas en los ojos, porque sabía lo que aquello quería decir, accedió. Sí, Elisa lo sabía, el tiempo que le pedía significaba no mirarla más de la cuenta, parecer distante cuando nos encontráramos, no hacer ningún gesto que pudiera ser malinterpretado por el resto y esperar a que ella encontrara cualquier excusa para poder subir a hablar conmigo.

Elisa me pedía todo aquello porque no era consciente de que, detrás de todas aquellas excusas, había alguien con nombre y apellidos que minaba cada día mi seguridad. Me asustaba que la guerra que manteníamos Pedro y yo se inclinara hacia él y se viera con el suficiente valor de lanzar bulos y rumores que destruirían en poco tiempo el prestigio que tanto me había costado ganar.

Les llevaba observando un rato. Estábamos en la cafetería, era lunes a primera hora de la mañana y ellos, como si nada,

jugueteando con los bolis y los apuntes. Yo estaba en la barra con Alfredo, al que solo oía de fondo, como el hilo musical que ponen en la sala de espera de un dentista. Alegaré en mi defensa, que tenía demasiada necesidad de atender lo que hacía Elisa como para poder escucharle.

Pedro fue el primero en verme, me sonrió desafiante.

Cogió a Elisa por los hombros retándome con la mirada, mientras ella, que estaba de espaldas a mí, y que no sospechaba las intenciones de Pedro, se reía por las continuas payasadas que él hacía tan solo para fastidiarme. Y lo conseguía, a pesar de ser tan solo un crío me hacía sufrir, y lo hacía porque él estaba continuamente a su lado, disfrutando de su día a día... Pedro podía hacer que se olvidara de mí con una jugada bien estudiada. ¡Venga, por favor! Que yo también había sido un chaval y bien sabía que compartir tantas horas y tantas anécdotas con los compañeros, daba lugar a numerosas... "confusiones". Vamos, lo que viene siendo los típicos rolletes entre colegas pero Pedro, si se lo proponía, tenía armas suficientes para conquistar a Elisa, y no solo porque a ella no le fueran esos rollos, sino porque Pedro, en el fondo, era un buen tipo.

Él podía estar con ella cuando quisiera, podía tocarla y abrazarla sin problema ninguno y si era listo (y me consta que lo era) sabría encontrar la manera para que Elisa, poco a poco, se fuera ilusionando por él.

Yo en cambio, ¿qué podía hacer? Tan solo esperar a encontrar un momento en el que poder estar con ella, sin apenas poder hablar y con la continua tensión de ser descubierto.

Elisa se agachó a coger un bolígrafo y me vio. Intenté sonreírle pero con la tensión que me provocaba Pedro, creo que fui incapaz.

Poco más estuve allí, me disculpé ante Alfredo y me fui al despacho.

Tenía que desconectar lo antes posible, en un rato llegaría la vicerrectora y no podía seguir sumido en esa burbuja Elisa/Pedro.

Al rato de estar reunido con ella llamaron a la puerta, no esperaba a nadie. Imaginé que sería algún alumno despistado con alguna pregunta.

—Adelante... —dije mientras seguía mostrándole mi proyecto a la vicerrectora.

—HO-la....

“¡Elisa!” No la esperaba y me quedé bloqueado. Un miedo atroz a que aquella mujer pudiera ver algo entre nosotros me hizo sobrereactuar para desgracia de Elisa. Sé que no estuve muy afortunado y que probablemente ella se hubiera sentido ofendida ante mi sequedad y mi manera disimulada (¿disimulada?) de decirle que se fuera. Lo estaba haciendo fatal, no sabía controlar la situación y a veces mi miedo y, por qué no decirlo, mi falta de experiencia en llevar una relación, hacían que pareciera un verdadero estúpido.

En cuanto se fue la vicerrectora fui a entregarle unos documentos a Clara con la esperanza de ver a Elisa en la biblioteca, como hacía muchas veces, y animarla con algún gesto a que subiera a hablar conmigo. No iba a ser fácil hacerme entender, ni... ver. Eran muchas las ocasiones que pasaba por la biblioteca cuando Elisa estaba estudiando, y la mayor parte de las veces ni se enteraba de que yo andaba por allí disminuyendo el paso, para ralentizar un poco el momento y mirarla un poco más.

Ese día tuve más suerte, porque después de ir a ver a Clara, la vi saliendo del baño quedando a tan solo un par de pasos delante de mí. Con urgencia y disimulo la insté para que subiera conmigo al ascensor que se estaba abriendo. Necesitaba hablar con ella, decirle que no podía ser cercano en determinadas ocasiones (traduciendo: que me disculpara por ser tan imbécil) y que sentía la brusquedad con la que la había tratado en el despacho (vamos, que no era más que un patán).

Me fue imposible. Aunque los dos estábamos solos en el ascensor, en el justo momento en el que iba a hablar con ella, entró más gente consiguiendo que dejara en el aire la única palabra que pude decirle antes de que me interrumpieran :“no puedo...”. Qué bien, justo lo que Elisa quería escuchar... Eso me iba a ayudar un montón a que me entendiera, sí señor... Me desesperé. Aquello estaba siendo más difícil de lo que yo esperaba.

Por la tarde intenté ir a clase más calmado, queriendo demostrar a Elisa, en la medida de lo posible (vamos, sin que nadie se enterara, probablemente incluida ella viendo mi poco tino), que nada había cambiado desde el fin de semana, que la seguía necesitando igual y que estaba deseando rozar sus manos, pero de nuevo la suerte no se ponía de mi parte.

Al ir acercándome al aula, vi a Pedro demasiado cerca de Elisa mostrándole algo en su móvil, que probablemente había escrito para ella, porque esta, al leerlo, se ruborizó un poco y le dijo que era muy bonito... “¡Muy bonito es lo que digo yo! Elisa, ¿no lo ves? ¿No ves que quiere conquistarte? No te dejes, por favor”. Un sabor metálico se acomodó en mi garganta...

—Hola chicos... Para clase... Estás hecho todo un conquistador, ¿eh, Pedro?

Sí, disimulé mi rabia detrás de aquel comentario, él la escondió tras su silencio.

Di la clase con la mayor naturalidad con la que pude hacerlo, aunque mis ojos se dirigían siempre a la primera fila. No sé si para mirarla a ella o para mirarle a él. Sospechaba que su siguiente jugada estaba cerca.

Después de clase, Inma, que desde aquel altercado en el que la amenacé con denunciarla se había mostrado más prudente y menos visible, gracias a Dios, aprovechó para subir conmigo al despacho y disculparse como solo ella sabía hacerlo... Estando una hora sentada e invitándome, para solucionarlo, a cenar en uno de los mejores restaurantes de Valladolid. Increíble, sí, lo sé. Esa mujer era incorregible.

Llamaron a la puerta y me sorprendí tanto como me alegré al comprobar que era Elisa quien llamaba.

No tenía cara de buenos amigos y mucho menos después de que Inma, cuando estaba a su altura, mostrara una cercanía hacia mí imposible de pasar desapercibida.

En cuanto Inma cerró la puerta fui hasta Elisa para besarla, para poder abrazarla de nuevo, pero ella me separó con desdén.

—¿Una hora, lleva aquí dentro una hora? ¡Nosotros en menos tiempo hicimos demasiadas cosas! — “Y que cosas...” Lo sabía, Elisa estaba enfadada...

Me hizo gracia descubrir a una Elisa celosa e insegura. Intenté apaciguarla un poco, pero no conseguía hacerla entrar en razón. No me apetecía estar hablando de Inma en el único momento que íbamos a tener para estar juntos. Pero ella insistía una y otra vez, quizá y no la culpo, por lo insegura que conseguía hacerla sentir cada vez que mostraba esa distancia con ella en la facultad. Peor que mal, lo estaba haciendo peor que mal. Y yo, una persona bastante razonable, con bastante vocabulario como para salir adelante y hacerme entender, no era capaz de que Elisa entendiera lo que sentía por ella y el miedo que sentía también por mí, por lo que me pudiera pasar... Había un miedo mayor que arrastraba desde mucho antes: el miedo a dejarla sola.

Me derrumbé, al intentar disculparme, me derrumbé. Me estaba metiendo demasiada presión cuando yo, lo único que quería, era estar con Elisa y estar bien... Pero, para qué engañarnos, aquello no iba a durar...

Unos días antes de irnos a la montaña, Echegaray me dio los resultados de la última revisión y, lo que parecía estar controlado, de repente había aumentado sin un motivo aparente. Sin un crecimiento constante del maldito tumor, le iba ser muy difícil encontrar el momento exacto para operar.

Dependíamos de la suerte, de que creciera lo justo y que lo viera en el momento justo. Aumentó las revisiones, pero aún así, jugábamos al todo o nada. ¿Por qué? ¿Por qué cuando más feliz era, todo parecía derrumbarse? Y yo, lo último que quería, era hacerle daño...

DOS DÍAS SIN VERTE

Al día siguiente no vi a Elisa en la facultad y me extrañé no por no verla, porque había días en los que no coincidíamos, sino porque vi a todos sus amigos sin ella y eso sí que me pareció raro. Me vi tentado a llamarla, pero aquella vocecita que me decía “*no te metas en líos*”, me lo impedía una y otra vez.

El no verla ni saber de ella me provocó una extraña sensación. Extraña y desagradable. De repente parecía que todo estaba en tinieblas, que apenas había luz. No me apetecía imaginarme su sitio de clase vacío, prefería verla aunque fuera al lado de su sombra Pedro. Me daba igual, solo quería poder mirarla otra vez, ver su sonrisa, su forma de moverse...pero intuía que aquello no iba a pasar y que el próximo día no iba a aparecer por clase. Seguramente estaría enferma, o había tenido que ir a la bodega, o no sé... algo imprevisto había sucedido para que no apareciera. Por si eso pasaba, decidí mandarle a través de algún compañero, (evitando en la medida de lo posible que fuera Pedro) un mensaje oculto en una bibliografía que preparé para ella. Sabía que de verla, Elisa acabaría encontrando el mensaje.

Al día siguiente, y como sospechaba, no fue a clase. Me alegré de haber preparado aquello la noche anterior. Cuando terminó la hora, se lo entregué a su amiga Úrsula con el más fino y sutil de los disimulos. Pedro, que me había estado mirando con suspicacia durante toda la clase, sin el más mínimo pudor y sin apartar su mirada de la mía, le quitó la hoja de las manos a la pobre chica.

—Trae, que ya se lo llevo yo que me quedaré con ella esta noche... —dijo con una sonrisa victoriosa y bastante fingida. Quería provocarme pero no caí en su juego.

—Bueno Pedro, quizá su compañera, si tan enferma está, debería descansar. No creo que su compañía, por muy agradable que sea, no se lo discuto, sea un buen antídoto —Ahora era yo quien sonreía mientras le quitaba el folio de las manos y se lo devolvía a su compañera—. Si descansa tranquila, seguramente se recupere antes.

Aún así, detrás de mi aparente seguridad, me hizo dudar. ¿Pasaría la noche con ella? ¿Y el día, lo habrían pasado juntos?

“¡Tendría que ser yo quien estuviera con ella cuidándola y no este crío tocapelotas!”.

Dos días sin ver a Elisa. Eso era demasiado. Y ella... tampoco había dado señales de vida. Podía... podía haberme escrito algún mensaje... Tenía mi teléfono... Sí, lo sé, lo sé... Sé que le pedí por activa o por pasiva que no lo hiciera salvo por algo importante. ¡Pero qué narices! ¡Aquello lo era! ¡Llevaba dos días sin verla!

Esa noche y bajo mi más absoluta desesperación, tuve que echar mano de aquellas dichosas pastillas que me aliviaban un poco el dolor de cabeza. No me quedó más remedio que dejar de trabajar antes de lo que quería, a pesar de que necesitaba acabar aquello para tenerlo listo al día siguiente.

Al final, conseguí dormir unas cuantas horas seguidas y ,cuando mi cabeza me dio esa tregua, volví con lo que tenía pendiente.

Me sorprendió la hora de irme a trabajar, me di una ducha rápida (y fría) para despejarme, me cargué la taza con café recién molido y me marché al archivo donde pasé toda la mañana.

Cuando regresé a la facultad ya por la tarde, me encontré a Alfredo aporreando mi puerta.

—Para hombre, que vas a hacer un agujero. ¡Ja, ja, ja! —le dije según me acercaba.

—No sería la primera vez que te encierras con llave para que pasemos de ti... —me contestó burlándose.

Le agarré por los hombros y le dije en un susurro:

—Eso solo lo hago cuando está Inma cerca —Y me puse un dedo en la boca para que me guardara el secreto—. ¡Ja, ja, ja! ¿Qué querías?

—Nada, bajar a tomar un café, pero si acabas de llegar...

—No, no... espera que dejen las cosas y bajamos. Lo necesito como el comer.

No llevábamos ni cinco minutos en la barra, cuando la vi entrar. ¡Quince años!, me pareció tener quince años cuando todas las mariposas que tenía en el estómago se revolviéron como locas al verla tan cerca. Todavía no sé cómo tuve la sangre fría de mantenerme en el sitio sin salir corriendo hacia ella.

Cuando estuvieron a una distancia razonable no pude por menos...

—Ah! señorita Rivas, ¿qué tal se encuentra? Me comentó ayer su “amigo” Pedro —y le dirigí una mirada socarrona que él entendió perfectamente— que se encontraba algo indispuesta. ¿Está ya mejor?

—Oh! Sí, gracias. Debió de ser un virus...

Elisa aprendió muy rápido el arte del disimulo.

—Vaya, me alegro verla mejor. Y dígame, ¿le hicieron llegar la bibliografía que me pidió? No sabía cuánto tiempo iba a estar sin venir y por si la necesitaba se la entregué a su compañera. —Volví a mirar a Pedro, aquella era una conversación a tres.

—Sí, sí, gracias. Sí me la entregó.

—¿Y? ¿Le sirvió? ¿Le resolví alguna duda?

—Sí, la verdad es que era precisamente lo que necesitaba. Encontré en esos autores respuesta a muchas de mis preguntas. Le agradezco el trabajo que le debió suponer.

Sonreí y volví a mi conversación con Alfredo (bueno, volví... en realidad seguí hipnotizado en los ojos de Elisa).

Entre tanto y con disimulo, yo aprovechaba cualquier ocasión, (como el dejar paso a alguien para que pidiera en la barra), para acercarme a ella y sentir en esa pequeña distancia, el oxígeno que necesitaban mis pulmones.

Al salir de allí, vi a Pedro que le comentaba a Elisa algo sobre una obra de *ballet* y, por la expresión de ella, entendí que debía gustarle la danza. “Gracias amigo, acabas de darme una idea”.

Ni corto ni perezoso, en cuanto subí al despacho y abrí el ordenador, me dispuse a sacar dos entradas... “Dos entradas... Puf y cómo voy a hacerlo... No quiero encontrarme con nadie allí y que

nos vean juntos... No sé... quizá es mejor dejarlo”. Salí de Google y me puse a trabajar. “Pero a ella seguro que le hace mucha ilusión, lo vi en su cara.

Además a lo mejor Pedro se me adelanta, qué mejor manera de conquistarla que llevarla al teatro a ver un *ballet*, después seguro que la llevaría a tomar algo y entre arrumaco y arrumaco, Pedro desplegará todo su encanto con el único objetivo de llevársela a la cama... No. No lo puedo permitir” Y volví a entrar en la página para reservar las entradas. “Ya sé, sacaré las entradas con asientos separados, así si nos ven pensarán que nos hemos encontrado allí por casualidad...” Qué bien, Arturo, una magnífica idea que a punto estuvo de echarlo todo por la borda, sí señor, todo un acierto.... ¿Cómo pude ser tan torpe? ¿Cómo pude pensar que Elisa aceptaría esa tontería? Ni Pedro lo hubiera hecho peor.

LOS PROBLEMAS CRECEN... MI ESTUPIDEZ TAMBIÉN

Pedro... Mi “amigo” Pedro... y el causante del mayor ataque de inseguridad que he vivido en mi vida. ¿Cómo había permitido que un chaval de veintipocos años me desestabilizara de aquella manera?

Esa tarde, cuando después de comer en casa me dispuse a arrancar el coche, vi a Inma, que venía corriendo como una loca detrás de mí.

—¡Arturo! Espera...

Me dejé caer abatido en el volante sin que ella me viera.

—Puedes acercarme, por favor... Ya he perdido la primera hora. Fui a arrancar el coche y nada... Acaba de llevárselo la grúa.

—Sí mujer, sube.

Sin mucho disimulo puse la radio a todo volumen para no tener que escucharla. Al aparcar frente a la facultad vi a Elisa que venía con Pedro abrazándose y riéndose como un par de enamorados... (claro, eso es lo que vi yo, seguramente tan solo iban riéndose sin más historias). El corazón se me congeló de repente. No porque sintiera celos de él o... sí, ¿los celos no son esos que te hacen sentir en inferioridad de condiciones con respecto al otro, que te hacen sentir inseguro, que te hacen imaginar a tu pareja enamorada perdidamente de otro? ¿Eso son los celos? Pues creo que sí, que a lo mejor algo de celos llegué a sentir. Habían pasado todo el día juntos.

Pedro, que por otro lado era un chico que estaba muy bien, podía estar con ella siempre que quisiera. Tenía todas las armas para enamorarla, ¿cuánto tiempo aguantaría Elisa así conmigo? Pasaría a ser una aventura en su vida si Pedro no dejaba de estar a su lado.

Él estaba enamorado de ella, eso era evidente e iba a hacer lo imposible para que Elisa cayera rendida a sus pies.

—Oh no, por favor, Elisa, no me mires así... Sé lo que estás pensando. Y no. No se solucionaría nada con unas cuantas llamadas de teléfono.

O sí... Estaba perdido. Cuando esa misma tarde, Elisa encontró un momento para subir al despacho y estar conmigo, no pude por menos que exponerle mis temores. Nos enzarzamos en una discusión que parecía no tener demasiado sentido.

¿De verdad estaba perdiendo el tiempo discutiendo con ella?

—Quizá no se solucionaría, pero ayudaría bastante. Tendríamos menos dudas, las podríamos resolver sin dejar pasar un día entero con nuestras suposiciones.... Con Inma hablas...

Si es que tenía razón, sería más fácil si pudiéramos hablar con normalidad y no tener que esperar para hacerlo los dos minutos que nos veíamos... pero el miedo a las críticas, al que dirán y la pérdida de reputación me paralizaban demasiado.

Estaba perdido ante aquel sentimiento tan grande y desconocido para mí. Me sumía en miedos irracionales que me frenaban, que me bloqueaban y que no me dejaban avanzar.

Pero la cosa no quedaba ahí, cuando lo pensaba todo con más calma, cuando parecía encontrar algo de luz, cuando prefería dar carpetazo a mis recelos e intentar estar con Elisa sin tantas inseguridades, me golpeaba de nuevo el tumor de mi cabeza.

Entonces retrocedía mil pasos hacia atrás y pensaba en ella. No podía ser tan egoísta de vivir feliz los años que me quedaran con ella y luego dejarla en la estacada, marcharme para siempre sin posibilidad de retorno. No podía hacerle eso. Entonces pensaba si no sería mejor que dejara de quererme y fuera feliz con Pedro...

Y no es que fueran paranoias, es que en aquel momento veía mi final demasiado cerca. Poco después de aquella conversación, los dolores de cabeza volvieron de forma repentina. Fueron tan agudos y tan persistentes que ni las pastillas de Echeagaray pudieron hacer efecto. Decidí ir aquella noche a urgencias, no por mí, sino por ella, porque pensé que de esa noche no pasaba y necesitaba estirar un poco más mi tiempo, para poder aclararle por qué lo nuestro era

imposible. Porque sí, había llegado a la conclusión de que no podíamos seguir juntos.

No sé cómo se enteró Echegaray de que estaba en el hospital, pero a las dos horas de estar allí, se presentó con su bata blanca y los resultados de las pruebas que me habían estado haciendo.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí? —le dije con el humor que las pocas fuerzas que me quedaban me dejaban.

—Nunca subestimes a un médico implicado... ¡ja, ja, ja! Eres una cuestión personal, un reto en mi vida profesional, ya te lo dije.

—Ah, pues qué bien. —Sonreí sin demasiadas ganas.

—Tengo los resultados, está todo bien, Arturo. Ya sabes que no estás exento de estos dolores.

—Fueron demasiado fuertes, Echegaray... Pensé que había llegado el final.

—Lo sé, Arturo. Pero puedes estar tranquilo. Creo que a parte de este pequeño problemilla en la cabeza, debes tener alguno que otro por ahí que es lo que hace que tu cabeza no deje de girar. Relájate, Arturo, ahora no es el momento de complicarte la vida. Toma, aquí tienes el alta, pero por favor, tómate el día... Descansa...

Sonreí agradecido. Aquellas palabras tenían más significado del que probablemente él quería darle.

—No me va a quedar otra que tomármelo, me siento muy débil.

Me fui a casa con la seguridad de que tenía que dejar aquella historia con Elisa. Sin mucho ánimo y con mucha menos fuerza, empujé la puerta de mi piso y... ¡oh sorpresa! antes de entrar, salió Inma del suyo, por casualidad, ejem.

—Hola Arturo, qué mala cara traes...

—Sí, vengo del médico. Una gripe, ya sabes... Hoy me quedaré en casa. Pero seguro que mañana ya estoy mejor... Adiós, Inma...

Como es de imaginar, lo último que me apetecía era enredarme en una de sus largas conversaciones, así que después de decir aquello, me metí dentro casa y la dejé, yo creo, que con la boca abierta. Poco me importaba ya ser maleducado con ella.

Pensé mucho aquel día, demasiado, haciendo exactamente lo contrario de lo que me había aconsejado Echegaray. Afiancé aquella

idea que me había surgido cuando tuve que ir a urgencias la noche anterior.

Sí, lo tenía claro. Quizá sufriría un poco al principio, pero con el tiempo me lo agradecería. Yo no era para ella. Vale, esa vez los resultados habían salido bien, pero ¿y cuando salieran mal? ¿Cuando quedara postrado en una cama o en una silla de ruedas, cuando tuviera que poner fin a mi vida o cuando me muriera directamente? No. No podía consentir eso. Era joven y tenía que disfrutar de la vida...Conmigo a mi lado se acabaría apagando, perdiendo su luz por culpa de un enfermo que seguramente en pocos años la dejaría sola.

La decisión estaba tomada. Borraría todo de mi cabeza y haría, con mi distanciamiento, que ella también lo olvidara. No hay más cruel despedida que el silencio y la indiferencia. De eso me daría cuenta semanas más tarde. No podía estar haciendo las cosas peor.

LO SIENTO, I'M SORRY, PARDONNE MOI, PERDONAMI

¿De verdad pensé que la razón iba a ser capaz de silenciar los gritos desesperados de mi corazón? Lo intenté. Juro que lo intenté durante algo más de dos semanas, pero no fui capaz. La necesitaba en mi vida y la estaba haciendo sufrir. ¿Cómo fui capaz de hacer aquello? Fue la cosa más estúpida que he hecho en mi vida. Después de habernos descubierto en el despacho, de haber vivido con ella aquel fin de semana en la montaña, de haber... bueno, de habernos conocido mucho mejor, hacía como si no existiera, como si todo lo que habíamos vivido no hubiera sido más que un sueño. ¡Una auténtica locura! Imagino la de barbaridades que debieron pasar por su mente y el daño que le hice... Veía como cada día su luz se apagaba y sabía que yo era el único responsable...el más necio de los necios, no tenía perdón. Y entonces, como una bombilla que se enciende en plena oscuridad, vi la luz... ¡Qué me importaba lo que pensarán de mí, si me veían o no con ella! Si el tiempo me daba una tregua y no me alejaba de este mundo por culpa de ese maldito tumor, les demostraría a todos que Elisa era el amor de mi vida. Ya no me importaba nada más que estar con ella, porque era ella quien realmente me daba la vida.

¡Qué egoísta fui! Ahora sí, ahora no. Un niño pequeño lo hubiera hecho mejor. ¡Hacer como que Elisa no existía! De locos... ¿No se me había ocurrido nada mejor? Tenía que poner punto final a aquella situación tan absurda...

Una mañana la encontré en la entrada de la facultad esperando el ascensor. Sabía que no iba a ser fácil disculparme por aquellas semanas en las que había conseguido borrar la luz que desprendían sus ojos. ¿Cómo iba a conseguir que Elisa me perdonara?

Me puse a su lado.

—Lo siento...

Ni se inmutó. Siguió mirando al frente en espera de que se abrieran las puertas del ascensor.

—Lo último que quiero es hacerte sufrir...

Seguía sin mirarme. “¿Qué esperabas, amigo? ¿Que te recibiera con los brazos abiertos?” Se abrieron las puertas y entramos.

Me acerqué a ella para dar al botón y me sentí muy idiota por haber perdido tanto tiempo con mis miedos absurdos .

—Elisa, mírame por favor. Lo he intentado. He intentado olvidarte, he intentado apartarte de mi vida para no hacerte sufrir. Pero soy débil, egoísta... Y te necesito a mi lado.

Sí. Era un egoísta por haberla apartado de mi vida aún sabiendo que la iba a hacer sufrir y un egoísta también, por querer pasar el tiempo que me quedara junto a ella, por querer ser feliz y por querer exprimir al máximo aquel sentimiento que solo ella me había despertado.

Nada. No obtuve respuesta. Se mostraba altiva y muy poco receptiva. No la culpaba, mi comportamiento durante esas semanas no merecía otra cosa.

Entramos juntos al departamento y ella se quedó en la mesa para estudiar. Yo me fui al despacho pensando cuál sería la mejor manera de hacer que me escuchara y sobre todo, que me perdonara.

Al poco rato salí a llamarla para que viniera conmigo con una excusa bastante estúpida. Sin apenas mirarme y con gesto serio, se levantó de forma mecánica y vino detrás de mí.

Una vez en el despacho los dos solos, por fin y después de disculparme de nuevo como unas mil doscientas veces, obtuve respuesta, fría y distante, eso sí, pero al menos era un paso.

Estaba dolida y lo entendía. Se marchó y yo me quedé esperanzado. Elisa todavía me quería. Encontraría la manera de acercarme de nuevo a ella.

Ese día en clase Pedro volvió a provocarme, quizá porque intuía que habíamos iniciado un nuevo acercamiento. Durante el tiempo que había permanecido distante con ella, él parecía más relajado.

Hubo una especie de tregua entre los dos, pero aquel día Pedro volvió. Entraron en clase de la mano, bajo la sonrisa irónica de Pedro. Después, durante la toda la hora, no dejó de enviarle notitas que ella acumulaba bajo sus apuntes sin leerlas. Pero no contento con eso fue a más...

Toc, toc, toc...

Aquel chico tenía coraje, el que me faltó a mí aquellas semanas de distanciamiento.

Se presentó en mi despacho después de clase. No pude esconder mi sorpresa al verle, pero quería escucharle. Por primera vez íbamos a pelear cara a cara.

Se enfrentó a mí sin tapujos, sin esconder que sabía lo nuestro. Incluso se atrevió a amenazarme, claro que aquella amenaza llegaba tarde. Yo ya estaba muy seguro y poco me importaba que Pedro o el mundo entero se enterase de que estaba con ella (bueno... en ese preciso momento lo que estaba, era intentando volver con ella, pero eso Pedro no tenía por qué saberlo).

Llamaron de nuevo a la puerta. Era Elisa que se quedó de piedra al ver allí a Pedro. Les di unos segundos para que hablaran pero enseguida la insté a que pasara. Me sorprendió verla allí, realmente pensé que no se iba a presentar después de haberle pedido en clase que subiera a mi despacho para resolverle las dudas que tenía. Pero ahí estaba y no la iba a dejar escapar.

Después dar mil vueltas intentando explicarme sin acabar de decir nada y puesto que Elisa no daba su brazo a torcer, me acordé de las entradas que tenía en el bolsillo de mi americana. Era mi última baza y tenía que jugarla.

Quizá con aquel gesto se daría cuenta de que a partir de ese momento todo cambiaría, que ya me daba igual que nos vieran, que lo único que quería era estar con ella.

Cuando vi la alegría en su cara me di cuenta de que había acertado. Se abalanzó sobre mí y enrolló sus piernas en mi cintura. ¡Estaba feliz! De nuevo Elisa en mis brazos.

No me duró mucho la alegría, mi torpeza hizo que todo estuviera a punto de irse al traste.

Estaba en la puerta para marcharse mientras yo me debatía entre si lanzarme y darle el beso que tenía atascado en mis labios o ser prudente, ya que estaba en hora de tutoría y podría acercarse alguien en cualquier momento.

Elisa me sonrió con ternura y justo cuando iba a salir por la puerta y yo, en un ataque de valentía a lanzarme sobre ella para darle ese beso que el cuerpo me pedía a gritos, volvió a mirar las entradas como intentando convencerse de que aquello era verdad y se giró sobre sí misma en un gesto que me pareció demasiado demoníaco para venir de ella. Bueno, no le faltaba razón.

—¿Asientos separados? ¡Pero si ni siquiera están en el mismo palco, por favor!

¡Dios, qué torpeza! Aquellas entradas las había sacado hacía tiempo, cuando no era yo el que hablaba sino mi miedo. La separé corriendo de la puerta para evitar que alguien la escuchara, pero era demasiado tarde. Elisa había mutado a su peor versión.

Conseguí, no sé cómo, hacerle entrar en razón y explicarle que aquello había sido un error. Creo que logró entenderme y poco a poco se fue relajando aunque, no de la manera que a mí me hubiera gustado. Su respuesta me dejó tocado y hundido.

Quería acabar con todo. Bueno, no solo quería, de hecho lo hizo. Puso punto final a lo nuestro. Y de repente... para rizar más el rizo, entró Inma dando la estocada final.

—Arturo, solo quería preguntarte si puedes llevarme cuando vayas a casa...

Salió de allí como alma que lleva el diablo y yo, apartando a Inma de malas formas (¡qué más me daba lo que pensara aquella mujer!) que había cerrado la puerta para impedirme seguir a Elisa, fui tras ella sin importarme lo que pudiera pensar y llamándola desesperado, sin ser muy consciente, todo he de decirlo, de dónde estaba. Por suerte, solo Inma vio aquella escena.

—Inma, déjalo ya, por favor. No voy a llevarte, ni hoy ni nunca. Para ya si no quieres verme realmente enfadado —le dije cuando regresé a su lado, frustrado por no haber conseguido detener a Elisa.

Y le cerré la puerta en las narices. Así, con todas mis ganas como había hecho ella segundos antes para no dejarme alcanzar a Elisa.

Entró en escena solo para molestarla, porque sabía que me gustaba y quería quitársela del medio como fuera, y qué mejor manera que hacerle creer que estábamos juntos. Sí señor, un planazo, Inma.

No sé cuántas veces llamé a Elisa. Sí habéis visto bien, llamé...

¡Llamé! Esa cosa que hacemos todos los días con total normalidad y que no hace que se nos caigan las orejas a cachos, ni que la reputación en tu trabajo quede por los suelos. ¡Joder, qué bobo fui!

No me lo cogía. ¿No era eso lo que quería, que la llamara? Ya lo estaba haciendo ¿por qué no veía en aquel gesto mi voluntad de cambiar? Porque la has cagado demasiado, amigo, porque lo has hecho todo demasiado mal.

¡No! Me negaba a romper lo nuestro por mi miedo y mi torpeza. Estuve debatiéndome entre quemarle el teléfono con mi insistencia o presentarme en su casa.

Cuando poco después de volver de aquel fin de semana en la montaña, obligué a mi hermana a pasear por el centro, bueno, más concretamente por la minúscula calle de Elisa, lo hice con el único propósito de poder verla y saber exactamente dónde vivía, porque intuía que aquel dato tarde o temprano me sería útil. No estaba equivocado y ese era el día perfecto para utilizar aquella información.

Salí tarde de la facultad y no voy a mentir, dudé si hacerlo o no. No quería agobiarla demasiado, pero no estaba dispuesto a seguir callado escondiendo un sentimiento que me había cambiado la vida.

Riiiiing....

—¿Sí? —contestó Elisa.

—¿Puedes abrirme, por favor?.

Sentí un ruido extraño, como si se le cayera el telefonillo de las manos o algo así. Sonreí al imaginar su sorpresa.

Me abrió y subí las escaleras de tres en tres. Aún estaba colocando el telefonillo cuando llegué.

Cerré la puerta tras de mí. Estaba de pie, rígida como una estatua. Intenté acercarme a ella para que se relajara pero dio un paso atrás y se quedó apoyada en la pared. Me expliqué como pude a pesar de que ella estaba absoluta y rotundamente convencida de que aquel era nuestro final. Le expliqué todo, (salvo lo del pequeño inquilino de mi cabeza), tal y como lo sentía, que estaba decidido a apostar por nosotros, que se acabaron los miedos, que solo me importaba estar con ella y...

—Llévame a tu casa —me soltó de repente cuando yo creía que ya estaba empezando a entenderme.

Me dio la risa, aquello no me lo esperaba aunque sabía que esa interrogante llevaba tiempo alojada en su mente.

—Mi casa sería el último sitio al que yo podría llevarte, Elisa.

—¡Ja! ¡Claro! Ya lo sé. Por eso, por eso te lo he pedido. ¡Sé de sobra que vives con ella y no gracias a que tú me lo dijeras! Eres un sinvergüenza...

En ese momento su rostro volvió a tensarse y la furia de sus ojos me dejó claro que, o me explicaba rápido y claro, o su enfado seguramente ya no tendría retorno.

—No, eso no es así. No es verdad. Yo no vivo con ella, pero... Digamos que tengo una vecina bastante puñetera...

Su cuerpo se relajó de nuevo.

—Su simpática y risueña compañera Inma vive en la puerta de enfrente y, créeme, controla cada vez que entro y salgo. No hay día que no la encuentre...

Le expliqué los altercados que había tenido con ella y que actuaba así solo para ponerla nerviosa, porque intuía que estábamos juntos.

Me acerqué a ella y empezó a mostrarse más receptiva. La besé en el cuello y la mejilla. Solo su olor me volvía loco. Cerré los ojos intentado capturar aquel momento.

¡Cómo fui tan idiota de haber perdido tanto tiempo! La besé en los labios y recorrí su cuerpo con las manos. Sin remordimiento

alguno caímos enredados en el sofá. Aquel sería el primer día de nuestra nueva vida...

¿CELOS?

A partir de esa noche nuestra relación empezó a ser más o menos normal... Todo lo normal que la situación nos permitía, claro. Nos llamábamos, la metía notas en el bolsillo trasero de su pantalón cuando entrábamos en clase, buscaba cualquier momento para colarme en su casa... Y es que Elisa me volvía loco a todos los niveles, tanto, que un día estuve a punto de poner en juego mi trabajo.

Una mañana, como en tantos otros momentos que buscaba para saludarme, se pasó por el despacho con la única intención de vernos unos minutos. Pero ese día estaba especialmente guapa (o yo especialmente salido) y no pude por menos que acercarme a ella para besarla, a pesar de que la puerta estaba sin llave y de que era una hora en la que había bastante jaleo... Fui un inocente al creer que no pasaría nada por un simple beso... Un simple beso que encendió mi cuerpo con una intensa llamarada. La giré y la empotré contra la mesa mientras buscaba con desesperación un hueco entre su pantalón. Necesitaba sentir sus ganas en mis manos, pero ella se mantuvo firme y me retiró con un cierto aire de superioridad que me exasperó todavía más. Volví a hacer el amago ante aquellas ganas que no desaparecían, pero ella reuló de nuevo. Se recompuso en el preciso momento en el que la vicerrectora asomó la cabeza por la puerta. Me giré y, al verla, casi se me para el corazón. Sentí como un frío gélido recorría todo mi cuerpo hasta instalarse en mi cara que con total certeza se puso blanca.

Elisa se fue y me quedé unos segundos sin poder articular palabra. ¿Qué hubiera pasado de haberme visto así con Elisa?

Aquella mujer, a parte de ser la vicerrectora, era una mujer muy religiosa, y cuando digo muy religiosa digo que probablemente habría movido Roma con Santiago para excomulgarme...

Me froté la cara intentando reaccionar.

—¿Estás bien, Arturo? Te encuentro muy pálido...

—Sí, sí bien —“espera que recojo del suelo los pedacitos de polla que se me han caído al verte”— Ya sabes que últimamente ando con las jaquecas...

—Vaya, lo siento. Venía para que vayamos a ver a Pascual. Tenéis que buscar la forma de cuadrar los horarios. Yo me estoy volviendo loca.

Sonreí sin muchas ganas y nos fuimos. Elisa estaba en la mesa del departamento estudiando y, cuando pasamos por allí, lo único que pude hacer fue dedicarle una mirada de soslayo ante el temor de que la vicerrectora notara algo. Todavía estaba en *shock* pero a pesar de todo seguía feliz porque ella me hacía sentir así.

Durante un período corto de tiempo, tuve la sensación de que aquella felicidad sería inamovible, que nada ni nadie podría perturbarla. ¡Qué equivocado estaba!

A pesar de aquella felicidad, siempre había una sombra que amenazaba nuestra estabilidad, bueno, más bien la mía. Pedro, con sus continuas estratagemas, me golpeaba una y otra vez boicoteando mi felicidad y sobre todo mi paciencia.

Recuerdo, cuando regresamos de nuestra escapada a Madrid, que Elisa no quería que la acompañase hasta casa por si nos encontrábamos a alguien (algo que por aquel entonces a mí ya no me importaba, pero que por alguna razón, le incomodaba a ella). Para evitar una discusión y no agobiarla demasiado, no insistí, pero seguí sus pasos hasta que llegó al portal. Al regresar al coche, me choqué de bruces con Pedro que iba a pasar lo que quedaba de tarde con ella. No voy a negar que me ponía malo que pasaran tanto tiempo juntos, sobre todo porque sabía que él iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para conquistarla. Lo supe siempre. Pedro no desistiría, pero por si no me había quedado claro, tuvo el descaro, o más bien la poca vergüenza, diría yo, de aclarármelo

después de mantener aquella conversación en la calle, que yo zanjé para no entrar más al trapo.

—¡Losada! —me gritó Pedro cuando ya me había alejado unos metros.

Me giré para escucharle.

—No voy a parar hasta conquistar a Elisa.

—Escúchese Pedro.

A pesar de que mantuve una actitud firme y altiva, aquello me dolió porque sabía que lo decía en serio. Siempre iba a estar ahí, siempre lo iba a intentar.

He de confesar que me fui a casa preocupado sabiendo que iban a estar todo lo que quedaba de día juntos. ¡Era yo el que tenía que estar con ella, no él!

Intenté centrarme todo lo que pude en el trabajo, pero al final me fue imposible no enviarle algún mensaje de vez en cuando, intentando, por qué no decirlo, que Pedro viera que eran míos.

Me relajé algo más por la noche, cuando Elisa me confirmó que Pedro ya se había ido. Después de intercambiar varios mensajes con ella, decidí ir a su apartamento y darle una sorpresa. La expresión de su cara al ver que iba a quedarme allí a pasar la noche lo dijo todo y me caló muy dentro. Esa noche me di cuenta de lo bonito que sería pasar todos los días con sus noches junto a ella.

No había pasado ni una hora desde que llevaba reunido con Noa en mi despacho ayudándole con su tesis, cuando llamaron a la puerta. Eran Elisa y sus compañeros para tratar una duda sobre el trabajo que les había mandado. Les hice esperar un poco mientras terminaba con ella y cuando entraron, Elisa ya no estaba. Mientras me comentaban la duda y yo se la explicaba, no dejaba de mirarla a riesgo de parecer descarado, pero ella, con la cabeza gacha mirando al suelo, seguía ausente. Me preocupé, me preocupé mucho porque algo rondaba por su cabeza y no sabía qué podía ser. ¿Habría pasado alguna desgracia en su familia? ¿Le habrían dado una mala noticia? ¿Se estaría poniendo enferma?. Mil preguntas se formulaban en mi cabeza a medida que hablaba con ellos, pero ninguna sería la correcta. Nunca me hubiera imaginado que eran celos lo que la estaban consumiendo. Que vamos a ver,

entiendo que Noa era una chica exuberante y no pasaba desapercibida, pero me sorprendió sobremanera aquella inseguridad en Elisa, con la fortaleza que ella tenía no me cuadraba...

En cuanto se marcharon la llamé desesperado y preocupado, porque como digo, no podía ni imaginar lo que pasaba por su mente.

Nada, no obtuve respuesta. La llamé unas cuantas veces más, le envié mensajes, pero nada. No tuve respuesta y en la siguiente llamada me encontré con su teléfono apagado.

De no haber tenido dos clases más ese día, hubiera salido corriendo tras de ella. Me mataba la duda. Volví a llamarla cuando acabé de trabajar. Nada. Apagado. Me fui a su casa desesperado.

¿Qué diantres estaba pasando? Llamé al timbre pero tampoco había nadie. Supuse que estarían en casa de alguno de ellos preparando el trabajo porque ya era tarde para estar en la biblioteca. Me desesperé más si cabe. ¿Estaría con Pedro? Decidí irme a casa a cenar y darme una ducha. Eran las doce de la noche cuando mucho más que desesperado por no tener noticias de Elisa, decidí de nuevo plantarme en su casa.

Llamé y llamé pero no había nadie. ¿Estaría con Pedro en su casa? Estuve dos horas plantado en su portal esperando verla aparecer con el sinvergüenza de su amigo, pero nada, no aparecían. Eran las dos de la madrugada cuando por fin Elisa descolgó el telefonillo.

—¿Sí?

—Soy yo, ábreme.

Subí tan rápido como pude y la intercepté en el pasillo de su casa antes de que llegara a la cama.

—¿Me puedes decir qué te pasa? ¡Me tienes preocupado! Llevo desde las nueve llamándote al móvil y no hay manera de hablar contigo. ¡Llevo dos horas en el portal intentando que me abrieras!

Estaba enfadado porque, después de haberme pasado toda la tarde preocupado por ella, se mostraba arrogante y soberbia. Dos segundos después descubrí el por qué : Noa.

Todo aquello había sido por Noa, por un ataque injustificado de celos. Me quedé paralizado. Aquello sí que no me lo esperaba. No daba crédito, ¿de verdad había pasado tan mal rato solo por verme trabajando con ella? ¿De verdad había estado DOS horas en el portal muerto de frío porque Elisa se había puesto celosa al verme TRABAJANDO con Noa? No, aquello tenía que ser un malentendido...

Pero no, eso eran celos y celos de los gordos al ver su cara...

¿Cómo podía Elisa pensar siquiera que yo tenía ojos para otra persona, si me los había arrancado ella junto con el corazón? Quizá no se lo había dejado claro, quizá mi postura en la facultad seguía provocándole dudas, quizá ella no era consciente de lo enamorado que estaba.

Respiré hondo y me tranquilicé. Esas dudas no podían seguir ahí, tenía que hacer algo para demostrarle que no había otra cosa en el mundo que me importara más que verla feliz.

Aquella noche volví a dormir con ella, en su casa, y no me fui hasta el día siguiente. Entonces empezaron a aparecer en mi cabeza los porqués, mejor dicho los ¿por qué no? ¿Por qué no? ¿Por qué no estar juntos todos los días? La verdad es que no lo pensé demasiado, lo tenía bastante claro. Quería estar con ella todos los días, vivir con ella. No más tiempo perdido, no más...

LA SEMILLA DE LA DUDA

Toc, toc...

—Adelante... —dije mientras guardaba unos papeles en el fichero.

Cuando se abrió la puerta de mi despacho, apareció Pedro con los ojos inyectados en furia cerrando la puerta de un portazo, dirigiéndose a mí enrabiado y cogiéndome por la americana con saña. ¿De verdad aquel muchacho no me iba a dejar nunca tranquilo?

—¿Se puede saber qué hace, Pedro? ¿Se ha vuelto loco?

—¡Loca la vas a volver a ella! ¿Se puede saber a qué estás jugando? ¡Maldito seas, Arturo Losada!

Ese chico me estaba cabreando más de la cuenta. Respiré hondo intentando alejar de la mente mi pasado más violento y le hablé con la máxima tranquilidad posible.

No me iba a pasar una más, me dijo... Eso era el colmo. Tuvo la desfachatez de amenazarme con su puño aún sabiendo que, de hacerlo, probablemente hubiera acabado muy mal. Tenía agallas el crío y en el fondo era imposible que me cayera mal. No tenía que ser fácil estar al lado de la mujer que uno quiere sabiéndose no correspondido y viendo como otro, en este caso yo, se llevaba sus abrazos.

Pero aquello no iba a acabar allí, claro que no. Pedro nunca se daría por vencido, lo tenía todo calculado para demostrarme, una vez más, que Elisa antes o después, acabaría enamorada de él y yo, muy a mi pesar, no lo dudaba.

Después de un par de días de tregua en los que Elisa y yo comenzamos a vivir juntos, Pedro me tenía una sorpresa preparada.

Una tarde como otra cualquiera, me preparé para ir a dar la clase. Estaba acercándome al aula cuando los vi, a los dos, cerca, muy cerca, tan cerca que sus labios estaban unidos como una ventosa al cristal. Tuve que forzar un poco la vista para darme cuenta de que no estaba equivocado, de que realmente se estaban besando. No podía dar crédito, y lo que más me dolió no fue el hecho en sí (que también), sino que en el trayecto hasta que llegué a su altura, que fueron varios segundos porque aminoré el paso, Elisa no hizo el más mínimo gesto de desprenderse de él.

Pude sentir como la lengua de Pedro rebuscaba más allá de su boca intentando arañar algún tipo de sentimiento dentro de ella, y estoy convencido de que lo encontró.

Me quedé un par de segundos a su altura ante la atónita mirada del resto de compañeros, que se debatían entre reírse o salir corriendo. Carraspeé para conseguir que me saliera alguna palabra sin parecer débil e imbécil.

—Pedro, muchacho, en los pasillos y antes de entrar a clase no, hombre...

Pedro sonrió incluso antes de saber que era yo el que hablaba, se separó de ella como si fuera lo menos importante y me miró desafiante y victorioso. Le devolví la mirada con asco y suficiencia.

Elisa permanecía inmóvil asustada por mi reacción y creo también, por lo que había sentido.

—Señorita Rivas, ¿se va a quedar ahí todo el rato?

Se despegó del cristal en el que Pedro la había empotrado, como si una atracción tirara de ella y no pudiera desprenderse de él con facilidad, con tanta lentitud y pesadez, que tuve sospechas de que realmente estuviera pegada. Su paso era lento y me miraba avergonzada, suplicaba mi perdón... Mi perdón...

Empecé a dar la clase con la mayor naturalidad posible intentando que aquella imagen de los dos juntos no distorsionara la explicación que, con tanto esfuerzo, estaba intentando dar.

No fue fácil concentrarse gracias a las continuas risitas de Pedro y los constantes giros de Elisa para mirarle con una rabia que no me servía de excusa. Me estaban enfadando. Enfadando bastante.

—Señorita Rivas, si tiene algo que decirle a su “novio”, le agradecería que lo hiciera fuera de clase. A lo mejor necesitan salir.

La estaba echando de clase, sí a ella y a él, no quería verles, pero fui lo suficientemente comedido para que aquella reprimenda quedara tan solo en una amenaza. Aunque hubiera deseado que se fueran lejos de mi campo de visión .

Terminé la clase y me fui al despacho. No tardó ni dos minutos en aparecer por allí. No quería verla. La eché con rabia contenida pero sin alzar la voz. Se fue. No sé qué me dio más rabia si el que se fuera sin intentarlo un poco más o el saber que de nuevo iba a estar en clase con él.

En cuanto acabé los compromisos y reuniones que tenía para aquella tarde, me fui al gimnasio. Quería tranquilizarme, despojarme de la rabia, quería ver las cosas desde una perspectiva más real. ¿Estaría equivocado?

A lo mejor Elisa no sintió nada y ese pensamiento surgía tan solo fruto de mi rabia y de la inseguridad con la que poco a poco me había ido minando Pedro.

A medida que iban pasando las horas en el gimnasio me fui tranquilizando. No, no podía dejar que aquello acabase así, necesitaba escuchar a Elisa. Tenía derecho a defenderse. No iba a dejar que Pedro me ganase la partida. Estaba convencido de que aquel beso fue premeditado, algo que había estado calculando para que yo lo viera y me hiciera pequeño. Quería bombardear una vez más mi relación con Elisa.

Cuando regresé a su casa estaba asustada, temía acercarse a mí por miedo a mi rechazo, pero yo en esos momentos ya había templado mis ánimos y no hizo falta mucho para que, poco a poco y hablando, fuéramos deshaciendo las tensiones hasta que se vio con la suficiente confianza como para darme un beso, que yo, por otra parte, esperaba como agua de mayo y que no sé, si por orgullo o por cobardía, no le había dado yo antes.

Después de ese incidente, empezamos a vivir nuestra historia de amor en aquel apartamento de la calle Platería, alejados de toda duda, convencidos de que el sentimiento que nos unía era tan fuerte que ya ningún malentendido podría hacernos tambalear.

Fortalecidos por nuestros sentimientos, empezamos a ser una pareja al uso dentro de aquellas paredes. Fuera, seguíamos siendo profesor y alumna salvo en una ocasión, en que pudimos serlo todo junto sin necesidad de ocultarlo. Fue en aquel viaje a Santiago. Nuestro último viaje.

CÓMO AYUDA HABLAR CON UN AMIGO

—¿Estás ocupado?

—No, Alfredo, pasa, pasa...

Cerró la puerta tras de sí y se sentó en la silla que había enfrente de mi mesa. No apartaba su mirada de mí, me estaba analizando.

—¡Ja, ja, ja! ¿Me puedes decir qué pasa? ¿A qué viene esa mirada? —le pregunté mientras alzaba una ceja y ponía cara de suficiencia.

—¿Me lo puedes decir tú? ¿Qué pasa Arturo? Hace semanas, por no decir meses, que no vienes a casa a cenar, ni quedamos para tomar algo...

—Bueno, ya sabes que estoy muy liado...

—¡A otro con esas! Yo soy perro viejo y...no estoy ciego.

Aquello me sorprendió. ¿Sospecharía algo de lo mío con Elisa?

—No sé a qué te refieres... —Sonreí. A él era imposible ocultarle nada.

—Pues me refiero a la cara de panoli que tienes, a lo sospechosamente simpático que estás últimamente, a que no tienes tiempo para quedar con los amigos, a que miras el móvil más de la cuenta y a que miras por los pasillos y cafetería, tanto como miras el móvil... A eso me refiero.

—¡Ja, ja, ja!...¿Cara de panoli? ¿Especialmente simpático? Me ofendes. Creí que era guapo y simpático por naturaleza...

—No te hagas el gracioso... ¡Arturo el hombre con corazón de acero se nos ha enamorado! ¡Ja, ja, ja! esa sí que es buena. ¿Y a qué tanto misterio? ¿Por qué no la traes un día a cenar a casa y nos la presentas?

Apoyé los codos sobre la mesa y entrecrucé las manos para apoyar con más facilidad mi barbilla en ellas. Sonreí.

—Muy observador...

— ¡Toma ya! ¡Lo sabía! Mira que se lo dije a Marta...

—¿A Marta? Muy bien, Alfredo, bien pensado, a Marta, a la mujer “no me cuentes un secreto que no soy capaz de guardarlo” ¡Ja, ja, ja! Sí señor... A ver lo que tarda mi hermana en preguntarme...

—No hombre.. Marta es... muy... ¿discreta?. Bueno es igual, no puedes guardarlo en secreto... Después de tantos años intentando emparejarte. ¡Me parece injusto! Tenemos que conocerla. ¿Quién es, alguien del gimnasio, de...? Sí, vale, tu vida social se reduce solo al gimnasio así que sí, imagino que es alguien de allí.

Moví la cabeza desesperado al ver la imagen tan triste que todos tenían de mí.

—Pues te equivocas. No es del gimnasio. Pero la cosa no es tan sencilla.

Se calló esperando mis explicaciones.

—Es demasiado joven... y... bueno...

—¡Es la chica que suele estudiar en el departamento! —dijo como para sí—. Tu alumna ¿verdad? Ya me había fijado como os mirabais. Hice bien en no comentarle a Marta mis suposiciones, ¡ja, ja, ja!

Hundí mi cabeza entre mis manos y la froté intentando apaciguar un poco los nervios que se me estaban poniendo con esa conversación.

—Arturo, ¿qué pasa?

—Lo siento, Alfredo, supongo que tenía que habértelo contado antes, pero ha sido muy difícil para mí. Sabes con qué responsabilidad asumo mi trabajo, como me entrego... Esto me ha sorprendido demasiado, jamás pensé que pudiera pasarme —Hice una pausa mirándole a los ojos—. Llevamos ya un tiempo viviendo juntos.

—¡Ostras! ¡Ja, ja, ja! —Se rio con la boca abierta, tan ilusionado, como si le hubiera regalado un viaje a las Maldivas—. Vaya, entonces la cosa va en serio.

—¡Alfredo! ¿Tú crees que si no fuera en serio yo me iba a liar con una alumna?

—No, me he explicado mal. Quería decir que pensé que estabais en la fase esa de conoceros poco a poco y todo eso...

Sonreí.

—No tengo tiempo para andar desperdiciándolo en esas fases...

Abrió los ojos sorprendido.

—Todo esto ha sido muy duro para mí, no solo por el miedo a perder mi reputación en la facultad, por miedo a los rumores y chismorreos... —Cogí aire y resoplé—. Quizá hubiera sido buena idea desahogarme con alguien, Alfredo. Tengo miedo a dejarla sola. Ahora que todo va tan bien.

Se revolvió en el asiento.

—Ay, Arturo. Me estás poniendo nervioso. ¿Qué leches pasa?

Alfredo me conocía bien y sabía que detrás de aquel misterio había algo importante que no le había contado.

—No lo sabe nadie... Y con esto quiero decirte que no lo sabe Elisa, que así se llama, ni Claudia y que, por supuesto, mucho menos lo tiene que saber Marta, seguro que acabaría contárselo a mi hermana y eso sería la ruina. Tengo un tumor... en la cabeza... Está creciendo más de lo que debería y está empezando a darme problemas.

Su expresión cambió de repente y me sentí culpable de hacer que se preocupara por algo, que daba visos de no tener solución. A pesar de la cara de angustia de Alfredo y de ese sentimiento de culpabilidad, sentí un gran alivio al poder contárselo.

Alfredo, sin mucho más que poder decir, arrugó los labios, frunció el ceño y me dijo un lo siento, que me apaciguó el alma.

Después de aquella noticia, Alfredo, en un intento de normalizar la situación, consiguió que nuestra relación volviera a su estado natural, sin hacer que ese tema creara una especie de barrera emocional causada por la pena, que nos impidiera seguir adelante como siempre. Incluso bromeábamos sobre aquel “inquilino”, que poco a poco me iba quitando la vida. Y nunca mejor dicho.

EL DÍA DE...

A partir de ahí todo empieza a ser un poco confuso para mí. Los dolores de cabeza, que con Elisa me habían dado una tregua, empezaron de nuevo a estar presentes, a veces de forma demasiado agresiva. Empecé a sufrir física y emocionalmente. Sentía que aquello estaba llegando al final y saber el daño que iba a hacerle si me pasaba algo me quitaba más vida que el propio tumor.

Fui a hablar con Echeagaray sin que Elisa lo supiera y, como sospechaba, la cosa había empeorado.

Recuerdo no poder disfrutar de aquellos últimos días con Elisa en su bodega, donde conocí sus raíces y su pasado. En casa, en el trabajo, donde los dolores de cabeza y mi preocupación, estaban demasiado presentes y en clase, donde Pedro, a pesar de haberse relajado, seguía acechando.

Fueron días muy duros para mí porque, la lucha interna en la que estaba inmerso, no me dejaba avanzar con ella, no me dejaba disfrutarla al cien por cien. Siempre con reservas, siempre con miedo...

Y llegó el día. El día de su último examen. El día de mi examen. El que Elisa se había estado preparando a mi lado. El día en que empezaríamos a ser un poquito más libres, el día de...el día de mi muerte.

Un día antes de que pasara todo, le puse a Elisa una excusa tonta para no dormir con ella, alegando que me iba a sentir más cómodo si no la veía hasta el momento de hacer el examen. Una teoría que a ella le causó mucha gracia pero que a mí me daba algo de margen para intentar recuperarme un poco aquella noche. Lo cierto era que me encontraba muy mal. No podía aguantar más con

los dolores y la debilidad de mi cuerpo ya era más que visible hasta para ella.

Tenía la sensación de no pisar tierra firme y sí, lo sé, fui un inconsciente al coger el coche a la mañana siguiente para ir a Simancas a recoger unos documentos. Hubiera pasado igual en cualquier otro momento, pero al menos no hubiera puesto en peligro la vida de otras personas.

Noté frío y un cosquilleo extraño por todo el cuerpo y de repente dejé de sentir mis piernas y mis brazos que se quedaron rígidos sujetos al volante. En un intento desesperado por no colisionar con nadie, mandé la orden a mi cerebro para poder mover tan solo un milímetro la mano y girar el volante. No sé como lo conseguí, pero empecé a notar como el vehículo temblaba al entrar en los campos que había al margen de la carretera. Cosquilleo... Elisa... Claudia...

Sentí como todo mi cuerpo dejaba de responderme y como mi cabeza se golpeaba contra el volante.

Nada más.

Muerte.

CLAUDIA

EL GOLPE MÁS DURO

—Hola Alfredo... Cuánto tiempo... ¿Qué tal Marta? Bueno, no sé por qué te pregunto si hablé ayer con ella... Pero dime, ¿qué quieres? Es raro que tú me llames...

—Estoy en el hospital, Claudia...

—¡Por Dios santo! ¿Qué le ha pasado a Marta? —Creí que me fallaban las piernas. Me senté en el sofá... Hice bien.

—No, Claudia... No es Marta... No sé cómo decirte esto — Estaba llorando—. Tienes que venir...

Me llevé la mano a la boca. Estaba muy nerviosa. Koen, que estaba jugando con Hugo, vino junto a mí al verme la cara.

—¿Qué ha pasado, Alfredo? ¿Qué le ha pasado a mi hermano?

—Ha tenido un accidente con el coche según venía de Simancas... Es grave, Claudia... Tienes que venir. Está en la UCI.

El teléfono se me cayó de las manos. No pude seguir escuchando. Miré a Hugo que estaba jugando tranquilo en la alfombra y tuve la sensación de no conocerle, ni a aquella casa, ni a Koen. Empecé a necesitar más aire. Miré a Koen, que había cogido el teléfono y seguía la conversación con Alfredo. Estaba paralizada, asustada y acabada. Enseguida colgó y vino hacia mí.

Me abrazó y en ese momento por fin, pude sentir algo de alivio. Lloré abrazada a él hasta que las lágrimas empezaron a escasear y las fuerzas a recuperarse. Saqué un vuelo para ese mismo día, Koen iría con Hugo unos días más tarde.

Cuando llegué a Valladolid como en un acto reflejo, fui a casa de Arturo sin pasar por el piso que teníamos Koen y yo y al que nunca íbamos cuando estábamos allí. Al entrar y dejar la maleta, aquello

me pareció mentira. No. Eso no estaba pasando. Arturo estaba bien... estaba bien. Acabaría de trabajar y regresaría a casa sorprendiéndose al encontrarme allí. Sí, así era como iba a pasar... Pero no, eso no pasaría porque Arturo estaba entubado en una sala de la UCI sin poder mover un solo órgano de su cuerpo.

Fui al hospital nada más dejar las maletas y lavarme la cara. Allí estaba Alfredo con Marta.

—No nos dejan verle, están haciéndole pruebas...

Me abracé a Marta y sin dejar de llorar le pregunté como pude.

—No sé mucho más de lo que te dije por teléfono... Por lo visto se ha salido de la carretera porque ha sufrido un ictus.

—¿QUÉ? ¿UN ICTUS?

—Es lo que nos dijeron al poco de ingresarle. Le están haciendo pruebas. Hasta mañana no nos dirán nada más... salvo que haya alguna novedad, claro...

Era tarde y esa noticia cubrió de más oscuridad aquellas largas horas de espera...

De vez en cuando venía alguien a informarnos de su estado que, desgraciadamente, no mejoraba.

Pasamos una larga noche en silencio, mirándonos los unos a los otros, observando por la ventana cómo la vida seguía su curso para el resto de las personas. Amaneció pero yo seguía en la más absoluta oscuridad...

—Claudia, tómate esta infusión calentita y este bocadillo, te sentará bien... —me dijo Marta ya bien entrada la mañana.

Ni siquiera respondí, no tenía fuerzas para nada. Marta me miró preocupada y al final acepté la infusión por no hacerla sentir peor.

—Marta, cariño —le dijo Alfredo a su mujer—. ¿Por qué no vas a casa a descansar un poco? Yo me quedo con Claudia.

—Sí, voy a ir a ducharme y a comer algo, en cuanto vuelva te vas tú.

Me dio un abrazo antes de marcharse y un beso en la frente que agradecí como si fuera una niña pequeña...

—Yo no voy a poder soportar esto... Otra vez...—le dije a Alfredo cuando se había marchado Marta.

—Claro que podrás, Claudia... Tienes un hijo precioso por el que salir adelante... Además, nadie ha dicho que vaya a pasar nada malo. ¿Cuánta gente no ha salido de algo parecido?

Le miré con cierta incredulidad pero agradecí sus palabras.

—¿Por qué te llamarían a ti para darte la noticia?

—No sé. Imagino que llamaron a la última persona con la que habló. No hacía más de veinte minutos que había estado hablando con él.

Volvió el silencio. Me quedé fija, mirando de manera casi obsesiva un botón de la chaqueta de Alfredo. De pronto noté como alguien me tocaba el hombro.

—Hola, soy Elisa, alumna de Arturo...

Al girarme, con lo primero que me encontré, fue con una jovencita de unos veintipocos años que con voz temblorosa me decía que era alumna de Arturo. No me lo podía creer...

Habían pasado poco más de veinticuatro horas y ya lo sabía toda la facultad. No estaba dispuesta a atender a cada alumna enamorada que viniera preguntando por él.

—No por favor, te agradezco que vengas a interesarte, pero no voy a atender a cada alumno que venga. Espero que me entiendas...

Aquella chica parecía no inmutarse con lo que le acababa de decir. La miré de arriba abajo esperando que me entendiera y que se fuera lo antes posible. Pero no, ahí se quedó plantada frente a mí, con la cara tan desencajada como la que debía tener yo.

—Claro, claro que la entiendo, pero por favor escúcheme. Yo soy su pareja. No sé si le ha hablado de mí, pero llevábamos ya un tiempo viviendo juntos, si no me cree tengo su ropa en mi casa, tengo mensajes, llamadas.. Por favor no me deje así, dígame algo...

“¿¡Cómo!? ¿Su pareja? ¡No me lo podía creer! Aquella chica se había vuelto loca...”

—¿Su pareja? ¿Una cría?, ¿una alumna? Ya lo que me faltaba por escuchar.

Me enfadé mucho ante el descaro de esa niñata que decía ser la novia de Arturo. ¡La novia de Arturo! Indudablemente estaba loca... Miré a Alfredo intentando que me echara un cable para deshacerme

de esa cría insolente, pero su gesto me descuadró por completo, cuando al mirarle se mordió el labio y asintió con la cabeza tímidamente.

“¿Qué? ¿Cómo? Me estás diciendo en serio que esta chica está con Arturo de verdad?” Me dije a mí misma, mientras Alfredo ponía cara de circunstancia.

Caí desplomada en el asiento. No me lo podía creer... Arturo... y una alumna. La miré de arriba abajo, intentando comprender y entonces caí. Era ella, la chica que vimos un día en la calle Platería. Arturo me hizo pasear una y otra vez por esa calle sin mucho sentido. Ahora tenía sentido, claro que lo tenía, ¡quería verla!

Alfredo le estuvo explicando todo lo que había pasado y yo mientras no la quitaba ojo.

Sonreí de manera inconsciente al imaginarme a Arturo enamorado. Era guapa, muy poquita cosa, pero guapa. Me caía bien, seguro que tenía que ser una chica especial si Arturo había roto todos y cada uno de sus prejuicios para estar con ella.

Un médico salió para hablar con nosotros y yo, que ya había asumido y aceptado que aquella mujercita era alguien importante para Arturo, la hice venir con nosotros para escuchar el diagnóstico.

En qué hora... Al escuchar que Arturo se encontraba en estado de muerte cerebral, cayó desplomada golpeándose fuertemente la cabeza contra el suelo. Se la llevaron rápidamente. Poco después me enteré de que estaba en coma. No me lo podía creer, aquello era surrealista. Quise ir a visitarla pero no tuve el valor de enfrentarme a su familia estando yo como estaba y habiendo pasado lo que había pasado. Me sentía algo responsable.

CLAUDIA*LA CARTA*

Habían pasado ya unas horas desde ese primer diagnóstico que nos había sumido en la más profunda de las tristezas y que había provocado el accidente de Elisa cuando, sin previo aviso, salió otro médico a hablar con nosotros. Sentí que el corazón se me salía del pecho al decirnos que, por la urgencia con la que habían realizado las pruebas y por la inexperiencia del médico de guardia que le atendió en ese primer momento, (no lo dijo con esas palabras, pero tanto Alfredo como yo entendimos perfectamente lo que quería decir) habían errado en el diagnóstico. No se trataba de muerte cerebral.

En un impulso incontrolado me abracé a Marta, que ya había regresado, con la esperanza enganchada a mi pecho sin acabar de escuchar al médico, que sin pensárselo dos veces al ver mi euforia, me sacó de aquella ilusión a la que me había agarrado.

—Disculpe, creo que no me he explicado bien... No hablamos de muerte cerebral, pero su estado es igualmente crítico. Está en un coma profundo que... probablemente no pueda superar. El tumor que tiene en la cabeza está complicando la situación y poco se puede hacer, salvo esperar. Le mantendremos en observación durante 72 horas y les iremos informando. Estamos en espera de que pueda verle su médico pero vaya haciéndose a la idea de que va a ser poco probable que pueda volver a ver a su hermano como lo ha visto hasta antes del accidente.

Escuchar aquello por segunda vez, después de haber visto un poco de luz al final del túnel, supuso un duro golpe para mí.

Marta intentó calmarme, pero lo único que me quedaba era aceptar la situación... Estuve cerca de una semana sin salir de aquella sala de espera. No fui a ducharme, apenas comía y solo esperaba la llegada del doctor Echegaray, que había seguido a Arturo durante todo aquel proceso que había pasado solo y sin el apoyo de nadie. Quizá él pudiera hacer algo... Era lo único que me mantenía a flote. La única esperanza a la que agarrarme.

Koen y Hugo tuvieron que retrasar su viaje a Valladolid por culpa de una neumonía que había dejado muy debilitado a mi pobre pequeño.

Aquello acabó de rematarme, mi hijo enfermo, necesitándome y yo no estaba a su lado... Estaba más perdida que nunca, aunque gracias al apoyo incondicional de Marta y Alfredo que no se separaron de mí ni un instante, pude seguir adelante..

—Claudia, cielo, ¿por qué no vas a casa a descansar? Mañana ya vas a tener por fin a Koen y a tu niño contigo y tienen que verte bien, con fuerzas. Hugo necesita a su madre. Descansa, come un poco y coge fuerzas. Sabes que nosotros estaremos aquí por si pasa cualquier cosa. Vete tranquila, por favor...

—Sí, Marta, creo que tienes razón. Mañana por fin voy a ver a Hugo y quiero que me vea bien. Voy a darme una ducha y descansar un poco, o al menos lo voy a intentar... Avísame si llega su médico o si pasa cualquier cosa.

—Vete tranquila...

Los abrazos de Marta siempre me reconfortaban...

Cuando por fin pude sentir el agua caliente de la ducha golpeando con suavidad mi cuerpo, fui consciente de todo el cansancio que había estado acumulando. Me metí en la cama y dormí cerca de nueve horas. Al despertar ya era de noche. Como un zombi me levanté y me preparé un poco de pasta, y mientras masticaba sin ganas aquellos macarrones que me habían quedado duros, me acordé.

“Claudia, toma... Es una carta que he escrito hace tiempo, pero que no puedes leer ahora... para que la abras cuando llegue el momento. En ella te dejo claras varias cosas. Pero no la abras ahora. Prométeme que no la abrirás hasta que sea el momento.”

Era ese el momento... él lo sabía, sabía que iba a pasar aquello. Corrí a buscar la carta y cuando la encontré y acabé de leerla, me desahugué llorando como si no hubiera un mañana, sin ningún tipo de reparo.

Arturo me hablaba del tumor que le habían encontrado y de lo que podía desencadenar. Me pedía poner fin a su vida llegado el momento, no quería permanecer enchufado a una máquina si no había posibilidad de salir adelante.

Y al contrario de lo que pudiera parecer, después de releerla, de odiar al mundo, a la vida, al destino y a todo lo que había hecho posible que Arturo se encontrara en esa situación, esa carta supuso un alivio para mí.

Me quitaba una carga emocional muy grande porque, al consentir en retirarle la asistencia ya que los médicos no auguraban un desenlace positivo, me iba a sentir, sí o sí, responsable de su muerte.

Gracias a esa carta y a la llegada de Koen y mi niño, pude ir asumiendo la situación. Poco a poco me fui enfrentando a la que sería la decisión más importante y dura que tomaría en la vida. A pesar de que intenté retrasar aquel momento por todos los medios en espera de que pudiera verle su especialista (que seguía de viaje), al final, y algo presionada por los médicos que me insistían en que no se podía hacer nada y que no podían alargar más el tiempo en la UCI, tuve que consentir. Consentir... ¡Qué verbo tan derrotista! Consentir, se diga como se diga, denota derrota y sumisión. Yo consentía en matar a mi hermano...

Un día antes de que todo acabara, me sorprendí al ver a Elisa acercarse por el pasillo como si nada, como si no hubiera permanecido en la habitación del hospital en coma. Me levanté y como si estuviera viendo un fantasma me acerqué a ella.

—¡Estás bien! Lo último que supe de ti es que estabas en coma. ¿Cuéntame qué tal estás?

Pero no hizo caso a mi pregunta. Y la entendía, ¿cómo no la iba a entender?. Solo quería saber cómo se encontraba Arturo.

Mi respuesta, como era de esperar, no aplacó sus ánimos. Me insistió una y otra vez para que esperara por su médico, que fuera

él el que dijera la última palabra. Me insistió de tal manera que conseguí hacerme sentir culpable de nuevo por “consentir” su muerte.

Yo no podía hacer eso... Reabrió mis dudas y no voy a mentir si digo que pude contagiarme durante unos segundos de aquella esperanza tan inocente que desprendía con sus súplicas desesperadas. Pero Arturo ya llevaba mucho tiempo en la UCI y la opinión de los médicos era clara. No había nada que hacer.

Cuando llegó la hora de las visitas dejé que fuera ella la que entrara a verle, bueno, más bien a despedirse, porque sería la última vez que lo vería con vida. Además, quizás al encontrarlo así, entendería que no había nada que hacer.

Mientras permaneció ese rato con él, pude pensar con más calma y tomar la decisión de actuar tal y como Arturo había dejado escrito. Por otra parte, ¿y si su médico podía hacer algo? ¿Y si Elisa tenía razón al decirme que esperara? “No, no Claudia, no te dejes liar. La opinión de los médicos es clara. Ellos no me aconsejarían desconectarle si vieran la más mínima posibilidad”. Pero ¿y sí? ¡Por qué apareció Elisa con su esperanza!

Cuando salió de allí y, para mi sorpresa, (ya que pensé que saldría más desalentada), me insistió de nuevo en que esperara un poco más.

Le entregué la carta de Arturo como último cartucho para que me entendiera y para que su ánimo, igual que me ocurrió a mí al leerla, se sosegara un poco y entendiera que aquella también era una decisión tomada por él.

No sirvió de mucho. Se quedó un rato en silencio, imagino que interiorizando todo lo que acababa de leer, y me devolvió la carta. Se levantó y, con más ímpetu del que me esperaba, dio su último coletazo.

—¡No! —gritó desesperada— no lo hagas, no hasta que venga su médico, él lo conoce, conoce su caso mejor que nadie. Espera y, después de hablar con él, decide...

Le expliqué que aquel era el final y que al día siguiente a las doce todo habría acabado. Ella tendría que decidir si ir o no ir a despedirse de él. Cuando al final pareció comprender la situación,

nos fundimos en un largo abrazo de despedida y así fue, porque nunca más volvería a saber de ella... Hasta muchos años después.

CLAUDIA

EL DOCTOR ECHEGARAY

Aquella chica era demasiado obstinada. Me quedé mirándola mientras se alejaba por el pasillo dejándome un poso de duda del que no pude desprenderme en lo que quedaba de día.

Apareció Koen en quien no me había fijado, a pesar de haber pasado al lado de Elisa y haber estado en mi ángulo de visión.

—¿Qué pasa, Claudia? ¿Y esa cara? ¿En qué estás pensando?

—Acabas de cruzarte con la novia de Arturo —le dije sin contestar a sus preguntas.

Se giró rápidamente para verla de nuevo y fijarse mejor, pero ya se había ido.

—No ha hecho más que insistirme en que esperara un poco más...

Yo seguía mirando, como ausente, el pasillo por el que se había marchado.

—Pero Claudia, tú ya has tomado la decisión... Además los médicos lo ven claro...

Continué en silencio con la mirada fija. Esboqué una leve sonrisa y me centré de nuevo en la presencia de Koen.

—¿Cómo está Hugo?

—Comió muy bien y ahora está con Marta durmiendo la siesta.

Sonreí.

—Vete a casa a descansar un poco... Ya me quedo yo por si hubiera alguna novedad...

Así lo hice. De ese día tan solo recuerdo el dolor de cabeza. No pude dejar de pensar en Elisa. ¿Y si tenía razón? ¿Y si esperaba un poco más?

No pude esperar más... Después de dar vueltas y vueltas en la cama intentando descansar y ver que no lo conseguía, me duché, jugué un poco con Hugo, que ya estaba despierto, y fui de nuevo al hospital.

—Cielo, ¿ya estás aquí? Tienes que descansar un poco... —me dijo Koen al verme.

—Estoy bien Koen, tranquilo. Voy a hablar con el médico. Mañana no desconectaré a mi hermano.

—¿Qué dices? ¿Estás loca? La decisión estaba tomada, ya está todo arreglado...

—Algo me dice que tengo que esperar, que esa niña tiene razón...

—¿Qué niña? —me preguntó totalmente desconcertado.

—Elisa, la novia de Arturo. Lo voy a hacer. Voy a esperar a su médico. Si él dice que hay que hacerlo, lo haré sin dudar.

Me abrazó con cariño y me dio un beso en la cabeza.

—Si vas a estar más tranquila, hazlo así y no te dejes presionar por los médicos. Si tenemos que llevarle a casa, lo haremos. Es una decisión muy difícil y nadie mejor que tú para saber lo que tienes que hacer.

Cuando les comenté mi decisión a los médicos, me sorprendió su amabilidad y su...¿comprensión?. No me pusieron impedimentos. Le mantendrían en la UCI hasta que llegara Echegaray, que por fin parecía iba a poder llegar al día siguiente.

Y así fue, a eso de la una de la tarde del día siguiente, salió un médico para hablar con nosotros.

—¿Familiares de Arturo Losada?

—Si, sí... —Me levanté como una bala al ver a un médico nuevo. ¿Sería ese Echegaray?

—Buenas tardes, encantado. Soy el doctor Echegaray. —El corazón se me iba a salir del pecho. ¡Por fin su médico!—. Siento no haber podido venir antes. He estado en un congreso en Brasil y me ha sido completamente imposible adelantar los vuelos. Además de los retrasos y las huelgas. En fin, ha sido todo un cúmulo de mala suerte. Pero, bueno, ya estoy aquí. Me alegro enormemente de que hayan retrasado la decisión de desconectarle hasta que yo pudiera

verle. Dejé aviso a mis compañeros de que este era un caso que yo quería seguir personalmente, pero al haber pasado tanto tiempo y no haber podido localizarme han tenido que seguir el protocolo. Gracias a Dios ayer pudimos por fin comunicarnos y me alegró saber que usted también había decidido esperar por mí. Voy a intentar hacer lo posible por salvar a Arturo.

Yo permanecía en silencio con los ojos abiertos como platos. “¿Perdona? ¿Qué, qué ha dicho? ¿Salvar a Arturo?”. Apenas podía articular palabra...

—Sa... Sal... ¿Salvarle?

Sonrió con cierta ternura y me agarró por los hombros de una manera muy paternal mientras hacía un gesto a Alfredo, que en ese momento estaba conmigo, para que le siguiera.

—Vengan, síganme, vamos a hablar más tranquilos.

Nos llevó a una especie de despacho. Yo en ese momento estaba tan confusa que no sabía muy bien lo que estaba pasando.

—Llevo ya varias horas examinando a Arturo y creo que hay posibilidades...

—¿Cómo que posibilidades? —dijo Alfredo tan sorprendido como yo.

—Vamos a ver, es ese maldito tumor el que está bloqueando parte del cerebro. Pero está en un lugar demasiado complicado para intervenir...

No entendíamos nada. ¿Había o no posibilidades? Siguió hablando.

—Desde que conozco el caso de Arturo he estado investigando y preparándome para intentar conseguir algo. Parte de este viaje a Brasil ha sido precisamente en relación con este caso. Y, bueno, creo poder resolverlo con éxito.

Alfredo y yo nos mirábamos atónitos. No dábamos crédito a lo que estábamos escuchando.

—Vamos a ver... Necesito su consentimiento. Es una operación arriesgada y pionera en este país. Sería la primera vez que se hace algo parecido. No puedo garantizar los resultados, pero viendo el estado de Arturo, creo que no perdemos nada en arriesgar. Sin

operar el final ya lo conocemos, si operamos, ganamos una opción. Una opción que le puede salvar la vida.

Casi caigo desmayada de la silla. ¿Existía una posibilidad, por pequeña que fuera, de que Arturo siguiera con vida? “¡Dónde hay que firmar!”.

—No hay nada que pensar, Echeagaray. Haga lo que tenga que hacer, yo firmo lo que haga falta... No me puedo creer, que haya estado a punto de matarle...

—No, no, no. No se equivoque, Claudia, por favor. Usted ha hecho lo que tenía que hacer.

No había posibilidad de hacer otra cosa...

—Pero si no llego a esperar... si no llego a hacer caso a Elisa — dije llorando mientras miraba a Alfredo.

—Claudia. Tranquilícese. Tampoco le estoy diciendo que Arturo supere la operación. No se haga ilusiones. Como digo, esto no deja de ser un experimento.

—Pero es mucho más de lo que teníamos antes...

—Sí, eso sí. —dijo sonriendo reduciendo la tensión que se había generado—. Bueno, pues si está de acuerdo. Voy a preparar el consentimiento y en cuanto lo tenga firmado y haya sitio en quirófano, lo metemos dentro.

Mientras salíamos de allí y regresábamos a la sala de espera, solo cabía un pensamiento en mi mente : si Elisa no hubiera aparecido el día anterior, Arturo a esas horas estaría muerto.

CLAUDIA*AVE FENIX*

No sé cuántas horas estuvo Arturo dentro de aquel quirófano, al menos diez. Pero cuando vimos salir a Echegaray y acercarse a nosotros con cara de cansancio, supe que todo había salido bien.

—Ha sido una operación muy larga, que ha requerido de mucha precisión. He tenido que parar muchas veces porque el pulso no me acompañaba, han surgido momentos muy complicados, de mucha tensión —Sus ojos se estaban cargando de lágrimas—. Perdonen que me emocione, como les dije, el caso de Arturo es algo muy personal.

—Carraspeó—. Después de muchas horas en las que he flaqueado al ver que aquello se me quedaba demasiado grande —Hizo una pausa. Estaba muy emocionado—. Puedo decirles con orgullo que Arturo saldrá adelante.

Por unos segundos el aire no consiguió entrar en mis pulmones. Me llevé la mano a la boca para ahogar un grito y caí de rodillas al suelo. Koen me levantó con cariño y me abrazó. Alfredo hablaba de algo con Echegaray, seguramente agradeciéndole todo su esfuerzo, y yo empecé a llorar.

Ese fue el día más feliz de mi vida, junto con el nacimiento de mi hijo Hugo.

—Todavía no sabemos con qué secuelas nos vamos a enfrentar. En principio, y aparentemente, no hay ninguna parte dañada, el tumor ha salido limpiamente y no hay rastro por ninguna parte, pero hay que esperar a ver cómo evoluciona. Va a ser un proceso largo de recuperación, pero lo que está claro es que Arturo saldrá adelante.

Como vaticinaba Echeagaray, iba a ser un proceso de larga recuperación. Cerca de un año y medio, pero en realidad fue todo más rápido de lo que él mismo pudo imaginar. No tuvo ninguna secuela importante y, después de ese período de tiempo, Arturo volvió al trabajo y a su vida normal. ¿Alguien se lo puede creer? Después de haber estado más muerto que vivo, Arturo renacía de nuevo un año y medio después. ¿Qué es un año y medio cuando has estado al filo de la muerte? Nada. Todo. Un milagro...

¿Milagro? No lo sé. ¿Destino? Tampoco. Solo sé que mi hermano, que estuvo más muerto que vivo, salió adelante y poco a poco volvió a ser él mismo. El resto poco me importa.

ARTURO*LA BÚSQUEDA*

Cuando todo empezó a normalizarse y salí del hospital, Claudia me habló de Elisa.

Antes lo había hecho Alfredo al que acosé con mis preguntas nada más saber dónde estaba y qué me había pasado.

Me desesperé cuando me dijo que no habían vuelto a saber de ella desde el último día que vino a verme. Le pedí encarecidamente a Alfredo que buscara mi teléfono y que marcara su número (por aquel entonces, yo apenas podía moverme).

—Pon el manos libres, por favor, quiero hablar con ella...

Alfredo obedeció sin quejarse, y cuando salió una voz hueca diciendo : “el número al que llama no pertenece a ningún cliente” creí morir de nuevo.

Alfredo me miró extrañado y un tanto confuso, y me confirmó que había marcado el contacto de Elisa.

—Alfredo, no puede ser, déjame ver. Acércate y enséñame...

Volvió a marcar el mismo número delante de mí para dejarme tranquilo. Obtuvimos la misma respuesta. Nos miramos sin entender qué había pasado. ¿Habría cambiado de teléfono? ¿Pero, por qué, por qué iba a hacerlo?

—Alfredo, necesito hablar con ella, por favor, búscala. Necesito verla y que sepa que estoy bien..

—Lo he intentado, Arturo, cuando empezaron las clases y no la vi, esperé un tiempo prudencial con la esperanza de que se reincorporara más tarde con el curso ya empezado, pero nada. Pregunté con el máximo de los disimulos que me fue posible a sus

compañeros, pero ninguno me supo decir... No sé qué más puedo hacer...

—¿Y Pedro? El chico que siempre estaba con ella, su mejor amigo...

—Sí, ya sé quién dices pero... es un chico demasiado inaccesible. Siempre está como ausente y como sospechando de todo... No sé, no he encontrado el momento de hablar con él pero te prometo que lo haré en cuanto vea la ocasión.

“¿Pedro, ausente?” Aquellas palabras, lejos de alegrarme, me preocuparon de nuevo.

Si Pedro estaba ausente era porque probablemente él tampoco sabía el paradero de Elisa o por algo peor... ¡porque le había pasado algo!

¿Le habría pasado algo? ¿Estaría bien? Me volví loco aquellos meses pensando en ella y en la manera de encontrarla. Había desaparecido literalmente de la faz de la tierra. Con la esperanza de reponerme y ser yo el que emprendiera la búsqueda, hice lo imposible para que la recuperación fuera más pronto de lo que todos esperaban. Puse todo mi empeño en salir cuanto antes de aquella situación que me tenía demasiado paralizado, tanto física como mentalmente.

Claudia, poco después, me dijo lo mismo. Elisa, que había conseguido salvarme la vida (según palabras de mi hermana), ahora estaría en cualquier lugar del mundo pensando que yo estaba muerto.

—Pobre chica, Arturo. No puedes ni imaginarte lo que peleó por ti, lo que sufrió. Y ahora yo no puedo aliviarle ese sufrimiento. Me ha pateado Valladolid entera pero no hay manera, ha desaparecido.

—¿Estaba muy mal, Claudia?

—Imagínate cómo puede encontrarse alguien que sabe que va a perder a su pareja sin poder remediarlo. Pero a pesar de todo, se la veía fuerte, esperanzada, Arturo, ¿te lo puedes creer? Tenía esperanza de que todo saliera bien si Echeagaray te veía... —Sonrió con tristeza.

—Déjalo Claudia, no vuelvas a entrar en ese bucle del que te es tan difícil salir.

Suspiró y miró hacia Hugo que seguía jugando con una pelota vieja.

—Os lo debo, Arturo, a ti y a Elisa, tengo que encontrarla, pero ya no sé por dónde buscar... Si la hubieras visto, Arturo, si hubieras visto cómo peleó...

Aquellas palabras de Claudia me hacían daño, pero ella de alguna manera necesitaba desahogarse.

Elisa... Elisa... ¿dónde estaría, qué le habría pasado? ¿estaría bien?. Los días se me hacían eternos pensando en ella.

ARTURO*¡LA BODEGA!*

—Lo he hecho —me dijo un día Alfredo cuando vino a visitarme. Sonreí al ver cómo se dejaba caer en el sillón algo desesperado.

—¡Ja, ja, ja! ¿Qué es lo que has hecho?

—Hablar con el chico ese amigo de Elisa. Con Pedro Salvador...

Al decir su nombre me puse pálido...

—¿Y? ¿Qué te ha dicho?

—Le pregunté por Elisa. Pero nada, no sabe nada...

Aquello no me sorprendió, Pedro guardaba todo lo relacionado con Elisa a cal y canto. No sería fácil sacarle información aunque supiera algo.

—Le dije que si la veía se pusiera en contacto conmigo, que era importante.

—No creo que lo haga. Si es que la sigue viendo...

—No, no creo que sepa nada. Tengo la sensación de que Elisa se ha ido fuera rompiendo con todo y con todos los que la rodeaban.

“¡Claro! a Estados Unidos... allí estaban sus hermanos... Puede ser...”

—No sé, Alfredo —recapacité—. Me extraña que Elisa dejara la amistad con Pedro de la noche a la mañana sin decirle nada. Eran como uña y carne...

No podía dejar de pensar en Elisa, necesitaba encontrarla. “¡La bodega!” ¿Cómo no lo había pensado antes? Quizá se había refugiado en la bodega con sus padres y. ¿su abuelo? Bueno, tenía que intentarlo de todos modos.

Un día ni corto ni perezoso, busqué el teléfono de la bodega de su abuelo y llamé. Me hice pasar por un bibliotecario. No fue una

idea muy brillante, pero fue lo primero que se me ocurrió cuando oí una voz al otro lado del teléfono. Estaba tan ansioso por saber algo de ella, que ni preparé una excusa mínimamente creíble.

— Bodegas Rivas, ¿dígame?

—Mire perdone... Hum... busco a Elisa Rivas...

—Un momento, por favor.

Al decir aquello el corazón se me aceleró. ¿De verdad había sido tan sencillo?

—¿ Sí? Dígame —Pues no, no iba a ser tan fácil. Me habló una voz fuerte, como de hombre mayor, probablemente su abuelo.

—Mire, le llamo de la biblioteca de la facultad. Es que he estado llamando al móvil de Elisa pero no está operativo y este es el otro número que nos facilitó. ¿Podría hablar con ella?

—¿Para qué la necesita? —Aquel hombre no me lo iba a poner fácil. Carraspeé—. Eh... No devolvió los libros prestados de la biblioteca... y claro, hace casi un año...

—Dígame qué libros son, que yo se los repongo...

—Hum, no hace falta, simplemente con que los devuelva....

—Pues creo que eso no va a ser posible, así que si me dice los títulos se los envíe o mejor aún dígame lo que cuestan, le envíe el dinero y los repone usted.

Elisa no exageraba al describir a su abuelo.

—¿Pero se encuentra bien? Es que, bueno, nos conocíamos de vernos por aquí y éramos amigos y... ¡cómo no la he vuelto a ver!...

—Está perfectamente y, si fuera amigo suyo, conocería lo suficiente a Elisa como para saber que no quiere que la localicen. Así que si su llamada era para saber si estaba bien, le diré que sí. Pero que no creo que vuelva a verla, al menos de momento. Muchas gracias y muy amable. Si necesita en verdad los libros, hágaselo saber a mi secretaria. Buenas tardes.

—¡No, espere!

Demasiado tarde, ya me había colgado.

Madre mía, aquel hombre era muy... intenso. Al menos pude saber que Elisa se encontraba bien. De momento, eso me servía. Pobre Elisa... No quería ni imaginar lo que habría pasado...Yo en su lugar me hubiera vuelto loco. ¿Cómo habría conseguido salir

adelante? ¿Se refugiaría en la bodega? ¿Estaría allí, escondida, sin ganas de ver a nadie?

—Buenos días, venía a ver a Fernando Rivas.

—¿De parte de quién? ¿Tiene cita?

—No. No tengo cita —dije tajante—. Es importante. Vengo a hablar de Elisa.

—Un momento.

No sé en qué instante tuve el valor suficiente para coger el coche y presentarme en la bodega sin previo aviso. No sé si fue un acto de valentía o la inercia de la propia desesperación.

Sabía que aquella era la única manera de encontrar a Elisa, pero como empezaba a ser habitual, estaba equivocado.

Tardaron cosa de diez minutos en volver a contestarme. Ya había perdido toda esperanza de encontrar información, cuando de pronto aquel portalón empezó a abrirse y aquella voz me dijo que podía pasar.

Al recorrer esa arboleda no pude evitar el recordar el día en que Elisa me llevó allí.

Aparqué el coche al lado de un todoterreno que había cerca de la fuente que presidía el jardín. Al fondo, en la entrada, me esperaba un hombre alto, robusto y contundente que debía ser el abuelo de Elisa.

Me acerqué hacia donde estaba, mientras él a su vez, sin mostrar un ápice de simpatía en su rostro, bajó un par de escalones y me tendió la mano.

—¿El bibliotecario, imagino? —preguntó con tanta ironía que no pude hacer otra cosa que sonreírle.

—Ese mismo.

—Pues sí que debieron ser importantes los libros que no devolvió Elisa para que venga a buscarlos aquí...

—En realidad vengo a buscarla a ella...

Arqueó una ceja y me miró de arriba abajo.

En ese instante llegó otro coche del que salió una mujer que, por su aspecto, debía de ser la madre de Elisa. Se parecía mucho a ella.

Me saludó cortésmente pero sin ningún tipo de acercamiento. Por cómo estábamos los tres allí plantados, mirándonos, me dio la sensación de que me estaban esperando. ¿Acaso sabrían lo nuestro?

Fernando sonrió con sorna a la vez que contestó mi comentario anterior.

—¿No cree usted que es algo mayor para venir buscando a jovencitas? —Aquello me dejó sin argumentos. A partir de ahí poco más pude decir. No me dio opción—. Márchese “bibliotecario”. Usted no es bienvenido aquí. No haga que me enfade. Creo que... ya ha hecho suficiente por Elisa...

¿De qué estaba hablando? Miré a la madre de Elisa intentando buscar un poco de apoyo, pero con una sonrisa forzada y con los labios entre sus dientes, hizo un pequeño gesto con la cabeza a modo de despedida y se metió dentro de la casa con una especie de pena contenida. ¿Le habría pasado algo a Elisa?

—¿Le ha pasado algo? —le pregunté mucho más que preocupado al ver la actitud de su madre.

No dijo nada. Me analizó con la mirada.

—¡Por favor! ¡Necesito saber que Elisa está bien!

Me desafió de nuevo. Me estaba desesperando. Era una lucha perdida.

—Está bien, pero haga el favor de no buscarla. No parece mal tipo, por eso le pido que por el bien de mi pequeña la deje tranquila. No la busque, no le enrede de nuevo la cabeza. Elisa está tranquila, está empezando a sentirse bien, así que por favor déjela en paz.

Vale. Estaba claro que sabían lo nuestro y que no lo veían con buenos ojos. Pero, ¿quién se lo habría contado? ¿Quizá Martín, el chico que andaba esos días por la bodega?

No respondí nada. Me fui forzando una sonrisa y despidiéndome con un gesto de cabeza como había hecho su madre.

—Tiene buen gusto mi nieta ¡sí señor! ¡Ja, ja, ja!... Si tuviera el mismo para los vinos...

Le oí decir según entraba en casa, no sé si para que le oyera yo o para que lo hiciera quien estuviera dentro.

Salí de allí con una sensación agridulce. Por una parte aquellas palabras me tranquilizaron. Lo más importante era que Elisa estaba bien y que, como bien había dicho su abuelo, estaba empezando a recuperarse. Pero por otra, no había conseguido saber donde estaba, no había podido localizarla para decirle que me encontraba bien, que ya había pasado todo.

ARTURO*EMPEZAR DE CERO*

Tardé año y medio en volver a ser el de siempre, pero no sería hasta un año y medio después, cuando Echegaray me daría vía libre para empezar mi vida con total normalidad, alejado de pruebas, rehabilitación, controles... Fue entonces cuando volví a entrar en mi despacho para reincorporarme ya de manera definitiva. Hasta ese momento no había pasado por allí nada más que para saludar a mis compañeros, para reuniones con mi equipo y poco más. Alejado del ámbito educativo, me dediqué en cuerpo y alma a la investigación, eso sí, de manera paulatina. Gracias a “mi amiga” la vicerrectora, y lo entrecomillo porque cada vez que hablo de ella me acuerdo de aquel episodio con Elisa, que me apreciaba mucho, conseguí coger el ritmo sin demasiadas presiones ya que intentaba aliviar mi carga de trabajo, hasta que yo no me sintiera totalmente recuperado. Habían pasado tres años desde del accidente. Mentiría si dijera que el volver a la docencia no fue duro para mí. Enfrentarme de nuevo a ese aula que, ahora sí, ya permanecería vacía para siempre sin Elisa, era un paso difícil al que tuve que hacer frente sin demasiado entusiasmo. Y que conste que mi trabajo me encantaba, pero volver allí como si nada, como si todo estuviera igual fue extraño y desagradable, sobre todo los primeros días.

Alfredo estuvo a mi lado el primer día de clase como un padre que acompaña a su hijo en su primer día de cole. Yo realmente parecía un niño. ¡Qué poco quedaba de lo que había sido! Necesitaría más tiempo para ser el de antes.

Ya no conocía a nadie, la mayoría de los alumnos con los que había trabajado habían acabado la carrera y otros habían cambiado

tanto que, de no ser porque ellos venían a saludarme y darme la bienvenida, no les hubiera reconocido.

Después de hacer los saludos y visitas pertinentes, subimos a mi despacho.

—Es curioso ver como ha cambiado todo a pesar de que todo sigue en su sitio como siempre..

—Sí. Todo ha cambiado. Pero tienes que ver el lado positivo... Inma ya no va a volver a molestarte...

—¡Inma! ¡Ostras, es verdad! ¿Cómo es posible que no me haya acordado de ella?

Cuando salí del hospital, mi hermana se empeñó en que me quedara en su piso para poder cuidarme mejor. Koen tuvo que regresar a Holanda y ella, otra vez, se quedó conmigo para cuidarme. La verdad es que la alegría de mi sobrino me hacía mucho bien y yo realmente estaba encantado de estar allí.

Después de casi un año viviendo con ellos, decidí que había llegado el momento de volver a mi casa. Sabía que a Claudia se le estaba agotando la excedencia que había solicitado en el trabajo y no quería que se sintiera mal al tener que regresar. Si empezaba a vivir mi vida como antes, le facilitaría el regreso a Holanda y a su trabajo. De esa manera le haría menos difícil su vuelta a casa. No podía pasarse toda la vida cuidando a su hermano pequeño.

—Ni te lo plantees, Claudia. Hugo necesita a su padre, su padre os necesita a los dos, tú necesitas vivir tu vida y yo estoy perfectamente... No tienes sentido que sigas aquí.

—Si en el fondo sé que tienes razón, pero...

—Ya sé que las despedidas son duras, pero en cuanto volvamos a coger la rutina de nuestras vidas, esto quedará como un recuerdo y estaremos bien.

—¡Manda huevos! Pareces tú el hermano mayor...

—¡Ja, ja, ja! Anda, no seas tonta. Pasado mañana os llevaré yo al aeropuerto...

—Parece mentira que ya haya pasado tanto tiempo...

—Sí, el tiempo pasa rápido, pero míralo por el lado bueno... Al menos pasa. Yo estuve apunto de quedarme estancado. ¡Ja, ja, ja!...

—No bromees con eso, Arturo —Me regañó Claudia dándome un empujón con más fuerza de la que creía que tenía.

Con todo el dolor de mi corazón, al día siguiente me despedí de ellos en el aeropuerto y ambos regresamos a nuestra realidad.

Al volver a casa estaba tan compungido, que ni cuenta me di de la ausencia de Inma. Vamos, que ni cuenta me di. Me pareció la cosa más normal del mundo que en su casa estuvieran viviendo otros vecinos que no conocía. Si no llega a ser por el comentario de Alfredo, yo creo que no me hubiera acordado de ella...

—¡Ja, ja, ja! Bueno, hay cosas que mejor no recordar. Se graduó hace un año, creo, y por lo que me contó Claudia, hace ya mucho tiempo que dejó el piso. Al reducirle la jornada laboral, no le llegaba para pagar la hipoteca, así que decidió alquilar el piso para pagar la letra con ese dinero e irse a un apartamento más barato.

—Vaya. No tenía ni idea. Joder, hace más de dos años que estoy en mi casa y no me había dado cuenta de que no estaba. Pues lo siento por ella. Le gustaba mucho su piso. Quizá un día la llame...

— ¿Estás loco? ¡Ni se te ocurra! Además yo creo que lo que más le gustaba de su piso era su vecino. ¡Ja, ja, ja!...

—¡Ja, ja, ja!, qué tonterías dices...

—Sí, sí.. tonterías. ¿Acaso no te acuerdas de cómo te atosigaba? Bueno, yo te dejo, que en nada tengo una reunión y tengo que corregir todavía demasiados exámenes.

Era septiembre, los exámenes habían acabado y pronto empezaría otro curso... Otro curso...

ARTURO*UN AULA VACÍA*

Ese primer año en el que volví a las clases de manera habitual, después de todo lo que había pasado, fue como empezar de cero. Llevaba prácticamente apartado de la docencia tres años, y he de confesar, que me enfrenté un tanto nervioso a ese primer día de clase. Nervioso e ilusionado, ilusionado y afligido. Un cóctel demasiado extraño para que no se me notara.

—Ay, Arturo, hijo... pareces un becario. No puedo creerme que estés nervioso —me dijo Clara en la cafetería, mientras se llevaba un café hirviendo a la boca que escupió al instante, casi encima de mi camisa.

— Sí, pues arréglalo haciéndome ir con un lamparón en la camisa gracias a tu escupitajo cafetil. ¡Ya lo que me faltaba! —Teatralicé moviendo la cabeza de un lado para otro.

—¿Pero en serio estás nervioso?

Alfredo, que estaba hablando con otro compañero, empezó a prestar atención a lo que yo decía mirándome con curiosidad.

—Bueno, Clara, supongo que han pasado muchos años sin enfrentarme a un aula llena de alumnos...

—¡Ja, ja ,ja! ¡Qué optimista! Sí, tienes razón, hace mucho que no entras en una clase. Las humanidades cada día pierden más adeptos.

—Bueno, entonces eso habrá que solucionarlo —dije en tono cómico para evitar que Clara cayera en reflexiones pesimistas...

—Por muy “bueno” que estés, uy perdón, quise decir que por muy buen profesor que seas, hay cosas que son imposibles.... —me respondió Clara riéndose descaradamente de mí.

—¡Ja, ja, ja! Bueno, Arturo —me dijo Lucas, otro compañero, poniéndome un brazo sobre los hombros—. Tú eres un tío con experiencia y si has superado ese tumor en la cabeza, ¿no crees que podrás con una “manada” de jovenzuelos con las hormonas aún revolucionadas, con grandes planes para su vida, con un montón de fiestas a sus espaldas y con muy pocas ganas de escucharte pero sí de cachondeo? ¡Va, chupao, créeme!

Todos nos reímos, menos Alfredo, que a pesar de esbozar una sonrisa, no me quitaba ojo sospechando que mis nervios no se debían a que tuviera que enfrentarme a los alumnos de nuevo, sino al vacío al que iba a tener que hacer frente.

No fue fácil llegar a la puerta del aula y ver al típico grupo de estudiantes esperando fuera y saber que Elisa no estaba entre ellos. La vida había ido avanzando, pero yo me encontraba emocionalmente en el mismo punto en el que lo dejé, con la diferencia de que ella ya no estaba. Nunca iba a volver a estar. Mi “muerte” fue un duro golpe para Elisa, pero para mí su ausencia no fue menos.

ARTURO*¿ASÍ DE FÁCIL?*

Un par de años después de mi reincorporación, estábamos Alfredo, algunos colegas y yo tomando algo en la cafetería (parece como si mi vida solo transcurriera entre mi despacho y la cafetería, pero realmente, la rutina diaria va limitándote tanto, que acabas reducido a dos o tres espacios... Triste, pero de lunes a viernes, real.), cuando llegó Clara con su habitual nerviosismo. La saludamos como siempre, y mientras pedía un café sin apenas mirar al camarero, no hacía más que hacer aspavientos con la única mano que tenía libre (la otra la utilizaba para tocar la pantalla de su móvil como una posesa).

—Pero qué te pasa mujer... —le pregunté intentando calmarla con mi mano.

—¿Qué me pasa? Han descubierto un archivo con un montón de documentos de la guerra civil pero el gobierno está entorpeciendo el trabajo de recuperación. Los de Patrimonio están moviendo Roma con Santiago para que salga a la luz pero están con las manos atadas.

—Pues vaya novedad. No es la primera vez que pasa algo parecido... —afirmó Alfredo —, sobre todo si tiene que ver con la guerra civil y el gobierno...

—No, si la noticia no es esa, bueno sí también, pero ¿sabes quién es la directora de ese proyecto? —preguntó Clara dirigiéndose a mí e interrumpiendo el comentario del Alfredo.

—¿Quién? —pregunté sin demasiada curiosidad. Ay amigo...

—No sé si te acordarás de ella, fue alumna tuya, Elisa Rivas. La que participó en el trabajo del castillo que al final conseguimos abrir

al público... ¿Te acuerdas? Te hablé mucho de ese trabajo... Arturo, ¿estás bien?

No, no estaba bien. Me quedé blanco como la nieve, congelado como un cubito de hielo, sin movimiento como el tronco de un árbol, sin respiración como...como yo mismo hacía unos años, pero eso sí, con los latidos de mi corazón funcionando a máximo nivel.

Alfredo, que al oír el nombre de Elisa prestó más atención a la conversación, me dio un disimulado golpe en el brazo para que reaccionara.

Carraspeé y, logrando controlar mis nervios, hablé con la mayor tranquilidad posible. ¡Ja, ja, ja! ¿Tranquilidad? ¿Me estaba hablando Clara de Elisa, a quien había estado buscando durante años? ¿Me estaba dando Clara la dirección exacta de su escondite y yo hablando con tranquilidad? ¡Ja! , ¡imposible! Después de haberla buscado hasta desesperarme, era tan fácil como entrar en Google y teclear su nombre que con aquella noticia seguramente saldría en los primeros puestos de la búsqueda. ¿De verdad iba a ser tan fácil? Pues sí, lo iba a ser.

—Sí, sí, me acuerdo de ella —Se me notaba, se notaba fijo mi entusiasmo—. Una brillante alumna por lo que me contaron a pesar de que en mi asignatura no lograra demostrarlo...

Sonreí al recordarlo. Clara me miró arqueando una ceja con cierta incredulidad.

—Vaya... —dije mirando el reloj. Imposible disimular, estaba deseando salir de allí—. Se me ha echado el tiempo encima... Me tengo que ir... A ver si luego puedo subirte eso, Clara.

En cuanto estuve en el despacho, abrí el ordenador y tecleé en el buscador de Google su nombre sin mucho tino. Estaba tan nervioso que no acertaba a escribir bien su nombre. La primera referencia que obtuve fue en relación a lo que había comentado Clara. Después fue fácil localizarla. Trabajaba en el departamento de Investigación y Patrimonio en la Universidad Complutense... Madrid... No pude neutralizar el recuerdo de aquella escapada a Madrid para ver *El lago de los cisnes*.

Cuando después de haberme pasado varios años intentando localizarla y ver que era misión imposible, que Elisa había borrado

todo tipo de signos que pudieran llevarme hasta ella, decidí que había llegado el momento de pasar página.

Las palabras de su abuelo resonaban en mi cabeza: “había empezado a sentirse bien...” ¿Quién era yo para volver a enturbiar su tranquilidad? Además, en ese “ya había empezado a sentirse bien”, probablemente entraba una tercera persona que la estaba haciendo feliz o al menos intentándolo. Leyendo entre líneas su abuelo me había querido decir: Elisa está bien, ha conocido a alguien que la hace feliz, por favor vete por donde has venido y no vuelvas más.

Bueno, esa fue en todo caso la sensación que me dio.

Sí, no nos engañemos, Elisa seguramente habría rehecho su vida, posiblemente ya habría conseguido una estabilidad laboral y emocional y yo no era nadie para desestabilizar de nuevo todo su mundo. Así que con todo el dolor de mi corazón, me decidí a cerrar ese capítulo.

Y ahora, de repente, sabía dónde estaba y a qué se dedicaba. Podía ponerme en contacto con ella simplemente marcando el número de teléfono de su despacho, pero... ¿cuánto tiempo había pasado ya? ¿unos cinco años? No podía hacerlo. No podía resucitar de repente y decirle : “hola Elisa, cómo te va la vida... Yo bien, gracias... Al final, como ves, no me morí”

Además seguía estando Pedro en todo el medio. De él tuve noticias mucho antes. Se hizo bastante famoso con la publicación de su primera novela, que confieso tuvo un lugar de honor, junto con el resto de sus novelas, en mi biblioteca.

Y, bueno, una vez que supe que Elisa vivía en Madrid. No fue muy difícil atar cabos. A más B, Elisa en Madrid, Pedro en Madrid... Aún resonaban en mi cabeza las últimas palabras que me dijo cuando nos encontramos su calle : “*No voy a parar hasta conquistar a Elisa*” Estaba seguro de que lo había hecho, así que ¿quién era yo para meterme en medio? Un muerto, un fantasma.

ARTURO

CASADOS. ¡CHÚPATE ESA ARTURO!

Después de aquel descubrimiento, no me fue fácil volver a mi vida normal. Su imagen se presentaba en mi cabeza una y otra vez, al igual que los recuerdos y las ganas incesantes de hablar con ella. No miento cuando digo que en más de una ocasión solo me faltó marcar el último número del teléfono de su despacho, para hablar con ella. Al final, el sentido común conseguía volver a mí justo a tiempo de no cometer tamaña locura.

Eso, y que Alfredo también opinaba que tenía que dejar todo tal y como estaba.

—Arturo, yo creo que tienes que dejar las cosas como están. Ha pasado mucho tiempo y ella ya tendrá su vida hecha. Sería reabrir una herida que no os haría ningún bien. Además, si Dios quiere, la vida os puede dar una segunda oportunidad...

—Si Dios quiere... Apañado voy si tengo que dejarlo en sus manos. Ya me dejó claro el futuro que quería para mí.

Alfredo, que era muy religioso, puso los ojos en blanco y no pudo por menos que contestarme.

—¿Ah sí? Pues yo te veo vivito y coleando... —dijo bastante malhumorado.

—Gracias a un golpe de suerte, si no... no lo cuento...

—Claro, muy típico eso... Siempre agradeciendo a la suerte cuando nos va bien y cuando nos va mal, culpando a Dios de nuestros infortunios...

—¡Ja, ja, ja! ¿Infortunios? Vuelve a nuestra era, Alfredo. ¡Ja, ja, ja! Además yo no he hablado de Dios, has sido tú el que ...grrr..., es igual Alfredo no voy a entrar ahora a discutir temas escatológicos...

Se encogió de hombros como quien da la razón a un loco, para no entrar en una discusión que no nos iba a llevar a ninguna parte.

—No sabes lo difícil que es todo esto para mí. Elisa ha seguido su vida, seguramente la haya rehecho con el tocapelotas de su compañero y famoso Pedro... y me habrá olvidado. Yo, en cambio, sigo en el mismo lugar de siempre, con el mismo sentimiento, porque ella no ha muerto para mí. Todo sigue intacto, como el primer día. Sigo esperando a que abra la puerta de mi despacho y se presente como antes, con aquella energía y entusiasmo.

—Me imagino que no tiene que ser fácil. Pero, ¿por qué no intentas rehacer tu vida?

Intenta no pensar en ella, abre la mente a otras personas...

Arqueé una ceja y le miré con cara de suficiencia.

—¿Podrías tú olvidarte de Marta?

—No es comparable... Marta me toca las pelotas constantemente, es imposible olvidarse de ella cuando me llama cada cinco minutos. Y no te creas que no me gustaría olvidarla aunque fuera solo un par de horas. ¡Ja ,ja, ja!

No. No era posible lo que me proponía Alfredo. Para mí, su recuerdo permanecía intacto y demasiado presente. No sería capaz de fijarme en otra mujer a pesar de los innumerables intentos de Alfredo y Marta por prepararme cenas en su casa en las que, sorprendentemente, siempre había alguna compañera de trabajo de Marta, alguna amiga de la infancia. No, no podía ser y, para ser sinceros, me daba igual, porque mi trabajo llenaba las horas de vacío, las horas de recuerdos y de pena contenida.

Los días pasaban demasiado rápidos y sin demasiados cambios, uno igual al otro. Dejé de seguir la pista de Elisa incluso antes de que terminara la polémica del asunto de aquel archivo que, he de apuntar, resolvió satisfactoriamente. Con un solo clic en el ordenador, podría haber descargado la imagen de Elisa o alguna que otra entrevista que le hicieron en esa época por aquel asunto, pero me negué a hacerlo. No tenía sentido reabrir su imagen en mi mente que, a pesar de que nunca se borró, sí permanecía ya algo difusa. Además, tenía suficiente con no poder perder de vista a Pedro. Y no es que viera demasiado la televisión, pero sus

intervenciones tanto en la tele como en la radio eran bastante periódicas y a mí, no voy a negarlo, me gustaba escucharle porque, quisiera o no, el tío hablaba bien.

Me enteré gracias a una de sus intervenciones en la radio, en el programa de madrugada, de que se iba a casar con la que *“ha sido la mujer de mi vida desde el primer día que la vi en la facultad”*, palabras textuales. “Mecagüenlapu.”

Creo que no hace falta describir el nudo que se me puso en la boca del estómago. Había cumplido su amenaza.

Me costó bastante tiempo reponerme de aquel mazazo, porque el imaginarles juntos, CASADOS, me llevaba a los infiernos. Pero era algo que inevitablemente, tarde o temprano, sabía que iba a pasar. No pude evitar sentir rabia, celos e impotencia, mucha impotencia. Ahora era yo el que estaba en la sombra y quizá, ni siquiera, formara ya parte de un recuerdo lejano.

No sé como pude restablecerme de aquello, pero el caso es que los días fueron pasando igual que las semanas, los meses y los años. Trece, para ser exactos.

Y fue, como digo, trece años después de haberme recuperado completamente de aquel tumor que me dejó sin vida por un tiempo, cuando una noche después del trabajo se presentó Alfredo en mi casa con una noticia que cambiaría de nuevo mi vida para siempre.

ARTURO

C'EST LA VIE

—No puede ser, Alfredo...

—Es tan cierto como que el sol se pone cada mañana.

Solo Alfredo podía hablar así. Me quedé unos segundos en silencio, recostado sobre el sillón de mi casa esperando a que mi corazón volviera a bombear sangre. No supe qué decir, aquello no me lo esperaba.

—Es más —continuó hablando al ver que yo era incapaz de hacerlo—, hablé con ella.

¿CÓMO? Tragué saliva. Levanté la cabeza que segundos antes tenía escondida entre mis manos. No, no podía ser cierto... Me costaba respirar, tuve que aflojarme el nudo de la corbata y levantarme para salir de ese estado de *shock*. Las piernas me temblaban y apenas podían sujetarme, decidí apoyarme en el marco de la ventana mientras miraba cómo la vida seguía su curso de forma habitual en el resto de la gente, y seguí escuchando lo que Alfredo tenía que decirme.

—Apenas fueron unos segundos, no me dio tiempo a más —No sé cómo fui capaz de retener las lágrimas—. Clara enseguida se la llevó...

—¡Clara! —dije al fin, en un pequeño momento de lucidez girándome hacia Alfredo—. Claro... ella llevaba tiempo organizando aquellas charlas...

Alfredo asintió con la cabeza dándome a entender que ese había sido el motivo por el que Elisa regresó de nuevo en la facultad.

—Al pasar por el salón de actos —siguió hablando—, me fijé de casualidad en que estaba abierto y cuando la vi me quedé

paralizado... No supe muy bien qué hacer, sobre todo por lo que tantas veces habíamos hablado tú y yo de dejar las cosas como están, pero...no pude evitarlo, Arturo. Tuve que ir hacia ella. Estaba hablando tranquilamente con algunas personas, cuando la intercepté como un psicópata. La verdad es que no estuve muy acertado, pero fue tal la impresión que me dio y tan poco el tiempo que tenía, que no pude hacerlo mejor —dijo con cara de circunstancia—. Para serte sincero, creo que la asusté.

—¡Por Dios, Alfredo, qué le dijiste! —dije un tanto preocupado.

—Nada, nada, tranquilo... No pude decirle gran cosa porque no sabía ni por dónde empezar, tan solo le dije que me llamara cuando tuviera tiempo o que mirara la web de la facultad.

Me froté la cara con nerviosismo.

—¿Y cuánto hace de eso?.

—Cerca de dos semanas, el tiempo que has estado fuera...

Le miré interrogante, me supo entender.

—No. No sé nada. No me ha llamado, no he tenido noticias de ella...

—¿Habrás... habrá mirado la web?¿Habrás investigado? ¿Lo sabrás?

—Lo dudo, Arturo, es una noticia demasiado impactante para que no dé señales de vida. Me habría llamado o habría venido a verte... Necesitaría explicaciones...

Miré al techo y suspiré intentando encontrar algo de alivio...

Volví a sentarme, ahora ya sí que era imposible mantenerme en pie.

—Mejor así. Han pasado demasiados años... Ella tiene su vida hecha. No es justo que ahora se entere y todo se le desmorone de nuevo. Es mejor dejar las cosas como están. Elisa —Sonreí con dolor—. ¿Sabes cuánto tiempo hace que no pronuncio su nombre en alto?.

Me quedé en silencio unos segundos y me derrumbé. Lloré como un niño, soltando los años vacíos que tenía anquilosados en mi corazón, descargando la impotencia que me producía mi destino, sabedor de que aquello no era un mal sueño...que esa había sido mi vida, una vida vacía y perdida sin ella a mi lado.

Alfredo, que había sido mi apoyo todos esos años, se puso a mi lado y sin decir nada, me frotó la espalda.

Cuando por fin retomé la compostura y pude articular palabra, él se me adelantó.

—Por eso no quise decirte nada por teléfono. Preferí esperar a que vinieras del viaje para hablar tranquilamente contigo. Era una noticia demasiado fuerte para dártela sin estar a tu lado...

—Hiciste bien, Alfredo —Sonreí con cariño—. Te agradezco que no me lo dijeras el mismo día, hubiera desperdiciado el viaje. No hubiera podido trabajar de haberlo sabido. Lo que no entiendo es cómo no ha salido la conversación con Clara. Solemos pasar mucho tiempo juntos y a pesar de que hace tiempo que no llevamos ningún proyecto conjunto, nunca me ha hablado de ella... No sabía que siguieran en contacto...

—Y no lo hacían. Por lo visto ha sido fruto de la casualidad, ella contaba con otra persona para la charla, pero esta no pudo asistir por otros compromisos que tenía pendientes, ya sabes. Le recomendó a una compañera que era una gran profesional y que podría hacerlo incluso mejor que ella. Palabras de Clara. Cuál fue la sorpresa de esta al enterarse de que Elisa era esa compañera.

Sonreí al sentirme una marioneta en manos de un destino que parecía estar jugando con nosotros.

Fui hasta la cocina a prepararme una tila doble. La iba a necesitar, aquello no había hecho más que empezar.

ARTURO*ASIMILANDO*

Algo más tranquilo decidí cambiarme de ropa para estar más cómodo. Alfredo me miraba pasear de un lado a otro sin decir nada.

—Siento no haberte dado tiempo ni para cambiarte... —me gritó Alfredo desde el salón—. Pero tenía que decírtelo en cuanto llegaras, me quemaba dentro.

Salí de mi habitación con un pantalón de deporte y una camiseta blanca.

—Tranquilo, Alfredo, de verdad te lo agradezco. ¿Cómo voy a volver a mi vida como si nada, sobre todo sabiendo que Clara tiene contacto con ella? Inevitablemente cuando vea a Clara, la veré a ella también. Me la imaginaré al otro lado del teléfono o en el propio salón de actos. ¡Alfredo! ¿Te das cuenta? Hace nada ha pisado por el mismo suelo que yo piso...

Sí, lo sé, ha sonado a idealización exagerada de la cosa más normal del mundo, pero habían sido muchos años sin saber de ella, pensando que jamás la iba a volver a ver... Y había estado tan cerca...

—Pues prepárate —sentenció Alfredo. Me giré sorprendido hacia él—, porque desde el encuentro con Elisa... vaya... hasta a mí me cuesta pronunciar su nombre con normalidad. He estado hablando con Clara y, bueno, ya sabes que estaba pendiente de empezar con una nueva línea de investigación... —asentí con la cabeza—. Pues por lo visto en los planes de Clara está contar con Elisa.

—¡¿QUÉ?!

—Lo que oyes. Desde su reencuentro, Clara está como loca con ella. Sabes que perdió su pista después de la rehabilitación de aquel archivo. Bueno, en realidad, todos se la perdimos...

Alfredo sabía que después de aquella noticia del archivo, dejó de buscarla.

—Era lo único sensato que podía hacer. ¿De qué nos hubiera servido reencontrarnos sobre todo sabiendo que...era la mujer de Pedro? Ah...

Alfredo me miró con condescendencia y continuó hablando.

—El caso es que, por lo visto, Elisa está algo reticente en trabajar aquí con Clara... pero ella insiste y... ya la conoces, Arturo, yo te digo que al final acabará convenciéndola.

—¿Tu crees, Alfredo? Dejar su vida y volver aquí...

—Serían solo unos meses. Todos lo hemos hecho alguna vez... A no ser que tenga hijos, claro... entonces a lo mejor se lo piensa un poco más...

—Hijos... —Sonreí al recordar en aquella conversación que tuvimos dando un paseo y en la que a ella se le tensaron todos los músculos de su cuerpo al pensar que se lo estaba pidiendo—. ¿Tú crees que tendrá hijos?

Hasta ese momento no me lo había planteado. Hijos... Hijos con... Pedro. Grrr, qué tortura...

Se encogió de hombros con cara de circunstancia, pensando que había metido la pata al decir aquello.

—Y cuéntame, Alfredo, ¿cómo la viste?

Al fin me sentí con el valor suficiente para poder formar de nuevo su imagen en mi cabeza. Alfredo sonrió con cariño viendo que ya me encontraba mejor.

—Muy bien. Está muy guapa. Sigue igual que siempre, es como si no hubieran pasado los años por ella. Quizá su melena sea un poco más larga y algo más clara, pero sigue teniendo la misma cara de niña aunque ahora...ahora ya se la ve mujer. Una mujer fuerte.

Me froté la cara intentando imaginarla, hablando como si nada a unos metros de mi despacho...

¿Qué hubiera pasado de no encontrarme de viaje? ¿Nos habríamos reencontrado? ¿Qué hubiera hecho ella?

—Tengo que irme, Arturo. ¿Estarás bien?

—Sí, sí Alfredo, tranquilo —dije saliendo de la ensoñación en la que me encontraba—. Nos vemos mañana.

En cuanto cerró la puerta, me dirigí a la mesa de mi despacho y abrí el ordenador para trabajar un poco intentando olvidar la conversación que acabábamos de tener. Como era de prever, fue misión imposible.

Fui a la cocina a por un vaso de agua, pero el recuerdo de Elisa ya me golpeaba fuerte y cada pequeño detalle me recordaba a ella.

Intenté pasar por alto las imágenes que una y otra vez saltaban en mi cabeza y me tumbé en el sofá con la intención de que las tonterías que estaban echando por la tele desdibujaran su recuerdo.

ARTURO

CLARA

—Adelante...

—¡Hola, Arturo! Tenía serias dudas de encontrarte en el despacho, no sabía si volvías hoy...

La imagen de Clara asomando por la puerta de mi despacho consiguió acelerar demasiado los latidos de mi corazón. Temí que se percatara de mi nerviosismo e intenté apaciguarme antes de que se sentara en frente de mí.

Carraspeé.

—Sí llegué ayer... Clara, no puedo entregarte lo que me pediste, no he tenido tiempo, tengo demasiado trabajo... —¿Notaría que quería deshacerme de ella?

—No, hombre, no te preocupes. Carlos y María ya se van para Lyon, ¿no tenían que llevarte no sé qué...?

—Sí, ya les entregué el *no sé qué* a primera hora. Gracias —contesté de manera escueta. Su mirada suspicaz me hizo entender que me había calado.

—¡Qué pasa! Si te has levantado de malhumor no lo pagues conmigo, guapo. Date una vuelta por tu gimnasio o, mira, mucho mejor, ¿por qué no te vas echando una novieta con la que desfogarte? Se te van acumulando los años sin...

Sonreí, eran muchos años trabajando juntos, nos conocíamos demasiado bien...

—¡Ja, ja, ja! Para, anda, para... No te voy a negar que dormí bastante mal esta noche... —dije según me levantaba y me acercaba a su silla para acariciarle la espalda mientras le daba un cálido beso en la mejilla—. Desde luego no era mi intención pagarlo contigo. Con mi dulce, tranquila y sosegada Clara...

—Anda, vete a reírte de otra... ¿Te pasarás esta tarde por mi despacho?

—Tengo clase a primera hora, pero después te prometo que pasaré toda la tarde trabajando contigo en lo que me pediste. Además hace mucho que no lo hacemos juntos... trabajar, digo... — le dije burlándome sabiendo que aquellos comentarios, la ponían nerviosa.

Arqueó una ceja y se fue balbuceando algo que no llegué a entender, me hacía gracia verla así. Estaba tranquilo. A pesar de que iba a pasar toda la tarde con ella, sabía que las tardes de trabajo con Clara eran muy productivas y nunca nos metíamos en conversaciones que se alejasen de lo que estábamos haciendo. Así que después de esa hora de clase, subí a su despacho para ayudarla a poner en limpio el proyecto que estaba acabando.

—Bueno, pues por fin acabamos... —dijo después de muchas horas trabajando, recostándose hacia atrás en su silla y poniendo sus brazos detrás de la cabeza—. Pensé que no lo acabaría nunca. Menos mal que me has ayudado, cuatro ojos ven más que dos y estaba tan cansada de este proyecto que me parecía imposible poder acabar.

—Anda que eres exagerada, Clara... Ja, ja. Yo solo he ordenado el rompecabezas que tenías montado... Sigo sin entender cómo eres capaz de trabajar con tanto desorden...

—¡Ja, ja, ja! No soy capaz, por eso te pido ayuda. Bueno, pues una semana más, a lo sumo dos y empiezo con el ...

“No Clara, no sigas por ahí, no me veo con fuerzas... No me hables de tu nuevo trabajo, de Elisa. No creo que pueda disimular...”. Me levanté nervioso como si no hubiera escuchado lo que me estaba diciendo, pero Clara, que era muy despistada pero muy espabilada cuando quería, se levantó rápidamente de la silla y me agarró por un brazo antes de que me diera cuenta.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? Andas raro, Arturo, y no es normal en ti...

—Puf, pues no sé, Clara, no me pasa nada en particular...

—Yo sigo diciendo que tienes mucho trabajo...

—¡Qué va, Clara! Es precisamente el trabajo lo que me da la vida.

—¿Tú te oyes? ¿Cómo un tipo como tú, guapo, simpático, buena persona y con dinero puede decir que lo único que le da la vida es el trabajo? Deberías divertirte... Que ya no digo nada de echarte pareja, oye, cada uno lleva su vida como le dala gana, que las personas no necesitamos medias naranjas que estamos enteras solas, pero vamos, que digo yo, que tener más vida que el trabajo estaría bien... muy bien... es necesario...

Todo esto lo dije así, tal cual, sin respirar ni poner comas (yo las he tenido que poner para no asfixiar al lector, pero ella...lo escupió todo de carrerilla. Me costó entenderla, no miento.) No sé cómo consiguió salir con vida, sin asfixiarse de estas divagaciones que, por otra parte, tenía muy a menudo.

—Clara... No vamos a empezar...

—No, no, no... —dijo haciendo aspavientos con los brazos y yéndose como una loca de nuevo a su sitio—. Desde luego que no voy a discutir...

—¡Ja, ja, ja! No cambiarás nunca... Me voy que tengo mucho trabajo atrasado. Nos vemos mañana...

—Sí, sí, sí... mañana —seguía refunfuñando—. No voy a volver a pedirte ayuda. Si es que solo a mí se me ocurre... Te tengo media tarde ordenando mis desbarajustes cuando tú tienes mil cosas que hacer... Si es que no aprendo. Además recién llegado de viaje, que tendrás mil asuntos que poner al día. Lo siento, Arturo. Si es que no sé cómo se me ocurrió pedirte ayuda.

“¿Perdona? ¿Qué me he perdido? ¿No estábamos, perdón, no estabas divagando sobre la vida, sobre distraerse, las medias naranjas?” Con Clara siempre era así, saltaba de un tema a otro sin un hilo conductor aparente, que seguramente lo tenía, vamos a ver, pero yo debía estar despistado del todo porque nunca encontraba las conexiones.

—Para el carro... ¿pero qué te pasa a ti ahora? ¡Ja, ja, ja! Clara, sabes que si no hubiera podido ayudarte te lo hubiera dicho. Tranquilízate... Yo siempre tengo trabajo pendiente porque, como te he dicho antes, es lo que me da la vida y siempre busco cosas que

hacer. Pero, vamos, que me ha encantado estar toda la tarde contigo, ¡ja, ja, ja!

Me miró como una niña pequeña cuando piensa que ha hecho algo mal. No podía parar de reírme. Clara era increíble. Le di un abrazo zarandeándola hacia los lados, hasta que dejó escapar una pequeña sonrisa. Aquella mujer era tremenda, tenía una niña atrapada dentro de ella y cada vez que la dejaba salir, yo no podía hacer otra cosa que caer rendido a sus encantos.

ELISA

¿Y SI...?

—¿Sí, dígame?

—Elisa, ya sé que soy muy pesada...

—¡Ja, ja, ja! Clara, qué alegría. No sabía quién era, no conocía este número...

—Sí, bueno, te llamo desde el despacho... —tan atropellada como siempre, sonreí inevitablemente... Un momento “¿Ha dicho desde el despacho?”. Dejé de sonreír y un nudo se me enredó en la garganta—. Tienes que venir a trabajar conmigo, Elisa. Eres una eminencia en Patrimonio. Te necesito... No tienes nada que pensarte... trabajaremos bien juntas...

Se hizo un silencio demasiado largo que Clara no se molestó en disimular. Yo apenas podía articular palabra, aún estaba recuperándome de aquella charla en la facultad y todo lo que había traído con ella.

—Bueno, Clara —titubeaba—, no creo que pueda hacerlo...

—Pero ¿por qué no, Elisa?, es una oportunidad, es un buen proyecto...

—Sí, sí lo es y más aún trabajando contigo pero no me veo capaz...

—¿Qué no te ves capaz? ¡Venga ya! —lógicamente no me refería a aspectos laborales, pero Clara no podía sospechar lo que estaba pasando en mi vida—. He hablado con Paula y me ha hablado maravillas de ti... Bueno, todos lo vimos con lo de aquel archivo...

—Ya... Paula... cómo no... Ya hablaré con ella.—Sonreí.

—¿Qué me dices entonces? ¿Sí?

—No, Clara.. .no te he dicho que sí. ¡Ja, ja, ja! No me líes...

—Bueno, al menos dime que lo pensarás... Tenemos tiempo hasta que me den el visto bueno, ya sabes cómo va esto...

—Vale, está bien, me lo voy a pensar.... Pero no te hagas ilusiones, no estoy pasando por una buena racha y no sé si podré hacerlo...

—¡Estupendo! Las malas rachas son nuestras mejores aliadas para trabajar como locos...

No le faltaba razón y me hizo tanta gracia su contestación, que lejos de sentirme agobiada al acabar de hablar con ella, sentí que quizá no sería tan mala idea.

Después de haber acabado de esa manera con Pedro, veía que mi vida no tenía demasiado sentido. Vacía, sola, angustiada por el daño que le había hecho, herida y tocada por los recuerdos, empecé a ver en aquella propuesta de Clara una tabla de salvación.

Aún tardaría unas semanas más en verlo más claro, cuando a la vuelta de mis vacaciones, Paula, mi compañera, me insistió para que aceptara aquella propuesta.

—Pero no me veo capaz, Paula, no tengo ánimo...

—Es lo mejor que puedes hacer, Elisa, pon distancia entre Pedro y tú. Vete, estate esos meses allí trabajando y, a lo mejor con la distancia, todo lo veis desde otra perspectiva...

Claro, Paula hablaba como si la nuestra fuera una separación al uso: falta de entendimiento, algún desliz, crisis pero no podía ni imaginar que el problema raíz se encontraba precisamente donde ella insistía en que fuera.

Pensándolo bien, nuestra separación era surrealista: que nuestra historia acabara por un recuerdo, por un sentimiento que había permanecido adherido en mis entrañas y que aquel edificio había removido hasta provocar el caos... Bueno... en realidad entendía a Pedro. No tenía que ser fácil enterarse de pronto que tu mujer ha estado compartiendo sentimiento por otro... por otro que llevaba muerto casi quince años... No, si muy normal no era...

—Te digo lo mismo que a Clara. Lo pensaré.

ELISA*UNA CASA VACÍA QUE GRITA ¡VETE!*

Volver a casa después del trabajo y verla vacía, me mataba. Aquel caminito de piedras blancas, que tiempo antes nos daba la bienvenida cada vez que llegábamos, se me antojaba frío y tremendamente feo. No el camino en sí, sino el destino al que me llevaba: una casa enorme vacía, que no tenía más vida que las de mis plantas.

Recorrí estancia por estancia toda la casa buscando un rincón que me pareciera cálido para refugiarme. No lo encontré. Necesitaba a Pedro a mi lado, sosteniéndome una vez más como hacía siempre... Pero no estaba y no podía pedírselo. Le había hecho daño, mucho daño, pero yo juro que le quise, que le quise mucho pero quizá el sentimiento por Arturo había pesado más, aunque estuviera muerto...

En ese momento recordé la conversación que había tenido con Alfredo cuando me interceptó en la salida de aquella charla, y aunque lo dudé por unos instantes, me vi tentada a mirar la web de la facultad como él me había dicho. ¿Qué sería aquello tan importante relacionado con Arturo para que lo publicaran en la web? Porque que tenía relación con Arturo, estaba claro. La primera y única opción que se me ocurrió, fue que tendría algo que ver con el aniversario de su muerte, que sería una especie de homenaje en el que Alfredo quería que yo estuviera. Ya había pasado algo más de un mes desde que había hablado con él, y seguramente, todo lo relacionado con ese homenaje que probablemente le iban a hacer por el decimoquinto aniversario de su muerte, ya habría desaparecido. No sé por qué extraña razón me empeñé en pensar que ese había sido el motivo de la insistencia de Alfredo para que

hablara con él. Yo, desde luego, no tenía ninguna gana de participar en nada relacionado con la muerte de Arturo. Por eso, ni le llamé, ni me interesé en mirar en la web. Hasta ese momento, en el que la curiosidad me pudo.

Abrí mi ordenador y tecleé la URL de la facultad, en seguida se abrió la página.

El móvil, que lo tenía al lado del ordenador, empezó a vibrar con insistencia. Lo miré con desgana pensando que sería algo relacionado con la bodega, cuando vi que era Pedro... ¡¿PEDRO?!

—Hola, Pedro... —no dejé que sonara el segundo tono.

—Hola, Elisa... ¿Qué haces?.

Me alegró escuchar su voz al otro lado de la línea. Desde que se fue de casa eran muy pocas las ocasiones en las que hablábamos por teléfono y, cuando lo hacíamos, obviábamos hablar de nosotros. Como si fuéramos un par de compañeros que se llevan muy bien, pero que nunca hablan de cosas personales.

—Pues nada.. .Acabo de llegar del trabajo y estaba descansando un poco...

—Oye, ¿puedes hacerme un favor? ¿Puedes mirar por casa a ver si tengo por allí la sudadera azul? No la he vuelto a ver... con lo que me gustaba...

—OK, voy a mirar... —A pesar de que nuestras conversaciones eran bastante triviales, me gustaba sentirle al otro lado—. Ya la veo, Pedro... Sigue en el mismo rincón del armario donde dejabas la ropa que no te solías poner... —dije sonriendo.

—Vaya... qué despiste... juraría que ese no era su lugar...

—¡Ja, ja ,ja! ¡Pedro! Siempre odiaste esa sudadera que... con tanta ilusión te regalé....

—No, la de la cremallera dorada al estilo rapero de barrio no, digo la de la capucha que parecía un saco de patatas, esa...

—¡Serás payaso! ¡Ja, ja, ja! Pues te quedaban muy bien las dos...

—Elisa, eso no tiene demasiado mérito....Todo me queda bien...

—¡Qué tonto eres! ¡Ja, ja, ja!...

—Ahora en serio, Elisa, mira en la mesa de mi despacho a ver si tengo un USB negro con una franja roja. Me estoy volviendo loco

buscándolo y es muy importante.

—¿En tu despacho? ¡Ja, ja! ¿te refieres a ese zulo con una mesa y una silla?

—¡Ja, ja, ja! Sí, ese mismo.

—Sí, está aquí, ya lo veo. Estaba debajo de unos cuadernos.

—Ah perfecto, pues ya me pasaré a por él —Aquellas palabras me aceleraron el corazón. Desde que se fue no nos habíamos visto y, para ser sincera, estaba deseando verle otra vez. Aquella sonrisa se me desdibujó al seguir escuchándole—. Vale, pues déjame en el mueble de la entrada donde lo vea bien. A ver si mañana cuando estés trabajando, voy a por él.

—Puedes venir cuando quieras, Pedro, no tienes que esperar a que yo no esté.... —dije mucho más que desilusionada.

—Elisa... es mejor así... Yo todavía no estoy preparado. No creo que pueda verte, sigo... sigo dolido.

Era la primera vez que hablamos de nosotros, bueno, al menos era un paso. Quizá con el tiempo pudiéramos retomar... “Retomar ¿qué, Elisa? Si no sabes lo que quieres. ¿Cómo vas retomar nada, con un fantasma a tu lado?”

Colgué el teléfono con una sensación agridulce. Apagué el ordenador sin entrar en la página que ya tenía abierta y me puse a cenar.

Me sentía perdida, sin ilusión y aquella casa tan grande... Ya nada me ataba a ese lugar. Lo aceptaría. Hablaría con Clara para decirle que iba a trabajar con ella.

ARTURO*SABÍAMOS QUE PODÍA PASAR*

—Adelante...

—Arturo, ¿estás ocupado?

—No, no... pasa, Alfredo.

—¿Has hablado con Clara?

—No, llevo unas semanas de locos, ya ves qué poco nos hemos visto tú y yo también. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?.

—Han aceptado la propuesta de Clara, empieza en breve...

—¡Anda, qué bien! Me alegro por ella, tenía mucha ilusión con eso. —Estaba tan ensimismado con lo que estaba haciendo que, sin escucharle muy bien, le contesté por inercia.

—Veo que no lo has pillado, Arturo, ¿tú crees que vendría como alma que lleva el diablo solo para decirte eso?

—¡Ja, ja, ja! bueno Alfredo, cosas peores has hecho...

—Acabo de coincidir con ella en la cafetería y cuando me lo comentó... No pude evitar pensar en cómo reaccionarías...

“Ah vale... ahora lo entiendo”. No pude seguir sentado en la silla, me levanté y deambulé de un lado para otro por el despacho. Alfredo me miraba sabiendo que ya había caído en la cuenta.

—¿Y bien?.

—Ha aceptado.

—¡No me jodas! —grité desesperado como si Elisa hubiera perdido el juicio al aceptar aquel trabajo.

Las piernas me fallaban, me tuve que apoyar en la mesa. “No puede ser, no puede ser”.

—Me temo que ha llegado el momento, Arturo... Tarde o temprano... os vais a ver.

Aquello era cuestión de tiempo, por mucho que hiciera por desaparecer, Elisa lo iba a saber. Tarde o temprano se iba a enterar y la iba a matar. Entonces sería yo el que acudiera a su funeral. Aquella noticia era demasiado fuerte, demasiado difícil de asimilar.

—¿Qué hago, Alfredo? No puedo aparecer de nuevo como si nada... ¿Qué le digo? “Hombre, hola, Elisa, qué tal te va la vida, cuantos años sin verte. Pues mira, yo bien, aquí vivo y coleando...”

—¡Ja, ja, ja! Me alegra que sigas teniendo ganas de bromear.

—Ninguna Alfredo, ninguna... pero no sé qué hacer...

—Pues lo primero de todo, tranquilizarte. No la vas a ver mañana, así que lo que puedes hacer es ir mentalizándote para que cuando eso pase, estés preparado. Después... Dios dirá...

—Dios dirá... —Pobre Alfredo, sin poder evitarlo descargué mi desconcierto con él—. ¡Ah, claro! Me estás diciendo que tengo que esperar a que ese Dios tuyo, el que me mandó para el otro barrio en el mejor momento de mi vida, se decida a darme o no una segunda oportunidad. Muy bien, pues estoy apañado... Me dejó bastante claro hace quince años cuál era mi lugar...

—¡Arturo! —me hizo gracia su gesto, le faltó santiguarse tres veces. Sonreí.

—Pero hay una cosa en la que estoy de acuerdo contigo... Tengo que tranquilizarme primero, quiero que cuando se produzca el encuentro, que lo voy a dejar en manos de ese gran *amigo* tuyo, vuelva a ver al mismo Arturo de siempre, quiero que me reconozca. No quiero que se encuentre con un hombre nervioso y desencajado...

Ese día acabó ahí para mí. No pude seguir trabajando y agradecí no tener ninguna clase más. Necesitaba calmarme, mirar las cosas con perspectiva... Después de tantos años de ausencia, iba a reencontrarme con Elisa...

Como hacía cada vez que tenía algún problema, me dirigí a mi casa, preparé la mochila y me fui al gimnasio a descargar uno por uno todos mis miedos, todas mis dudas e inseguridades para volver a ser el que era, ese que llevaba años escondido tras su trabajo.

Llegué a casa tres horas después, agotado y mucho más tranquilo, eso sí. El destino, la vida o el Dios ese de Alfredo que me

había jugado una mala pasada hacía tantos años, parecía darme una segunda oportunidad y yo iba a aprovecharla como fuera, siempre que Elisa se mostrara receptiva, claro.

En mi planteamiento no estaba el volver a enamorarla, ni mucho menos. Sabía que ella tenía su vida, que seguramente estaría feliz con Pedro y yo no quería perturbar esa paz. Tan solo intentaría aprovechar esa segunda oportunidad, para poder explicarme, para decirle que sentía haberla dejado sola, haberle hecho pasar por todo aquello. Quería que entendiera aquel miedo que me paralizaba y que no me dejaba empezar una relación con ella, porque sabía, que tarde o temprano, le haría daño. Y al final, fui un egoísta al dejarme arrastrar por lo que ella me hacía sentir, porque quise disfrutar cada segundo con Elisa a pesar de saber que seguramente todo acabaría pronto. Necesitaba que me perdonara. Que pudiera entenderme.

Me preparé una taza de leche caliente y busqué entre todos los archivos de música que tenía en el ordenador. Me llevó un rato encontrarla, pero al final conseguí que, después de algo más de quince años, empezara a sonar de nuevo...

“..dime como le digo a mi destino que ya no estás aquí...”

cómo haré para desprenderme de este frenesí, esta locura que siento por ti...

...Me rehúso a darte el último beso así que guárdalo, para que la próxima vez te lo dé haciéndolo...”

En ese momento, toda mi vida cobró el sentido que hasta entonces me parecía perdido.

ELISA*DECISIÓN TOMADA*

Respiré hondo cuando vi en la pantalla de mi móvil el teléfono de Clara. Probablemente, después de descolgar y hablar con ella, mi vida daría un giro del que seguramente ya no habría marcha atrás. Estaba decidida. Tenía que cerrar aquella etapa en Madrid. Tenía que dejar aquella casa que me ahogaba, tenía que alejarme de Pedro porque a pesar de no volver a vernos desde la ruptura, saberle tan cerca me hacía daño y seguramente a él también, aunque no me lo demostrara con su actitud que era más firme y más segura que nunca.

Serían tan solo unos meses los que estaría fuera.

Descolgué el teléfono con más nervios de los necesarios, pero en cuanto Clara empezó a hablar con su habitual forma atropellada, se esfumaron para dejar paso a una sensación de certeza absoluta.

—Hola Elisa, mira... ya hemos hecho la reunión y has sido aceptada como nuevo miembro del equipo, así que empezaremos en nada. No puedes decir que no. Ya está levantada el acta y enviada a los servicios centrales. Tienes que venir sí o sí, está todo listo. Te doy un par de días para que hagas maletas y soluciones lo que tengas que solucionar. Te veo el viernes a primera hora en mi despacho para ultimar detalles.

Lo dijo todo de carrerilla y cuando al final me dio la oportunidad de hablar, le conteste con entusiasmo y con la certeza de que era allí dónde tenía que estar. Al menos de momento.

—Está bien, Clara... Entonces nos vemos el viernes en tu despacho.

Se produjo un silencio. Un largo silencio (Clara era desmedida en todo, incluso en sus pausas). Fue tan largo que temí que le hubiera

dado un parraque.

Al fin, cuando estaba a punto de preguntarle si estaba bien, habló en una inhalación como cogiendo el aire que parecía haberse esfumado sin previo aviso de sus pulmones.

—¿Sí? ¿En serio? ¿No tengo que presionarte más?

—¡Ja, ja, ja! No, Clara, no tienes que presionarme más. Una llamada cada dos días ha sido más que suficiente.

—Ay, Elisa, qué alegría me das. Llámame neurótica si quieres pero te prometo que tengo la sensación de que este trabajo lo tenía que hacer contigo, que este es tu sitio ahora...

Me quedé en silencio sorprendida por su comentario. Que sí, que conocía a Clara y era una persona como muy espiritual y trascendental, pero aquella sensación era exactamente igual a la mía .

—Neurótica....

—¡Ja, ja, ja! Mujer, era en sentido figurado... ¿Nos vemos el viernes entonces?

—Nos vemos el viernes.

Cuando colgué, una sensación de plenitud se me instaló en el cuerpo. Después de aquellos dos meses en los que mi vida se había hundido de repente y había dejado de tener sentido alguno, volvía a sentirme viva y con las mismas ganas de trabajar de siempre.

En un primer momento hice el amago de llamar a Pedro para contárselo, pero en el último momento decidí no hacerlo. Aquello quería llevarlo a cabo sola, sin mochilas ni remordimientos. Le avisaría cuando estuviera instalada.

—¿Sí?

—Hola, abuelo.

—Hola Elisa, qué alegría...

—Abuelo, ¿te queda algún piso en Valladolid vacío?

—El de la calle Teresa Gil, ¿por qué?

—¿Y podría quedarme en él algunos días, hasta que me asiente?

—¿Cómo que quedarte unos días, cómo que hasta que te asientes?

En todo el tiempo que Pedro y yo habíamos estado separados, no habíamos comentado nada a nadie, ni familias, ni amigos...tan

solo la gente más cercana a nosotros, con la que convivíamos casi a diario, lo sabía por la propia evidencia.

—Voy a colaborar en una nueva línea de investigación con la Universidad de Valladolid, será cuestión de meses y necesito algo donde caerme muerta, aunque sea un par de días.

—¡Cómo que un par de días! Sabes que puedes quedarte todo el tiempo que quieras...

—Gracias, abuelo. —Le interrumpí rápido para que no siguiera indagando.

—Pero Pedro... ¿se irá contigo? —No lo conseguí, intentar despistar a mi abuelo era misión imposible.

—Bueno, ya sabes que Pedro está entre Madrid y Barcelona, no tiene problema...

—Ya... —“¡mierda!” aquel ya... no me sonó demasiado bien, mi abuelo era extremadamente suspicaz y parecía ver siempre la cara B de las cosas. Gracias a Dios, dejó el tema en ese punto para mi tranquilidad. Se lo agradecí en el alma. Lo que menos me apetecía en ese momento era meterme en un sinfín de explicaciones que no me ayudarían en nada. —Y dime, Elisa, ¿por qué no os vais a tu piso? ¿cuándo tienes pensado abrirlo?

—¡Madre mía! ¡Pues no tiene que tener polvo ese piso! Cuando esté más asentada quizá lo abra y le haga una pequeña reforma, ya veré.

—Que no es que me importe, Elisa, es tu piso y tú sabrás lo que haces con él, pero *estaríais* más cómodos allí, que en un piso tan grande como ... —Y dale. Yo hablando en singular para que se fuera haciendo a la idea poco a poco, y él venga a incluir a Pedro.

—¿Un piso grande? ¿Te olvidas de que tenemos una casa de 250 metros cuadrados? ¡Ja, ja, ja!

—Bueno y yo para que me meto, a mí que más me da... —“¡Ja, ja, ja! Abuelo, esa sí que es buena. ¿Tú para qué te metes? Pero si es lo mejor que sabes hacer en esta vida”— *Haced* lo que *queráis*.

—Muchas gracias abuelo, cuando esté más asentada ya os llamaré. Venga, un beso.

Y colgué. Me estaba agobiando demasiado con la insistencia de incluir a Pedro en esos planes y antes de entrar en una discusión

que no iba a dejar de girar como una noria, decidí no alargar más la conversación.

Realmente el pobre hombre no tenía culpa porque “desconocía” (y dejadme que lo entrecomille porque con mi abuelo nunca se sabía) por completo nuestro distanciamiento, aunque, que lo supiera o no, me daba igual. No me apetecía seguir escuchando sus retintines cada vez que incluía a Pedro en mis planes...

Saqué la maleta y la coloqué encima de la cama. Abrí el armario y sin detenerme en pensar lo que iba a llevar, metí todo hasta dejarlo prácticamente vacío. No sé por qué razón no pensé en el regreso, solo quería marcharme de allí y no volver en mucho tiempo. Y si fuera posible cambiar el mucho tiempo por jamás, mejor que mejor.

Acabé antes de lo que imaginaba y mucho menos estresada de como acababa siempre que hacía una maleta.

Me puse el pijama, que tuve que sacar de la maleta porque como dije antes lo metí todo, y me lavé la cara. Me detuve un instante en la imagen que me mostraba el espejo.

Una mujer de cuarenta años, con la mirada cansada por la horas que había pasado llorando esos dos meses, en los que tuve que ir asimilando mi separación de Pedro. Me fijé en esa arruga cerca de la comisura de los labios, que seguramente me habría salido gracias a él, con todas las veces que me hizo reír. De repente no me gustó lo que vi y me sequé la cara con la toalla. Al levantar la vista de nuevo, ya no estaba en el espejo la imagen de aquella mujer; en su lugar, aparecía una risueña Elisa, sonriente, canturreando y quitándose ese moño anudado con un boli. “¿De verdad queda algo de aquella chica?” Me seguí mirando... “Sí, sí queda, por eso la ves en el espejo, porque sigue estando, adormecida pero sigue ahí. Con el mismo sentimiento, para mi desgracia y la de Pedro”.

Sin hacer demasiado caso a ese último pensamiento, dejé la toalla con desgana encima del lavabo y me metí en la cama.

Amaneció un día soleado que me animó a dar un último paseo por el *bosque* como yo llamaba a nuestro jardín. Aquella casa era espectacular y la habíamos comprado con tanta ilusión... Antes de que los pensamientos sobre lo que fuimos y no llegaríamos a ser, se

presentasen de nuevo en mi cabeza, decidí abortar la misión del paseo por el jardín y me metí en casa a regar las plantas. Mis plantas... cómo las iba a echar de menos... A ellas y a mis continuas peleas con Pedro por sus constantes boicots para que desaparecieran del salón lo antes posible. No lo hacía con mala intención, sé que realmente se le olvidaba regarlas. Él pensaba que era estúpido tener plantas en casa teniendo el jardín que teníamos, y yo me ponía de tan malhumor que al final, para no entrar en una pelea, él zanjaba el encontronazo con las manos en mi cintura haciéndome cosquillas. “¡NO! En serio, ¡para ya!. No puedes dejar que cada pequeño pensamiento acabe una y otra vez en Pedro”. A pesar de que no tenía pensado decirle nada de aquel trabajo en Valladolid, decidí llamarle en ese momento. Sí, lo sé, no hace falta que nadie me lo diga. Lo hice como último intento desesperado por estar equivocada, porque quería que esa certeza de alejarme de allí se cayera por su propio peso y porque... sí lo admito, tenía miedo de empezar una nueva vida alejada de Pedro. Le llamé para que me dijera que no lo hiciera, que no le dejara solo, que me echaba de menos y que conseguiríamos superar aquello.

Se quedó en un intento, me conformé con comentarle lo del trabajo en Valladolid y que si podía hacerme el favor de regar las plantas mientras yo no estuviera. Fui una cobarde, una imbécil o quizá fue el destino el que me empujó a seguir adelante y no decir nada... Quién sabe...

Pero a pesar de callarme, en ese momento ¡cómo me dolía nuestra separación! Y no solo por saber que Pedro ya no iba a estar a mi lado, sino por tener la seguridad de que él no sabía lo que me dolía aquello. Porque, como siempre, fui una estúpida. Con esa norma autoimpuesta y destructiva de no mostrar mis sentimientos y con aquella terrible carta que le dejé encima de nuestra cama, le había hecho creer que yo jamás le había querido.

Y sufrí mucho, lloré noches infinitas su ausencia, sus risas, su pelo, su cara, sus bromas, sus manos, su olor, sus batallas... Eché de menos no verle cada noche en su lado de la cama y poder decirle “buenas noches, Pedro” Lloré porque le quería y cada vez que me llamaba por teléfono rezaba para que me dijera que

necesitaba volver, pero él nunca lo decía y la distancia con la que me trataba, a pesar de que bromeábamos como siempre, me helaba el corazón y yo, haciendo de tripas corazón, seguía sus bromas como si nada, como si fuera lo más fácil del mundo vivir sin él. Tenía que haber tenido valor y no esperar a que viniera él como hacía siempre... Tenía que haberle dicho en esa llamada: "Pedro, te quiero, te necesito a mi lado, por favor vuelve."

Pero no lo hice y hoy me doy cuenta de que a veces las decisiones no tomadas son las más acertadas y que la vida sin tú saberlo, te pone en el lugar en el que tienes que estar.

ELISA

DE CAMINO A MI NUEVA VIDA

Mi última noche en Madrid. Cerré los ojos e intenté no pensar en nada. Era muy difícil estando en la cama que tantas noches habíamos compartido Pedro y yo... Me di una vuelta, "mierda, su lado". Me di otra. Sentía unos nervios inusuales. Me senté, bebí agua. Me volví a tumbar, cerré los ojos. Al poco los volví a abrir, miré la hora en el despertador : 00:11. "Joder, todavía las doce..." Me senté de nuevo en la cama y encendí la luz. Cogí el libro que tenía en la mesilla. Conseguí mantener un rato la mente tranquila. ¡Qué sensación tan extraña sentía! Hacía ya tiempo que Pedro y yo nos habíamos separado pero, aquella noche me pareció ser la primera que dormía sola. Quizá, era una especie de despedida, como si mi cuerpo se estuviera preparando para decirle adiós. Adiós con todas las letras, porque a diferencia de otras veces, desde esa misma noche, Pedro dejaría de ser mi marido, mi amigo, mi aliado, mi salvador y mi favorito para siempre, porque nunca más volvería a buscarme, ni a necesitarme. Y durante muchos años, yo a él tampoco.

Volví a mirar el reloj: 00:30. "¡Anda, venga ya! No es posible". Pero sí lo era. El tiempo pasaba a cámara lenta divirtiéndose con mi desesperación. Resignada a pasar una noche muy larga, decidí buscar música en el móvil. Elegí una carpeta en *Spotify* que ponía "grandes éxitos" y le di a la opción "aleatoria". Empezaron a sonar canciones que fueron, años atrás, números uno en los 40 Principales. ¡Quién me lo iba a decir a mí con lo que yo odiaba esa emisora de radio! Pero allí estaba, escuchando *Despacito* de Luis Fonsi y riéndome de mí misma. Poco a poco y debido al poco interés que suscitaban en mí aquellas canciones que me golpeaban

los tímpanos, (a pesar de que tenía el volumen muy bajo), me fui quedando dormida. Estaba en una especie de duerme vela, cuando empecé a escuchar como a lo lejos, a modo de banda sonora y voz en *off*, nuestra canción, no la que tenía con Pedro, principalmente porque nunca tuvimos una canción, sino la de Arturo... *“Me rehúso a darte el último beso así que guárdalo... Para que la próxima vez te lo dé haciéndolo...”* Pero estaba como en trance y mi cuerpo no me obedecía.

No sabía si estaba soñando o si realmente aquello estaba pasando, pero me pareció ver a Arturo, mirándome y sonriéndome, con aquella media sonrisa que me volvía loca. Y de repente me volví a sentir una chica de veinticuatro años, ilusionada, con una revolución de mariposas embriagadas de endorfinas, golpeándose unas con otras en mi estómago y haciéndome reír como una idiota, devolviéndome aquella sonrisa que, inevitablemente, me salía cada vez que le veía.

Cuando me desperté al día siguiente, aún perduraba aquella sensación tan placentera, aquella ilusión que sentía la Elisa de veinticuatro años cuando se preparaba para ir a clase, sabiendo que le iba a ver en cualquier momento por los pasillos...

Sonreí y dejé que esa sensación permaneciera conmigo hasta que ella sola se fuera disipando. No me sentí tonta, sino todo lo contrario, con más fuerza y plenitud que nunca, como si la propia luz del sol saliera de mis mismas entrañas...

Cuando cerré la puerta de casa, no me detuve a echarle un último vistazo. Ya nada me ataba a ella, de hecho, cuando regresara a Madrid hablaría con Pedro para venderla o para que se quedara con ella. Yo ya no quería volver allí. Lo único que me entristecía era dejar mis plantas tantos meses desatendidas.

Llegué pronto a la bodega de mi abuelo. Tenía que ir a verle para recoger las llaves del piso que me iba a prestar. No es que tuviera algo desatendida a mi familia. Bueno, vale, sí, un poco, pero ya sabemos que la rutina diaria te va atrapando y, sí, lo sé, no tengo excusa.

—¡Ay Elisa! ¡Qué alegría! ¿Cuántos meses hace que no vienes a vernos? —me dijo Rosa, que como siempre, era la primera a la que

veía.

—Sí, Rosa, ya lo sé... Hace bastante que no vengo...

—Que no *vení*s... —puntualizó muy sutilmente mi abuelo, que acababa de entrar en casa.

Sin girarme para saludarle puse los ojos en blanco sabiendo que aquellas horas iban a ser un tanto complicadas...

—No te esperaba tan pronto.

Me abrazó como solía hacer últimamente y yo me dejé hacer. En el fondo amaba a ese abuelo cariñoso.

—Tu padre anda por las viñas y tu madre en la oficina. Baja a verlos.

—Pero abuelo... no puedo liarne mucho...

Su mirada inquisidora hizo que me callara de inmediato.

—No voy a consentir que vengas a la bodega y no vayas a ver a tus padres...

—Sí, sí... si voy enseguida, pero no me voy a liar...

—Rosa, haz comida para todos —me interrumpió desafiante sin hacerme el más mínimo caso—. Elisa se queda a comer.

Y deshaciéndose de su halo terrorífico y amenazador, se dirigió a ella con cariño y poniéndole una mano en el culo, le dio un beso en los labios.

—Vaya, de verdad abuelo, prefería cuando lo manteníais en secreto. —dije bromeando, pero consiguiendo hacer ruborizar a Rosa, que seguía sintiendo pudor cada vez que la besaba en público.

—Cierra la boca y baja a ver a tus padres. Me voy al pueblo un momento. Tienes las llaves encima de mi escritorio. Nos vemos a la hora de comer...

—No sé cómo le soportas Rosa. Eres una santa... —murmuré de mala gana mientras se estaba yendo.

—¡Ja, ja, ja! No seas tonta, Eli. ¿De verdad no te vas a quedar unos días?

—No puedo, Rosa, mañana tengo una reunión a primera hora...Voy a bajar a saludar a mis padres y enseguida vengo a preparar algunos detalles para mañana.

El “enseguida” se convirtió en dos horas después. Era imposible saludar a mi madre sin que me retuviera horas hablando. En el fondo lo agradecí, realmente les tenía muy olvidados y a pesar de que con mi madre hablaba todos los días, hacía muchos meses que no les veía.

Conseguí subir a mi habitación para trabajar un rato, poco antes de la hora de comer.

Cuando estaba esperando a que el ordenador se encendiera, me di cuenta de que en mi cama había una camiseta tirada. “¿Qué hace esto aquí?” Cuando me fijé bien me di cuenta de que era la camiseta de Arturo... aquella que se quedó olvidada entre mi ropa y que me hizo empezar a recordar después del coma.

—¡Rosa! ¡Rosa! —Bajé las escaleras gritando como una loca.

—¿Qué pasa? —Asomó su cabeza por la puerta de la cocina.

—¿Qué hacía esto encima de mi cama?

—¡Ay! Hija, qué susto. El otro día haciendo limpieza en tu armario la vi y como era grande la aparté para ver qué querías hacer con ella, si tirarla o guardarla...

—Ah... —Me sentí un poco idiota por haber gritado de esa manera—. Perdona. Sí, me la voy a quedar...

Subí de nuevo a mi habitación con aquella camiseta en las manos. Aspiré su olor, pero ya no quedaba ni rastro de la esencia de Arturo. Arturo...

Desde que regresé de aquella charla en la facultad, se presentaba con demasiada insistencia en mis pensamientos.

Me senté de nuevo frente al ordenador y me froté la cara buscando un poco de cordura.

Empecé a trabajar y conseguí cinco minutos de concentración. Abrí el cajón de mi escritorio para coger un bolígrafo. Cuando me puse a escribir, casi se me salen los ojos ante la sorpresa. Era el boli que Arturo me dio cuando quería decirme que nuestra próxima cita sería en el teatro. Recordé su torpeza de comprar las entradas en palcos separados y cómo lo compensó después, llevándome a Madrid a ver *El lago de los cisnes*. Sonreí con nostalgia. ¿Cómo era posible que hubiera vivido media vida sin él? Volvía a estar tan

presente en mi vida que me parecía mentira que llevara muerto tantos años.

Todo aquello parecía una broma del destino, como si se estuviera burlando de mí. El trabajo con Clara en Valladolid, el sueño de aquella noche, la camiseta, el boli... Todo me arrastraba hacia Arturo y me hacía sentirle cerca, como si fuera posible llegar a la facultad y verle por los pasillos, como si el tiempo no hubiera pasado.

—Elisa, cariño, a comer. Ya estamos todos en la mesa. —Me sorprendió mi padre apareciendo como de la nada en la habitación.

—Sí... voy ahora mismo.

Lo guardé todo excepto su recuerdo, que aparecía demasiado vivo en mi mente.

¿Sería por la separación? A lo mejor era una manera de salir a flote, agarrarme con todas mis fuerzas a un recuerdo bonito para no pensar en Pedro... O quizá, era algo bien distinto... A lo mejor se estaba acercando la hora de mi muerte y Arturo, desde el más allá, me enviaba señales para decirme que pronto volveríamos a reencontrarnos... Y aunque en ese momento me dio la risa al pensar esa tontería, en el fondo, ese pensamiento no estaba mal encaminado, lógicamente cambiando algunos matices, pero en esencia venía a decirme que el reencuentro con Arturo andaba cerca, aunque yo no lo sabía, claro...

—¿De qué te ríes Elisa? —me dijo mi abuelo con la boca llena cuando estábamos en la mesa comiendo.

—De nada, abuelo... cosas más...

ELISA*WELCOME ELISA*

Llegué bastante tarde a Valladolid. Entre unas cosas y otras, al final, como siempre que iba a la bodega, acababa saliendo a las mil de allí. Tuve el tiempo justo de parar en un supermercado y comprar las cosas que necesitaba. Agradecí que aquel piso en la calle Teresa Gil tuviera garaje, si no hubiera sido misión imposible aparcar.

Abrí un piso que me sorprendió por el agradable olor a limpio con el que me recibió. Mi abuelo tenía contratada a una chica que lo limpiaba todos los jueves para mantenerlo bien. Era muy escrupuloso con esas cosas y me alegré de ello.

Nunca había entrado en él a pesar de que mi abuelo lo había comprado hacía un montón de años y aunque me pareció muy grande para mí sola, me gustó la decoración. Seguramente mi madre había tenido algo que ver. Elegí la habitación que más me gustó y deshice la maleta. A mi abuelo le había dicho que estaría allí un par de días, pero lo cierto era que no tenía intención de abrir mi apartamento, así que probablemente me quedaría en aquel piso lo que durara mi estancia en Valladolid. Estaba bien situado y era bonito, ¿qué más podía pedir?

Me di un baño largo, cálido y lleno de espuma, como los que acostumbraba a darme cuando vivía sola y mi única preocupación era cumplir con mis objetivos de estudio que marcaba en mi agenda. Los violines de Vivaldi sonaban a lo lejos y me recreé en esa sensación de paz y tranquilidad que desde hacía mucho tiempo no me permitía.

Al día siguiente me levanté muy temprano y, lejos de estar nerviosa, lo que estaba era expectante. Estaba deseando volver a

estar con Clara y trabajar con ella. El proyecto que me había propuesto era bastante ambicioso y estaba deseando empezar.

Subí las escaleras de la facultad con una energía que incluso a mí misma me sorprendió. No aparecieron fantasmas, ni recuerdos. Estaba exactamente en el lugar en el que tenía que estar.

El despacho de Clara estaba abierto cuando llegué, ni siquiera me hizo falta llamar. Antes de haber puesto un pie en la puerta ya estaba enfrente de mí, abrazándome y hablando sin parar. Sonreí. Sí, sin lugar a dudas, ese era el lugar en el que tenía que estar.

El proyecto que íbamos a iniciar tenía dos partes diferenciadas, la parte de patrimonio la dirigiría yo. Eran tres las personas de mi equipo y cuatro la del suyo. Después de los saludos y las presentaciones pertinentes, empezamos una reunión que se alargó más de lo necesario. Aunque, estando con Clara, era de esperar.

Bajamos a la cafetería después de acabar, y yo, como antaño, miraba constantemente hacia la puerta como si él fuera a aparecer en cualquier momento.

—¿Qué te ha parecido todo, Elisa?

—Bien, Clara... Estoy deseando empezar ya con una rutina y planificarlo todo. No me gustan nada los comienzos, una está tan perdida...

—No te preocupes que aquí estamos para ayudarte en lo que necesites.

—Lo sé Clara, gracias.

—Uy... me tengo que ir. No sé cómo me las arreglo para llegar siempre tarde a los sitios.

Sonreí poniendo los ojos en blanco, “¿de verdad necesitas que te lo diga?”

Me quedé un rato más con el resto de compañeros conociéndoles y poniéndonos al día.

Poco después me fui para gestionar unas cosas y sin haber pasado ni cinco minutos desde que había salido de la facultad, me sonó el móvil. Al ver quién era sonreí mientras me mordía el labio inferior moviendo la cabeza hacia los lados...

—Hola Clara, dime...

—¿Te pilló en mal momento? ¿Estás por aquí?

—Ahora mismo no estoy en la facultad, pero estoy cerca, ¿por qué? ¿necesitas algo?

—Hum... No, es igual... si te has ido ya, no pasa nada, lo dejamos para luego. Pásate esta tarde por mi despacho. Me da igual la hora porque voy a estar allí hasta las nueve, ¿vale?

—Vale, nos vemos...

ARTURO*MEJOR... PONER PIES EN POLVOROSA*

—¡Ja, ja, ja!.. .No cambiarás nunca, ¿verdad, Clara?.

—Porque lo dices Arturo...

—Porque por tu mala cabeza tenemos que pagar los demás. ¡Ja, ja, ja!... Seguramente ya le has fastidiado a esa persona la tarde, tendría un plan estupendo que tú le has estropeado porque ahora se va a tener que pasar por la facultad para que tú le digas lo que se te había olvidado. ¿Me equivoco?

—¡Ay, Arturo! Deja de meterte conmigo... Sabes que tengo cien mil cosas en la cabeza...

—¡Ja, ja, ja! Ya... Bueno... Si tienes que decirme algo, dímelo ahora —le dije bromeando y arriesgándome a que me hablara de Elisa—. Ya sabes que voy a estar una semana fuera...

—Te aprovechas de que te aprecio demasiado, si no ibas a salir escaldado.

—¡Ja, ja, ja!

Un compañero del departamento y yo habíamos organizado una excursión con los alumnos de segundo. Era algo que yo no solía hacer, pero ante la inminente llegada de Elisa, quise poner tierra de por medio para tener un poco más de tiempo de reacción y vi en aquella excursión la oportunidad de poder hacerlo.

Desde que sabía que Elisa iba a volver a la facultad, pasaba por ella como de puntillas, corriendo hasta llegar a mi despacho y mirando hacia todos los lados para ver si la veía sin que ella pudiera verme a mí. No había hablado con Clara del asunto y no es que fuera extraño. No solíamos hablar del trabajo a no ser que estuviéramos metidos en alguna historia juntos o que pasara algo

especial. Aunque, bueno, la llegada de Elisa era algo mucho más que especial, era extraordinario, claro, al menos para mí...

Para Clara, a pesar de las ganas que tenía de trabajar con ella, no dejaba de ser algo rutinario. Así que no sabía si ya había llegado, si no lo había hecho, o si lo haría en breve... Mejor poner distancia unos días más... Con suerte saldría el tema entre ellas dos y Clara, con su natural desparpajo, le diría: *“pues fíjate que Arturo, el profesor aquel que tuvo un ictus en el coche, está vivito y coleando”*

Sí, ese era un buen plan. Así cuando el reencuentro fuera inevitable, el impacto sería menos desgarrador. “Clara, lo dejo en tus manos. Sácame de esta. Si no paras de hablar...¿Cómo no vas a mencionarme en una semana?”. Me reí de mí mismo, definitivamente, toda esa historia me estaba volviendo loco.

Aquella semana con los alumnos fue tan intensa, que apenas tuve tiempo de pensar en nada. Como sospechaba, me vino muy bien. Al regresar me sentía mucho más seguro, puesto que con la distancia, había conseguido aceptar mi destino. Lo que más me preocupaba era el daño que iba a hacerle a Elisa aquella noticia. ¿Cómo aceptar que un amor de tu vida que creías muerto, de repente reaparece como si nada, de la noche a la mañana? No tenía que ser fácil. La culpabilidad que sentí cuando desperté del coma por haberme “muerto” y por no haber podido encontrarla después, volvió a mí con fuerza a pesar de los años que llevaba enterrada.

El lunes siguiente no fui a la facultad hasta poco antes de empezar la clase. Mentiría si digo que el motivo no fue el miedo a encontrarme con Elisa, porque sí lo fue. Pero a pesar de ese miedo al reencuentro, estaba ilusionado, alegre y yo diría que feliz, por el simple hecho de saber que estábamos tan cerca después de tantos años sin vernos, de tanta ausencia.

Subí al departamento y me quedé unos segundos paralizado al ver apoyada en la puerta de mi despacho, a una chica esperando a que llegara. En un primer momento me pareció Elisa y quise correr hacia ella aunque mis pies parecían estar clavados en el suelo porque no era capaz de poner uno en frente del otro. Al oírme llegar, la chica se giró y comprobé que se trataba de una alumna. Me reí de mí mismo al pensar que podría ser Elisa esperándome como si nada

hubiera pasado y como si los quince años de distancia que se habían interpuesto entre nosotros, no hubieran pasado por ella.

—Hola... —me saludó con gracia.

—Hola Estefanía, ¿me estaba esperando?.

—Sí... es que hoy me tocaba exponer el trabajo pero no puedo ir a clase porque me han cambiado el turno en el trabajo y entro dentro de media hora. Quería entregarle el trabajo antes de irme, para que no pensara que no lo tenía hecho.

—¡Ja, ja, ja! Pero no hacía falta, mujer. Sé que es una alumna aplicada, además, de no haberlo tenido, lo comprendería después de haber estado la semana anterior fuera...

—Ya... pero bueno, quería que supiera que lo tenía hecho... Tome...

—No, no hace falta, Estefanía, quédesele por si tiene que repasarlo. Ya me lo entregará cuando lo exponga. Porque... ¿Lo hará el próximo día, no? ¿o también le entrará otra vez el miedo escénico? —Aquello último lo hice para picarla un poco. Sabía que aquella chica entendería la broma sin problema.

—¡No! ¡De verdad tengo que irme al trabajo! ¡Ja, ja, ja! No me estoy escaqueando...

—¡Ja, ja, ja! Bueno, pues váyase no sea que al final llegue tarde por mi culpa.

Movió la cabeza desesperada y se fue con una sonrisa.

—Buenas tardes, Arturo —me saludó Clara, casi sin darme tiempo a girarme. Como siempre, iba apurada—. Bajo a secretaría a por unos papeles. Luego me cuentas qué tal la excursión esa....

Cuando quise saludarla y contestarle, ya estaba cruzando la esquina. Sonreí y entré por fin en el despacho.

ELISA

TRES, DOS, UNO

Había pasado una semana desde que había llegado a Valladolid y, para mi sorpresa, me adapté mucho antes y mucho mejor de lo que había pensado. Ya no tenía esa sensación de estar pisando constantemente parcelas del pasado. Estaba tranquila, con una paz y una energía que me gustaba sentir.

—Hola Elisa, ¿subes? —me sorprendió Clara, con un golpecito cariñoso en el hombro.

—Sí Clara, iba al despacho.

Clara me había conseguido un despacho junto al suyo, en el que me pasaba las horas metida cuando no tenía que salir fuera.

—Vale pues vamos juntas, pero acompáñame primero que tengo que llevar esto a Carlos.

Carlos era un profesor que trabajaba en el departamento de Arturo y cuando Clara me propuso ir por allí, me quedé sin mucho margen de maniobra y no voy a negar que me temblaron un poco las piernas. Hacía quince años que no pasaba por su puerta. ¿Quién ocuparía ahora su despacho? Nada más poner un pie en el pasillo del departamento, entró en el primer despacho para entregar los papeles que tenía que llevarle a ese compañero. Yo mientras tanto me quedé como petrificada ante aquel pasillo, mirándolo como si fuera el corredor de la muerte. Al instante volvió Clara y continuamos la marcha. Inevitablemente el corazón me jugó una mala pasada y cuando llegamos a la altura del que había sido el despacho de Arturo, me giré para mirar la placa: *ARTURO LOSADA*. ¿Qué? ¿Cómo? ¿Cómo era posible que siguiera la placa con su nombre?

—¡Clara! —dije demasiado alto sin darme cuenta y asustándola sin querer— ¿Cómo es posible que después de tantos años siga la placa de A....?

—¡Clara, menos mal que te encuentro! —me interrumpió una compañera que parecía haber estado buscándola todo el día—. Necesito la documentación...

—Tranquila, la acabo de dejar en secretaría...

Y nos embarcamos en una conversación con ella que enterró por completo aquella pregunta que quedó en el aire.

Unas horas más tarde, cuando yo ya estaba trabajando en mi despacho, se presentó de nuevo Clara, apurada como siempre.

—Elisa, ¿puedes llevarle esto a Carlos? Lo necesita para ya y yo llego tarde a clase...

—Sí, sí tranquila, no te preocupes se lo llevo ahora.

Me levanté y fui a su despacho. Al entrar de nuevo en ese departamento, me fijé en un par de alumnos que estaban estudiando en la mesa en la que yo lo había hecho años atrás.

Pasé de nuevo por el despacho de Arturo y volví a fijarme en la placa. ¿Estaría relacionado lo que quería decirme Alfredo, con esa placa? Alfredo... desde que había empezado a trabajar no le había visto. Ya me sentía más que preparada para hablar con él, así que decidí que, al volver del despacho de Carlos, llamaría al suyo y mantendríamos aquella conversación que parecía querer tener conmigo. Además, quería agradecerle lo bien que se había portado conmigo cuando pasó todo. Sí, estaba preparada y se lo debía.

Le entregué aquellos documentos a Carlos, con el que me detuve un buen rato a hablar, y después me dirigí decidida hacia el despacho de Alfredo. Se encontraba enfrente del que había sido el de Arturo, volví a girarme para comprobar que realmente ponía su nombre en aquella placa. Llamé a la puerta de Alfredo. Esperé unos segundos y volví a insistir al no obtener respuesta.

Oí como se abría la puerta del despacho que estaba a mis espaldas y como una voz fuerte y contundente me decía algo que no llegó a terminar. Me giré sorprendida y sobre todo expectante por saber quién era el que ocupaba el despacho de Arturo.

ARTURO*¡CERO!*

—Si busca a Alfredo, salió a prime...

No existen palabras para describir lo que sentí al volver a verla. Lo he intentado, las he buscado, las he pensado porque quería describir ese instante con la mayor exactitud posible. Pero no he podido. Ni siquiera las imágenes descritas por Dante para describir el paraíso se acercan a lo que vi y sentí en ese momento. Todo se resume a perfección. Todo encajaba, todo era luz, todo era perfecto.

El grito que emitió al verme fue tan grande que, de haber estado muerto de verdad, hubiera resucitado al instante. En un acto reflejo miré hacia los lados para cerciorarme de que nadie nos había visto, como si eso importara algo en ese momento, y agarrándola de los brazos, la arrastré (literalmente porque estaba como pegada al suelo) hacia mi despacho. La senté en la silla y me arrodillé a su lado. Me miraba sin articular palabra con las dos manos en la boca.

—Elisa, Elisa... tranquilízate, todo esto tiene una explicación...

¿Elisa, Elisa? ¿De verdad estaba hablando con ella?

Las lágrimas acumuladas en mis ojos apenas me dejaban verla. Se puso de pie, yo con ella. Sus ojos estaban clavados en los míos y con un hilo de voz casi imperceptible dijo mi nombre....

—Ar...tu...ro...

Y se dejó caer en mis brazos abatida por los años, por la pena, por el dolor sentido, por la ausencia, por el reencuentro y porque la muerte se tornaba vida...

—Co... cómo es po...si..ble...

No podía hablar, la emoción ahogaba cada palabra que decía y yo, sabiendo que igual que ella, no iba a poder articular palabra, me

deleité en ese abrazo que esperaba durase tanto como los años de ausencia que habíamos vivido.

Elisa de nuevo entre mis brazos... no podía ser cierto... Estábamos juntos, con vidas separadas, con historias que desconocíamos a nuestras espaldas, pero ahí estábamos, unidos por un abrazo que me pareció demasiado corto.

—Elisa... —dije al fin secándome las lágrimas de los ojos— No me puedo creer que te tenga tan cerca...

—¿Pero cómo es posible? ¡no entiendo nada! —me preguntó entre risa, llanto, alegría y pena...

—Mi hermana al final te hizo caso... Esperó a Echegaray, mi médico y él obró el milagro...

—¿Qué? ¿Has estado vivo todos estos años?

—He estado viviendo sí, pero más muerto que otra cosa porque no pude encontrarte... al menos al principio...

—Arturo...

Me miraba incrédula pero lejos de sentirse asustada, dolida o insegura, parecía más preparada para esa noticia de lo que yo pensaba. Me acarició la cara mientras yo cerraba los ojos para poder sentir mejor su mano en mi piel.

Me cogió de las manos y nos miramos fijamente, con una sonrisa que se me quedó clavada en el mismo centro del corazón.

Toc, toc... llamaron a la puerta e inmediatamente nos separamos como hubiéramos hecho en otro tiempo.

La cabeza de Alfredo asomó por la puerta. Se quedó de piedra al ver aquella imagen.

—Yo... —titubeaba—, perdón... os dejo...

—¡No! —gritó Elisa de repente— quédate. ¿Era esto lo que querías decirme? ¿Era por esto por lo que hablaste con Pedro?

Alfredo movió la cabeza afirmativamente como un niño pequeño.

—De habérmelo dicho cuando me reencontré con él, lo habría sabido poco después— dijo como hablando para sí misma. Se giró para mirarme de nuevo.

Yo puse los ojos en blanco, sabiendo que, viniendo de Pedro, era de esperar.

Regresó hacia mi lado y como con la necesidad de sentirse más cerca de mí, me agarró con fuerza y determinación la mano.

—Quería agradecerte, Alfredo, lo bien que te portaste conmigo por aquel entonces...

¿Aquella era Elisa? Me sorprendió la tranquilidad y la confianza con la que habló. Jamás imaginé que estuviera tan preparada para verme...

—Cuando Arturo salió del coma, intenté encontrarte, Elisa. Cuando empezó el curso y no te vi, pregunté a tus amigas si sabían algo de ti...

—No, no supieron donde estaba hasta meses después... Creo que tenemos muchas cosas de las que hablar... —dijo dirigiéndose a mí.

—¡HOMBRE! Fiesta en tu despacho y no me dices nada, ¿no? —nos interrumpió Clara, con su habitual naturalidad—. ¿Qué bien estáis aquí los tres, no? Te estaba buscando Elisa, tenemos la reunión ahora... Estás llorando...

—Sí, Clara, estoy llorando... Arturo y yo... bueno, nos llevábamos bastante bien cuando era mi profesor y... me acabo de enterar de que ¡está vivo!... ¡Ha sido toda una sorpresa! Me he emocionado...

La cara de sorpresa de Clara, creo que fue tan evidente como la mía.

—¡No me fastidies! ¿Pensabas que estaba...? Ay, mi madre... ¡ja, ja, ja! —dijo llevándose una mano a la cabeza sobreactuando.

Yo seguía callado mirando para Elisa y alucinado por cómo estaba dominando aquella situación...

—Ahora entiendo la fiesta que tenáis aquí montada, ¡ja, ja, ja!... Venga pero ahora vámonos y me cuentas qué es eso de que erais amigos Arturo y tú... —dijo agarrando a Elisa por los hombros y mirándome con picardía mientras se reía como una niña.

—¡Elisa! Espera un momento, toma —me dirigí a la mesa y escribí en un papel mi dirección—. Cuando termines, si quieres, pásate por aquí y nos ponemos al día... Tenemos muchas cosas de las que hablar.

Elisa cogió el papel con una media sonrisa que me trasladó inevitablemente, quince años atrás.

55

ELISA

¡HOMBRE, ARTURO! ¿CÓMO TE VA?

—¿De verdad pensabas que Arturo estaba...? —me preguntó mientras íbamos a su despacho y yo me recomponía.

—Sí. La última noticia que tuve de él —carraspeé— fue en su examen cuando nos enteramos de que había tenido un accidente.

—¡Ay, Dios! Sí —dijo poniéndose seria con un tono maternal—, estuvo muy malito. Más allá que para acá... pero salió adelante... Estuvo mucho tiempo de baja, cuando le dieron el alta siguió con su trabajo de investigación, pero sin pisar la facultad. Hasta pasados unos tres años desde el accidente, no le vimos por aquí desempeñando su trabajo con normalidad. Ha sido un milagro que haya podido llevar una vida normal después de todo lo que pasó...

El corazón, que desde que había visto a Arturo, se había acostumbrado a latir a un ritmo diferente, siguió con ese nuevo ritmo al escuchar su historia.

No me creía lo que estaba pasando, pero en el fondo, pensándolo bien, era como si todo poco a poco, me hubiera ido poniendo en alerta, porque afronté aquella noticia con una serenidad que me sorprendió a mí misma. Tuvimos esa reunión en la que no pude prestar ninguna atención. Ahora que lo pienso, no sé cómo fui capaz de permanecer hora y media asintiendo y sonriendo de vez en cuando, como si estuviera atenta a lo que allí se decía. En otro tiempo no hubiera podido moverme de los brazos de Arturo, me hubiera dado igual no ir a la reunión. Pero inexplicablemente las fuerzas que me salieron (no sé de dónde) me permitieron dejarme arrastrar por Clara para cumplir con mis obligaciones, como si en mi

interior no se estuviera produciendo una guerra a muerte. Cuando acabó la reunión, casi sin despedirme de nadie, me fui a mi despacho donde saqué la nota que me había dado Arturo, y con la que había estado jugueteando todas aquellas horas. Parecía la dirección de su casa. ¿Sería su casa?

¡Dios mío! ¿qué había sido de él todos estos años? ¿ Habría rehecho su vida? ¿Tendría hijos? Arturo con una vida en paralelo a la mía. Aquello me parecía una jugarreta del destino en toda regla.

Salí del despacho y sin pasar por casa fui hacia aquella dirección que me había apuntado en un papel.

¿ Me presentaría a su mujer? ¿Estaba preparada para ello? ¡No! Claro que no, ¿cómo estarlo si parecía que no hubiera pasado el tiempo por nosotros? Yo... yo sentía lo mismo que entonces. Nada, no había cambiado nada de aquel sentimiento.

Cuando lo vi... Aquel abrazo... su cuerpo igual de firme... sus brazos rodeándome con fuerza por miedo a que el tiempo nos deshiciera de nuevo sin darnos margen para reencontrarnos...

Arturo... ¿Cómo era posible? De pronto todo dejó de existir, todo salvo los dos. Necesitaba hablar con él, que me lo explicara todo bien. Con la impresión de volver a verle, apenas escuché qué había pasado para que estuviera vivo, como si aquella imagen de él entubado, sin mas vida que la que le daban aquellas máquinas, fueran tan solo fruto de mi imaginación o de un mal sueño.

Serían cerca de las nueve y media cuando me planté en frente de aquel edificio. ¿Sería el piso en el que vivía cuando estábamos juntos?

Llamé al telefonillo y casi de manera inmediata me contestó con un “sube” que me erizó la piel. Iba a ver de nuevo a Arturo, era de locos, no podía creérmelo... y a pesar de todo, yo actuaba como si nada, como si fuera lo más normal del mundo reencontrarse con un muerto : ¡Hombre, Arturo! ¿Cómo te va?

Cuando el ascensor llegó al piso y salí de él, me topé de bruces con Arturo.

—Bienvenida a mi casa, Elisa... —me dijo con una sonrisa mientras dudaba si cogirme de la mano. No lo hizo—. Este es el piso al que nunca te pude traer.

Me giré para mirar la puerta del piso de enfrente. ¡El piso de Inma!

Sonrió, sabiendo lo que pensaba.

—¡Ja, ja, ja! No, no te preocupes. Ya no vive aquí. Ven, pasa.

“¿Perdona? ¿Estamos hablando del pasado como si nada? ¿Como si no hubiera transcurrido una vida y como si no fuéramos ahora un par de desconocidos?”. Sonreí al sentir la complicidad que todavía teníamos a pesar de todo.

Aún así, no me extrañó que se mostrara algo distante y como reacio a acercarse demasiado (no dejábamos de ser un par de extraños), algo que contrastaba con el gesto de su cara y sus palabras cargadas de dulzura y de un suplicante acercamiento que él mismo se negaba a propiciar.

Era un piso grande, decorado muy al estilo de Arturo, moderno pero con un toque clásico muy sutil.

No pude evitar echar un vistazo rápido a las fotos que tenía en las estanterías, mientras fue a por un vaso de agua. Paisajes, Hugo... ¡Joder Hugo, qué grande estaba!, Claudia, su cuñado... No parecía haber rastro de mujer e hijos... Aunque a lo mejor, ese no era el piso en el que vivía habitualmente...

—Toma —me sorprendió mirando la foto de Hugo, mientras me ofrecía una copa de agua con hielo y limón—. Espero que siga siendo tu bebida favorita...

Asentí con la cabeza con una sonrisa eterna. ¿De verdad estábamos hablando del agua con limón? Inevitablemente eran quince años los que nos separaban.

Le dio un sorbo a su copa sin quitarme ojo, como examinándome, exactamente como hacía yo.

Mi cuerpo reaccionó ante aquel estímulo igual que entonces... Derritiéndome “Ay... la leche...” Su mirada seguía siendo tan intensa como entonces y su sonrisa... De su sonrisa mejor no hablo.

—Siento no haber sido capaz de habértelo contado antes... —abordó el tema sin previo aviso. Le quemaba por dentro.

—Bueno, desaparecí bastante bien. No creo que hubiera sido fácil encontrarme... —sonreí con cierta coquetería, para qué negarlo.

—En realidad... si te lo digo es porque te encontré cuando dirigiste el tema de aquel archivo y... poco después... cuando te casaste con Pedro. —¡Zasca, en toda la boca! En ese momento quise morir, él lo notó y jugó con eso. Dio otro sorbo lento a su agua, mientras me observaba fijamente—. Cuéntame qué tal te va. Por él ni te pregunto, siempre fue más fácil localizarle.

Media sonrisa deliciosa en su boca. “Mierda... ¡Para! Te está recriminando que acabases con Pedro, ¿no puedes dejar ni un minuto de pensar en su boca?” Pues no, no podía, demasiados años soñándola.

Tuve la necesidad de disculparme por haberme casado con Pedro, como si le tuviera que dar explicaciones. Pero no supe por dónde empezar. Me echó un cable.

—Siempre supe que tenía posibilidades. Era un chico muy guapo, muy insistente y estuvo enamorado de ti, ¿cómo era que dijo?, ¡ah sí!, desde el primer día que te vio en la facultad. Además, él tenía todas las herramientas, las que yo necesitaba...

Negué extrañada con la cabeza...

—He de confesar que me gustaba escuchar las tertulias en las que participaba, en una de ellas anunció vuestro compromiso...

Frunció un poco el ceño y apretó los labios como renegando de su destino.

No supe qué responder a eso. Carraspeé sin poder hablar de Pedro. Me sentía extrañamente avergonzada.

De nuevo un sorbo lento y mirada seductora. “Ay, mi madre...”

—¿ Y si empezamos por el principio?. Cuéntame qué pasó. No entendí nada esta tarde, estaba demasiado impresionada, luego llegó Alfredo, Clara... Y no sé ni lo que dije yo, ni lo que me contasteis vosotros... Aunque —hice una pausa mientras dejaba mi vaso en la mesa y me acercaba hacia él— si te soy sincera... me da un poco igual lo que pasara... ¡Estás aquí! De carne y hueso, delante de mí. ¿Puedo?

Antes no hubiera hecho falta preguntar, pero dado que llevábamos media vida sin vernos, era lógico que lo hiciera.

Asintió con la cabeza aunque un tanto reticente. Me acerqué más y apoyé mis manos sobre su ... “Ay...” pecho. Cerré los ojos. Estaba

ahí, sentía su pecho con la misma firmeza de antaño. En una caricia sutil empecé a llevar mis manos hacia su cara y, justo en el momento en el que iba a acariciarle el cuello, me separó las manos con las suyas con mucha delicadeza pero con firmeza también. Abrí los ojos sorprendida y avergonzada. Un pequeño rubor (pequeño, dice...) se instaló en mis mejillas y no tardé en taparme la cara avergonzada.

—Lo siento... No, no... quería incomodarte... Es que... me parece mentira que estés aquí...

Me había dado la vuelta de la vergüenza que sentía por haber sido tan poco comedida.

Sentí como sonreía, pero por descontado no me giré para comprobarlo. No hizo falta.

—No, Elisa, por Dios, no te disculpes.

Noté como sus manos firmes sobre mis brazos ("Ay Dios") me obligaban a girarme. Me quitó con delicadeza mis manos de la cara y con un solo dedo alzó mi cabeza desde la barbilla para que le mirara. Sonrió al verme colorada.

—No tienes que disculparte. —insistió.

Me mordí el labio inconscientemente y miré hacia un lado a pesar de que su dedo seguía en mi barbilla impidiéndome bajar la cabeza. Noté como se tensaba al instante, quizá por el inocente y nada premeditado, mordisquito que me di en el labio. De algo me tenían que servir los años que pasé con Pedro el conquistador...

Se alejó de nuevo y volvió a tenderme el vaso de agua que había dejado en la mesa y, con un pequeño movimiento de cabeza, me pidió que le siguiera hasta el sofá.

Cuando se giró, le di un trago tan grande al agua que casi me atraganto. Necesitaba bajar la temperatura de mis mejillas y lo que no eran mis mejillas también.

—Claudia me contó que fuiste al hospital en cuanto te enteraste de lo que me había pasado y que de la impresión de la noticia sufriste una caída —dijo mientras se dejaba caer en el sofá, mirando atentamente mi vaso que había creído ver lleno hacía tan solo unos segundos.

—Sí —contesté haciéndome la graciosa para rebajar tensiones —, compartimos coma durante dos días.

Asintió con la cabeza con gesto serio lejos de ver humor en el comentario que acababa de hacer.

—Algo así me contó.

Entendí que había llegado el momento de hablar sobre aquello, aunque aún me ponía mal cuerpo.

—Lo último que supe de ti es que iban a desconectarte al día siguiente de mi última visita. Le insistí a Claudia para que esperara por tu médico... No supe más, no volví al hospital.

—Pues esperó... por suerte ... —rehízo en la comisura de sus labios aquella media sonrisa que me seguía volviendo loca—. El caso es que Echegaray me operó con una técnica innovadora hasta entonces y consiguió neutralizar aquel tumor que me tenía bloqueado. Después de aquello, rehabilitación y mucho trabajo para volver a ser el que era.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo? En eso se reduce toda mi angustia, toda tu ausencia...

Esperó, llegó, operó y me recuperé. ¡Esto es una locura! No puede estar pasando...

Me froté la cara y le miré de arriba abajo sin ser muy consciente de que él estaba haciendo lo mismo conmigo. Hasta ese momento, no me había percatado de su aspecto físico. Es decir, sí, claro que me había fijado, me refiero a los rasgos que le habían cambiado con la edad. En el pelo ya se apreciaban algunos grupos de canas que se colocaban estratégica y muy acertadamente alrededor de las sienes de tal manera que le hacían más sexy si cabe... Su mirada, mucho más firme que entonces, intimidaba el doble y la juventud de su cara había dejado paso a unos rasgos maduros que, bueno, mejor eso lo dejo para otro capítulo...

Resumiendo, seguía igual, no, ¿qué digo igual? Seguía más atractivo que antes y por lo que pude apreciar en ese primer abrazo que nos dimos seguía en forma.

Se encogió de hombros en un gesto un tanto infantil y juguetón y me respondió:

—Pues está pasando... Elisa...

Sonreí al comprobar que le costaba arrancarse mi nombre de la garganta.

—No has hecho un resumen demasiado pormenorizado —dije sonriendo mientras yo también le daba un sorbo a mi copa.

Sonrió.

—Pensé que estarías más interesada en saber otros detalles de mi vida...

“Joder”. Sonreí nerviosa.

—Aunque no lo creas, me parece bastante interesante saber como puede resucitar un muerto. —le contesté con el mismo gesto juguetón en la mirada. ¿Estábamos jugando?

—Pues ya lo sabes...

—¿Por qué... Por qué no me llamaste cuando me encontraste? —le pregunté abandonando el juego.

—Habían pasado ya muchos años, no quería remover el pasado. Además por aquel entonces Pedro ya se hacía notar y no me fue muy difícil atar cabos. Los dos en Madrid... Poco después se confirmarían mis sospechas...

Bajé la cabeza, ¿por qué me sentía avergonzada? Era normal que hubiera rehecho mi vida, el problema lógicamente estaba en con quién lo hice... Me sentí algo usurera porque no pude evitar acordarme de ese beso que vio Arturo en el pasillo, de las veces que me decía que Pedro conseguiría conquistarme...

Carraspeé un poco intentando recomponerme... Misión imposible, claro...

—Lo... lo siento...

—No, no Elisa, no lo sientas —dijo acercándose a mí, pero con esa reticencia a tocarme que había notado al entrar en su casa—. Son cosas de la vida, tenías que rehacer tu vida... Yo... estaba muerto...

Pero no pude quitarme esa sensación de culpabilidad... Quizá tenía que haber llamado a Claudia pasado un tiempo, quizá no tenía que haberme ido a Madrid...

Arturo notó las divagaciones en las que me había sumergido y quiso sacarme de ellas cuanto antes.

—Elisa, de verdad, no te sientas mal... Tú no sabías nada. El que estés... casada con Pedro... —parecía como si le costara decir su nombre. No me extraña, si hubiera sabido en ese momento que estaba con alguien, se me hubiera dado la vuelta el estómago—. Sé que no cambia lo que sentiste por mí, lo que vivimos...

Me giré de inmediato sin ocultar mis lágrimas... Y empezamos a hablar de sentimientos con tanta naturalidad que me extrañó que jamás hubiera podido hacerlo de esa manera con Pedro.

—No, no lo cambia... No sabes lo duro que ha sido levantarme cada mañana sabiendo que no iba a volver a verte, aunque mis ganas de hacerlo fueran las mismas que cuando estaba estudiando. Día tras día, me levantaba pensando en ti. Durante muchos años... Te he llorado mucho, Arturo...

Sonrió...

—¿Tanto me quisiste?

—Más... te quise más...

Se produjo un silencio necesario entre los dos, que aprovechamos para poner en orden todo lo que estábamos viviendo en ese momento. Un mechón de pelo se resbaló por mi mejilla y él, como en un acto reflejo, quiso apartarlo de mi cara con suavidad. Digo quiso, porque lo cierto fue que reculó antes de hacerlo. Se dio media vuelta y se fue hasta el sofá.

ARTURO*SENTIMIENTOS ANUDADOS*

—Tu casa es tal cual a como me la imaginé —dijo cambiando de tercio después de aquel silencio tan necesario que habían provocado sus palabras. Quiso recomponerse y mostrarse fuerte, pero yo necesitaba seguir hablando.

—Yo también sufrí tu ausencia Elisa, tanto, que me dolía el aire que respiraba. Cuando fui consciente de dónde estaba y lo que había pasado, pregunté por ti desesperado. Cuando Alfredo marcó tu número de teléfono y no daba señal... —al decir aquello se llevó las manos a la cara y negó con la cabeza.

—No sé por qué hice esa tontería.. Rompí mi móvil contra unas rocas en Galicia, buscando con aquel gesto acabar con todo lo relacionado contigo, ponerle fin a aquella etapa. ¡Qué tonta fui! ¡Si hubiera conservado el número....!

Sonreí apenado, rendido a los puntapiés que nos había estado poniendo el destino. Se acercó y se sentó a mi lado.

—Supongo que las cosas tenían que pasar así... —seguí hablando—. No creas que todo este tiempo sin ti ha sido fácil, cada día ha sido una lucha constante por olvidarte. Y míranos ahora en este punto. Uno frente al otro con quince años de distancia.

No supe interpretar la mirada que me dedicó.

—Sí, quince años... Pero hay cosas que ...

No la dejé acabar...

—Hay cosas que han cambiado mucho...

Me costaba una vida poner más distancia de la que ya había entre ella y yo, pero inevitablemente Elisa estaba casada, con Pedro, para más señas. No entendía cómo ella parecía haberlo olvidado tan rápido.

Se produjo de nuevo un silencio, esta vez más tenso que el anterior. Yo me levanté del sofá y me fui a servir otro vaso de agua.

—Me parece mentira estar hablando contigo, aquí... a tu lado.

Me sorprendió Elisa muy cerca de mí, la tenía prácticamente pegada a mi espalda.

—Antes de saber dónde estabas, paseé muchas veces por tu calle con la esperanza de poder cruzarnos algún día —dije sin girarme.

—No volví a abrir el piso. El mismo día que iban a desconectarte, lo cerré con la idea de no pisar nunca más en él. Quería que la esencia de nuestra vida juntos permaneciera intacta entre aquellas paredes.

Ahora sí que me giré y, como sospechaba, estaba demasiado cerca.

—¿No lo has abierto en todos estos años?

Negó con la cabeza.

—Y... ¿Dónde estáis ahora?

Recalqué el *estáis* en la pregunta, para que Elisa recobrará el sentido de la realidad y se diera cuenta de que ya no éramos el Arturo y la Elisa de hacía años. Pareciera que Elisa hubiera entrado en una burbuja del pasado al entrar en mi casa y que nada de lo que ella arrastraba (Pedro) tuviera importancia. Pero para mí sí la tenía. Quería que estuviera cómoda, que sintiera que todo estaba bien, que no pasaba nada... Pero no podía propiciar un acercamiento estando con él. Y que conste que me moría de ganas de darle un beso, pero no podía porque aunque ella parecía haberlo olvidado, su corazón ya no me pertenecía...

—Me *he* quedado en un piso de mi abuelo...

“*He* quedado... Elisa, ¿por qué haces esto?”

—¡Ja, ja, ja! ¡De tu abuelo, cómo no! —respondí con gracia haciendo como si no me hubiera dado cuenta del singular que acababa de utilizar.

—¡Ja, ja, ja! No te rías —protestó dándome un golpecito en el brazo—, es algo temporal. Además ahora... ahora que todo ha cambiado, se me acaba de ocurrir que quizá reabra el piso... ¿Te

gustaría hacerlo conmigo? Bueno, si quieres... no quisiera incomodarte...

—¡Ja, ja, ja! —me fui de nuevo al sofá para intentar que no notara mis ganas de besarla—¿Incomodarme? ¿Por qué ibas a incomodarme?

—Pues.. no sé... —sonreí al verla titubear—. Te veo... no sé si incómodo es la palabra correcta, pero sí algo distante... —Elisa siempre tan clara—. Además, han pasado muchos años, los dos hemos cambiado, no sé cómo piensas, ni cómo sigue tu vida...

Me hizo gracia la manera tan sutil que tuvo para preguntarme si tenía pareja, mujer, hijos...

—Mi vida sigue igual que entonces Elisa...

Aunque no estaba en mis planes, al decir aquello se esfumó mi tono burlón, y me acerqué a ella para agarrarla por los brazos. Mi vida no había cambiado, pero la de ella sí. Me paré en seco a un metro de distancia, deseando besarla.

Sonrió nerviosa.

—No creo que siga igual...

Me llamaron por teléfono. Quise hacer como que no lo oía pero quien me estuviera llamando era demasiado insistente...

—Cógelo Arturo, yo ya me voy...

Se acercó a coger sus cosas pero la detuve por un brazo.

—No, Elisa, no te vayas... Tenemos muchas cosas de las que hablar... Quiero que me cuentes cómo ha sido tu vida...

De repente, al sentir que se marchaba de nuevo, me sentí derrotado. En cambio ella, como si hubiera despertado de una ensoñación, pareció volver a la realidad y darse cuenta de cuál era su vida en realidad.

—Quizá otro día —me contestó nerviosa.

—No, Elisa, mejor hoy, ¿vale? —me mostré demasiado suplicante, pero no quería que se fuera.

El teléfono paró en ese mismo momento y la tensión volvió a instalarse en nuestras miradas...

—Arturo... estoy nerviosa... No... No me puedo creer que estemos los dos en tu casa... y... no sé cómo tratarte... y... no... no... no sé por dónde podría empezar.

—¿Y si usamos esa frase tan manida de ... “empezar por el principio”? Relájate, Elisa... Soy el mismo de antes, créeme...

Su expresión cambió de repente, bajó la mirada.

—Bueno... para mí sigues siendo un fantasma...

—¡Ja, ja, ja! ¿Un fantasma? Pues... —agarré una de sus manos, no sin algo de pudor, y la llevé a mi pecho. Tuve que hacer esfuerzos para no dejarme llevar—, ¿ves? Mi corazón sigue latiendo... y tengo carne y huesos... No creo que los fantasmas tengan tanta materia prima...

—¡Ja, ja, ja! —quitó su mano de mi pecho sonrojada.

—Ven, siéntate. No hace falta que hablemos de nada que no quieras, pero cuéntame cómo ha sido tu vida, cómo llegaste a Madrid —la llevé hasta la mesa de comedor—. Además he hecho lasaña vegetal. No puedes rechazarla...

Sonrió más relajada.

—¡Desde luego! Cómo rechazar esa lasaña... Aunque me hubiera gustado volver a probar ese humus tan bueno que hacías...

—¿ De verdad pensabas que te iba a dejar sin mi humus?

—¡Ja, ja, ja! ¡No puede ser!

Nos reímos como si no hubiera pasado una vida entre nosotros, como si fuéramos los mismos de antes, con la misma complicidad y... las mismas ganas...

ARTURO*¿CÓMO FUE TU VIDA ELISA?*

Una vez preparada la comida en la mesa y sentados, empezamos la conversación que tanto necesitaba escuchar.

—A ver, Elisa, cuéntame. ¿Qué hiciste después de que pasara todo?

—Después de enterarme que no había nada que hacer, pasé mi última noche en el piso llorando y echándote de menos. Fue una noche horrible, la cama seguía oliendo a ti y tu ropa doblada encima de la silla... Al día siguiente decidí que no volvería allí. Hice una maleta con cuatro cosas y me marché cerrándolo para siempre. Si te soy sincera, no tenía ni idea de qué iba a hacer con mi vida. Lo que tenía claro es que no volvería a aquel piso y ni a la facultad. ¿Cómo afrontar un nuevo curso sin ti? En un principio pensé en irme a la bodega (para alegría de mi abuelo) y dedicarme a ello más en serio.

Al oír aquello no pude por menos que sentirme culpable. Me froté la cara apenado a pesar de saber que el final de la historia era otro.

—Lo siento tanto, Elisa...

—¿Qué culpa puedes tener tú?

—¿Y qué te hizo cambiar de idea? Porque está claro que no hiciste lo que pensabas...

—Fui a la facultad a la hora en la que se suponía que todo acabaría para despedirme de ella y de ti. Sufrí un desmayo y ... —carraspeó y supuse que mi amigo Pedro iba a entrar en acción— desperté en una ambulancia con Pedro a mi lado. —No estaba equivocado, era de suponer—. A partir de ahí todo cambió, estuve unos días en su casa mientras pensaba qué hacer y después nos juntamos todos los amigos para irnos unos días a Galicia. Allí tuve la

idea. Fui ver a las chicas que conocí cuando estuvimos tú y yo, ¿te acuerdas?

—Cómo olvidar algo relacionado contigo... —Creo que aquel comentario la puso algo nerviosa. Tendría que abstenerme de decir determinadas cosas. Elisa, ya no era aquella joven, ahora era una mujer casada.

—Ellas me dieron la idea de seguir estudiando allí, pero aquella facultad también formaba parte de nuestros recuerdos, así que pensé en Madrid. Como puedes imaginar mi abuelo lo arregló todo. Lancé el móvil contra unas rocas, intentando romper definitivamente con tu recuerdo... No lo conseguí, claro, pero al menos fue un paso para mi recuperación. Me fui a Madrid sin decírselo a ninguno de mis amigos, ni siquiera a Pedro que tanto me había ayudado. Me sentí culpable durante mucho tiempo de haberle dejado al margen y luego había pasado tanto tiempo ya, que me daba vergüenza volver a hablar con él. —“Vaya, pues era cierto que Pedro no sabía nada cuando le preguntó Alfredo...”—. No pasó lo mismo con mis amigas. A Úrsula tuve que contárselo meses después, ¿te acuerdas de ella? —Asentí con la cabeza—. Quise romper con todo y empezar de cero, pero a ellas no podía apartarlas de mi vida.

—¿Y a Pedro sí? Me sorprende dada vuestra... complicidad.

—Te mentiría si te digo que no le eché de menos, pero estuve más de un año desaparecida para él.—Aquel dato me sorprendió mucho—. Cuando empezó el nuevo curso, un año después, se presentó en la Complutense. Me había estado buscando y cuando supo dónde estaba, decidió terminar la carrera conmigo...

Ese comentario me dolió. Pedro la había buscado (no me digas cómo la había encontrado) y para rizar más el rizo, lo dejó todo para irse con ella. Me llevé las manos a la cara para deshacerme de esa sensación de odio hacia mí mismo y rabia hacia él. ¿Por qué le fue tan fácil a él y tan difícil a mí? Me odié en ese instante por no haber insistido más en su búsqueda. Me levanté con la angustia enredada en mi estómago.

—Pedro tiene un don especial para ese tipo de cosas... —intentó consolarme sabiendo que aquello me había dolido—. No sé cómo lo

hace, pero tiene recursos que nosotros ni siquiera imaginamos. Siéntate por favor... La lasaña está riquísima...

—Lo siento, Elisa, se me ha quitado el hambre...

—¿Y tú? ¿Qué ha sido de tu vida todos estos años? —preguntó para rebajar un poco la tensión.

—Ya te dije que mi vida sigue prácticamente igual. —No conseguía alejarme de esa horrible sensación y creo que estuve bastante seco con ella—. Sigue contándome...

—Solo si te sientas y sigues cenando.—Me hizo gracia el tono maternal que usó.

—¡Ja, ja, ja! Vaya... y por lo que veo también has sido madre, ¿no?

—¡Ja, ja, ja! Pues no. No seas tan listo. —Vale, lo admito, me alegré— Esto debe ser herencia de mi abuelo...

—¡Ja, ja, ja! Tu abuelo... Y ¿qué pasó después?

—Pues, nada en especial... La vida, la rutina... Empezamos a compartir piso, acabamos la carrera. Yo seguí vinculada a la universidad, Pedro empezó con sus historias... hasta que un día, muchos años después... bueno, del final ya te enteraste...

Estaba claro que quería pasar de puntillas por aquel tema, yo en el fondo se lo agradecí, no me importaba lo más mínimo cómo había hecho ese cretino para conseguir conquistarla.

—Sí. La verdad que Pedro era un tipo extraordinario, no me extraña que acabaras enamorada de él.

Se sintió avergonzada cuando dije eso. Bajó la cabeza y le dio un trago al agua.

De nuevo silencio...

—Lo siento Arturo... —dijo al fin con un hilo de voz.

—¡Ja, ja, ja! ¿Sentir el qué, Elisa? ¿El haber rehecho tu vida?, ¿qué otra cosa podías hacer?

—En cierta manera siento que haya sido con Pedro...

—Ya te dije que estaba enamorado de ti y que él tenía las armas para enamorarte... Armas que yo no tuve... porque “morí”. Te dejé sola... Soy yo el que lo siente Elisa, porque fui un egoísta, sabía que eso podía pasar y seguí adelante ignorando el daño que te iba a causar cuando aquello pasase...

—Egoísta... Esa fue una palabra que te acompañó muchas veces y que yo no supe interpretar... No fuiste un egoísta, fuiste un valiente por asumir un sentimiento tan grande en un momento como ese...

—¡Ja, ja, ja! ¡Un valiente! Elisa esa sí que es buena... Te recuerdo que durante mucho tiempo fuimos tres: tú, yo y mi miedo, mi miedo a todo... ¡Ja, ja, ja!

—Miedo que borraste de golpe y porrazo, porque luego estabas desatado... ¿Tengo que recordarte aquel capítulo en tu despacho con la vicerrectora a punto de pillarte?

—¡Ja, ja, ja! ¡NO! Eso no por favor, mejor olvidarme de eso....

El ambiente consiguió relajarse más de la cuenta, y nos llegamos a olvidar de quienes éramos en ese momento.

Noté cierto acercamiento en Elisa, que si soy sincero, me incomodó un poco. No porque no tuviera ganas de acercarme a ella, sino porque seguía siendo una mujer casada y me resultaba extraño que, a pesar de toda nuestra historia vivida y de aquel reencuentro, pareciera haberlo olvidado.

Y no es que me considere una persona anticuada, ni cerrada, pero hay determinados valores que considero intocables en una pareja y la fidelidad es uno de ellos.

ELISA

DESILUSIÓN

—Bueno, creo que al final cada uno ha hecho lo que tenía que hacer. Lo hemos hecho lo mejor que hemos podido dadas las circunstancias. Al final lo más razonable será dejar las cosas como están. De nada sirve ya volver al pasado.

Aquello me dolió. ¿De verdad era Arturo el que hablaba? ¿De verdad estaba diciendo que diéramos carpetazo a nuestra historia? Pero si toda mi vida se había caído a pedazos en cuanto volví a verle. Si yo ya no era yo, sino aquella joven enamorada. Si yo le necesitaba como el primer día... Si no hubo un solo momento en el que no pensara en él... ¿Cómo podía decir que era mejor no mirar al pasado?

Sonreí sin ganas.

—Sí. Creo que es lo mejor —miré el reloj disimulando no tener más tiempo—. Vaya... qué tarde se ha hecho. Creo que es mejor que me vaya ya. Mañana tengo que ir a primera hora a la Diputación a tocar un poco las narices. Ya sabes cómo me gusta eso... ¡Ja, ja, ja!

—Sí, ya lo comprobé con lo de aquel archivo... Oye, enhorabuena, al final lo conseguiste .

Me acompañó a la puerta. Aquello que podría entenderse como un gesto caballeroso, me molestó sobremanera ¿acaso estaba intentando deshacerse de mí? ¿Por qué no insistió para que me quedara como había hecho antes?

—Muchas gracias por la cena... —le dije ya en la puerta. Intenté que no notara el malestar que me había provocado la última parte

de aquel encuentro—. Ya... ya nos veremos por la facultad...

Su sonrisa me enfadó más si cabe. ¿En serio le parecía normal que después de todo lo que había pasado nos despidiéramos prácticamente como dos desconocidos? Si yo lo único que quería era abrazarle y pasar la noche a su lado sin despegarme de él...

—Sí, ya nos veremos.

La espera del ascensor se me hizo eterna. Él esperaba apoyado en el marco de su puerta con una sonrisa desinteresada, que me pareció demasiado falsa y que me tentaba a salir corriendo hacia su terraza y tirarme desesperada.

Por fin llegó el ascensor... Entré.

—No puedes pedirme que olvide el pasado —le dije enfadada mientras se cerraba la puerta.

¿Cómo podía acabar aquel reencuentro así? Estaba enfadada con el hombre del que siempre estuve enamorada y del que pensaba que llevaba muerto quince años. Era un iluso si pensaba que aquello lo iba a dejar así. Aunque quizá, pensándolo bien... Habían pasado quince años... Los sentimientos cambian.

Quizá él hacía años que ya me había olvidado. Sí, seguro que era eso, si no hubiera hecho lo imposible por ponerse en contacto conmigo aunque supiera que Pedro estaba a mi lado.

Pedro... pobre Pedro. ¿Cómo iba a poder él luchar contra aquel sentimiento?

Me había olvidado, Arturo me había olvidado. ¿No le removí nada cuando nos encontramos? Me miré en el espejo cuando llegué a casa y vi la imagen de una mujer mayor... ¡Por favor, si solo tenía cuarenta años! " Ya no soy la misma de la que él se enamoró. Ahora tengo arrugas en la frente y la mirada cansada." Me sentí fea, vieja, cansada y muy absurda. Empecé a llorar sin consuelo pensando en lo idiota que había sido al creer que él seguía sintiendo lo mismo, que el reencuentro en su casa iba a ser diferente...

Cuando las lágrimas se me secaron, empezó a venirme inevitablemente el sueño. Habían sido demasiadas emociones y al final acabaron pasándome factura.

Al día siguiente, me desperté como si fuera la protagonista de una historia que no era la mía. Una extraña sensación de pérdida y

vacío me acompañó toda la mañana. Era como si aquella conversación que había tenido con Arturo, hubiera absorbido de golpe y porrazo todo lo que yo había sido y sentido hasta entonces, como si de repente nada en mi vida tuviera sentido, como si ... como si la que se hubiera muerto esta vez hubiera sido yo.

Después de comer con Clara en la cafetería que había fuera de la facultad, volví a mi despacho. No había visto a Arturo en toda la mañana y, para ser sincera, lo agradecí porque me sentía bastante ridícula por haber soñado en reanudar nuestra historia en el punto en el que se terminó, como si los quince años de ausencia que nos separaban no significaran nada.

Toc, toc, toc. Llamaron a la puerta.

—Ahora soy yo el que llama a tu despacho. ¿Qué curiosa es la vida, verdad?

Me sorprendió Arturo haciéndose el gracioso. Me puse bastante nerviosa...

—Vengo a disculparme... Creo que ayer al final, no estuve muy acertado.

—No, Arturo, te agradecería que no habláramos de ayer... Tenías razón. No tiene sentido darle vueltas al pasado...

Media sonrisa que me hizo tiritar... No iba a ser nada fácil tenerle tan cerca...

—No sé... me pareció que te ibas algo disgustada.

Me puse de pie de forma algo violenta.

—Me fui todo lo bien que pude dadas las circunstancias...

—Sí, en eso tienes razón...

Se rio como si hubiera dicho algún chiste. Le miré seria y poco a poco fue rebajando sus carcajadas...

—Vale, vale... Bueno, pues nada... solo quería disculparme y decirte que si necesitas cualquier cosa sabes donde estoy.

“Palabras huecas”, pensé malhumorada. Forcé una sonrisa. Estaba a punto de cerrar la puerta y yo de volver a mi mesa de trabajo cuando reapareció de nuevo para decirme:

—Por cierto, Elisa, ayer con la emoción no te dije nada, pero estás igual que antes... Igual de guapa...

Y cerró tras de sí la puerta como quien se despide con un “adiós, hasta mañana”.

Un rubor inocente se plantó en mi cara y el ardor de mis mejillas pareció trasladarse al resto del cuerpo. “Elisa... contente... solo ha querido ser educado...”. Me daba igual, quería saltar de alegría...Volvía a ser el Arturo que conocía, el que hacía lo imposible por hacerme sentir bien, el que parecía leer mi mente y saber lo que necesitaba...

Pasada la exaltación inicial, quince minutos más tarde, decidí ponerme a trabajar. No me fue fácil lograr concentrarme y ante los numerosos intentos por prestar atención a lo que estaba haciendo sin conseguir dar forma a una idea nítida, fui a buscar a Clara para tomarnos un café. Como era de esperar me acompañó encantada.

Nos cruzamos con Arturo que iba a dar una clase. Nos saludó de pasada con algo de prisa.

—¿Así que Arturo y tú fuisteis amigos, eh? —me preguntó con un tono bastante pícaro.

—¡Qué no, qué no, Clara! ¡Ja, ja, ja! Yo no he dicho eso... Dije que nos llevábamos bien. Tuve un pequeño traspies con su examen y eso le sirvió de excusa para meterse conmigo cuando tenía ocasión...

—¡Pues qué pena! Lo cierto es que no le he conocido mujer alguna... Toda la suerte que ha tenido en el trabajo no la ha tenido en el amor...

—¿No se ha casado? Cuando fue mi profesor se rumoreaba que andaba con una chica, de hecho creo que vivía con ella... —“sintonizando radio Macuto disimuladamente”—. Sí, algo comentamos los compañeros por aquella época, creo que sí estuvo con alguien, pero desde lo del accidente, no ha dado muestras de estar con nadie. Bueno, al menos que sepamos. Arturo es muy discreto para según qué cosas, pero, vamos, yo creo que de estar con alguien nos lo hubiera dicho.

—Así que no se ha casado... —dije para mí, pero demasiado alto...

—Vaya, vaya... te sorprende, ¿eh? Seguro que eras una de esas alumnas que suspiraban por él.

—¡Ja, ja, ja! ¡Clara! Por aquella época todas suspirábamos por él... Arturo está muy bien...

—Sí. ¡Ja, ja, ja! Desde luego eso es algo que nadie puede negar...

—¿Y tú, Clara? ¿Tú estás casada? No sé nada de ti... —di un giro a la conversación para no entrar en terreno pantanoso...

—¿Yo? ¿Aguantar a alguien? Uf, quita, quita... Nunca he tenido la necesidad de comprometerme con nadie. Me llevo viendo con un tipo hace muchos años, pero cada uno en su casa y Dios en la de todos...

—¿Un tipo? ¿Así es como hablas del hombre de tu vida? ¡Ja, ja, ja!...

—Anda boba... el hombre de mi vida, dice, pero si es Paco...

—¿Paco? No conozco a ningún Paco...

—Paco, mujer... el de reprografía...

Casi le escupo el café en la cara de la risa que me dio. ¿Paco? ¿Aquel hombre serio y reservado que nos hacía las fotocopias siempre con la cabeza gacha?

—Perdón, Clara... —tuve que disculparme ante el inapropiado ataque de risa que me produjo aquella noticia.

—No mujer, no te preocupes... Si cuando me paro a pensarlo a mí también me da la risa...

—Es que nunca lo hubiera imaginado... Él tan callado, tan discreto y tú tan... escandalosa... ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! Pues ya ves cómo es la vida... Un día que bajé a entregarle una hoja, me soltó de repente si quería ir al cine con él... Mirando a la hoja que le estaba entregando, claro... De hecho tuve mis dudas si me lo preguntaba a mí o a ella...

—¡Ja, ja, ja!

—Le dije que sí y desde entonces así andamos. Va a hacer ya diez años...

—Madre mía... ¡Diez años! y no os habéis planteado...

—No, no, no... Nos llega con aguantarnos en vacaciones. El resto del año cada uno en su casa. ¿Y tú? Cuando hablé contigo para que vinieras a trabajar a mi equipo, me dijiste que estabas pasando una mala racha...

—Sí —carraspeé. Casi había olvidado que estaba casada con Pedro... Bueno, casada pero separada...—, me estoy separando...

—Oh.. Vaya... eso tiene que ser complicado...

—Sí, no es una situación fácil, pero es inevitable.

—No sé si es una indiscreción preguntar el motivo...

—Pues... no sé, supongo que la vida, al final le pone a cada uno en su sitio... Yo llevaba muchos años arrastrando el peso de una historia que al final acabó por destruirnos... Le sigo teniendo mucho cariño, que conste, pero no el que debería tener por un marido...

—¿Y os lleváis bien?

—Sí... con Pedro es imposible llevarse mal... Tú le conoces... fue alumno tuyo. Hicimos juntos el trabajo del astillo.

—¿PEDRO? ¿PEDRO SALVADOR? ¿TÚ ERES LA MUJER DE PEDRO SALVADOR? —gritó haciendo que los que estaban a nuestro lado se giraran—. No, me lo puedo creer. Claro que le conozco. Le conoce todo el mundo. ¡Ja, ja, ja! Pues no he presumido yo veces de haber sido su profesora. ¡Ja, ja, ja! Tengo todos sus libros. Ay Dios mío, no me lo puedo creer... Cuando se lo cuente a Paco...

—¡Clara! Relájate, se te ha activado el modo fan.... Además te estoy diciendo que me estoy separando... —le dije, haciendo aspavientos con las manos para que bajara el tono de voz.

—¡Ja, ja, ja!. Ay perdona. Es que ha sido toda una sorpresa. Jamás lo hubiera imaginado....

Sonreí al verla como a una niña pequeña, bueno, aunque en Clara eso era bastante habitual. En ese momento, llegaron Arturo y Alfredo.

Clara como una loca les llamó para que se acercaran. Puse los ojos en blanco arrepintiéndome en el acto de haberle dado ese dato.

—¿Sabéis quién es el marido de Elisa? —les preguntó gritando y entusiasmada.

—¡Qué no, qué no! —intenté interrumpirla antes de que siguiera hablando. Misión imposible, claro... Cuando Clara arrancaba no había quien la parara.

—Pedro Salvador —respondió Arturo con una sonrisa de suficiencia..

Clara miró atónita a Alfredo, este la miró de reojo mientras observaba la reacción de Arturo. Arturo me miraba a mí con su media sonrisa y yo... yo quise morir. “¡Clara, por Dios!”.

—Clara, ¿te das cuenta de que llevamos aquí más de una hora? Yo me subo que tengo mucho trabajo... —me excusé sin saber muy bien por dónde salir.

—Yo ahora subo —me contestó Clara nerviosa y con ganas de empezar la ronda de cotilleo.

—No Clara... Tú te subes ahora conmigo, tengo cosas que preguntarte...

—Chicos...¡Pedro Salvador!... —les iba diciendo mientras yo tiraba de ella por un brazo.

ARTURO*LA HUÍDA*

Alfredo me miraba sorprendido. Lo cierto era que aquella situación sobrepasaba los límites de la realidad.

—¿Ya habéis hablado?

—Sí, ayer vino a mi casa y... bueno, nos pusimos al día a grandes rasgos.

Sus ojos estaban tan abiertos que tuve miedo de que se le salieran de las cuencas...

—¿A tu casa? ¿Y? ¿Qué pasó?

—Nada Alfredo, qué va a pasar. Ya has oído a Clara, está casada con Pedro... Pedro Salvador... —dije eso último imitando a Clara con su cara de fascinación.

—Es todo muy extraño, Arturo.

—Demasiado.

—Pero tú... ¿Qué sentiste al verla?

—Pues imagínate si llevo todos estos años enamorado y pensando en ella, qué pude sentir.. Pero ahora los papeles han cambiado y soy yo el que debe quedarse en la sombra...

—Habla con ella... No creo que no haya sentido nada al verte... Se nota en su mirada que sigue quedando algo en su corazón.

—¿Me estás tentando para que intente algo con una mujer casada? ¿Tú, Alfredo, un hombre católico y apostólico que va todos los domingos a misa? JA, JA,JA... —me santigüé burlándome un poco de él, todo hay que decirlo.

—Qué payaso eres.¡Mira, haz lo que quieras! —me respondió enfadado, bebiéndose el café de un trago y largándose como alma que lleva el diablo.

Me quedé solo pensando en todo aquello. No había posibilidad alguna de que pudiera acercarme a ella, no estando casada con... Grrr, ¡Pedro!

Decidí poner algo más de distancia. Durante más de una semana hice por no coincidir con ella en la cafetería o pasillos, solo cuando la casualidad nos ponía en medio, hablaba con ella con la mayor cordialidad posible, a pesar de que mi cuerpo se hubiera arrastrado para estar más tiempo a su lado.

—Veo que lo nuestro con los ascensores no tiene remedio —le dije un día cuando coincidimos entrando en el mismo ascensor. Sonrió con cierta desgana—. ¿Qué tal te va todo? Hace tiempo que no te veo por aquí.

—Sí... últimamente estás desaparecido, pero vamos, es algo que no me pilla por sorpresa. Por lo que recuerdo solías hacerlo cuando algo te daba miedo. Veo que no han cambiado demasiado las cosas...

Exactamente por eso, era por lo que intentaba no cruzarme con ella. Siempre que tenía ocasión, volvía a nuestro pasado intentando recordarme lo que habíamos vivido, como si yo lo hubiera olvidado.

No, no lo había olvidado, pero pretendía hacerlo si quería salir ileso de aquello. Me apabullaba la seguridad con la que se dirigía a mí. Nada que ver con la chica de aquel entonces.

—Pues es extraño —respondí más serio y distante de lo que me gustaba, pero no quería que intuyera, ni por un segundo, lo que pasaba por mi mente— porque desde que me sucedió lo del tumor, no he vuelto a tener miedo a nada y, vamos, desde luego mucho menos a ti, si es lo que estabas insinuando.

—Pues no, no estoy insinuando nada, te lo estoy diciendo claramente. Creo que me estás evitando.

“Joder, Elisa” Gracias a que se abrió la puerta del ascensor en ese momento, porque aquella actitud lejos de amedrentarme, me estaba poniendo demasiado...

—Hasta otro día —se despidió seria yéndose como si nada.

Sonreí al sentirme vencido. Las puertas del ascensor se me cerraron en las narices. Andaba tonto.

Volvieron a pasar varios días sin vernos y sí, fue porque yo la estaba esquivando. Cada día que la veía, mis ganas por ella aumentaban demasiado y tenía que evitar a toda costa que se hicieran muy visibles. Tenía que poner distancia si no quería acabar en su boca robándole los besos que debía estar dándole a su marido.

—Sí, adelante... —llamaron a la puerta de mi despacho— ¡Elisa!

Entró sin saludar y cerró la puerta tras de sí. Avanzó hasta la silla y en una postura, que estoy seguro no quiso parecer sexy, pero que a mí me dejó tiritando, se apoyó con sus dos manos en el respaldo de la silla que tenía enfrente a mi mesa de trabajo..

—¿Lo estás haciendo, verdad?

Hice un gesto con la cabeza no entendiendo lo que quería decirme.

—Evitarme. ¿Me estás evitando, verdad?.

Crucé mis manos frente a mi boca quizá para evitar que de ella saliera lo que realmente estaba pensando. En su lugar, dije lo contrario.

—No sé por qué te empeñas en ver cosas donde no las hay.¿A qué viene esa tontería?

—Muy bien, una tontería... vale —Se giró y se dirigió a la puerta para marcharse. Cuando estaba apunto de salir, la detuve.

—Elisa, es muy difícil salir adelante si cada vez que nos vemos me recuerdas aquella historia. —lo dije serio y distante. Estaba enfadado por sentirme indefenso ante su presencia—. Intenta pasar página, por favor, porque si no, sí que voy a tener que empezar a evitarte (“como si ya no lo hiciera”).

Se giró para mirarme más enfadada de lo que yo esperaba...

—¿Aquella historia?... —lo dijo lento, para dejarme claro que no había acertado con aquellas palabras.— ¡Vete a la mierda!

Y cerró de un portazo. No voy a negar que a pesar de que esa conversación no había acabado muy bien, me entró la risa. Me mandó a la mierda como si tal cosa. ¡Ja, ja, ja!

¿Pero qué era exactamente lo que quería de mí? ¿Qué me estaba pidiendo? ¿Qué fuéramos amigos? No, no creo que Elisa quisiera eso. Sabía que estaba pidiéndome más, pero ¿cómo se

atrevía siquiera a planteárselo estando casada? Resoplé al pensar en aquello. No quería volver a enfadarme así que puse todas mis energías para concentrarme en el trabajo.

ELISA

LA PRIMERA VEZ QUE HABLO DE ELLO

Era el colmo, no solo me evitaba descaradamente, sino que se atrevía a calificar nuestra historia como “*aquella historia*”, como si no hubiera tenido importancia, como si fuera una más de muchas... Estaba enfadada, muy enfadada y entendía que él hubiera dejado de sentir algo por mí, pero solo por el respeto a lo que sentimos en su día, a lo que vivimos juntos, debería mostrarse un poco más cercano conmigo. ¿Acaso temía que le obligase a besarme?

—Bajo a la cafetería, ¿vienes, Elisa? — me dijo un compañero del equipo de trabajo.

—Sí, voy contigo, me irá bien despejarme un rato.

Al poco de estar allí hablando y tomando algo, llegaron Clara y Arturo. “¡Qué bien, benditas las ganas que tengo de verte ahora!”.

—Ay, qué bien que te veo, Elisa, recuérdame que después te comente algo.

Arturo que estaba detrás de ella, no dejaba de mirarme a pesar de que yo intenté ignorarle, admito, poniendo pucheros como una niña pequeña.

—¿Qué tomas, Arturo? —le preguntó Clara cuando vio que el camarero se acercaba.

—Oh...vaya, nada... lo siento. Me acabo de acordar de que tengo que irme a un sitio al que me han mandado hace un rato —dijo con media sonrisa sin dejar de mirarme, mientras se marchaba. Confieso que me hizo gracia y algo yo creo que se me notó.

—Este anda de un raro... —murmuró Clara moviendo la cabeza hacia los lados.

Después de aquello pasaron varios días sin volver a verle. En ese período de tiempo estuve pensando si reabrir el piso, echaba de menos aquellas paredes casi tanto como a él...También pensé en Pedro, no habíamos vuelto a hablar y me parecía justo contarle todo lo que había pasado. Había estado retrasando el momento de hablar con él porque no era un tema fácil de tratar. Sabía que no iba a ser una noticia muy agradable, que le haría daño saber que estaba vivo y que estábamos tan cerca. Tenía que decírselo, pero ¿cuándo?, nunca me parecía buen momento.

Siguieron pasando los días sin ver a Arturo y ni llamar a Pedro.

Un sábado por la mañana, al levantarme, decidí que era un buen día para pasear por la calle Platería. No tenía pensado abrir el piso ese día, pero sí ir acercándome más al momento de hacerlo. Para empezar estaría bien ir hasta allí y verlo desde fuera, ver aquella calle, aquel portal con esa puerta de madera.. Pero poco antes de llegar, no me vi con fuerzas para avanzar más y ver mi apartamento desde fuera. Me recordaba demasiado a él y a pesar de que era un dolor distinto porque estaba vivo, dolía igualmente porque sabía que él ya no me quería y nuestra historia ya quedaba muy lejos... Con un nudo en el estómago me di media vuelta enfadada conmigo misma por sentirme tan vulnerable.

Llevaba un rato andando cuando escuché que alguien gritaba mi nombre.

—¡Elisa!

Me giré y vi a Martín que me saludaba con entusiasmo.

—¡Martín! —salí corriendo como una loca hacia él. Le abracé como si hiciera años que no le veía. A Elvira, su mujer, la abracé también.

—¡Qué alegría veros!

—¿Pero qué haces aquí? ¿Y Pedro?

—Uf... Es una larga historia, ¿tenéis tiempo?

—Sí, estábamos buscando un sitio para comer...

—Venga, pues si os apetece os invito a comer y os pongo al día.

¡Qué alegría me dio encontrarlos! Por fin algo de realidad en mi vida. Hacía tiempo que todas las gestiones relacionadas con la bodega habían caído en manos del pobre Martín, que asumió con

cierta resignación el que yo me fuera alejando cada día más de todo aquello. Aún así, seguía asistiendo a reuniones que se presumían más importantes.

Comimos en un restaurante del centro. Aquel encuentro sería el idóneo para poder contarles todo lo que Pedro y yo estábamos pasando. En realidad necesitaba empezar a contárselo a nuestra gente. Era como una manera de hacerlo más real. El saber que tendríamos que acabar haciéndolo legal me revolvió el estómago, pero era algo que tarde o temprano tendríamos que hacer. En ese momento me di cuenta de todo lo que se nos venía encima con el tema del reparto de bienes... Yo solo quería su felicidad, ¿qué me importaba la casa o el plasma de ochenta pulgadas? Resoplé al ser consciente por primera vez de que era un asunto que irremediablemente tendríamos que tocar.

No les mencioné nada de Arturo, porque a pesar de que Martín lo había visto en la bodega de mi abuelo, no sabía nada de lo que había pasado después. Además él y Pedro eran muy buenos amigos y seguramente acabaría enterándose antes por Martín que por mí de la “resurrección” de Arturo, y eso seguro que ya no podría perdonármelo. No, mejor no contar nada. También les comenté que trabajaba en la universidad y que vivía en un piso de mi abuelo allí. Ambos estaban alucinados y bastante tristes por lo que les estaba contando. Nos apreciaban mucho como pareja y Martín adoraba a Pedro.

—Lo siento mucho, Eli, no tenía ni idea... En la bodega nadie me dijo nada y tu abuelo...

Me extrañó que Pedro no hubiera hablado con él. Hacía años que se habían convertido en uña y carne, y era raro que no le hubiera comentado nada de nuestra ruptura.

—Bueno, lo cierto es que no han sabido nada hasta hace muy poco. Un día me armé de valor y les comenté muy por encima que nos habíamos separado, pero creo que piensan que se trata de una crisis, de algo pasajero...

—¿Y no lo es, Elisa? —preguntó Elvira apenada.

Negué con la cabeza...

Se produjo una atmósfera cargada de sentimientos callados, que al final Martín tuvo que romper cambiando el tema de la conversación.

—Bueno, son cosas de pareja. Nadie mejor que vosotros sabrá lo que tiene que hacer. Mira, Elisa, cambiando de tema... Iba a llamarte hoy o mañana para pedirte que vengas a la próxima reunión. Son unos clientes difíciles y tú y yo hacemos un buen tándem en estas situaciones. Es el jueves por la mañana. ¿Podrás venir?

—Sí, claro que iré. Pero pasa a buscarme a la facultad con el coche, ahora que hace bueno me gusta ir andando. Pásame por correo toda la información para que me ponga al corriente de todo.

Acabamos de comer y nos despedimos. He de reconocer que me sentí muy aliviada al hablar con otras personas de nuestra separación. Tenía la sensación de que empezaba a ser un hecho mucho más real, a pesar de que ya lleváramos prácticamente medio año separados y sin hablar (salvo de mis plantas) desde mi regreso a Valladolid.

“Creo que ha llegado el momento de hablar con la gente. Tenemos que contárselo, no podemos seguir así, tendrán que enterarse en algún momento”, pensé mientras seguía el camino a casa.

No esperé a que aquella idea se fuera desvaneciendo poco a poco de mi mente, así que antes de que me arrepintiera, le mandé un mensaje a Pedro.

WhatsApp :

Creo que deberíamos empezar a contárselo a la gente. Hoy me he encontrado con Martín y Elvira y se lo he contado... Espero que no te parezca mal, pero no podemos seguir así. Son ya demasiados meses.

Pasaron más de cuatro horas hasta que recibí su contestación. ¿Le habría mandado ese mensaje a otra persona? No era normal en Pedro que tardara tanto en responder, él que me contestaba antes de que hubiera acabado de escribir. Estaba claro que las cosas habían cambiado, que nosotros habíamos cambiado.

WhatsApp Pedro:

Me parece bien. Tienes razón. Cuéntaselo tú a tu familia y yo se lo cuento a la mía. A los amigos ya se lo iremos diciendo. Yo mañana me voy a ver con Úrsula así que ya se lo contaré yo. ¿Qué tal te va todo?

“¿Úrsula? ¿Pero no estaba en una excavación por Andalucía? Bueno, a lo mejor ya ha terminado y se ven de paso en Madrid”

Contesté a su mensaje inmediatamente.

WhatsApp:

Bien, ya adaptada. Aunque, como ves, no era para un par de meses... Clara me engañó hasta el último momento. ¡Ja ,ja, ja! ¿Tú qué tal vas? ¿Todo bien?

Aún estoy esperando contestación. Vale, debería haberme dado cuenta de que aquello era una pregunta vacía que no esperaba respuesta, vamos que le traía al paio como me iba la vida. Indudablemente seguía dolido. ¿Cómo iba a poder plantearle entonces el tema de Arturo? No tenía valor, no sabía si iba a ser capaz.

ELISA

LOS AMIGOS SIEMPRE RECONFORTAN

Esa misma noche llamé a Sonia y Raúl que eran los únicos que quedaban en Valladolid. Ya lo sé, ya lo sé... Era una de las cosas que tenía apuntadas como prioridades cuando me volvía a instalar allí. La falta de tiempo y las circunstancias me hicieron ir enterrando esa idea y el tiempo se fue alargando tanto que pasaron muchos meses y esa llamada quedó perdida en una larga lista de cosas pendientes. No tengo justificación, lo sé.

Raúl era un prestigioso abogado laboralista y Sonia, que después de tener a los mellizos se vio desbordada, tuvo que dejar su trabajo en Mercadona para dedicarse a ellos y a su otra hija. Ahora que ya eran un poco más independientes se había matriculado en la UNED y ayudaba a Raúl en cuestiones administrativas.

Me invitaron a comer en su casa al día siguiente. Cuando les vi, me parecía mentira que aquel matrimonio con tres hijos hubieran sido mis amigos y compañeros de clase. ¿De verdad habíamos cambiado tanto?

—¡Eli, eres increíble! ¿Llevas todos estos meses aquí y no nos has avisado? —me recriminó Sonia cuando acabamos de comer y los niños (bueno, niños... Marta, la mayor, me sacaba casi una cabeza y los mellizos tenían pinta de ir por el mismo camino. Estaba claro que habían salido a Raúl en ese aspecto) se fueron desperdigando a sus habitaciones.

—Ya lo sé Sonia, pero créeme si te digo que las circunstancias me han sobrepasado.

Me miró con recelo. Raúl, que conocía perfectamente esa mirada, prefirió poner pies en polvorosa y levantarse a preparar el café.

—¿Circunstancias? ¿Qué circunstancias? No creo que las “circunstancias” te impidieran poner un WhatsApp en el grupo y decir que venías a Valladolid a trabajar en la facultad... ¿Dónde está el problema? ¿Dónde están las circunstancias?

Sonreí tensa.

—Bueno, cuando venga Raúl os lo cuento. Seguro que entonces me entiendes... De todas formas... Quítate ese rol de madre cuando hables conmigo, por favor ya tengo suficiente con aguantar a mi abuelo. ¡Ja, ja, ja!

En ese momento llegó Raúl con el café y afirmando con la cabeza, resignado al carácter demasiado agrio que se le había ido puesto a Sonia con los años.

—¡Y tú no me mires así! —le gritó a Raúl a la vez que le iba entrando la risa de su carácter de mierda.

—A ver cómo os explico yo esto... Si acepté este trabajo en Valladolid es porque... bueno, las cosas no iban bien en Madrid... con... —“Joder, qué difícil”— Pedro.

Raúl se empezó a rascar la cabeza casi compulsivamente mientras que Sonia se llevaba las manos a la boca.

—Pero... ¿Qué... qué es lo que ha pasado?

Me encogí de hombros como respuesta. No pude seguir hablando al ver a Sonia que no consiguió contener las lágrimas y, bueno, al final yo tampoco pude. Me emocioné por todo lo que habíamos vivido y por cómo habían cambiado las cosas pero no por su ausencia... No les conté lo de Arturo. Tendríamos más ocasiones para hablar de él. Después de un largo silencio roto por nuestro llanto, continuamos hablando.

—Perdonad, lo siento. Estoy bien, de verdad. Lo que pasa que estamos empezando a contárselo a la gente y... no sé, es como más real.

—Pero Eli, no tiene por qué ser definitivo... —intentó animarme Raúl desconociendo todo lo que había detrás de esa ruptura.

—Sí, Raúl. Si hay algo de lo que estoy segura es de que es definitivo. Y estas lágrimas no son por él, son por el recuerdo, por los momentos vividos y porque él siempre ha sido mi aliado...

—Pero qué pasa, ¿ya no le quieres?. Porque, y perdona que te sea sincera, creo que esta ruptura viene más por tu lado... Pedro siempre ha tenido devoción por ti... ¿Qué pasa, Eli? ¿Ya no le quieres?

Aquellas palabras me dolieron, no porque me las dijera ella, sino porque sabía que eran verdad y me recordaron el daño que le había hecho con todo esto.

—Sí, sí le quiero, Sonia, muchísimo, pero no como debería querer a un marido. Y tienes razón, soy yo la culpable de todo esto... pero... tiene una explicación, que dejadme dároslo cuando estemos todos juntos...

—Bueno... no creo que podamos estar ya todos juntos...

Tensé los labios ante aquel comentario que se le resbaló a Raúl de los labios sin querer.

—Tienes razón. Pedro quedó con Úrsula hoy y se lo contará él y yo... bueno, había pensado que podíamos hacer el sábado una escapada a Salamanca a visitar a Olivia y Jaime...

Los dos se miraron con una complicidad que envidié. Sonrieron. Raúl se puso a mi lado y me ayudó a levantarme. Me sorprendió el abrazo que me dio. Yo me agarré a su cintura con fuerza y hundí la cabeza en su pecho. Sonia se nos unió en ese abrazo largo y necesario en el que nos dejamos llevar por las emociones que salieron a borbotones de nuestros ojos y de nuestras bocas. Lágrimas y palabras de ánimo y de amistad me hicieron más fuerte y pude sentirme por fin un poco menos culpable.

ELISA

LA DECEPCIÓN PADRE

—¿Sabes, Eli? No creo que haga falta que vayamos a Salamanca.

—¿Ah no? —pregunté sorprendida.

—Esos dos pringadillos han venido a comer a casa de la madre de Olivia y hemos quedado con ellos después para estar un rato juntos.

—¿De verdad? ¡Qué bien! —dije dando saltos de alegría y palmaditas como una cría.

Raúl meneó la cabeza riéndose de mí sin disimulo ninguno. Al rato se presentaron Jaime y Olivia, cubriéndome de nuevo de abrazos necesarios y cariñosos. Después de la alegría del reencuentro, de sorprenderse de que no estuviera Pedro con nosotros, de ponerles al tanto de mi trabajo y de... (joder, sigue costando), de contarles lo de la separación, llegó el momento de dar las verdaderas explicaciones... Iban a ser ellos los primeros en saber de Arturo.

—Seguro que Pedro lo hubiera hecho mucho mejor, él sabe contar historias... A mí... A mí me va a costar un poco, así que espero que tengáis paciencia...

—Te costará contar historias pero poner el cebo y darle misterio al asunto se te da bastante bien. ¡Ja, ja, ja! —dijo Raúl recibiendo un codazo considerable de su dulce y nada refunfuñona mujer.

Sonreí y me relajé. Eran mis amigos, me iban a entender...

—Para ponerlos un poco en situación tenéis que remontaros a aquel viaje que hicimos a Galicia...

—¡De eso hace una vida! —reflexionó Olivia con cierta melancolía.

—¿Estáis? —Todos asintieron con la cabeza menos Jaime, claro, el pobre no sabía por dónde iban los tiros—. Aquel viaje fue una huida hacia adelante, igual que el acabar los estudios en Madrid. De hecho, en ese viaje surgió la idea.

—Sí, estabas muy mal. Acababas de sufrir un golpe muy duro con la ... —Olivia carraspeó intuyendo que aquella palabra todavía podía dolerme— muerte de ese novio que tenías...

Sonreí agradecida de que hubiera recordado aquello, porque era justamente ahí donde empezaba la historia.

—Como estás intuyendo, Olivia, esa pena me acompañó siempre. A veces silenciada por la rutina, otras por la compañía de Pedro, por sus risas, pero siempre estuvo ahí... No solo el dolor de la pérdida, sino el sentimiento hacia él. —Todos permanecían callados, expectantes—. Pedro siempre lo supo, pero vivimos felices mirando para otro lado hasta que tuve que regresar a Valladolid a dar una charla en la facultad. Ahí empezaron los problemas, porque aquel fantasma me golpeó fuerte y me dejó tan débil que no pude hacer otra cosa que rendirme a la evidencia: seguía enamorada de un fantasma y ya no podía seguir esquivando aquel sentimiento.

—No entiendo, Eli.. ¿qué tiene que ver esa charla en la facultad con todo eso?

Sonia meneó la cabeza viendo la poca perspicacia de Raúl. Olivia seguía mirándome con aquella sonrisa de Mona Lisa que decía más que callaba. Un momento, espera... Olivia lo sabía...

—Raúl, es evidente que ese chico lo conoció en la facultad —continuó Sonia— ¿Pero quién era, Eli? Ya sabes que allí nos enterábamos de todo y yo no recuerdo que nadie comentara la muerte de ningún estudian...

Silencio. ¿Cayó en la cuenta? No lo sé, solo sé que todos se callaron y que la mirada de Olivia seguía fija en mí.

—De aquella época solo recuerdo lo del accidente de Losada —comentó en un tono neutro el que no tenía perspicacia...

Sonia lo miró con los ojos como platos y con una mano en la boca. Acto seguido me miró a mí, después a Olivia, que seguía mirándome con una sonrisa ya mucho más evidente, después otra vez a mí. Jaime, el pobre, no se enteraba de nada pero parecía

entretenido. Me encogí de hombros y no pude hacer otra cosa que intentar sonreír. Intentar, claro, porque no conseguí que saliera.

—Tú lo has dicho, Raúl, en aquel momento fue cuando Losada murió...

—¡NO JODAS, ELI! ¿CON LOSADA? —gritó Sonia, no sé si sorprendida, encantada o emocionada.

Asentí con la cabeza.

—Pero... —y Olivia soltó la bomba sin inmutarse un ápice— pero Losada no se murió...

Si conseguí controlar el ataque al corazón en ese momento, creo que podré convertirme en inmortal. ¿QUÉ? ¿Está diciendo con toda la tranquilidad del mundo que sabía que Arturo estaba vivo? ¿Olivia, mi amiga, la que, y ahora lo sé, siempre supo lo nuestro?

Respiré todo lo hondo que pude para intentar no levantarme del sitio y partíle la cara. No me lo podía creer... Ellos siguieron hablando mientras yo hiperventilaba.

—Pero qué dices, Olivia... Todos lo dimos por hecho y el año siguiente...

—Tú lo has dicho, Sonia, —dijo Olivia con tanta suficiencia que me heló el corazón—“dimos por hecho”. El año siguiente ningún profesor dijo nada de Arturo, salvo los que le sustituyeron. Pero nadie mencionó que hubiera muerto.

Raúl, el nada perspicaz, que empezó a intuir lo que estaba pasando por mi cabeza, se levantó y me agarró de la mano. Agradecí el gesto, porque un segundo más y le tiro la cafetera hirviendo por encima.

—Pero ¿tú cómo te enteraste? —preguntó Raúl un tanto descompuesto también.

—Un día me encontré a Inma en la inmobiliaria donde trabajé un verano después de acabar la carrera. Cuando estaba estudiando las oposiciones... Me comentó que iba a alquilar su piso y que se iba a ir a otro más barato y, bueno, salió en la conversación. Me dijo que había salido de un coma y que estaba recuperándose a marchas forzadas.

Por fin pude mirarla.

—¿Y por qué no dijiste nada? ¿Por qué no lo comentaste en el grupo, donde siempre hemos cotilleado de las cosas más tontas del mundo? —le pregunté con la rabia contenida en la punta de la lengua—. ¿Por qué Olivia?

Me miró ¿desafiante?, ¿de verdad, Olivia?

—Por Pedro —dijo al fin.

No me hizo falta más... Entendí que lo hizo por amor, porque aquella confesión hubiera supuesto mi distanciamiento con él, con su amigo y su... amor platónico. Él, que lo había dejado todo por mí, no podía quedarse a las puertas de la felicidad —como le había sucedido a ella—. Sabía que de haberme enterado de esa noticia lo hubiera dejado todo para buscar a Arturo. No la culpo. A veces, cuando uno está enamorado, pierde la perspectiva de las cosas. Estoy convencida que no valoró lo que salvar a uno podría suponerle al otro.

Jaime cambió la expectación con la que nos escuchaba por desilusión ya que, cuando empezó su historia con Olivia, Pedro aún estaba en sus vidas de manera presente. Se levantó a servirse un vaso de agua.

Aquella sería la última vez que vería a Olivia. Aunque la perdoné, no pude soportar la decepción. Cogí mis cosas y me fui. Agradezco que ninguno hiciera el amago de retenerme, y sobre todo que Olivia no se levantara a pedirme disculpas que me llegaban muy tarde. El sabor amargo que me producía ese sentimiento me acompañó todo el día.

Un tiempo después volví a hablar con Sonia y Raúl para explicarles todo lo que no pude hacer ese día. Qué había pasado con Pedro y conmigo, el porqué de la separación, mi reencuentro con Arturo y cómo me encontraba. Ese día lloré de nuevo, pero esa vez por el cariño que me daba esa familia y que tanto, tanto necesitaba después de aquella decepción con Olivia.

ELISA

ENCUENTROS INESPERADOS

Llegué a casa con tanto dolor en el corazón que pensé que en un par de horas no aguantaría el peso y dejaría de latir. Descubrir que Olivia lo sabía todo, que tuvo mi, no... que digo mi, nuestro destino en las manos y que jugó con él a su antojo, me volvía loca. Intenté no pensar en lo que hubiera pasado si lo hubiera dicho... Decidí seguir mi vida sin pensar en aquello, pero esa tarde me di una tregua y lloré lo que nunca más volvería a hacer por ella.

Al día siguiente me levanté temprano (intentando seguir hacia delante sin pensar en el desagradable episodio del día anterior), para gestionar unos asuntos que tenía pendientes en un archivo. Estuve más tiempo del necesario discutiendo con una empleada que me estaba tocando las narices desde hacía unos días, entorpeciéndome una gestión que podía haber solucionado en un par de minutos. Salí de allí de malhumor, y al alcanzar el pomo de la puerta, noté como una fuerza me arrastraba, hasta quedar incrustada en el pecho de una persona que la había abierto con tanta energía que me arrastró con ella. Iba a soltar algún que otro improperio cuando me percaté de que aquel era un cuerpo que me resultaba conocido. Cuando me di cuenta de que era en Arturo en quien estaba incrustada, todo mi malhumor se esfumó al instante. ¿Qué cosas, verdad?

—¡Oh! Vaya... lo siento... Espero no causarte ningún problema con tu mujer... —dije al ver la marca de mi pintalabios rojo permanente, en su impoluta camisa blanca. Sabía que no estaba casado porque Clara me lo había comentado, pero ¿pareja, tenía pareja? “Venga va, Arturo, suéltalo”

Sonrió de aquella manera que me volvía loca y miró hacia la marca de mi pintalabios.

—Hum, sí. Definitivamente creo que hubiera sido mucho mejor no llevar camisa... —Mirada seductora y desplegando media sonrisa en tres, dos, uno... Ahí está... “Ay... ya te digo, mucho mejor... dónde va a parar”.

Carraspeé para recobrar la compostura.

—Pensé que te habías vuelto a morir, como hace días que no te veo... —mira yo, intentando hacer humor negro.

—Bueno, el sitio al que tuve que ir, porque tú me mandaste, acuérdate, no olía demasiado bien. He tardado varios días en quitarme ese olor. No podía ir así a trabajar, entiéndeme...

Sonreí sin poder evitarlo aunque seguía enfadada con él... ¿De verdad?.

—Era el mejor sitio al que podía mandarte después de tu actitud... —Sonrió de nuevo... “Ay... para ya, por favor...”— ¿Por qué me evitas? No soy la serpiente que tentó a Eva a morder la manzana, no pretendo nada contigo... —“qué bien mientes, hija”—, solo poder hablar...

ARTURO*NEGANDO LO EVIDENTE*

—¿Ah sí? Pues es una verdadera pena —“¡Pero qué dices, Arturo! ¡Cierra la boca!” La mirada de Elisa no me dejó lugar a dudas, sus palabras decían exactamente lo contrario a lo que estaba pensando. Reculé... de nuevo con gesto serio y voz seca—. Bueno, Elisa, tengo que trabajar. Nos vemos...

—¡Ja, ja, ja! Nos vemos dice... —dijo mientras yo ya había cruzado la puerta—. Pues ya me dirás cuándo porque te vendes caro...

Aunque ese encuentro me encantó, no voy a negarlo, era evidente, su insistencia acabó por enfadarme. ¿Por qué no me dejaba seguir mi vida, mientras ella la seguía con su marido "Pedro"? ¿No se daba cuenta de que no podía estar más de dos minutos con ella sin desearla? ¿Qué era una tortura querer besarla y no poder hacerlo por saber que estaba con... grrr... Pedro?. Crucé de nuevo la puerta con paso firme y me acerqué hacia ella con un rictus demasiado amenazante.

—¿Pero qué es lo que quieres, Elisa, qué quieres de mí? — Estaba demasiado cerca de su boca y a pesar de que le estaba gritando, estuve tentado a olvidarme de Pedro y dejarme llevar, como si no hubiera un mañana. No lo hice, lógicamente. Seguí gritando, mucho mejor, como no...—. Ya nos contamos todo el otro día en mi casa, algo que no creo que le hiciera mucha gracia a tu marido, por otro lado. Porque... le dijiste que fuiste a hablar conmigo, ¿verdad?, o a lo mejor te inventaste una excusa.... Es que no sé, ahora pensando, me parece raro que no se presentara en mi despacho como un energúmeno, como solía hacer cuando era mi alumno...

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo?... —Su cara de perplejidad me hizo ver que tenía que haberme callado la boca—. Tu despacho, Pedro... ¿pero qué dices? —Imaginé que a pesar de los años que llevaban juntos, él no le había contado determinadas parcelas de su pasado—. ¿Es por Pedro? ¿Estás distante conmigo por Pedro? Claro.. .cómo he sido tan idiota... —dijo como hablando para ella.

—Elisa, de verdad, no tengo tiempo para estas tonterías...

“Para estas tonterías...” Y me fui sin mirar atrás. Aquella mujer me iba a volver loco... “Pedro... ¿por qué cumpliste tu amenaza? !Te faltó tiempo para ir detrás de ella!”

Pasé la mañana trabajando fuera de la facultad y por la tarde, salvo por las clases que tenía, no salí del despacho. Sí, lo confieso, la estaba esquivando (otra vez) y no porque no tuviera ganas de verla, sino por todo lo contrario, porque tenía tantas ganas que cada día me era más difícil seguir manteniendo aquel distanciamiento. Si estábamos cerca, me gustaba hablarle con picardía, sobre todo porque ella, lejos de amedrentarse como hacía antes, me respondía con más pillería de la que yo mismo podía soportar. No. No era bueno entrar en ese juego, era peligroso para los dos, porque aunque yo, aparentemente tenía menos que perder que ella, mi corazón llevaba muchos años tocado y un desengaño con Elisa, estaba seguro que no lo resistiría. No. Tenía que alejarme de ella como fuera.

¿Cómo fui tan inocente? ¿Cómo pude negar lo evidente? ¿Cómo pude pensar que era tan sencillo como dejar de verla, esquivarla o encerrarme en el despacho para no cruzarnos por los pasillos? ¿Cómo pude creer que lo soportaría sabiendo que estaba tan cerca, si lo que deberíamos estar haciendo después de todo lo que habíamos pasado, de estar quince años sin saber el uno del otro, era estar comiéndonos a besos, resarciéndonos por todos los años de ausencia, de distancia y de desconocimiento? Porque estaba claro que en ambos seguía latiendo la misma llama. Pero, como siempre, estaba Pedro más tocapelotas que nunca y además, con el destino de su parte, o eso creía yo...

ELISA

TODAVÍA HAY ESPERANZA

Era Pedro... ¡Claro, cómo había sido tan tonta! Nunca le aclaré en qué situación nos encontrábamos, qué había pasado después de aquella charla que di por primera vez en la facultad... ¡Era Pedro!... Y me alegré profundamente de que fuera ese y no otro, el motivo de su distanciamiento. Ahora entendía por qué a veces me daba una de cal y otra de arena, por qué parecía seguir sintiendo lo mismo y al minuto siguiente todo lo contrario... Era por Pedro... Esa dualidad no era más que una lucha entre el bien y el mal, el hacer la vista gorda y lanzarse al vacío conmigo olvidándose de Pedro o ser una persona de principios y no meterse en una relación. Claro, qué tonta había sido ¿cómo no lo vi antes? Fui corriendo hasta mi coche solo por la necesidad de soltar la adrenalina que se había quedado enganchada en mi pecho. ¡Era por Pedro!... Seguía sintiendo lo mismo por mí, estaba segura. No volví a verle en lo que quedaba de día, pero era algo a lo que ya me había acostumbrado así que seguí la jornada como si nada. Bueno, como si nada no, mucho más entusiasmada y vital que nunca, hay que reconocerlo.

—¿Se puede? —era Clara asomando la cabeza por la puerta del despacho.

—Sí, claro, claro pasa....

—Iba a quedarme en la cafetería pero la vi tan llena que decidí venir a darte un poco de conversación aquí...

—Pues me parece estupendo...

—Además tengo un cotilleo de los buenos....

—¿Ah sí? Desconocía que te gustara cotillear...

—Pero es que lo que traigo es un notición, no está confirmado pero yo creo que nuestro soltero de oro nos va a dar una sorpresa

dentro de poco...

—¿Soltero de oro?

—¡Arturo! —dijo poniendo los ojos en blanco.

Aquello me interesaba.

—¿Sí? ¿Y de qué se trata?

—Creo que por fin se ha echado novia. —Qué poco me duró la felicidad... Aquello me dejó traspuesta. Toda la alegría que había sentido minutos antes, se despanzurró sobre mi cara como una tarta de nata lanzada a mala idea—. Y creo que van en serio porque cuando se lo comenté a Paco me dijo que el otro día estuvieron fotocopiando planos de una casa....

“Vale, Clara, vale... sácame primero el puñal que me has clavado en el corazón, a ver si así me circula un poco la sangre y puedo reaccionar. Luego si tal, sigues contándome”.

—Pero... ¿él te ha dicho algo?

—¿Arturo hablarme de sus cosas sentimentales? ¡Ja, ja, ja! Eso no lo verán mis ojos, bueno más bien no lo oirán mis oídos. Es demasiado reservado para esas cosas, seguro que me llega antes la invitación de boda de que me hable de su noviazgo. ¡Ja, ja, ja! —“Si Clara, JA-JA-JA...”—. Llevo viéndole varios días con una chica que le espera a veces en la puerta de la facultad, a veces dentro... Y siempre se van juntos...

No supe qué decir. Solo quería morirme y que me dejara sola. Fingí una sonrisa y empecé a ordenar papeles de manera compulsiva ante la mirada un tanto suspicaz de Clara...

—¿Y a ti qué mosca te ha picado? Te has quedado blanca y un poco azul también, y yo diría... que incluso algo amarilla... ¡Aquí me huele a enamoramiento, Elisa!

—¿Pero qué dices, Clara? —salí de mi estado de abandono como una bala—. No digas tonterías...

Cerró un poco los ojos y me observó detenidamente.

—Vaya... creo que he metido la pata al contarte lo de Arturo....

—¡Pero que no, Clara, que no!... Si yo me alegro mucho por él.. .Bueno en realidad a mí qué más me da lo que haga, bastante tengo con lo mío...

Se levantó de la silla con aquella mirada penetrante.

—Bueno, acuérdate que mañana a primera hora hay reunión... — seguía sin quitarme ojo y eso que parecía una mujer despistada...

—Sí, sí a primera hora, ya lo sé, Clara.

¿Alguien me creería si digo que acto seguido me fui a casa y me tiré en la cama a llorar como una quinceañera? Y no solo eso, sino que dramaticé hasta niveles insospechados. Ni Scarlett O'Hara en *Lo que el viento se llevó* me hubiera superado. Sí, sí, tal cual... y qué a gusto me quedé, tanto, que me desperté al día siguiente encima de la cama con la ropa del día anterior.

Después de una ducha rápida, un café doble, la arruga de la almohada en mi cara y un moño mal hecho por no mirarme al espejo de lo enfadada que estaba conmigo misma por ser tan idiota, me fui prácticamente corriendo a trabajar. Llegaba tarde a la reunión.

—Lo siento... no me ha sonado el despertador... —“Claro, Elisa porque no lo pusiste”—dije mientras cogía una silla para sentarme.

—No te preocupes, no estamos todos... —me respondió Clara con una sonrisa bastante cómplice.

“¿No estamos todos?” Miré a mi alrededor y comprobé que estábamos todos los de mi equipo y los del suyo, ¿quién faltaba entonces?. No tardé ni tres segundos en saberlo.

—Buenos días... —dijo Arturo con su gracia natural .

Miré a Clara que seguía observándome con cara traviesa. Moví la cabeza desesperada.

—Os preguntaréis qué hace Arturo hoy con nosotros... —“Sí Clara, eso es exactamente lo que me estoy preguntando”—. Pues bien, resulta que ha estado trabajando en una aplicación informática que nos va a facilitar mucho el intercambio de información. Ahora nos va a explicar en qué consiste y cómo podremos utilizarla. Somos todo oídos, Arturo...

“Qué bien... de nuevo alumna y profesor... mírale... pero si está en su salsa...” Arturo comenzó a hablar de cómo había desarrollado esa aplicación, en qué consistía, cómo debíamos utilizarla, y yo, encerrada en mi mundo y con la mirada desviada hacia la ventana, no hacía más que pensar en cómo sería esa chica con la que estaba, en que había sido una idiota en pensar que seguía enamorado de mí...

—Elisa, ¿te aburre lo que estoy explicando? —me sorprendió Arturo en medio de su explicación.

Sin mirarle siquiera, alcé la mano e hice el gesto de “un poquito” con los dedos. Sentí que se esforzó por no reírse.

—Pues a lo mejor deberías aprovechar el tiempo en cosas que te sean más productivas.

Me levanté con desgana y mirándole amenazante, le contesté.

—Creo que tienes razón. Me voy a tomar un café, mucho más productivo dónde va a parar. Al menos, me quitará el sueño... no me lo pondrá más.

Según me estaba yendo escuché a Clara cómo me justificaba.

—Discúlpala, ayer tuvo una mala noticia y por eso está hoy algo irritada.

“Bravo, Elisa, bravo... No solo haces el ridículo con Arturo, sino que ahora también quedas como una imbécil delante de Clara.” Me encerré en mi despacho y me puse a llorar... otra vez, a moco tendido... ¡Joder, qué rabia!

Pasaron un par de horas hasta que oí sonar el teléfono del despacho.

—¿Diga?

—Soy Clara. Elisa, no puedes dejar que tus cosas personales afecten a tu trabajo. Le he pedido el favor a Arturo de que vuelva a explicarte lo de la aplicación. Vamos a trabajar con ella, así que por favor, estate atenta y sé amable. Y colgó sin darme tiempo a protestar.

Media hora más tarde llamaron a la puerta.

—¿Puedo pasar o me vuelvo al sitio ese tan desagradable al que sueles enviarme? —dijo Arturo asomando la cabeza con miedo.

—Con gusto te volvería a mandar allí, pero tengo órdenes estrictas de Clara de ser amable contigo, así que si quiero seguir trabajando con ella, creo que no me queda otra opción que dejarte pasar.

—Pues no te entiendo, Elisa —dijo mientras cerraba la puerta y cogía una silla para ponerse a mi lado—. El otro día cuando nos vimos me dejaste claro que tenías ganas de hablar conmigo y hoy esta actitud...

—¿ Pero qué haces? —dije separándome de él, sin escuchar muy bien lo que me había dicho, al ver que se sentaba demasiado cerca de mí y abría su ordenador.

—Pues sentarme para explicarte lo que no te ha dado la gana de escuchar antes. ¿Dónde quieres que me ponga?.

Con un gesto de cabeza le indiqué que estaría perfectamente sentado en frente de mí, con aquella amplia mesa separándonos. Ese sería el mejor lugar sin duda.

—Elisa, tenemos que mirar la pantalla los dos. No puedo estar retorcido explicándote las cosas...

—Ay... es verdad... Recuerdo que te gustaba mucho estar cerca de las alumnas a las que dirigías la tesis...

—¡Bueno, Elisa, basta ya! —empecé a sentirme pequeña—. No digas tonterías y deja ya, por favor, de hablar del pasado. No tengo ningún interés en recordarlo. ¿Podemos empezar ya? Tengo cosas más importantes que hacer que estar explicándote algo que acabo de explicar hace nada y todo porque la niña ha tenido un mal día... ¡Manda huevos, Elisa, cómo te consienten!.

Me quedé sin palabras, de hecho se me cerró tanto la glotis, que no pude siquiera tragar saliva. Un sudor frío recorrió mi espalda y me sentí tan avergonzada que hubiera salido corriendo del despacho y no hubiera vuelto jamás. Ahora entendía aquella actitud tan hostil conmigo. Estaba enamorado y se iba a comprar una casa con aquella mujer, que seguramente sería un cañonazo de tía, para vivir con ella. Eso suponiendo que no lo estuvieran haciendo ya... digo, vivir juntos, lo otro entendía que sí lo hacían... No, Dios, qué imagen más dolorosa ver a Arturo disfrutando de los brazos de otra. Le molestaba toparse conmigo, nuestra historia, nuestro recuerdo le incomodaba en su presente.

—¿Podemos empezar entonces? —me preguntó rebajando considerablemente su tono hiriente.

Asentí con la cabeza sin decir nada.

A los pocos minutos le llamaron por teléfono. Era ella, oía una voz de mujer al otro lado del teléfono.

—Hola, Andrea... Sí, sí, no te preocupes, no estoy haciendo nada importante —mientras decía eso se alejó un poco de mí como para

evitar que oyera la conversación. Tierra, trágame. Me sentí tan pequeña que podía haber salido por la ranura de la puerta sin problema—. Hacemos una cosa, sube a mi despacho. Yo en cinco minutos estoy allí, lo miramos y luego te invito a comer por aquí cerca....

Colgó y como si no existiera empezó a recoger.

—Lo siento, Elisa, tengo que irme...

Lo único que acerté a hacer, fue separarme un poco de la mesa para que él recogiera más a gusto. Yo seguía mirando mis zapatillas casi de manera obsesiva. Cuando estaba a punto de cerrar la puerta, se detuvo.

—Elisa, ¡Elisa! —Tuvo que repetir al ver que no le había escuchado—. Creo que hoy no es un buen día para que trabajemos juntos. No consigues prestarme atención así que es mejor que lo dejemos para otro día. Siento... siento haberte hablado así... Es evidente que algo te pasa y no he sabido comprenderte. Lo siento de verdad.

Y cerró la puerta con delicadeza. No pasaron ni dos segundos y la volvió a abrir.

—Yo... No sé muy bien cómo afrontar esta situación... —me puse de pie y me acerqué a la puerta. Estábamos cerca, pero él a diferencia de otras veces, no se apartó. Noté su nerviosismo. Volvió a revolotear en mi estómago algo parecido a la esperanza—. Intento tratarte como a una compañera más, pero creo que la mayoría de las veces no lo consigo.

—Arturo... —le dije suplicante.

—Tengo que irme, Elisa.

ARTURO*DEMASIADO DIFÍCIL*

Entré en mi despacho echo un lío. Siempre que pretendía enfrentarme a ella con distancia acababa reculando y cuando lo hacía, ella aprovechaba para acercarse a mí y me dejaba noqueado con aquella mirada por la que parecía no haber pasado el tiempo. ¿Por qué no hacía caso a lo que me decían mis ganas y me olvidaba de una vez del pequeño e insignificante detalle de que estuviera casada con Pedro? ¿Si a ella parecía no importarle, por qué debía importarme a mí? Qué difícil era tenerla tan cerca... Conseguía hacer tambalear principios que creía tener bien asentados. Sabía que aquello iba a ser complicado, pero jamás pensé que llegara a ser tan duro.

Según entré por el pasillo del departamento vi a Andrea que estaba esperándome en la puerta del despacho. Agradecí que llegara pronto para poder desconectar un rato de tanta tensión.

—Pasa, Andrea, pasa... —le dije abriendo la puerta e invitándola a pasar—. ¿Has hablado ya con Claudia?

—Sí, pero ya sabes cómo es y quiere tu aprobación. Los planos los ve bien, pero quiere saber qué impresión te causa a ti el terreno. Así que me da que hoy tenemos trabajo de campo. ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! ¿Sí? Pues eso tendrá que ser después de comer. Enséñame los planos a ver cómo quedó al final...

Toc, toc, toc. Llamaron a la puerta y, antes de que me diera tiempo a contestar, apareció Elisa con un ímpetu que desapareció repentinamente al vernos a Andrea y a mí mirando los planos. Recordé aquel episodio en el que Elisa dejó de ser ella misma para convertirse en un rastrojo consumido por los celos al verme trabajar en el despacho con Noa, una chica a la que dirigía la tesis. Por nada

del mundo quería que volviese a vivir un episodio parecido, así que le presenté a Andrea antes de que hiciera sus propias conjeturas... “¿Te estás oyendo, Arturo? Hablas como si Elisa fuese la chica de entonces, como si no tuviera una vida a sus espaldas cargada de aprendizaje, como... como si no estuviese casada y le importara con quién estés.” Bueno, eso último estoy seguro que si le importaba porque siempre que tenía ocasión, intentaba sacarme información.

—Pasa, Elisa, dime... —le hablé con dulzura—. Mira te presento a Andrea, es amiga de mi hermana y arquitecta. Le está haciendo una casa...

Vale, el semblante de Elisa cambió de nuevo, estaba claro lo que había imaginado y sonreí al ver que no había cambiado tanto como yo pensaba...

—Encantada —dijo acercándose a ella y dándole dos besos—. Yo soy Elisa, la compañera impertinente y maleducada de Arturo, que entra en su despacho antes de que le den permiso... Hum... Lo siento.

—Bueno, a veces las prisas es lo que tienen... —contestó Andrea con gracia.

No le pregunté si quería algo para no ponerla en un aprieto, sabía que no necesitaba nada.

—Me iba ya y, bueno, solo venía a preguntarte si te va bien que me expliques eso mañana.

—Me parece bien, tengo la tarde libre así que tendremos tiempo.

Me sonrió como agradeciéndome no el que pudiera explicarle aquello al día siguiente, sino el que le hubiera presentado a aquella mujer, que no era la mía, precisamente para eso, para que no lo pensara. Pero ¿por qué esa actitud? ¿Acaso no sería justo que pudiera ser mi mujer? ¿No tenía ella un marido al que acudir cada día al terminar la jornada?

Después, Andrea y yo nos fuimos a comer y, más tarde, a ver el terreno de la casa en la que estaba trabajando. Simplemente me encantó. Era ideal para mi hermana, les iba a gustar sin lugar a dudas. Se encontraba a las afueras de Valladolid, en una zona arbolada, con orientación sudoeste que le permitía la entrada de sol a todas horas. Era una zona tranquila, que probablemente en poco

tiempo, se convertiría en una bonita urbanización rodeada de múltiples servicios pero con la tranquilidad de vivir alejados del bullicio de la ciudad. Era ideal para ellos que la iban a disfrutar como vivienda vacacional.

WhatsApp:

Claudia, tienes que seguir adelante con la casa. El terreno es espectacular, os va a encantar

No tardó ni dos minutos en contestar.

WhatsApp Claudia:

¡Qué ilusión! Dale el OK a Andrea para que empiece cuanto antes. Yo la llamaré después. ¡Ay, qué bien, Arturo!

Cuando regresé al trabajo, bastante cansado, todo hay que decirlo, paré primero por la cafetería para despejarme un poco, puesto que sabía que a esas horas habría por allí algún compañero con el que charlar un rato antes de empezar a trabajar. No me equivocaba. Elisa y Clara también estaban entre ellos. Me hice un hueco a su lado (como hacía cuando éramos cómplices) y me pedí un agua. Su mirada era mucho más relajada.

—¿Qué tal va lo de la casa? —me preguntó Alfredo, que sabía de dónde venía.

—¿Casa? —preguntó Clara antes de que pudiera contestar—. ¿Ves como tenía razón, Elisa? Nos va a dar la sorpresa dentro de poco.

Clara, con su natural despiste, hizo aquel comentario dirigido a Elisa en una especie de confidencia entre ellas, pero delante de todos, y en voz alta, claro. Elisa quiso morir de la vergüenza y yo entendí entonces qué era aquello que la había perturbado el día anterior y por qué su cara al verme en el despacho con Andrea. Sonreí al sentirme de nuevo tan protagonista en su vida pero, a la vez, una enorme confusión empezó a revolotear por mi cabeza. ¿A qué venía todo aquello? ¿Por qué esa actitud? Intenté no hacer caso de la certeza que se estaba acomodando en mi cabeza para no dejarme arrastrar hacia ella. No iba a aguantar mucho más sin poder estar con ella, así que esperaba con impaciencia el más que probable encuentro con Pedro, para que me pusiera los pies en la tierra y me hiciera desistir de la idea de acercarme a ella. Si Elisa

seguía siendo tan natural como antes, seguramente Pedro no tardaría en darse cuenta de que algo no iba bien entre ellos. Por mi parte, yo sentía que Elisa, cada día disimulaba menos sus sentimientos hacia mí y empecé a comprender que para ella nunca podría ser un compañero de trabajo al igual que ella para mí tampoco. ¿Pero por qué Pedro tardaba tanto en aparecer? ¿No le había extrañado saber que seguía vivo y coleando? ¿No iba a dar señales de vida? Había piezas que no encajaban.

—Sí, Claudia quiere vender el piso que tienen en Valladolid y hacerse una casa a las afueras para estar más cómodos.

—Claudia es la hermana de Arturo —le susurró, esta vez sí, a Elisa. Sonreí al notar cierto rubor en sus mejillas al escuchar la aclaración de Clara—. Es para que se sitúe, no sabe de quién estás hablando... —me dijo Clara al ver que la miraba extrañado, sonreí y miré a Elisa, cómplice. Ella, a pesar de su rubor, me devolvió la sonrisa.

—El terreno es espectacular. En cuanto se lo dije, no tardó en dar el OK...

—Ah... y yo pensando que ya te íbamos a ver casado... Como te vi varias veces con esa chica, pensé que era tu novia...

Elisa pasó del rubor al rojo intenso y yo no pude evitar reírme, claro que disimulé para que ella no lo notara...

—¡Ja, ja, ja! Ay Clara... Hace años encontré al amor de mi vida, pero a veces las circunstancias pueden más que los sentimientos... De momento me ha sido imposible olvidarlo, aunque no pierdo la esperanza de que pueda hacerlo algún día... —toma declaración, como dije antes, cada día me costaba más mantenerme al margen—. Pero bueno, tú que estás enamorada, entenderás a qué me refiero, ¿verdad?. Cuando uno encuentra un amor así, no hay que dejarlo escapar, así que no hagas como yo y cástate de una vez con Paco, mujer, que todos llevamos años esperándolo.

Todos empezaron a reírse menos Elisa y yo, que nos mirábamos tan intensamente, que dudé por un segundo de que el mundo siguiera girando.

—Esa sí que es buena... No verás el día en que yo me case...

Un año después, Clara se casaba en un monasterio con una ceremonia religiosa (de las que había blasfemado en mil ocasiones) con el que sí sería el amor de su vida: Paco. ¡Zasca! ¡Por hablar!

Después de un rato hablando y riéndonos, decidí subir a mi despacho. Elisa, que ya estaba mucho más relajada que al principio, se envalentonó y subió conmigo.

—¡Espera! Yo también subo.

No pude esconder mi sorpresa y en cierto modo, me arrepentí de haber hecho aquella confesión. Le estaba dando unas alas con las que no podría volar estando con Pedro. Alfredo que me miraba de reojo, tuvo que girarse para no reírse en mis narices.

Nuestros dedos se chocaron cuando fuimos a pulsar el botón del ascensor. Sonreímos con cierto pudor.

—¡Elisa! —Oímos como una voz de hombre la llamaba desde la otra esquina del pasillo. Pedro, cómo no... ya estaba tardando...

Me giré con aire resignado y me sorprendí al ver que era Martín, aquel chico que conocí en la bodega de su abuelo.

—Llevo una hora... —se detuvo como impresionado de verme pero continuó disimulando— buscándote. ¿Dónde tienes el móvil?

—Cargando en el despacho... Pero... ¿qué pasa, hoy es jueves?

—Elisa, te lo dije el otro día... adelantamos la reunión para hoy... ¿No tendrás ningún compromiso, no?

—¡Dios mío, qué cabeza! No, no te preocupes... acompáñame a por mis cosas y nos vamos.

—Hola... ¿Arturo era, verdad? —me saludó ofreciéndome su mano cuando ya estábamos en el ascensor. Parecía estar asimilando el tenerme delante ¿sabría todo lo que me pasó?

—Sí, Arturo. Hola, Martín, encantado de verte de nuevo...

La cara de Elisa cambió de color, era muy camaleónica. Dependiendo de su estado de ánimo podía pasar de un blanco nuclear a un rojo intenso sin problema ninguno.

Cuando por fin pude ponerme a trabajar, la imagen de Elisa reaparecía una y otra vez interrumpiendo mi concentración. Lo que decía, cada día me era más difícil tenerla tan cerca...

Al día siguiente pasaríamos toda la tarde juntos y tenía que idear una estrategia para que mis ganas de estar con ella no se hicieran

demasiado evidentes. Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para disimular porque era consciente de que aquellas ganas no harían otra cosa que destruir lo que éramos y lo que habíamos sido. A ella le destrozaría su vida con Pedro y, a mí, nuestro recuerdo. Todo quedaría manchado por la mentira, el engaño y la falta de ética. No, no era esa la imagen que quería recordar de Elisa. Me mostraría amable pero manteniendo cierta distancia. La trataría como a una compañera más, intentando olvidarme de lo que su sola presencia provocaba en mi... estado de ánimo.

ARTURO

UN BOLÍGRAFO, UN RECUERDO

Al día siguiente no coincidimos en toda la mañana. Necesitaba concretar con ella la hora para ir a su despacho y hasta ese momento no me había percatado de que no tenía su número de teléfono. Llamé a su despacho sin saber si la encontraría a esas horas.

—¿Sí?

—Elisa, hola... soy Arturo...

—Ah... Hola... Dime.

—¿Te viene bien que me pase a primera hora de la tarde por tu despacho para explicarte eso?

—Perfecto, ven cuando quieras... Hoy voy a comer algo rápido por aquí y subiré enseguida a ultimar unas cosas que tengo pendientes...

¿De verdad estábamos hablando como verdaderos compañeros?
Wow.

—Oye, si te va mal lo dejamos para otro día...

—¡Qué dices! Todos han empezado ya a trabajar con la aplicación esa de las narices y yo no doy pie con bola...

—Si me hubieras prestado atención en su momento... —le dije bromeando...

—No hubiera tenido la oportunidad de pasar la tarde contigo... — me sorprendió su atrevimiento y he de decir que no reconocí a Elisa detrás de aquellas palabras.

Vale, no. Definitivamente no estábamos hablando como dos compañeros al uso.

A las cuatro de la tarde me presenté en su despacho. Fue ella quien me abrió la puerta.

—Vete preparando todo, voy al despacho de Clara un segundo que tengo que comentarle algo...

Al poco rato regresó.

—Lo siento... ¿empezamos?

—Empezamos...

Se acomodó en la silla muy cerca de mí (haciendo exactamente todo lo contrario a lo que había hecho el día anterior), sacó unos folios y buscó algo en su bolso.

No me di cuenta de lo que se trataba hasta poco después, cuando intencionadamente me preguntó algo señalando la pantalla del ordenador con el bolígrafo de propaganda del teatro Calderón, que le había dado yo como señal de nuestra próxima cita, hacía ya muchos años. Demasiados.

Me quedé callado mirándola sorprendido. Ella, sin apartar sus ojos de los míos, me sonrió sintiéndose vencedora y, a mí, vencido. Hubiera borrado de su boca aquella sonrisa tentadora con un beso lento, de no ser por lo desconcertado que estaba.

—Elisa, ese bolígrafo...

—Es lo único que conservo de aquella época, junto con una de tus camisetas que apareció inesperadamente en el armario de la bodega.

Me quedé callado y cabizbajo. Me froté la cara angustiado por lo difícil que estaba siendo aquello y por cómo lo complicaba ella cada vez más. Me levanté con la necesidad de respirar un aire que no oliera a ella, que no oliera a recuerdos, ni a sentimientos.

—Arturo... hay algo que creo que no sabes...

Me puse nervioso al ver que Elisa estaba decidida a hablar conmigo y desnudar sus sentimientos. Pero yo no estaba preparado y, a pesar de estar deseándolo, me replegué en una absurda moralidad, que debería pertenecerle a ella, puesto que era la que estaba casada. Y como si fuera yo el marido de Pedro, defendí aquella relación a capa y espada. ¡Qué absurda es la mente humana a veces! Volví a sentarme, y envuelto en una integridad que escondía mis anhelos, intenté seguir adelante con lo que estábamos haciendo.

—Elisa, es mejor que sigamos... si no, no acabaremos nunca — sonreí para que no se sintiera incómoda y rechazada—. Quizá otro día podamos hablar con más calma...

Se me daba bien eso de echar balones fuera.

—Tienes razón. Mejor en otro momento. —Sonrió tranquila.

Seguí con la explicación y poco a poco se fue deshaciendo esa tensión que se había generado y en mi mente empezó a forjarse la idea de que quizá no pasaba nada por disfrutar de Elisa de aquella manera, sin más pretensiones que la de estar a su lado, compartiendo nuestro tiempo con el trabajo, hablando y riéndonos sin sentirnos culpables...

Y de esta manera fue como empezamos a bromear a medida que ella hacía preguntas o que yo la instaba a que probase a manejar la aplicación ella sola. Una cosa llevó a la otra y acabamos la tarde hablando de nosotros con la más absoluta tranquilidad y confianza.

—Así que Claudia quiere comprarse una casa...

—Sí, es algo que llevan años pensando, pero ya sabes, lo van dejando...

—Qué bien...

—Me ha preguntado por ti... Le comenté que trabajabas aquí...

Se quedó en silencio.

—Desgraciadamente nos conocimos en muy mal momento...

—Lo sé y lo siento, todo fue culpa mía... No tenía derecho a hacerte ilusiones sabiendo cómo iba acabar todo...

—No fue culpa tuya, no digas tonterías...

Me sentí abatido en ese momento. Una profunda tristeza empañó lo que estaba siendo una tarde tranquila y bonita. Era igual de lo que habláramos, al final nuestras conversaciones acababan en el mismo punto: el pasado.

—Bueno... —dije levantándome y recogiendo—, yo creo que ya lo tienes bastante claro, si tienes alguna duda, ya sabes donde estoy.

No dijo nada. Me dejó recoger y me acompañó hasta la puerta.

—Muchas gracias por todo, Arturo —Salí de allí y me despedí con una sonrisa—. Y cuando digo por todo, me refiero también a

aquella época. Volvería a repetirlo aunque tuviera que vivir el mismo final.

—Bueno, a mí no me gustaría volver a repetir ese final. ¡Ja, ja, ja!
Dejó escapar una sonrisa triste y melancólica sin decir nada.

¡Maldito Pedro! Todo hubiera sido más fácil si no hubieran estado juntos y el final hubiera sido otro.

ELISA*LA VIDA TE DA SORPRESAS, SORPRESAS TE DA LA VIDA...*

Había pasado cosa de una semana desde que Arturo y yo habíamos pasado toda la tarde en mi despacho con la excusa de explicarme lo de aquella aplicación.

No volvimos a coincidir salvo en algunos momentos esporádicos en la cafetería o en el pasillo. Tuve tiempo suficiente para ir pensando qué hacer con el piso de la calle Platería. Cada vez me sentía más animada a abrirlo y volver allí. Echaba de menos la vista de los tejados desde el balconcito del salón, aquellos rayos de sol colándose por toda la casa, la barra de la cocina en la que mis desayunos se alargaban mientras miraba el móvil... Todo era más sencillo allí. Lógicamente yo había cambiado y mis circunstancias también, pero en aquellas paredes estaría impregnado un pasado que ya no dolía, un pasado que a diferencia de cuando cerré el piso, ahora me daba vida...

Sí, quería abrirlo, pero quería hacerlo con Arturo. Desde que pasó por mi mente volver allí, había estado buscando un acercamiento con él, no físico (bueno, físico también, pero eso lo vamos ignorar), sino un acercamiento más personal. Necesitaba que volviera a encontrarse cómodo conmigo, que reapareciera nuestra complicidad porque le necesitaba a mi lado cuando abriera la puerta de aquel apartamento.

No me lo puso fácil con tanta huida y con esa manera tan sibilina de esquivarme, pero tenía que pedírselo aunque sonara extraño. Me armé de valor y me fui a su despacho. No sabía muy bien cómo iba a pedírselo sin que sonara muy... raro.

Llamé un par de veces pero no contestaba nadie.

—Arturo está de viaje, así que hasta pasado mañana no podrás verle... —me aclaró Alfredo al verme plantada frente a su puerta.

—Oh... vaya, no sabía. Pensé que no quería abrirme... No sería la primera vez. ¡Ja, ja, ja!... —le contesté bromeando.

—¡Ja, ja, ja! No, no sería. Él piensa que nadie se da cuenta, pero todos sabemos que lo hace... ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! a veces me sorprende su inocencia. Bueno, pues lo dejo para otro día. No era nada importante...

Sonrió cómplice y se despidió.

Yo regresé al despacho a seguir trabajando. Una hora más tarde llamaron a la puerta.

—Adelante... —No acababa de acostumbrarme a gritar desde la silla. Prefería abrir yo misma, pero siempre estaba tan ocupada que me resultaba más fácil pegar la voz.

—Hola...

Una voz suave y muy dulce acarició mis oídos. Levanté la mirada del ordenador sorprendida al no reconocer aquella voz y... ¡oh *my god!* Cuál fue mi sorpresa al ver a Claudia asomando tímidamente por el resquicio de la puerta. Me levanté tan rápido de la silla que esta salió disparada hasta chocar escandalosamente contra la pared. Entró cerrando la puerta tras de sí con una tímida sonrisilla y nos fundimos en un abrazo que en nada se parecía al último que nos dimos en aquel frío pasillo de hospital.

—¡Claudia! ¡Qué alegría! ¡Cuánto tiempo!

—Sí, Elisa, demasiado...Y míranos ahora qué diferentes estamos, qué diferente a como nos conocimos...

La llevé hasta la silla, yo busqué la mía que apareció enredada en la cortina veneciana y, después de conseguir sacarla de allí, me senté a su lado.

—¿Pero qué haces aquí? Arturo no está...

—Necesitaba verte a ti, Elisa. Ya sé que Arturo no está, por eso he venido hoy.

No pude contenerme y le di otro abrazo inesperado que ella aceptó de buen grado.

—Necesitaba agradecerte lo que hiciste por Arturo... Si no llega a ser por ti...

—No, Claudia, no... Yo estaba desesperada, no sabía ni lo que decía. Te lo puse muy difícil, a ti... que nada podías hacer... No tuvo que ser fácil aguantarme...

—Teníamos mucho dolor, Elisa...

Hubo un silencio que no dolió aunque sonara a recuerdo. Nos volvimos a abrazar... Después de recordar de nuevo el pasado, de disculparnos, de contarme cómo pasaron las cosas, de cómo intentó localizarme y de dejar escapar alguna lágrima, más de alegría que de pena, nos fuimos a comer a un restaurante cercano para estar más tranquilas y hablar con más calma.

—Así que Arturo no sabe que has venido, ¿eh?

—No, no lo sabe y se va a enfadar cuando me vea.. .¡Ja, ja, ja! Hablamos prácticamente todos los días y no le dije nada. Sabía que tenía un viaje programado y quise aprovechar la fecha para venir a hablar contigo tranquilamente. Él no me hubiera dejado.

—¿Has venido sola?

—No, hemos venido todos... Tenemos que solucionar la venta de un piso que tenemos...

—Sí... algo comentó Arturo...

—¿Ah sí? Vaya, así que habláis más de lo que yo pensaba...

—No, no te creas... Está bastante reticente a hablar conmigo... Pero, bueno, aún así algo hablamos, sí...

—¡Qué pena, Elisa! Que manera de torcerse todo...

—Bueno...poco a poco...

Sonrió con tristeza.

—A él todavía le dueles —me confesó así, a bocajarro, como si me estuviera hablando del precio de la gasolina—. No quiere hablarme mucho de ti, porque no quiere implicarse demasiado...

Pumpumpumpumpumpumpumpummmmm. “A ver, Elisa, bebe un poquito de agua porque si hablas ahora se te va a salir el corazón por la boca”. Trago largo de agua... Ceja en alza de Claudia... Me sirvo otro vaso... De nuevo trago largo... Claudia gira su mirada hacia un lado desconcertada... Sigo bebiendo... Vale, ya. Carraspeo... Ahora, ahora sí.

—Han pasado muchos años... ¿tú crees que sigue sintiendo algo por mí?

—Lo que me parece raro es que tú no te hayas dado cuenta... — me dijo sonriendo.

—Yo de lo único que me he dado cuenta es de que me huye espantado cada vez que tiene ocasión...

—Por eso mismo, Elisa, porque todavía sigue enamorado, pero han cambiado muchas cosas, tú estás casada...

Sonreí.

—Claro, sospechaba que era ese el problema...

Claudia me miró sorprendida.

—Bueno... no es poco problema...

—Claudia... Hum... yo... no estoy casada... O sea, sí, legalmente pero... estamos separados. Ya antes de saber lo de Arturo...

—¡¿QUÉ? !Pero... pe... él no lo sabe, ¿no?

Me reí con cara de boba.

—No me da opción a contárselo. Me huye cada vez que quiero hablar de...

—Pero... dime una cosa, Elisa... ¿Tú?

—Sí Claudia, yo sí. Yo nunca... Sí, sigo enamorada de él, nunca he dejado de estarlo...

Seguimos la conversación en mi casa, allí le conté toda mi vida y todo lo que había pasado con Pedro, hasta que una llamada demasiado insistente nos interrumpió. Era su marido. Sin darnos cuenta, ya estaba anocheciendo. Habíamos pasado prácticamente todo el día juntas y su marido e hijo, ya la reclamaban.

—No le cuentes nada a Arturo. Quiero ser yo la que hable con él.

Me sonrió cómplice, nos abrazamos y se fue. Y yo, al cerrar la puerta, me sentí liberada porque el peso de la duda se había marchado con ella. Arturo me quería y no había más problema que el que existía en su mente. Tenía que encontrar el momento para contarle todo. Ya no podía esperar más, le necesitaba en mis brazos.

ARTURO*PASADO Y PRESENTE*

Pasaron varios días después de mi viaje hasta que vi a Elisa. Mis horarios cada vez más apretados y sus jornadas de trabajo, fuera y dentro de la facultad, hacían muy difícil nuestros encuentros y, a pesar de que yo sabía que era lo mejor para todos, no dejaba de ser fastidioso porque la realidad era otra: estaba deseando verla.

No puedo decir que no me sorprendiera cuando un viernes, a última hora de la tarde, se presentó sin avisar en mi despacho.

—Hola, Arturo...

—Hola, Elisa...

—El otro día comentamos que teníamos una conversación pendiente... ¿Qué tal si la tenemos mañana?

Aquello me dejó sin palabras y sin mucho margen de maniobra. No me esperaba que después de los días que llevábamos sin vernos, de repente me soltara eso.

—Hum, no sé... Mañana es sábado...

—Sí, mañana es sábado, no trabajamos, tendremos todo el tiempo del mundo para hablar sin interrupciones y además hace un tiempo estupendo, yo creo que es un buen momento para hablar, ¿no te parece?

—Pero... no sé... tendrás cosas que hacer con tu familia...

Sonrió con cierta picardía.

—Bueno, mañana ¿sí o no?. Mira que es tarde y tengo que hacer la cena a los niños.

—¿Niños? —pregunté sorprendido y decepcionado, por qué no decirlo—. ¿Pero si me dijiste que no... —Ah vale, lo entendí al ver cómo alzaba la ceja con cara de suficiencia. Me estaba tomando el pelo... —. Venga va, mañana...

—A las doce en el piso de la calle Platería.

—¿Allí? No, Elisa, allí no.

—Sí, Arturo, allí sí. Necesito hacer esto contigo... Además no encuentro mejor lugar para hablar...

¡Joder, Elisa, venías pisando fuerte! No me dio opción. La miré resignado y, sin decir nada más, se marchó con una sonrisa de oreja a oreja. Pasé aquella noche recordando todos y cada uno de los rincones de aquel apartamento.

La luz del sol iluminando el pequeño salón, la barra de la cocina donde nos sentábamos a desayunar, la habitación... Me parecía haber vivido toda una vida con ella en aquel pequeño piso. ¡Qué locura! ¿Qué impresión me daría volver a entrar allí, donde pasado y presente convivían de la mano?

A la mañana siguiente fui a la cita con Elisa preparado para sufrir una avalancha de sentimientos y emociones, que no sabía si iba a conseguir neutralizar.

La vi a lo lejos apoyada en aquella puerta de madera, mirando el móvil distraída. ¿De verdad habían pasado ya tantos años? ¿Cómo había conseguido sobrevivir a su ausencia?

—Buenos días... —la saludé cuando ya estaba prácticamente a un palmo de ella.

—Buenos días, Arturo, ¿preparado?

—No.

Me sonrió a la vez que me daba un golpe en el brazo. Subimos y nos quedamos unos segundos en el rellano de la puerta.

—Creo que ahora la que no está preparada soy yo, me tiembla la mano... ¡Ja, ja, ja!

La miré de reojo, sabiendo que era muy capaz de hacer aquello y mucho más. Abrió la puerta con un poco de dificultad. Nos saludó de forma repentina una oscuridad que, poco a poco, fue dejando paso a unos tímidos reflejos de sol que se colaban por las rendijas de la persiana que estaba algo entreabierta. Nos miramos como preguntándonos si estábamos dispuestos a dar el paso y entrar de golpe y porrazo en una dimensión que nos llevaría directamente al pasado. Me agarró la mano y prácticamente me arrastró hacia dentro. Chispazo, electricidad, magia... al notar su piel en mi mano.

Elisa se adelantó y abrió la persiana del salón. Poco a poco empezaron a aparecer los objetos que nos habían acompañado en ese corto período de tiempo en el paraíso. Abrió las ventanas por las que entró un aire primaveral cargado de olor a camelias.

—Sigue todo igual... —dijo emocionada.

Yo no podía hablar. Se fue corriendo hacia la habitación, abrió también la persiana con energía y empezó a buscar algo en un cajón. La oí reírse a lo lejos.

—¡Está aquí! ¡Ja, ja, ja!

Vino corriendo y empezó a saltar en el sofá como una niña pequeña, por lo visto no había cambiado tanto... El polvo empezó a nublar el ambiente como cuando en las películas de terror una niebla intensa lo envuelve todo anunciando un susto inminente, pues igual.

Aturdida por el repentino ataque de tos y estornudos, tuvo que limitar su emoción a pequeñas palmaditas con las manos.

—Mira Arturo, mira... es tu letra...

—Sí, es mi letra... —Sonreí al ver la nota que años atrás le había metido en el bolsillo trasero de su pantalón, al entrar en clase. La miré alucinado... ¿Cómo era posible ser tan perfecta?

—Estoy tan contenta, Arturo, que me pondría los guantes y limpiaría todo esto en cinco minutos para dejarlo tal y como estaba.

Arqueé una ceja.

—Me temo que te llevaría mucho más que cinco minutos... —dije haciendo un recorrido visual por el salón.

—Ven, Arturo, acércate —Se había ido a apoyar en el balconcito de la ventana—. Mira los tejados desde aquí, ¿hay una imagen más bonita que esta?

—Sin duda la tuya —dije sin pensar. ¡Maldita sea!

Se giró para mirarme. Me sonrió con tanta dulzura como deseo.

—Sé que hay algo que te preocupa y que te bloquea. Te debo una explicación y no he encontrado lugar mejor que este para dártela —Se giró de nuevo para volver a mirar un horizonte dibujado con tejados—. Cuando vine por primera vez a la facultad, después de tantos años, para dar aquella charla que me ofreció Clara, todo se me removió de nuevo... Y no te miento si te digo que ni un solo

día de mi vida, desde que te dejé allí postrado en el hospital, he dejado de pensar en ti, pero al pisar de nuevo esos pasillos... Los sentimientos se me desbordaron y tu recuerdo me golpeó tan fuerte que no pude seguir adelante con...

La miré en silencio con mucha curiosidad por lo que me estaba contando.

—¿Con qué, Elisa?

—Con mi vida... con Pedro... —Se me encogió el corazón tanto, que creo que me llegó a doler. Se giró para mirarme—. Le escribí una carta pidiéndole que me dejara pensarte y me fui sola unos días a la bodega para intentar aclararme. Cuando regresé, Pedro se había ido y yo, aún con tu recuerdo en mis labios, no hice nada para solucionarlo. Me acusó de no haberte olvidado nunca y no pude negárselo... —Su voz parecía quebrarse.

En un gesto demasiado paternal para mi gusto, le puse mis manos sobre sus hombros.

—Elisa... lo siento... No... No sabía nada...

Sus ojos estaban cargados de lágrimas que dejó caer sin ningún pudor.

—Llevamos más de medio año separados. Ya antes de venir a trabajar aquí no estábamos juntos. No he vuelto a hablar con él desde entonces... Solo tú ocupas mi mente y... mírame, aquí llorando como una boba por alguien que me huye y que... parece que ya no quiera ofrecerme nada...

Me quedé callado asimilando que Pedro me daba una tregua, bueno, quizá él no, pero sí las circunstancias.

—¿Y por qué lloras por alguien que crees que ya no puede darte nada?

Me miró mientras se quitaba con las manos las lágrimas de la cara.

—Porque soy una boba, porque sigo enamorada como el primer día.

Quise disimular mi alegría pero mi sonrisa no me lo permitió.

—Pues yo creo que en todo esto hay algo en lo que estás equivocada... Sí puedo ofrecerte mucho pero desde luego no lo de antes...

Elisa se llevó las manos a la cara como si sintiera vergüenza.

—Lo sé y lo entiendo, no tienes por qué darme explicaciones... Son demasiados años de ausencia, lo normal es que los sentimientos cambien... Perdóname de verdad, soy yo que me empeño en pensar que en el fondo nada ha cambiado y no me doy cuenta...

Separé las manos de su cara con delicadeza intentando también que dejara de hablar. Había entrado en bucle y no había forma de que parase...

—No puedo ofrecerte lo de antes porque lo que siento ahora es mucho más grande...

Levantó la mirada que tenía clavada en el suelo, para enfrentarse a la mía. Nos miramos en silencio unos instantes desnudando nuestra alma, nuestros anhelos.

Acaricié su cara como había deseado hacer durante todo ese tiempo. Ella cerró sus ojos y una lágrima corrió por su mejilla. Hundió su cabeza en mi pecho y yo me impregné del perfume de su pelo. Levanté su cabeza y me acerqué lentamente a su boca, intentando saborear mejor aquel pequeño instante. Cuando nuestros labios se rozaron, el paraíso abrió sus puertas para dejarnos paso. Sentí cómo sus manos acariciaban mi nuca hasta llegar hasta prácticamente a la comisura de nuestras bocas, como para cerciorarse de que aquello no era un sueño, sino nuestros labios unidos como hacía tiempo.

La suavidad de ese primer momento no tardó en desaparecer y rápidamente, la pasión anquilosada en nuestros cuerpos, empezó a desprenderse del tiempo enquistado en ella. La cogí en brazos y la llevé hasta la cama. Tiramos de las sábanas para no caer encima de un mar de polvo, pero una nueva bofetada de niebla polvorienta nos sorprendió, adueñándose de nuestros pulmones y haciéndonos toser mientras nos moríamos de la risa.

—Elisa, todo este tiempo he creído que estabas aquí con Pedro y...

—Lo sé, debí aclarártelo antes pero no me dejabas hacerlo. ¡Tú y tu manía de huir de m...

Volví a a besarla sin permitir que acabara la frase. Sus manos se adentraron por debajo de mi camiseta y un suspiro se escapó de mi alma al notar de nuevo sus manos en mi piel.

—Vaya... veo que el abuelo ha seguido yendo al gimnasio... —sonrió maliciosa...

—El abuelo... —sonreí mientras desabrochaba su vestido e inundaba su cuello de besos.

Se separó un instante de mí para mirarme tan fijamente a los ojos que tuve miedo de morir fulminado. Poco a poco empezó a aparecer de la comisura de sus labios algo parecido a una sonrisa y, cuando noté su mano dentro de mi pantalón, entendí lo que pretendía. Caímos enredados en la cama con un solo pensamiento: aprovechar el tiempo perdido.

ARTURO*EL TIEMPO PERDIDO....*

La vida nos daba una segunda oportunidad.

—¿Sabes lo que estaba pensando? —le pregunté cuando llevábamos un rato acurrucados, después de habernos redescubierto de nuevo.

—¿Qué?

—Que podíamos hacer este mismo ritual en la casa de Cardaño...

Me miró arqueando una ceja.

—Arturo, si lo que pretendes es tener otra cita conmigo, no hace falta que me lleves tan lejos. ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! ¿En serio aceptarías otra cita?

Me miró con picardía.

—La verdad es que sería bonito volver allí... Ahora que es primavera...

—Y que la sangre altera... —dije dándole un mordisco en la oreja —. Sí, tenemos que ir. Tenemos que volver a impregnarla de nuestra esencia. Hace ya demasiados años que se respira soledad allí... Además he hecho algunos cambios... Te van a gustar.

—¿Claudia se animó a ir alguna vez?

—¡Qué va! A Hugo sí que me lo he llevado en alguna ocasión cuando han venido de vacaciones y se han quedado aquí... Está hecho un chaval, Elisa...

—Sí, ya lo sé. Lo vi en una foto que tienes en tu salón...

—¿Sabes lo que creo, Elisa? —le dije según me acercaba peligrosamente a su entrepierna —, que probablemente hayamos cogido de todo en esta cama llena de polvo que lleva más de quince

años sin tocar... Así que, por si acaso se nos cae el cuerpo a pedazos... ¿qué te parece si nos damos una ducha juntos?

—Ay.. Arturo.. ¡ja, ja, ja!... Veo que sigues igual... ¡Ja, ja, ja!

No sé cuantas veces caímos, nos levantamos y volvimos a caer, pero cuando decidimos salir de aquella casa estaba anocheciendo...

Fuimos a cenar algo por el centro, como una pareja, como si no hubiéramos pasado penas, ausencias y reencuentros.

Hacía una temperatura muy agradable y todo invitaba a seguir la noche disfrutando de nosotros, de nuestro presente. Sin darnos cuenta íbamos agarrados de las manos, abrazándonos, besándonos, hablando como si fuera el día siguiente a nuestro último día juntos... ¡Qué digo! ¡Qué va! ¡Mucho mejor! Ya no nos escondíamos, ya no había miedos ni temores. Estábamos solos en un mundo lleno de gente. Solos, ella y yo, al fin.

Era muy tarde cuando decidimos ir a descansar. Se me hizo raro acompañarla hasta aquel piso en la calle Teresa Gil e irme después, yo solo a mi casa.

—Míranos, si parecemos un par de chavales... —dije sonriendo cuando llegamos a la puerta de su portal.

—Con la diferencia de que, probablemente, yo sea más pudorosa que las jóvenes de hoy en día, porque no te voy a dejar subir en esta primera cita.

—¡Ja, ja, ja! ¿Te recuerdo cómo hemos empezado esta primera cita?

—¡Ajá! Creo que sería un buen plan que me refrescaras la memoria... —dijo mientras su lengua recorría mi cuello hasta llegar al lóbulo de mi oreja.

—Si sigues así no creo que pueda refrescarte mucho...

—¡Ja, ja, ja! —y se separó de mí dejándome con las ganas enganchadas en mi

garganta, bueno y en mi entrepierna—. Si quieres mañana podemos vernos...

—Sí quiero. Y también quiero tu número de teléfono. No quiero perderte la pista de nuevo.

Sonrió con dulzura. Sacó “nuestro bolígrafo” de su bolso junto con un papel y, como en un acto ceremonial, fue escribiendo

lentamente el número mientras me derretía con una mirada felina, que en nada ayudaba a apaciguar aquellas ganas.

Llegué a casa bastante aturdido por cómo se había desarrollado el día. Me tiré en la cama y sonreí al darme cuenta de lo inocente que había sido al pensar que Elisa buscaba un acercamiento conmigo estando con Pedro. Me alegré de que no fuera así, de que no hubiera ya lazos entre ellos, de que por fin los dos pudiéramos disfrutar de nuestra historia sin mochilas cargadas con demasiado peso.

No podía dormir... Cogí el móvil para enviarle un mensaje a Elisa y al hacerlo vi que estaba en línea, así que cambié la estrategia.

Piiii... Pi... descolgó antes de acabar el segundo tono.

—Elisa, ¿de verdad tenemos que estar separados? ¿No te parece suficiente el tiempo que lo hemos estado sin querer? Vente, Elisa, por favor...

Podía sentir su sonrisa al otro lado.

—Tienes razón, Arturo, y yo estoy deseando estar contigo... Pero acabo de salir de la ducha, tengo el pelo mojado...

—¡Qué pelo ni qué narices! Ponte lo primero que pilles, en cinco minutos paso a buscarte. Mañana ya irás a tu casa y con más calma haces una maleta en condiciones...

—¿Una maleta? ¡Ja, ja, ja! ¿Pero qué dices? Estás loco...

—Bueno, creía que la fase de conquista y todo eso ya la habíamos superado, ¿no? Si no recuerdo mal... nos habíamos quedado en... Elisa y Arturo empezaron a vivir juntos...

—¡Ja, ja, ja! Pues sí, es verdad, deberíamos seguir donde lo habíamos dejado... No vengas, me pongo algo rápido y voy yo para allá.

Sonreí al ver lo sencillo que estaba siendo todo. No existían complicaciones y sí muchas ganas, eso facilitaba las cosas. Y fue exactamente así como retomamos lo que el destino se empeñó en sabotear años atrás.

ARTURO*HABRÁ QUE HACERLO OFICIAL, ¿NO?*

Un par de semanas después de habernos asentado en mi piso, fui al despacho de Alfredo para hablar con él.

—¿Puedo pasar?

—Claro, Arturo, pasa.

—¿Qué tal te va todo, Alfredo?

Arqueó una ceja y se dejó caer en el respaldo de su silla, poniendo los brazos detrás de la nuca.

—¿Qué tal, Alfredo? Debería ser yo quien te hiciera esa pregunta. Te noto muy contento últimamente y... por lo que veo, Elisa y tú habéis limado asperezas, ¿no? —Su media sonrisa me hizo sospechar que algo se imaginaba—. Marta me ha comentado que el otro día te vio en el mercado... con una chica... ¿Qué tienes que decir eso?

—Que Marta está deseando verme con alguien desde hace años y que cualquier compañía que tenga y que no sea Claudia es susceptible de ser una pareja. ¡Ja, ja, ja! Aunque, bueno, esta vez para su sorpresa, no estaba equivocada.

Saltó de la silla como un resorte y se me acercó para darme un abrazo y palmaditas en la espalda.

—¿No me digas, amigo? ¿Elisa y tú?

Asentí con la cabeza.

—Llevamos un par de semanas viviendo juntos en mi casa...

—¡Ja, ja, ja! ¡Toma ya! Esa sí que es un notición. Enhorabuena.

—Gracias. Había pensado en invitaros a comer el sábado en casa, así, bueno, le damos la noticia a Marta. Se va a quedar de piedra.

—¡Ja, ja, ja! Estoy deseando ver su cara. ¿Pero Claudia no sabe nada? Me extraña que Marta no se haya enterado antes que yo.

—Sí, a Claudia se lo dije desde el principio. Elisa se empeñó en contárselo. Por lo visto cuando Claudia vino a firmar la venta del piso se acercó una mañana hasta el despacho de Elisa para hablar con ella. Desde entonces son las mejores amigas... ¿Qué te parece? ¡Ja, ja, ja! Estoy empezando a sospechar que Claudia tiene una vida paralela porque me deja al margen de todo. ¿Te acuerdas con el embarazo de Hugo? No me enteré hasta poco antes de ponerse de parto. Y ahora me entero de que vino a ver a Elisa antes de verme a mí. ¡No soy más que un pelele en la vida de mi hermana, Alfredo! ¡Ja, ja, ja! Eso sí, le rogué que no le dijera nada.

—¡Ja, ja, ja! Hombre, pero a mí que soy tu colega...

—A ti no hacía falta que te dijera nada. Lo sabías de sobra...

—Bueno, no era muy difícil darse cuenta con la cara de bobo que traes desde hace unas semanas. ¡Ja, ja, ja! Estoy deseando que llegue el sábado.

Y yo también lo deseaba solo por ver la cara de Marta, que tras años de intentar liarme hasta con la panadera de su barrio, había desistido del intento dándome por perdido.

Valió la pena tanto misterio. Cuando ese sábado entró en casa tan ufana, hablando de sus cosas y pasó al salón tan tranquila, como hacía siempre sin pensar en que hubiera nadie, se quedó de piedra al ver a Elisa sonriente, llevando a la mesa una bandeja de canapés. Sus ojos se abrieron de tal manera que se le llenaron de lágrimas (no sé si de tenerlos tan abiertos o de la emoción). Miró a Elisa con la boca tan abierta como sus ojos, miró a Alfredo que la observaba con gracia, me miró a mí, cerró la boca y volvió a mirar a Elisa.

—Ho – la.

—Hola, Marta —contestó Elisa.

—Te presento a Elisa, el amor de mi vida... —le dije agarrando a Elisa por los hombros y guiñándole un ojo a ella.

En ese momento su boca volvió a abrirse tanto que pude ver el hueco de la muela del juicio que se había sacado hacía meses.

—¿Elisa, Elisa? ¿La Elisa del hospital? —le preguntó a Alfredo que no pudo por menos que reírse a carcajadas—. ¿Elisa, la alumna? ¿Elisa, la desaparecida?

—Sí, Marta. La Elisa, Elisa. La Elisa del hospital, la Elisa alumna, la Elisa desaparecida y la Elisa que ahora trabaja en la facultad —respondió Alfredo.

Marta se llevó las manos a la boca y se lanzó hacia ella abrazándola como si la conociera de toda la vida.

—¿Y ahora yo os pregunto? ¿He sido creíble? ¿Lo he hecho bien?

Alfredo y yo nos miramos sorprendidos sin entender nada.

—¿De verdad pensabais que Claudia no me iba a contar esta noticia? ¿Pero si le quemaba en la lengua? Me pidió que fingiera sorpresa cuando me la presentarais y bueno, ¿cómo lo habéis visto?, yo creo que no lo he hecho mal...

—¿Ves lo que te decía, Alfredo? Un pelele para Claudia, eso es lo que soy... —dije meneando la cabeza resignado.

—¿Solo tú? —me contestó Alfredo medio atontado, mientras miraba a Marta como si no la reconociera.

—¡Vaya par de “pringaos”! —exclamé mientras iba a la cocina a por la bebida.

A partir de ahí, el resto dejamos de existir. Le empezó a contar todo lo que Claudia le había hablado de ella, lo que pasamos con mi enfermedad, mi regreso al trabajo, sus intentos constantes por buscarme novia. Ambas hicieron muy buenas migas, tanto que Alfredo y yo dejamos de seguir su conversación porque ninguna de ellas parecía estar interesada en incluirnos.

—Había pensado hacer otra cena con los compañeros —le dije a Alfredo mientras ellas seguían a lo suyo—, así pasamos un rato juntos y de paso les cuento lo nuestro como que no quiere la cosa... Todos lleváis años insistiéndome para que me eche novia... Seguro que hay alguna que se vuelve loca de alegría y más al saber que es Elisa la mujer de mi vida. ¡Ja, ja, ja!

—Puedes aprovechar para hacerlo en la cena que le hemos preparado a Ramón por su jubilación.

—Pues sí, es verdad. Es un buen momento. Ahí vamos a estar todos...

Ellas seguían a lo suyo riéndose vete a saber tú de qué mientras nosotros, al final, decidimos salir a la terraza a que nos diera un poco el aire.

—¿Cómo es posible que puedan hablar tanto? —refunfuñó Alfredo mientras cerraba la puerta de la terraza para no escucharlas.

Las miré por el cristal de la puerta mientras Alfredo se tiraba en una tumbona y entonces me di cuenta.

—¡No puede ser! ¡Ja, ja, ja! ¿Cómo se iban a callar si están hablando por el manos libres con Claudia?

Abrí la puerta de la terraza como alma que lleva el diablo, mientras Alfredo, que pretendía cerrar un ojo al calorcillo de aquella tarde primaveral, no pudo por menos que incorporarse para ver lo que pasaba. Cuando me acerqué a la mesa de centro donde tenían apoyado el teléfono, las chicas me miraron un tanto sorprendidas.

—Hombre... aquí está la traidora, bocachancla de mi hermana Claudia... Te lo estarás pasando muy bien hablando de lo panoli que es tu hermano, ¿no? Vaya manera de guardar un secreto...

—¡Ja, ja, ja! Bueno, Arturo, hay cosas que ya no sé cómo te atreves a pedírmelas. Pero Marta y yo formamos un gran equipo. Ninguno de los dos os enterasteis de nada hasta que no pudo por menos que contároslo. ¡Traidora! —gritó burlona dirigiéndose a Marta.

—¡No me culpes, Claudia, era como si hubiera ganado un bingo y no pudiera celebrarlo!

Las tres se rieron como tontas y yo, vencido ante sus argumentos, me reí con ellas.

Pasamos una tarde muy agradable a la que Marta puso fin al ver a Alfredo espatarrado en la tumbona boqueando tan plácidamente.

Cuando se fueron agarré a Elisa por la cintura y la llevé hasta el sofá donde me tiré encima de ella.

—Me alegro que os llevéis tan bien... —dije besándola el cuello mientras bajaba sin disimulo su pantalón.

No contestó. Nos dejamos arrastrar por unas ganas inesperadas.

Como me había sugerido Alfredo, esperé a la cena de Ramón para comentarles a todos la noticia de nuestra relación. En realidad, no hacíamos grandes esfuerzos por disimularlo. Llegábamos juntos al trabajo, nos hablábamos con una familiaridad con la que antes no lo hacíamos, a veces nos íbamos juntos, otras nos esperábamos para bajar a la cafetería... Todo, bajo la sospechosa mirada de Clara que, a pesar de que no nos quitaba ojo, no cayó en la cuenta de que a lo mejor éramos pareja... Bueno, viniendo de Clara, era algo de esperar.

El día de la cena, Clara vio la oportunidad de su vida de hacer de celestina (¡pobre mujer, dónde diantres tendría la cabeza!) y ya antes de entrar al restaurante, no hacía más que darle golpecitos a Elisa en el brazo para que se animara a hablar conmigo.

—Elisa, tienes que aprovechar esta noche para acercarte más a Arturo. Está claro que andáis tonteando y eso es porque os gustáis, pero el bobalicón de Arturo no te va a decir nada seguramente porque te ve muy joven... Tú hazme caso, ya verás. Elisa me miraba muerta de la risa, sin soltar prenda. Cuando al fin se lo contamos a todos, lo primero que se escuchó desde la otra punta de la mesa fue un: “¡SERÉIS CAPULLOS!” de Clara, que se levantó inmediatamente con la mano alzada para darnos una colleja a cada uno, que cambió finalmente cuando estuvo a nuestro lado, por un abrazo interminable.

ELISA*LA FAMILIA*

Estuve pensando durante algún tiempo en volvernos a mi piso de la calle Platería. Echaba de menos el bullicio del centro, el mercado del Val, las vistas de los tejados desde la ventana del salón y el sol bañando cada estancia de la casa con su cálida luz... Pero Arturo se mostraba algo reticente. Sí era cierto que se quedaba un poco pequeño, pero mis alegatos iban mucho más allá de los metros cuadrados que tenía el apartamento.

—Podemos ir andando al trabajo. Tenemos el mercado al lado... Nos ha dado muchas alegrías...

—Tiene el garaje fuera, alejado del portal. Yo tendría que alquilar una plaza que no sabemos si habrá disponible. En cuanto a lo de ir andando al trabajo...te recuerdo que tú paras poco en la facultad, siempre estás gestionando mil historias y yo me muevo también bastante... Además eso en primavera, claro, en invierno con viento, frío, lluvia y nieve, vete tú. Te recuerdo también que hay un montón de tiendas de alimentación por aquí y en cuanto a que nos dio muchas alegrías... Sí, eso no te lo voy a negar, pero este no se está quedando atrás.

Su media sonrisa me hizo salir corriendo porque sabía cuáles eran sus intenciones. Como siempre, me alcanzó antes de que pudiera dar un solo paso y caímos en el sofá muertos de la risa.

—Pero si tanta ilusión te hace, vayamos. Ahora que ya hace calor y que no queda nada para acabar el curso, es una buena época...

—¿De verdad?

Me miró arqueando una ceja y moviendo la cabeza con gesto resignado.

—Elisa, ¿hay algo que me pidas y que yo no te de?

—Bueno... hay una cosa que nunca me diste...

Me miró sorprendido.

—¿Ah sí?

—Las preguntas del examen... —dije mientras me escabullía de sus brazos y salía corriendo.

Vino detrás de mí y me alcanzó a mitad de pasillo. Me apoyé en la pared a la vez que él me agarraba de los brazos con fuego en la mirada.

—Bueno, eso ya no te hace falta...

Y me dio un beso tan lento y húmedo que tuve miedo de salir levitando.

A los pocos días de haber reabierto el piso por primera vez, contraté a la chica que iba todos los jueves a limpiar el piso de mi abuelo, para que lo pusiera a punto. A menudo me escapaba después del trabajo, mientras Arturo iba al gimnasio y me quedaba allí disfrutando de esas tardes de primavera que ya empezaban a ser calurosas. Volví a llenar el salón de plantas para tener la excusa perfecta para pasar allí más tiempo.

Cuando decidí llamar a mi abuelo para contarle que había reabierto mi apartamento, no pudo por menos que protestar un poco. “*Elisa —me decía— ¿No estarás mejor donde estás ahora que en ese piso tan pequeño?* “ ¡Qué manía les había entrado a todos con el tamaño de mi apartamento! Hasta hacía bien poco mi abuelo pensaba que el piso que me había prestado era muy grande, y ahora que decidía reabrir el mío, resultaba que era muy pequeño... En el fondo, lo que le pasaba a mi abuelo, era que tenía la sensación de que si iba a mi apartamento, ya no tendría que ayudarme más y le daba pena no sentirse útil. Llevaba ya años jubilado (bueno, a su manera, podéis imaginar que nunca dejó de trabajar en la bodega) y cada día se sentía más mayor y menos útil. Tener la posibilidad de ayudar a su nieta, aunque fuera únicamente prestándole un piso, le hacía sentirse mucho mejor. Estuve tentada a morderme la lengua y no contarle el verdadero motivo de aquella llamada, pero tanto él como mis padres tenían que saberlo.

—Bueno abuelo... Es que te llamo precisamente para decirte dónde estoy ahora... Y bueno... —joder, qué difícil era contarle

según qué cosas— que vamos, que puedes poner en alquiler otra vez tu piso si quieres.. .No te lo he dicho antes, porque... bueno, no sé, necesitaba algo de tiempo, ver cómo iba evolucionando todo...

—¿Algo de tiempo? ¿Cómo va evolucionando todo? ¿De qué cojones me estás hablando Elisa? —él siempre tan delicado— ¿Se puede saber dónde estás si todavía no has ido a tu apartamento y no vives en mi piso?

“Venga va... Elisa, suéltalo. Respira y a la de tres”

—Bueno... es que hace tiempo que estoy con alguien.

—¿Que estás con alguien? Perdóname Elisa pero no te entiendo. Tú no eres así. Hace tan solo unos meses que nos has dicho que no estás con Pedro y ahora sales con estas...

—Abuelo, que haga poco que os he contado lo de Pedro no quiere decir que la historia no viniera de atrás. Además... es alguien especial... Quiero que le conozcáis.

—¡Olvídate de eso, Elisa! Pedro sí es alguien especial. No podemos cerrarle la puerta para abrísela a un...

Me estaba enfadando. Sabía que no iba a ser fácil pero su reacción me estaba superando y me arrepentí de no habérselo contado antes a mi madre.

—Nadie ha dicho que le cierres la puerta a Pedro. Te puedes casar con él si tanto le quieres. Pero déjame a mí que haga mi vida.

—Esa sí que es buena, Elisa... Ólvidate de traer a nadie aquí.

Le colgué. Era eso o llamarle de todo menos bonito. Tiré el teléfono a la cama tan fuerte que rebotó y cayó al suelo. Lo recogió Arturo que estaba detrás de mí y había oído la conversación.

—No me gustaría volver a tenerte incomunicada —dijo mientras me acercaba el teléfono.

—Lo siento. ¿Me has escuchado? Ya te he hablado de mi abuelo... es demasiado terco y demasiado viejo.

—Entiéndelo, no tiene que ser fácil para ellos. Además, Elisa... tenías que haber hablado antes conmigo... ¿Pretendías presentarme a toda tu familia en la bodega?

—Bueno... antes o después tenemos que hacerlo. Ya va siendo hora de que conozcas a mi encantador y entrañable abuelo...

—Creo que es mejor dejar pasar el tiempo...

“Hum... ¿me lo parece a mí o está echando balones fuera?”

Dos horas, solo dos horas pasaron antes de recibir la llamada de mi abuelo. La edad y el cansancio habían hecho mella en él y ya no era la sombra de lo que fue. Una simple charla con mi madre le bastó para ceder. “Soy demasiado viejo para tener batallas abiertas y más con mi nieta, contigo Elisa, que eres la luz de mis ojos..” palabras textuales “trae al fulano ese con el que estés cuando quieras, le recibiremos como Dios manda”

Ay la leche.. .en menudo jardín me había metido yo sola.

ARTURO*REENCUENTROS*

Salí de su habitación como alma que lleva el diablo. ¿Volver a enfrentarme con el abuelo de Elisa? No, gracias. Sabía que en algún momento aquello sería inevitable, pero aún era demasiado pronto... No me veía capaz...

Me fui a la biblioteca, un espacio que había preparado hacía muchos años para relajarme con la lectura y la música. Tenía un montón de estanterías llenas de libros y un par de butacas muy confortables en las que me pasaba las horas leyendo. Encendí el equipo de música y me relajé mirando los libros de una de las estanterías. Cuál fue mi sorpresa al encontrarme con todos los libros que tenía de Pedro. Ya no me acordaba de que estaban allí. Cogí uno al azar y le eché un vistazo. Siempre me gustó su manera de escribir, pero tener aquello en casa no me daba tranquilidad. ¿Y si Elisa los veía y la nostalgia se apoderaba de ella? Decidí guardarlos en el trastero cuando tuviera ocasión.

—Arturo... —me sorprendió Elisa— No te enfades. Sé que tienes razón, que teníamos que haberlo hablado antes pero no sé, pensé que era una buena excusa soltárselo con el tema del piso...

Sonreí al notar sus brazos en mi cintura y su cabeza en mi espalda. Me giré para hablarle.

—Si no me enfado, Elisa, solo que pienso que a lo mejor es demasiado pronto. Hace nada se han enterado de que os habéis separado y de repente... Bueno y para eso ni siquiera estáis separados. Si ya es difícil para una persona mayor el tema de las separaciones, imagínate lo que tiene que suponer para él, el que vivas con otro siguiendo casada con él...

Se separó un poco de mí analizándome con una ceja arqueada.

—¿Y eso quién lo piensa, mi abuelo o tú?

Le di un beso en la frente para no seguir con el tema. Yo, Elisa, lo pensaba yo. Necesitaba que dejaras de tener lazos con él, pero eso, no te lo iba a decir.

—¿Te apetece dar un paseo y tomar algo en una terraza?

—Vale, te pillo. No me vas a contestar. Dame cinco minutos y nos vamos.

Cinco minutos, muy bien. Entendía lo que eso significaba así que cogí un libro de la biblioteca que tenía pendiente de leer y me tiré en la tumbona de la terraza esperando pacientemente a que esos cinco minutos, que por lo general se convertían en veinte, pasaran tranquilamente. Como intuía salimos de casa media hora después y fuimos hasta el río para dar un paseo. Al poco de estar en una terraza sentados, alguien la llamó. Por su cara de asombro al ver quién era, supuse que se trataba de alguien de su familia.

—Vale, sí, sí... Bueno, ya veremos. Miro a ver cuando nos va bien y te digo algo. Un beso abuelo, te quiero.

—¿Y bien? —le pregunté algo impaciente.

—Era mi abuelo. Mi madre, que escuchó nuestra conversación anterior, le dio un toque de atención y mi abuelo ha cedido sin rechistar. Me ha llamado para disculparse y decirme que vayamos cuando queramos. ¿Ves, Arturo? Si vas a tener suerte y le vas a conocer en su mejor momento....

Media sonrisa forzada. ¡Qué alegría! No pude negarme. A ella le hacía ilusión y yo no iba a hacer nada para quitársela.

Nos plantamos en su bodega ese mismo sábado. Fernando salió a recibirnos en la puerta de su casa. Su media sonrisa presagiaba que aquella comida iba a ser como poco, divertida.

—Elisa, cariño... —le dijo zarandeándola mientras la abrazaba. Su madre me miraba desde las escaleras de arriba e inició el descenso hacia ella con una sonrisa que me pareció algo cómplice.

—Hombre.... —dijo por fin su abuelo dirigiéndose a mí—, el bibliotecario. —Para estar mayor el abuelo, qué memoria tenía el jodido...—. ¿Cuántos años han pasado?

Elisa, que se encontraba enredada entre los brazos de su madre, se giró sorprendida.

—Pero abuelo, ¿qué dices? ¡Ja, ja, ja!, ¿qué bibliotecario? Arturo, ni caso, este hombre chochea...

Fernando se rio y me agarró por los hombros llevándome hacia donde tenían preparada una gran mesa.

—Sí, Arturo, no me hagas caso. Elisa tiene razón, ya chocheo demasiado.

Sonreí ante aquella complicidad y... conseguí relajarme. Elisa me presentó a todos como si fuera la primera vez que nos veíamos y yo les seguí el juego porque no le había dicho a Elisa, que me presenté hacía muchos años allí, en busca de noticias.

La comida fue amena y distendida a pesar del tema de conversación que inevitablemente surgió.

Elisa, ni corta ni perezosa lo contó todo y cuando digo todo, digo que nos remontamos a la época en la que fuimos alumna y profesor. “Tierra trágame”, podía haberse ahorrado algunos capítulos pero como siempre que se emocionaba, dio rienda suelta a su lengua que cabalgó desbocada hasta que su madre consiguió poner el punto final con un “bueno, lo importante es que todos habéis conseguido salir adelante”. No sé si fueron los nervios o la necesidad de justificar nuestra relación, pero lo cierto es que estuve a punto de recordarle determinado episodio en mi despacho a ver si al menos así, con la impresión, dejaba de hablar.

Su madre no me quitaba ojo, aunque eso sí, con una sonrisa que me tranquilizaba un poco. Su padre, que parecía ausente, me levantó de la mesa al notar que la verborrea inagotable de Elisa me estaba incomodando un poco, para llevarme dentro de la casa y mostrarme unas fotos de cómo era la bodega en sus inicios. Consiguió que me relajara y que me olvidara por un momento de que en la mesa se estaba poniendo a debate toda mi vida sentimental. El abuelo de Elisa permanecía en silencio analizando al detalle todo lo que allí se estaba contando y Rosa, que me hizo sentir como en casa desde el principio, no hacía más que ofrecerme cosas para intentar sacarme de la tensión en la que estaba metido.

Cuando por fin se hizo la hora de marchar, la madre de Elisa nos intentó retener a toda costa para que pasáramos el fin de semana allí. Al ver la negativa de Elisa, no insistió más y se deshizo en

besos y abrazos con su hija, momento que Fernando aprovechó para acercarse a mí.

—Siento no haberte ayudado en su momento, bibliotecario. De haberlo hecho nos habiéramos ahorrado la perorata de Elisa durante tres horas.

—¡Ja, ja, ja! Sí, desde luego, eso hubiera ayudado, pero la vida a veces tiene sus propios caminos.

—Eso y que yo te veía como una amenaza... Pensé que Pedro era la mejor opción. Lo siento. Siento haberte juzgado. Ha tenido que pasar toda una vida para darme cuenta de que el amor no es una elección, sino un regalo que se nos ofrece y que, si no eres capaz de aceptarlo en su momento, el tiempo puede destruirlo.

Aquella confesión a punto estuvo de dejarme sin palabras. Pero me demostró también que Elisa hilaba más fino de lo que yo pensaba y que esa verborrea inacabable tenía su sentido. Ella mejor que nadie conocía a su familia y sabía lo que tenía que hacer, aunque a vista de otros, pareciera demasiado kamikaze.

—Yo eso lo aprendí pronto, pero además la vida me enseñó también que no es el tiempo el que lo destruye, sino las personas.

Sonrió afirmando en silencio con la cabeza y me dio unas palmaditas en el hombro. Acto seguido agarró a Rosa con cariño y la besó la cabeza. Entendí lo que me decía. Al final, las piezas del puzle empezaron a encajar y todo consiguió el orden necesario.

—¿Nos vamos, Arturo? —me dijo Elisa más que satisfecha cuando nos habíamos despedido de todos.

—Vamos.

ELISA

EL SEÑOR BIBLIOTECARIO

Arturo estuvo bastante rato en silencio mientras conducía. Yo le miraba de vez en cuando pero él estaba como abstraído pensando en sus cosas.

—Siento haberte hecho pasar por esto, pero era necesario, Arturo.

—Lo sé, Elisa, ahora lo sé.

No entendí muy bien ese “ahora” pero me dejó tranquila.

—Tu abuelo no chocheaba cuando me llamó bibliotecario.

—¡¿QUÉ?! —Me giré hacia él tan rápido como pude.

—Lo que oyes. Me presenté hace años en la bodega.

Aquello era increíble, ¿de verdad me estaba diciendo que había ido a hablar con mi abuelo?

—¿Perdona? ¿Y me lo dices ahora? Eso tienes que contármelo al detalle. ¡Desembucha!

—No sé si conseguiré ser tan... descriptivo como tú —me contestó burlándose de mí.

—Inténtalo —dije poniendo los ojos en blanco.

—Hace años cuando te estaba buscando y no conseguí ni la más mínima pista, decidí llamar a la bodega. Lo hice sin pensar y cuando me contestaron me di cuenta de que no había preparado ninguna excusa. No podía decirles quién era y lo que quería...

—¿Por qué no, hombre? —le interrumpí burlándome—. Ya has visto que no ha habido ningún problema....

Movió la cabeza con gesto resignado y siguió hablando.

—Me pasaron con tu abuelo y fue lo primero que se me ocurrió. Luego, varios días después, me presenté allí para saber más. Tanto

tu abuelo como tu madre sabían quién era, estoy seguro, aunque el señor Fernando siempre me trató como el bibliotecario...

—Y te echó con aire destemplado, me imagino ¿no?

—Algo parecido...

—¡Grrr, de verdad!

—Hoy se ha disculpado por aquello.

Le miré sorprendida pero me quedé un rato en silencio. Me giré hacia la ventanilla intentando deshacerme de la sensación de malestar que me había producido saberlo.

—¿Qué pasa, Elisa?

—Mi abuelo... siempre ha sido demasiado orgulloso... Y ahora, le veo tan... dócil... Tengo la sensación de que se está despidiendo.

—¡Por Dios, Elisa! Tu abuelo está como un roble...

—Sí... ya lo sé. Pero no es su cuerpo lo que me preocupa...

Arturo posó una mano sobre mi rodilla intentando tranquilizarme y poco a poco, a medida que entrábamos en Valladolid, pude deshacerme de esa sensación.

Aquel fue un sábado tan intenso que cuando llegamos a casa lo único que nos apetecía, a pesar de la noche tan buena que hacía, era sentarnos en el sofá y ver una película que nos hiciera olvidar un poco esa visita a la bodega necesaria, pero demasiado agotadora a nivel emocional.

Esas noches de sábado junto a él, tirados en el sofá sin otra cosa que hacer que estar juntos, era la mejor terapia para cualquier tipo de problema. Pronto se nos quitó esa percepción tan, no desagradable, pero sí espesa, que nos acompañó desde que salimos de la bodega.

ELISA*PASANDO LOS DÍAS*

Cuando Arturo decidió complacerme yéndonos una temporada a mi apartamento, fue cuando decidí que también que había llegado el momento de hablar con mi familia, lo que no pensé es que a él lo que le preocupaba en realidad era otra cosa. Durante un tiempo no me comentó nada y seguimos nuestra vida como siempre. Eso eso sí, en mi pequeño pero luminoso apartamento.

Días después de presentarnos en la bodega, llamé a mi madre para seguir comentando lo de Arturo y para que me contara también su versión de su visita hacía años. Como imaginaba, todos se enteraron de aquella historia cuando me pasó lo del coma. Mi madre descubrió la ropa de Arturo cuando fue a hacerme la maleta mientras yo estaba en el hospital. No les hizo falta investigar demasiado para enterarse de lo que había pasado. Cuando le vieron aparecer en la bodega los dos supieron que era él. Mi madre quiso mantenerse al margen porque, aunque pensaba igual que mi abuelo, no se veía con la capacidad de meterse en la vida de nadie y menos de mangonear la de su hija, así que se despidió pronto y no quiso saber más.

—Elisa, cariño, ya sabes cómo era tu abuelo. Pensó que lo de Arturo era un capricho, una chica joven, guapa, que enseguida se cansaría de ti. Os lleváis muchos años y, bueno, ya le conoces. Pensó que Pedro era la mejor opción...

—¿Pero quién se ha creído este hombre que es? ¿Dios manejando a su antojo el destino de la gente?

—No te enfades, Elisa. Todo lo que ha hecho en su vida el abuelo ha sido porque pensaba que era lo mejor para ti...

—Sí claro, sin preguntarme siquiera. Él decide lo que es bueno y malo para mí, ¿no? —No estaba en mis planes enfadarme con mi madre, pero cuando volvía a recordar cómo había sido mi abuelo, me ponía mala. Mi madre supo ponerme de nuevo los pies en la tierra.

—Elisa, él lo único que quiere ahora, es que todos seáis felices. No tiene energía para estar peleando...

Tenía razón, esa era exactamente la impresión que yo tenía. Mi abuelo lo acogió enseguida sin reservas ni preguntas ni juicio alguno.

Algo que hubiera sido impensable años atrás, como había demostrado cuando Arturo fue preguntando por mí. Decidí no seguir pensando en mi abuelo y no mirar atrás. Ahora que había armonía no tenía la más mínima intención de sacudir trapos sucios y disfruté de esa paz familiar desde lejos, claro.

Los días transcurrían sin darnos cuenta y, a medida que iban pasando, iba pensando en cómo sería mi futuro cuando se me acabase el trabajo con Clara. Lo había estado considerando durante algún tiempo y había tomado una decisión. Una tarde paseando por el centro se lo comenté.

—He pensado que en cuanto acabe el trabajo con Clara, no voy a regresar a Madrid...

—¡Ja, ja, ja! Elisa, eso lo daba por hecho, no me fastidies...

—Me refiero a que voy a volver a trabajar en la bodega. Tenemos las oficinas aquí, así que ayudaré más a Martín, puesto que tendré más tiempo ...

—Bueno, eso ya se verá...

Le miré sorprendida.

—¿Qué se verá?

—Yo no digo nada, pero puede salirte otro proyecto, ¿no?...

Cerré un poco los ojos sospechando que me estaba ocultando algo.

—¿Sabes algo que yo no sé?

—¿Yo?

Se hizo el interesante mientras se detenía en un escaparate como si no hubiera soltado la bomba. Tiempo después me enteraría

de que la vacante que se había producido con la jubilación de Ramón, la cubriría yo.

ELISA

ERA INEVITABLE

—Elisa —me dijo una noche cuando estábamos cenando en la casa de la montaña—. No sé cómo decirte esto sin que suene violento...

Mierda, aquello no olía bien. Le miré preocupada porque intuía que lo que iba a decirme iba a enturbiar la paz que llevábamos meses disfrutando. Hice un gesto con la cabeza para que acabara de decirme lo que llevaba tiempo pensando. Arturo no era de las personas que decían las cosas sin haberlas madurado mucho antes.

—En algún momento tendrás que llamar a Pedro, ¿no? —“ah, es eso, menos mal”. Respiré aliviada.

—Pues, no sé, para qué... Ya me llamará él si tiene que decirme algo. Lleva muchos meses sin dar señales de vida. Seguro que está con la novela esa que estaba empezando. No quiero molestarle para nada...

Suspiró poniendo los ojos en blanco mientras se llevaba el tenedor a la boca. Cuando acabó de masticar continuó.

—Me refiero a que deberías llamarle para... arreglar lo de vuestra situación. No podéis seguir... —carraspeó— casados.

Abrí los ojos de par en par. Vaya, pues tenía razón, se me había olvidado completamente ese pequeño detalle. Sonreí nerviosa.

—Sí. Imagino que tenemos que hacerlo legal, pero me da tanta pereza meterme en juicios, abogados...

—Deberías, Elisa. No es algo que me preocupe, pero me incomoda estar en esta situación. Además, no creo que tengáis problema... Os lleváis bien, ¿no?

—Sí, supongo... Hace tanto tiempo que no hablo con él, que no sé muy bien en qué punto está nuestra relación —“nuestra relación”,

hum, debería haber elegido otro término para referirme a Pedro. Arrugó los labios como si le hubiera pellizcado en medio del estómago—. Lo que más me preocupa, si te soy sincera, es otro tema.

—¿Ah sí? ¿Qué tema?

—El nuestro. Bueno, el tuyo... Tengo que hablar con él... No tiene ni idea de que estás vivo y puf... viviendo conmigo. Va a ser un mazazo...

Miró hacia otro lado con bastante desgana. Estaba claro que le incomodaba muy mucho hablar de Pedro. Se levantó de la mesa y entendí que no estaba para bromas.

—Mañana le llamaré —dije abrazándole por la espalda.

—¿Y qué tal si lo haces hoy?

Me sorprendió su respuesta. Estaba más agobiado por esa situación de lo que yo pensaba. Se agachó hasta mi cuello y lo lamió hasta llegar al lóbulo de mi oreja. Agarró mi cara con sus dos manos y me besó en la boca. “Vaaale, si me lo pides así... Ay... qué hombre”.

Le llamé pero rechazó mi llamada. Volví a intentarlo un poco más tarde pero nada. No cogía. Al día siguiente lo intenté de nuevo pero no conseguí hablar con él. Le envié un mensaje y esperé a que me llamara. No lo hizo. Tuve que volver a insistir algún tiempo después. Pero en ese momento ya no sería una la noticia que tenía que darle, sino dos.

ELISA

IMPREVISTOS

No hacía más que dar vueltas por el despacho. “Fue en marzo, abril, mayo... Joder, no me salen las cuentas. ¿Cuándo fue la última vez que tuve la regla?”. Me apoyé en la mesa mientras me rascaba la cabeza compulsivamente. No sé en qué momento me dio por pensar desde cuándo no tenía la regla. Estaba tan absorta con el trabajo y la rutina, que ni cuenta me di de ese “insignificante” detalle. “Seguro que son los nervios... No tengo nauseas, ni mareos... ¡Ja, ja, ja! Qué boba... Mira que pensar que... Aunque hace unos meses que no puedo probar la leche del asco que me da y hay olores que me revuelven el estómago... No, no... no puede ser!” Sí, Elisa, sí podía ser, sobre todo si no parabais de darle al tema cada dos por tres.

Fui corriendo al despacho de Arturo y abrí la puerta sin darme cuenta de llamar..

—¡Elisa, qué susto! ¿Qué pasa? —Me conocía bien.

—¿Qué pasa? ¡Qué no pasa, diría yo!

—Vale, ¿qué es lo que no pasa? —Su sonrisa me descolocó.
¿Acaso sospechaba algo?

—La regla, Arturo. No sé cuánto tiempo hace que no me baja...

—Dos meses, quizá algo más...

—¡Qué! ¿Llevas la cuenta de mi período?

—No, Elisa, pero me parecía raro que en dos meses no me hayas frenado ni una sola vez...

—¿Y no me has dicho nada? ¿Estás loco? ¡Y deja de reírte!

—No me estoy riendo... Además, no sabemos si es seguro...

—¿Dos meses? ¡Es seguro! Nunca he estado tanto tiempo sin la regla. ¡Que no te rías!

—Algo más de dos meses, diría yo —Carraspeó para evitar sonreír de nuevo.

Empecé a pasearme nerviosa por el despacho...

—No puede ser... Si tengo cuarenta años. ¡A esta edad las mujeres no tienen hijos! —Arturo emitió una carcajada que ahogó al ver mi mirada fulminante—. Y además tú eres un abuelo... Es imposible...

Ahora ya no pudo reprimirse. Se rio abiertamente.

—¡Ja, ja, ja! pero Elisa, ¿tú en qué mundo vives? Y como vuelvas a llamarme abuelo voy a tener que cerrar con llave para demostrarte otra vez que...

—¡Para ya que no estoy para bromas! —le dije mientras me deshacía de sus brazos—. No entiendo cómo puedes bromear en una situación así.

—¿Quién ha dicho que estuviera bromeando? —dijo volviendo a cogerme de la cintura y besarme el cuello—. Además si fuera cierto... a mí me haría mucha ilusión...

—¿QUÉ? Ahora sí estás de broma, ¿verdad? Dios mío, con lo tranquilos que estamos. Yo soy feliz así... No me gustan los niños, ya lo sabes.

—Bueno, yo también estoy feliz así, pero estaría tan feliz o más si supiera que vamos a ser padres.

—Definitivamente has perdido la cabeza... —dije mientras salía enfadada de allí y cerraba la puerta de mala gana.

¿Se había vuelto loco? Un hijo... Madre mía, lloros, mocos, cacas, noches sin dormir... No gracias.

Esa tarde vino a buscarme al despacho para ir a casa antes de lo habitual. No quitaba de su cara aquella sonrisa que en otro momento me habría dejado tiritando pero que en ese, me daban ganas de quitársela de un manotazo.

—¿Qué haces? —dije cuando vi que entrábamos en una farmacia.

—Salir de dudas, Elisa.

Y vaya si salimos. Embarazada, embarazadísima. Arturo y Elisa iban a ser papás. Vaya por Dios...

Fue en ese período de adaptación en el que me di cuenta de lo que estaba pasando en mi cuerpo, cuando decidí hablar con Pedro de una vez por todas. No podía alargarlo mucho más. Aproveché una tarde en la que Arturo tenía varias clases y que yo tenía que hacer unas gestiones desde casa para llamarle y hablar con más tranquilidad. Con más tranquilidad... qué optimista...

Piiii, un tono, piii, dos, piii tres, piii...

—Hola, Pedro...

—Oh ¡ELISA! Dios, cuánto tiempo. Lo siento, no te pude coger aquel día y... no me he acordado de llamarte...

—No te preocupes, me alegra saber que no te has acordado de mí, ¡ja, ja, ja! eso quiere decir que estás bien. Te dejé tu tiempo porque pensé que estabas liado con la novela...

—Madre mía, pero cuánto tiempo hace que no hablamos. ¿Un año?

—Pues, sí... Algo más.

Había pasado demasiado tiempo y ahora los dos parecíamos verdaderos desconocidos. Cuando le dije que teníamos que arreglar los papeles de la separación, me resultó extraño hasta para mí misma. ¿De verdad habíamos estado casados alguna vez? Me dejó de piedra cuando me dijo que estaba viviendo en Sevilla desde que se marchó allí para investigar sobre la novela que iba a empezar. ¿Tan poco sabíamos el uno del otro? Él también se sorprendió cuando le dije que seguía en Valladolid...

—Vaya... Ya no nos conocemos, Elisa. Y hum.. .¿Qué tal allí? ¿Todo bien?

—Sí... —Se notaba que los dos estábamos incómodos.

—¿Y sigues trabajando con...

—Clara... sí, sigo trabajando con ella... —Preferí no alargarse esa conversación tan incómoda—. Pedro...

—¿Sí..?

—Tenemos que hablar...

—OK , perfecto. Cuéntame ¿qué pasa? ¿estás bien, no?

—Sí, sí... Tranquilo, estoy bien... Quería decirte que...¿Sabes? He abierto el piso...

Se quedó callado. Sabía que abrir mi apartamento tenía mucho más significado que simplemente airearlo.

—Pedro... Hay algo que tengo que contarte...

—Vale, venga, dispara... —Noté que se estaba poniendo nervioso.

—¿Podemos vernos en Madrid?

—Este sábado tengo allí una entrevista en el programa de madrugada. Podríamos vernos si tú puedes.

—El sábado, perfecto. Nos vemos en ... —me resultaba extraño decirlo— en casa...

Se produjo un silencio desgarrador. Colgamos casi a la vez sin despedirnos siquiera. Se me quedó el frío de esa llamada en el cuerpo. Cuando regresó Arturo del trabajo pudo notar como si un aire gélido se me hubiera enquistado en la mirada. Le dije, no sin esfuerzo, que ese sábado me vería con Pedro en la que había sido nuestra casa. Sentí que se quebraba por dentro y, a pesar de que yo intenté disimular mi nerviosismo lo que quedaba de días, él no se molestó en disfrazarlo. Estaba incómodo, distante. Lo entendí perfectamente y no mencioné más el tema hasta que fue inevitable.

—Si quieres puedo acercarte yo a Madrid...

—No tardo nada en el AVE. Además sería un poco extraño, ¿no crees?

—Sé que tienes que hacerlo, pero no quiero que le veas y menos en vuestra casa...

Me encogí de hombros. ¿Qué podía decirle?

ELISA

CERRANDO PUERTAS

Llegué la primera. Al abrir el portalón me pareció imposible que yo hubiera vivido allí y hubiera sido feliz sin Arturo. La casa estaba impoluta, parecía de anuncio de televisión. El servicio de limpieza que contraté la última vez que fui a regar mis plantas había hecho un buen trabajo. Paseé por cada una de las estancias de aquella casa que me parecía enorme, sintiéndome un fantasma, un ser sin conexión alguna con aquel lugar. Llamé a un servicio de *catering* para que nos trajeran algo de comer y le esperé en una tumbona del jardín, mirando para aquella piscina en la que tanto había disfrutado tiempo atrás.

—Hola, Elisa —Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo cuando sentí su mano en mi hombro. No le había oído llegar. Me había quedado dormida.

Me giré y le miré. Me pareció más hombre que nunca, incluso su voz parecía más varonil.

—No te he oído llegar...

—Ja, ja, ja. Doy fe... —dijo acercándose a darme dos besos y un abrazo bastante distante para lo que habíamos sido—. ¿No se te hace rara esta casa? He estado echándole un vistazo antes de despertarte y me parece...

—Sí... es como si no tuviera nada que ver con nosotros. Creo que lo mejor que podemos hacer es venderla... O quédatela tú si quieres... Siempre te gustó.

—En realidad, no creo que vuelva a Madrid.

Le miré sorprendida.

—Ahora mismo estoy metido de lleno en la novela y, bueno, desde Sevilla hay buenas combinaciones a Madrid y Barcelona. Me

gusta vivir allí. El clima, la ciudad, la gente...

“La gente...” Sonreí por compromiso sabiendo en realidad que no me estaba contando la versión extendida de la película. Se había quedado en un vago resumen que acepté por no querer entrar en terrenos farragosos. Suficiente íbamos a pasar con lo que le tenía que contar. “Ay mi madre, a ver por dónde empiezo”.

Entramos a tratar los temas más tediosos de la separación.

Lo dejamos todo perfectamente dispuesto para que nuestros abogados no tuvieran ningún tipo de complicación y tramitaran cuanto antes el proceso para no volver a tratar esos temas. Si todo salía bien, no tendríamos que volver a pasar por esa desagradable conversación. Se notaba que los dos queríamos acabar cuanto antes con aquel asunto que tanto nos incomodaba. Una vez terminamos con todo aquello, nos sentamos en la mesa de la terraza a comer lo que hacía poco había traído el *catering*.

—Vaya Elisa, qué buena elección... Todo tan verde... y crudo... Muy apetecible, sí señor...

—¡Serás tonto! Para Pedro el vikingo hay una pierna de cordero en la otra bandeja. Ja, ja, ja.

Sonrió y me dio un pequeño toque en la nariz que me produjo un escalofrío. Empecé a ponerme nerviosa porque no sabía cómo iba a abordar el tema de Arturo... ¿solo de Arturo?

—Bueno y cuéntame. ¿Qué es eso de que reabriste el apartamento? Estaría hecho una verdadera pena tantos años cerrado...

“Glups... ni que me hubiera leído el pensamiento”.

—Pues sí que estaba bastante mal, la verdad. Contraté a una chica para que lo adecentase y al poco volvió a tener su esplendor natural... —“Venga..¿lo suelto ya?”.

—Así que al final tuviste el valor de hacerlo... Me parece muy bien. Era una pena dejar abandonado un apartamento tan bonito...

“Venga va... ahora o nunca!”.

—Han pasado muchas cosas desde que regresé a Valladolid...

Me miró con suspicacia mientras se llevaba un trozo de carne a la boca...

—Uy Elisa... Ese “muchas cosas” me suena a algo que quieres decirme pero no sabes cómo hacerlo. ¿Me equivoco?

“Joder, Pedro”. Carraspeé.

—No, no te equivocas... pero es algo difícil de asimilar...

Se quedó callado, mirando a su plato y dándole vueltas al trozo de carne sin ganas de llevárselo a la boca.

—Has conocido a alguien. Puedes contármelo si quieres... — seguía dándole vueltas al trozo de carne sin levantar la mirada de su plato—. Tenemos que rehacer nuestra vida Elisa... —carraspeó—. Supongo que es normal....

—Es algo mucho más complicado que eso... Sé que te voy a hacer daño y, créeme, es lo último que quiero.

—Elisa, todo el daño que podías hacerme ya me lo has hecho — me dijo un tanto nervioso y ofendido, por qué no decirlo.

—No. Creo que todavía puedo hacerte más... Lo siento, Pedro, yo no sabía que esto iba a pasar... —Empecé a llorar porque sabía que aquello le iba a destrozar.

—Elisa, por favor, si vas a decirlo, dilo ya.

—Es.... Arturo...

—JA, JA, JA.. —se rio con la boca abierta—. ¡Mi amigo Losada, cómo no! —Tiró los cubiertos al plato con fuerza y se levantó de la mesa—. ¿Y qué es lo que pasa con ese fantasma?

—Que no es un fantasma —Yo seguía sentada frente a la mesa. Él se giró con una sonrisa desafiante—. Está vivo, Pedro...

Se quedó de piedra, no daba crédito. Le conté cómo nos habíamos reencontrado y que me evitó durante mucho tiempo por el respeto que le tenía, a él y a nuestra relación... Después, tuve que acabar contándole cuál era nuestra situación actual... obviando mi aumento de peso.. .No pude hacerlo.

—¿QUÉ, ELISA? ¿TE ESTÁS RIENDO DE MI? —gritaba como jamás le había escuchado hacerlo—. ¡QUÉ GENEROSO EL SEÑOR LOSADA QUE NO SE ACERCA A **MI** MUJER POR RESPETO! ¡POR RESPETO A MI, DICE! ¡NO ME HAGAS REÍR Y ENCIMA NO LE DEFIENDAS! ¡MALDITO SEAS, ARTURO LOSADA Y MALDITA SEAS TÚ, ELISA RIVAS!. NO QUIERO, ESCÚCHAME BIEN, NO QUIERO VOLVER A VERTE EN MI VIDA. NO QUIERO

SABER DE TI JAMÁS. DESAPARECE DE MI VIDA, ES EL ÚNICO FAVOR QUE PUEDES HACERME.

Cogió sus cosas y se fue. Para siempre. Se fue.

ARTURO*DESASOSIEGO*

No podía aguantar más. Llevaba toda la mañana en el gimnasio intentando olvidarme de que Elisa estaba con él. Buscaría seguramente alguna estratagema para seducirla de nuevo. Era capaz, ¡vamos que si era capaz!

Quería llamarla, pero si lo hacía seguramente empeoraría las cosas. Mostraría mi debilidad de nuevo ante Pedro. "Dios, Arturo, frena, qué locura". Además su billete era de ida y vuelta. Volvería. Sí, Elisa volvería, ella me quería a mí pero quizá le quería también a él...

Me estaba volviendo loco. Como era incapaz de probar bocado, decidí ir a la estación a esperarla, como si el tiempo allí plantado pasara más deprisa. Serían las tres de la tarde cuando decidí que aquel era el mejor lugar del mundo para tomarse un café. Sabía que su tren salía a las seis y que no llegaría hasta las siete más o menos. Sacaba el móvil cada dos por tres. Paseaba por los alrededores, volvía a entrar en la estación, volvía a salir. Me quería morir de la ansiedad acumulada en mi pecho. Necesitaba que todo aquello pasara. ¿Y si con todas esas emociones, Elisa perdía al bebé? Porque estaba embarazada, ¡embarazada! Dios mío, qué alegría tan grande y qué poco podía disfrutarla en ese momento.

Eran las seis de la tarde cuando anunciaron la llegada del siguiente AVE. Como cada vez que anunciaban uno, me asomaba por si la casualidad se ponía de mi parte y aparecía Elisa sonriente esperando mis brazos. Sabía que no iba a llegar en ese tren, porque en esa hora precisamente, era cuando salía de Madrid. "Bien, seguramente ya estará en el tren. Una hora más y la tendré conmigo" Me acerqué igualmente a ver cómo bajaban los pasajeros.

Cuál fue mi sorpresa cuando la vi bajar con los ojos hinchados y una mochila cargada de pena en sus espaldas.

—¡Elisa!

Cuando me vio su rostro pareció aliviado y corrió hasta donde yo estaba. Me abrazó y lloró desconsolada.

—¿Qué ha pasado, Elisa? ¿Cómo es que llegas tan pronto? ¿Estás bien?

Demasiadas preguntas para una mujer que acababa de pasar uno de los peores tragos de su vida. La agarré por los hombros y fuimos hasta el coche. No insistí para que hablara. Necesitaba su tiempo. Mi mano en su pierna la tranquilizaba. Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y miró por la ventana durante el corto trayecto a casa. En el ascensor, se agarró a mí y su: “te quiero, Arturo” me tranquilizó lo suficiente para comprender que lo que necesitaba en ese momento era que no la insistiera con preguntas. Se fue directa al baño a lavarse la cara. Yo la esperé en la terraza con una jarra de agua con limón. Al poco rato llegó arrastrando los pies.

—Ha sido tan desagradable todo, Arturo... Tengo una sensación tan asquerosa en el cuerpo...

—Imagino que no ha tenido que ser fácil.

Se echó agua en un vaso y se sentó en mis piernas.

—No.

Dio un trago y dejó el vaso en la mesa. Se recostó sobre mi pecho.

—Al principio todo iba bien. Arreglamos lo de la separación sin problemas, aunque también fue algo bastante incómodo. El problema llegó cuando le dije lo nuestro. Empezó a gritarme y a maldecir. Nunca le había visto así.

—Es comprensible, Elisa.

—Si llego a decirle que estoy embarazada, le mato.

—¿No se lo dijiste? —me decepcionó un poco, para qué negarlo.

—No tuve opción. En cuanto le dije que estábamos juntos se puso como loco y se fue. Después, cogí un taxi, cambié el billete del AVE para venirme cuanto antes. Quería estar a tu lado, donde realmente quiero estar.

Al escuchar esas palabras sentí un extraño alivio, propio de una persona insegura. Ella suspiró y me besó lentamente en la boca.

—Bueno... Menos mal que ya pasó. No tendré que volver a verle...

Estaba equivocada. Le vería un mes después, por culpa de una desagradable noticia que ninguno de los dos podíamos haber imaginado.

ELISA*LATIDOS*

—Elisa Rivas...

—¡Sí, yo!

Me tumbé en una camilla. La habitación estaba a oscuras. Una chica bastante joven pasaba por mi barriga un aparato que me hacía bastantes cosquillas. Miré a Arturo que me agarraba la mano con ilusión. Yo le sonreí un tanto nerviosa y claramente incómoda. Aquella era una situación en la que nunca me hubiera gustado estar. No estaba contenta ni emocionada. No quería estar allí. No quería estar embarazada. Al contrario de lo que muchas mujeres piensan cuando están embarazadas, yo sentía que se partía mi vida. Hasta que lo escuché...

Pumpumpumpumpumpumpumpum.... Miré rápidamente a la ginecóloga asustada por la rapidez de aquel latido.

—¿Qué es eso?

—El latido de tu bebé... Late a un ritmo perfecto.

De pronto giró la pantalla y lo pude ver. Una pequeña personita flotando inocente y feliz dentro de mí. Y todo cambió. Mi vida no solo se empezó a recomponer de nuevo, sino que cobró un sentido más grande del que tenía hasta entonces. Miré a Arturo que estaba tan emocionado como yo. No fui consciente de que estaba llorando hasta que su mano me limpió delicadamente la cara.

—¿Cómo es posible que haya deseado no estar embarazada? — le pregunté a Arturo cuando ya estábamos fuera de la clínica.

—¿Eso quiere decir que ahora sí lo deseas? —Sonrió.

—¿Pero acaso tú no lo has visto? ¿Cómo podría no desearlo ahora? Ay Arturo... Esto es increíble. —Estaba eufórica.

—¡Ja, ja, ja! ¡Tú sí que eres increíble!

—¿Cómo es posible que un abuelo como tú sea capaz de conseguir eso? —le dije burlándome de él y echando a correr. Como siempre me alcanzó antes de dar dos zancadas.

—¡Será posible!, qué manía has cogido con lo de abuelo! ¡Ja, ja, ja! Ya verás tú el abuelo, ya verás...

Empecé a no dejar de pensar en el bebé. En todo lo que teníamos que hacer, que comprar.

Arturo aguantaba aquellos monólogos interminables con una sonrisa y alguna que otra mano colándose por donde no debía.

—Creo que deberíamos asentarnos definitivamente en tu piso. Mi apartamento es demasiado pequeño para los tres... ¿Para los tres? ¿Te das cuenta? ¡Tres!

—¡Ja, ja, ja! De lo que me doy cuenta, es de que por fin has entendido que tu apartamento es pequeño. ¡Sí, Dios, gracias! —dijo alzando los brazos al cielo, burlándose descaradamente de mí.

—Qué tonto eres. Lo dices como si viviéramos allí. Solo hemos ido algún día en primavera...

—¿Perdona?

Me reí sin poder evitarlo.

Habíamos llegado a la entrada de la facultad, cuando una alumna lo interceptó muy sutil y sensualmente. Le miré arqueando una ceja y él, de reojo, me sonrió con aquella media sonrisa que seguramente confundió a aquella chica.

—¿Tiene ya las notas?

—Todavía no, Paula. Entre esta tarde y mañana las subiré a la web.

—¿Y no se acordará de mi nota, por casualidad?

—Son muchos exámenes los que corrijo, Paula, pero viendo su trayectoria, probablemente, no tendrá de qué preocuparse... —Le sonrió como nos sonreía cuando era nuestro profesor y todas suspirábamos por él.

—Veo que sigues levantando pasiones... —le dije cuando terminó de hablar con ella.

—¿Un abuelo como yo? ¡No creo! —me contestó con aquella media sonrisa que seguía volviéndome loca.

—¿Y aprobó?

—Con muy buena nota... Pero que quede entre tú y yo —dijo guiñándome un ojo, agarrándome por los hombros y dándome un rápido beso en los labios.

ARTURO*SUENAN CAMPANAS PERO NO DE BODA*

Fueron semanas de calma las que pasamos después de aquel encuentro que había tenido Elisa con Pedro. Ayudó el que oyéramos y viéramos por primera vez a nuestro bebé. Desde aquella visita al ginecólogo, se mostró mucho más emocionada con su embarazo. Empezó a disfrutarlo desde ese mismo momento y yo con ella. Gracias a eso, pudimos olvidar pronto a Pedro. Por mi parte, había quedado totalmente apartado de mi mente y por la de Elisa, creo que también.

Solo nos vimos obligados a recordarle, un día en el que Elisa decidió que teníamos que pasar por su apartamento para regar las plantas. Yo esperaba el ascensor mientras ella abría el buzón. Y la vio. Una carta de Pedro. Cerró el buzón un tanto nerviosa pero disimuló bastante bien.

—Espero que no sea nada referente a la separación. No me apetecería volver a tratar esos temas.

Miré la carta pero no tenía pinta de ser nada de eso.

—Te hubiera llamado...

—No lo creo, me dejó muy claro que no quería volver a hablar conmigo.

Aquel trayecto en ascensor se me antojó eterno. Elisa jugueteaba con la carta en las manos mientras miraba cómo pasaban lentamente los pisos.

—Léela tranquila. Yo voy regando las plantas.

—Gracias. —Sonrió sin muchas ganas.

Se sentó en la mesa del salón, mientras yo abría un poco las ventanas y ventilaba el piso. Estaba regando una de sus plantas cuando me quitó la regadera de las manos para seguir ella.

—Puedes leerla si quieres. —La miré extrañado. Su tono era seco y ausente, igual que su expresión.

—¿Estás segura?

—Sí y después haz el favor de tirarla a la basura.

Me acerqué a la mesa y vi la letra de Pedro en aquel folio arrugado.

“Ha pasado mucho tiempo desde que nos enteramos de aquella noticia, ¿te acuerdas cómo nos miramos extrañados cuando no le vimos aparecer por la puerta el día de su examen?. Sí claro, claro que te acuerdas, en realidad nunca lo olvidaste...”

Cuántas cosas nos han pasado desde entonces, Elisa... pero jamás pensé que esto pudiera suceder. De nuevo... otra vez... en el mismo punto.

Y, aunque la vida haya dado muchas vueltas, a pesar de que no somos los que éramos, de que no tenemos lo que teníamos, de que ahora abrazamos con fuerza lo que tanto anhelábamos... A pesar de todo, sigue doliendo.

No como antes, claro, pero el dolor es fuerte y se agarra al pecho... y duele, duele...

Otra vez... Esa brecha. Ese mundo que nos separa y que tiene nombre y apellidos...

Otra vez, Elisa...

Y yo ya no tengo fuerza, yo ya no sigo tus pasos aunque me sigan arrastrando a veces tus latidos... Esos que tanto me duelen, porque nunca latieron para mí...

¡Maldito seas, Arturo Losada!... Aunque no lo sienta... Ni siquiera odiarte puedo, me robaste demasiados alientos y ya estoy seco...

¡Sé feliz, Elisa! ... Pero nunca vuelvas...

No sé si estas líneas las escribo desde el rencor o el dolor, quizá algún día me desdiga, pero hoy no quiero verte porque todavía duele... ese mundo entre nosotros.”

Dejé caer la carta sobre la mesa y suspiré, no sé si aliviado, dolido o emocionado...

Me acerqué a Elisa y la abracé por la espalda. Ella dejó lo que estaba haciendo y se agarró con fuerza a mis brazos.

—Siempre fue un poeta... —quise bromear para que aquello no se le enquistara.

—¡Ja, ja, ja! Sí. Siempre lo fue. Pero ya no quiero saber nada más. Esta carta es el punto final. No más, Arturo. —Se puso de puntillas y me besó en la boca.

Poco después todo volvió a encauzarse. Estaba feliz con nuestra vida, con el embarazo y nada presagiaba que aquella situación pudiera torcerse.

Pero se torció. Fue en una calurosa tarde de verano. Nos encontrábamos deshaciendo las maletas de nuestro viaje a Italia, aquel que nos quedó pendiente y que nunca llegamos a hacer por aquel final inesperado.

El teléfono de Elisa empezó a sonar de manera insistente, pero como pasaba siempre, tardó una eternidad en encontrar el móvil que tenía debajo de toda la ropa que había sacado de la maleta. Si soy sincero, me preocupé un poco ante la perseverancia de la persona que llamaba. No cesaba en su intento y a pesar de que Elisa tardó más de cinco minutos en encontrar su teléfono, este no dejó de sonar.

Al fin contestó.

—¿Sí? Ah, hola, mamá...

Mis sospechas se confirmaban. Algo pasaba.

—¿QUÉ? ¡NOOOO! ¡No puede ser! ¿Dónde estáis? ¿Y cómo está papá?

Apenas podía hablar. Sus palabras se entrecortaban por una angustia que se acomodó de forma inmediata a su garganta. Colgó el teléfono y se dejó caer en la cama llorando sin consuelo.

—¿Qué pasa, Elisa?

—Es mi abuelo, Arturo, mi abuelo...

Se llevó las manos a la cara y lloró desesperada. La abracé con todas mis fuerzas aún sabiendo que en aquel abrazo poco consuelo podía encontrar. El pilar de toda su familia se había derrumbado. Sabía lo que aquel hombre significaba para todos ellos y, a pesar de que era algo lógico, ley de vida, todos pensamos que Fernando Rivas podría llegar a burlar la muerte. No lo hizo. Murió de un infarto en su bodega, paseando por las viñas con el segundo amor de su

vida, Rosa. Una muerte perfecta para un hombre como él. Murió de repente, sin dolor, en su amada bodega un día de verano, con las uvas preparándose para la vendimia de septiembre...

No me aparté de Elisa ni un instante. Lloró hasta secarse. Todos estaban destrozados. Para mi sorpresa, en el velatorio y a pocas horas de que lo incineraran para esparcir, como era lógico, sus cenizas en la bodega, le vi llegar a lo lejos. Se fue deteniendo en cada uno de los familiares de Elisa, que le recibían con abrazos sentidos de un cariño verdadero. No pude evitar sentir algo de celos al saber la de ceremonias y momentos bonitos que había vivido con aquella familia, que ya no era la suya pero que seguían queriéndole igual. Elisa no le había visto, él a ella sí y, a mí también. Noté como se recompuso cuando estaba a unos metros de nosotros. Su mirada fija en mí volvía a ser la misma: retadora.

Se fundió en un largo abrazo con la madre de Elisa. El padre le dio unos cálidos golpecitos en la espalda, Pedro se giró y al verle le abrazó con tanto cariño que llegué a sentir envidia de aquella relación. Se veía que entre ellos había habido mucha complicidad.

Después estuvo un rato largo hablando con Rosa, que se apoyaba desolada en su hombro, sin encontrar consuelo alguno. Después de ella, no había nadie más a quien dar el pésame. En ese momento, y como por pura casualidad, Elisa se giró al notar la presencia de alguien, lo vio y se tensó. Yo le seguía sin bajar un ápice la intensidad de mi mirada. Él, sin reparar en ella, se seguía enfrentando a mí. Llegó a nuestra altura. Yo tenía agarrada a Elisa por los hombros, consolándola... o quizá reteniéndola, por el miedo de que se fuera corriendo hacia él y no regresara. Siguió mirándome según avanzaba. Solo cuando ella pronunció su nombre, la miró con distancia y, yo diría, con bastante rencor.

—Solo tú sabes cuánto lo siento, Elisa. Espero que puedas reponerte pronto de este duro golpe. Es lo único que te puedo decir.

No la abrazó ni la besó, ni nada. Se giró, volvió a retarme y se marchó. No volvimos a saber de él, hasta muchos años después.

ARTURO*ACEPTACIÓN*

Fue muy duro el golpe que sufrió Elisa con la muerte de su abuelo. Al verla así, pude imaginar lo que habría pasado al enterarse de la mía, siendo aún una cría, con las emociones aún sin controlar y sin nadie con quien desahogarse.

Solo cuando nos enteramos de que lo que íbamos a tener era una niña, Elisa empezó a resurgir de nuevo, con más fuerza y más vitalidad. Poco a poco la pena y el dolor fue dejando paso a la aceptación y tanto ella como su familia empezaron a hablar con más naturalidad de la muerte de Fernando.

Todo se fue normalizando. En agosto Elisa y yo nos mudamos a la bodega; se había empeñado en liderar aquella vendimia junto con su padre a pesar de su embarazo. Ayudada por Martín, que como todos los años en esa época, se trasladaba a la bodega, gestionó el tema de los trabajadores y lo preparó todo para la que sería, según dijeron, la mejor vendimia de los últimos años. Fue un mes duro para Elisa y toda su familia. Sería la primera vendimia sin Fernando y eso fue muy difícil de afrontar. Ella asumió el papel de su abuelo cargada con una pena que de vez en cuando dejaba escapar entre las sábanas de nuestra cama cuando estábamos solos.

Superado aquel período en el que yo me sentí un poco al margen por no poder ayudar demasiado, volvimos a nuestra rutina. Elisa emprendió un nuevo proyecto sobre el patrimonio cultural de Valladolid propuesto por la universidad, y yo seguí con mi trabajo como todos los años.

—Elisa, tienes que bajar el ritmo. No puedes estar yendo y viniendo de la bodega al trabajo todos los días...

Cuando empezamos a trabajar, la vendimia aún no había empezado y Elisa, empeñada en hacer aquello por su abuelo, había decidido, después de hacerla entrar en razón una y otra vez, no regresar a Valladolid y quedarse allí trabajando a la vez en su proyecto y en la vendimia. Yo me quedé con ella.

—Yo estoy bien, Arturo, pero sí es cierto que es agotador. Lo que no puedo hacer es obligarte a ti. En nada empezarás las clases y es mejor que tú te quedes en Valladolid. En cuanto termine todo esto, yo iré.

—¡Ja, ja, ja! ¿De verdad crees que te voy a dejar aquí sola y me voy a casa? Elisa, ¡ja, ja, ja! ¡No puedes decirme eso en serio!

—Arturo, no bromees, es un palizón y yo hay días que puedo trabajar desde aquí, pero tú tienes que ir a la facultad sí o sí.

—Elisa, a mí no me importa. Si para mí el mejor momento del día es cuando nos acurrucamos en la cama después de una larga jornada de trabajo. ¿Cómo me vas a pedir que me quede allí solo? Además sabes de sobra que soy un *egoísta*...

Sonrió por fin. Últimamente le costaba demasiado.

—Para mí también es el mejor momento del día. —Se acercó y me rodeó la cintura con sus brazos. Se puso de puntillas y mirándome unos instantes, me besó con ternura—.Menos mal que estás aquí.

En los últimos tiempos nuestros momentos de intimidad se habían reducido a esa clase de besos tiernos, abrazos de consuelo y manos entrelazadas. El embarazo, Pedro y la muerte de su abuelo habían conseguido levantar entre nosotros una necesidad bien diferente a la que estábamos acostumbrados. Y no es que me importase, pero cada vez que se acercaba y se ponía de puntillas para robarme un beso tenía que hacer verdaderos esfuerzos para controlarme.

ARTURO*TIEMPO QUE CORRE... Y QUE NO PARA*

Nos mudamos definitivamente a mi piso y fuimos preparando todo para la llegada de Alba, nuestra hija, que nacería un dos de enero a las seis de la madrugada.

Fueron años felices los que vivimos los tres. Alba crecía fuerte y sana disfrutando de períodos en la bodega, de fines de semana en Cardaño y de vacaciones en Holanda. Poco a poco, y a medida que iba creciendo, empezó a demostrar un talento especial para el dibujo, que nosotros fomentamos al ver que empezaba a convertirse en su verdadera pasión. Cuando aún era muy pequeña, nos hacía verdaderos murales en las paredes con lo primero que encontraba a mano, que generalmente eran rotuladores permanentes o los pintalabios (de esos que duran veinticuatro horas) de su madre. Sin duda los mejores materiales para que el paso del tiempo no borrara aquellas obras de arte que acabaron desapareciendo tras varias capas de pintura. Después, según iba creciendo, prefirió utilizar las hojas que encontraba por casa, algún documento importante de Elisa, algún que otro examen... Fue entonces cuando decidimos regalarle un cuaderno de dibujo que no utilizó hasta los doce años, cuando empezó, ahora sí, a focalizar mejor su arte en lugares apropiados.

Elisa continuó trabajando en la universidad, dirigiendo varios proyectos. Yo me jubilé años después, a pesar de que seguí vinculado a la universidad algún año más.

Claudia y Koen disfrutaron algunos años de la casa que se hicieron en Valladolid pero no tantos como a ellos les hubiera gustado. Hugo creció rápido y no tardó mucho en considerar un “coñazo” irse con sus padres a España de vacaciones. Él tenía en

Holanda su vida, sus amigos y, en cuanto tuvo edad suficiente, empezó a disfrutar de sus vacaciones, yéndose de mochilero con sus colegas. Mi hermana y mi cuñado siguieron yendo un par de veranos solos, pero pronto se dieron cuenta de que mantener una casa tan grande para unos cuantos días de vacaciones, no tenía demasiado sentido.

—Hemos pensado que vamos a vender la casa. —nos soltó de repente Koen un sábado de verano el que estábamos todos allí comiendo.

Yo miré sorprendido a Claudia que afirmó con la cabeza.

—Sí —continuó ella—, Hugo ya no viene y es tontería seguir manteniéndola para unos cuantos días al año.

—Vaya... —dijo Elisa—, qué pena, con lo bonita que es y todo el terreno que tiene...

—¿Y cuándo habéis pensado hacerlo? —pregunté yo.

—Yo creo que ya vamos a ir anunciándolo. Si tenemos ganas, a lo mejor esta semana ya empezamos a pasarnos por las agencias.

—Joder, qué prisa tenéis..

—No, no tenemos prisa pero una vez tomada la decisión tenemos que aprovechar a mover las cosas ahora que estamos aquí. Si no te va a tocar a ti... ¡ja, ja, ja!

Me quedé toda la tarde pensativo viendo como Alba jugaba en el jardín, como Claudia y Elisa se bañaban en la piscina y como Koen, bueno, como Koen daba cabezazos en el salón con un documental de *Discovery Max*.

—Elisa —le dije mientras se metía en la cama conmigo—, ¿qué es lo que más te gusta de nuestra piso?

Me miró un tanto extrañada.

—Hum... la terraza tan grande y bonita que tenemos...

—¡Ves! Lo mismo pienso yo...

—Pues muy bien, ¿he ganado un premio o algo?

—¿Qué te parece ganar esta casa?

Sus ojos se abrieron de par en par igual que su boca.

—¿Qué dices?

—Digo que si lo que más nos gusta de nuestra casa es la terraza, es precisamente porque es la única estancia que da al exterior. En

la que podemos respirar, sentir el aire, escuchar los pájaros... ¿Y si les compramos la casa?

Ahora su expresión era bien diferente.

—¿De verdad? Sería maravilloso. ¡Es una gran idea! ¡A mí me encanta esta casa! Además ellos podrían seguir —“vaya, acabo de abrir la cajita del entusiasmo.. .a ver quién la para ahora, ¡ja, ja, ja!”— viniendo en vacaciones. Seguirían teniendo su habitación... Ay, Arturo sí, sí... Estamos lejos del centro, del ruido. Esta zona siempre me encantó...

—Vale, vale... me doy por enterado. Sé que te ha parecido una buena idea...

—¡No! ¡Una buena idea, no! ¡La mejor idea del mundo!

Y lo hizo otra vez. Se subió a la cama y se puso a dar saltitos como una niña pequeña, ¿de verdad nunca iba a dejar de hacerlo? ¡No! ¡qué no lo dejara de hacer! A mí me encantaba verla así.

—Después de esto no creo que seas capaz de decirle a tu hija que no salte más en las camas, ¡ja, ja, ja!

Se dejó caer encima de mí y me besó, primero con entusiasmo y poco después con mucha más pasión. Se sentó a horcajadas sobre mí y acompañó el ritmo de sus besos con el de su pelvis, que se movió acompasada sobre mi entrepierna, haciendo que no tardara en reaccionar. No es difícil imaginar cómo terminó aquello. Aquel mismo verano gestionamos la compra de la casa.

Los años pasaron sin darnos cuenta y Alba creció demasiado, tanto, que un día nos vimos buscando alojamiento en Madrid para que siguiera estudiando allí. Alba, nuestra Alba, nuestra niña, ya era una mujer y sentía la necesidad de volar. Cuando la vida te sonrío, el tiempo pasa tan deprisa que no somos conscientes de que todo cambia. Un día echas la vista atrás y te das cuenta de que nada tiene la misma forma...

—Pero sí el mismo fondo, Arturo... —Me sorprendió Elisa, abrazándome por la espalda y besándome en el cuello.

—Elisa, mira que eres curiosa... Te he dicho mil veces que no me gusta que leas lo que escribo...

—Solo me acerqué a darte un beso, pero como estás mayor y tienes que poner la letra del ordenador gigante, lo he leído sin

querer... —dijo burlándose de mí como siempre.

—Mayor, ¿eh? —dije girando mi silla y sentándola en mis piernas mientras metía mi mano por debajo de su falda—. Además —continué mientras ella se inclinaba hacia atrás y yo la besaba en el escote— sabes que me da igual que lo leas.

Era cierto que las cosas cambiaban, pero mi deseo por Elisa era inamovible.

— Qué grande y vacía parece la casa sin Alba, ¿verdad? —dijo echando un vistazo a aquella habitación que habíamos convertido en despacho y biblioteca.

—Sí, demasiado silencio. Lo único bueno es que ya no tenemos que cerrar las puertas... ¡Ja, ja, ja!

—¡Qué gracioso! ¿Estará bien allí sola? El miércoles tengo que ir con Martín a hablar con un representante..

—“...Y quedará con ella...” si ya sé cómo acaba la frase... ¡Ja, ja, ja! Claro que estará bien. Además Alba no se calla ni debajo del agua, de estar mal nos lo hubiera hecho saber. ¿Puedo ir con vosotros?

—“...Y así mientras estáis reunidos voy hablando yo con ella” Ya. Si yo también me sé el final de la tuya... ¡Ja, ja, ja! Claro que puedes venir.

Los dos sabíamos que Alba tenía que hacer su vida y disfrutar de aquellos años como lo hacen todos los jóvenes. Pero no era una joven más, una joven cualquiera. ¡Era nuestra única hija! y se nos hacía tan difícil aceptar aquella nueva etapa sin ella... A pesar de ser una chica muy responsable y estar entregada en cuerpo y alma a sus estudios de diseño gráfico, nos preocupaba que se sintiera sola o que aquello se le hiciera demasiado grande. Claro, eso lo pensábamos nosotros porque la realidad era que ella estaba encantada viviendo sola en Madrid. El último curso apenas la vimos, ni siquiera cuando tuvo vacaciones pudimos disfrutar de ella. Estaba preparando un proyecto que expondría con otros compañeros (los mejores de su promoción), en una galería en Londres. Estaba tan emocionada que no la insistimos para que pasara más tiempo con nosotros. Tiempo... Tiempo que se nos escapaba de las manos... Tiempo que corría... y no paraba.

PEDRO*LONDRES*

—¿Pedro...?

—¡Hola!, qué sorpresa, dime...

Cada vez que veía su número reflejado en la pantalla de mi móvil, irremediadamente se me tensaba todo el cuerpo. No entendía cómo aquella chica ejercía esa extraña influencia sobre mí. Que era muy bonita, eso era indiscutible, pero que aquello no era lo que más me atraía, también. Quizá sus ojos y ese misterio en su mirada... Quién sabe...

—Necesito reunirme contigo. Tengo algunos bocetos que quiero mostrarte y muchas dudas...

—¡Ja, ja! ¿Dudas? Seguro que todo está perfecto como todo lo que me muestras...

—No sé, de verdad...

— El martes me reúno con Luis en Madrid, estaría bien que él también les echara un vistazo, no sé cómo lo verás... —Sí, no me avergüenza confesar que puse la excusa de mi editor para poner algo más de distancia con ella.

—El martes, perfecto.

—Muy bien, pues ya concretaremos lugar y hora...

—OK, espero tu llamada. Muchas gracias, Pedro...

Respiré hondo. Dejé lo que tenía entre manos y me levanté. Empecé a dar vueltas por el despacho en busca de algo, ¿de qué? Quizá, de un poco de cordura. Era... una cría, tan solo tenía 22 años y yo era un hombre enamorado de mi mujer. ¿A qué venía tanta justificación? En mi mente, ni mucho menos, entraba la idea de tener algo con aquella chica, pero involuntariamente me ponía nervioso cada vez que hablaba con ella y, bueno, por qué negarlo, lo

cierto era que me encantaban aquellas reuniones en las que se la veía tan entusiasmada con su trabajo. Sonreí al recordarla mostrándome sus dibujos con aquella energía tan especial que desprendía. Una cría sí, pero una cría especial. Era diferente...

—¡Pedro!

—¡Joder, qué susto, Lilian!

—Uy perdona, no pensé que estuvieras tan concentrado...

—¡Ja, ja, ja! No pasa nada, mujer... —Era igual el tiempo que pasara al lado de Lili, me seguía provocando la misma reacción cada vez que la tenía cerca. La besé con ganas.

—Pedro. ¡Ja, ja, ja! Para un poco, anda... Me voy, acuérdate de que hoy llego tarde, te dejé las direcciones que me pediste encima de la mesa del salón.

—Gracias cielo, te debo una...

—Me debes muchas, Pedro, demasiadas, ya perdí la cuenta — me contestó burlona.

—Entonces ¿no quieres que te espere despierto? —dije levantando las cejas con movimientos rápidos y burlones—. Mira que podemos acabar lo que empezamos esta mañana...

—Adiós —dijo mientras me lanzaba un beso cómico con las manos—. Y no te olvides de darle de comer a Zeus...

—Puaf, ¿de verdad crees que voy a alimentar a esa bola de pelos?

—Por la cuenta que te trae, sí.

Y cerró la puerta al tiempo que me guiñaba un ojo. Sonreí antes de girarme y pisar al endemoniado gato, que Lilian había adoptado sin previo aviso. ¡MIAUUUU! “¡Mierda de gato, siempre en medio!”.

Volví a mi despacho ya sin la imagen de aquella chica en mi cabeza. Estuve cerca de cuatro horas sin levantar la vista de la pantalla del ordenador, hasta que el titotí, titotí, titotí del móvil que llevaba años queriendo cambiar y que jamás había conseguido hacer, me taladró, una vez más, la cabeza. ¡No te quejes, Pedro! Descolgué sin mirar quién me llamaba.

—¿Sí?

—Anulada la reunión del martes. Nos vemos mejor el jueves en Barcelona. Como tienes que venir sí o sí, aprovechas y te pasas por

mi despacho después del programa de radio. Así me ahorro un viaje a Madrid.

—¡No me fastidies, Luis! Ya había quedado con la diseñadora gráfica para que nos mostrara los bocetos...

—¿Diseñadora gráfica? Te recuerdo que es una cría que todavía no ha acabado la carrera.

—¿Perdona? Una cría a la que tú me obligaste a contratar para dar forma a esa gran idea que se te cruzó por la mente... Ahora no puedes dejarla de lado.

—Y no lo hago. Simplemente la dejo del tuyo, al fin y al cabo son tus personajes los que tiene que representar, tú sabrás mejor que nadie qué es lo que quieres que refleje. Encárgate tú de los bocetos y cuando tengáis una idea clara me la mostráis. Tengo mucho trabajo, Pedro...

—¡Claro, el resto no! ¡La madre que te parió! Eres un cara dura, Luis. Un día de estos te voy a dar la patada.

—Anda Pedro, qué serías tú sin mí...

—¡Ja, ja, ja! ¡Serás sinvergüenza! Si he sido yo el que te he hecho subir como la espuma.

—*Fifty, fifty*, Pedro... ¡ja, ja, ja!

Colgué con la desesperación que me creaba hablar con un besugo. No podía creer que me dejara con el marronazo de tener que ir a Madrid para reunirme con aquella chica a la que pretendía tener alejada.

Cuando Luis y yo coincidimos en Londres, con una exposición que realizaban algunos estudiantes de diseño gráfico, jamás pensé que todo se enredaría tanto. Nada más acabar con la firma de libros que tenía en aquel centro comercial, Luis, que había estado entrando y saliendo todo el rato, me llevó entusiasmado hasta una sala de exposiciones que había justo en el local de al lado donde yo había estado presentando mi última novela. Me enseñó con sus habituales aspavientos unas ilustraciones, mientras me explicaba de forma apenas inteligible una idea que se le había ocurrido sobre una edición especial al ver aquellos dibujos.

Poco a poco se fue relajando y entendí por fin, que lo que pretendía, era hacer una edición especial de mi novela más exitosa,

en la que incluiría imágenes de los personajes y de las escenas más emblemáticas. Para ser sincero y sin que sirva de precedente, me pareció una gran propuesta. Justo en el momento en el que le iba a felicitar por la única idea brillante que había tenido en su vida, nos interrumpió una dulce vocecilla que hablaba en un perfecto inglés.

—Buenas tardes, ¿les han gustado los dibujos?

—¿Qué si nos han gustado? ¡Son magníficos! —se apresuró a contestar Luis entusiasmado.

—¿De verdad? —dijo aquella chica dando palmaditas con las manos y pequeños saltitos.

—En serio. De hecho estábamos buscando a su autora, queremos hablar con ella. ¿Tú sabrás quién es?

—¡Soy yo! ¡Soy yo!.

Sonreí al ver la alegría de aquella chica que era incapaz de disimular.

—Genial, encantado. Soy Luis, editor de este —dijo mientras posaba su mano sobre mi hombro— exitoso escritor... De hecho acabamos de salir de la presentación de su última novela...

—Pedro, encantado —dije interrumpiendo a Luis que se había ido por los cerros de Úbeda sin acabar de presentarme.

—Oh, vaya, sois españoles —dijo sonriendo mientras dejaba de hablar en aquel inglés tan perfecto que había ocultado perfectamente sus orígenes—. ¡Yo también soy española! Me llamo Alba, vinimos unos días con la universidad para exponer nuestros trabajos en varias exposiciones de por aquí...

—¿Y no conoces a Pedro? ¿Pedro Salvador? Es un tío famoso.

Se libró de milagro de que mi codo acabara fraccionando alguna de sus costillas, porque el codazo que le metí, sin mucho disimulo hay que decir, fue considerable.

—No le hagas ni caso —dije poniendo los ojos en blanco.

La chica sonrió un tanto avergonzada por no haberme reconocido, bueno, más bien por no tener ni idea de quién era.

—Lo siento. No soy una gran lectora, de hecho, no me gusta nada leer cosas que no estén relacionadas con lo que hago... —Al ver que Luis la miraba como si fuera un ser de otro planeta, la pobre

tuvo que seguir justificándose—. Y, bueno, tampoco veo nada la tele. Solo la enciendo para ver series o películas... Lo siento...

—¡Por favor, no! —dije yo riéndome al ver el mal trago que estaba pasando—. No tienes que justificarte, faltaría más. No soy tan buen escritor y mucho menos famoso...

Me contestó con una agradecida y cálida sonrisa, que me trasportó de manera directa a mis años de juventud.

Luis acabó de explicar su fantástica idea y ella, sin poder dar crédito, no paraba de dar saltitos entusiasmada. Nos intercambiamos teléfonos y correos electrónicos mientras Luis acabó su discurso dejándome, como muchas veces, entre la espada y la pared.

—Bueno, pues ya hablará Pedro con su representante para ver cómo pueden contratarte... Encantados, Alba, en cuanto lo arreglemos, Pedro se pondrá en contacto contigo.

Cuando salimos de allí no pude por menos que recriminarle su ímpetu ante aquella decisión que había tomado de improviso sin consultar conmigo.

—¿Pero tú estás loco? ¿Cómo me metes en estos jaleos?

—Bueno, Pedro, Eduardo sabrá cómo contratarla. Sabes que es una buena idea y no podemos dejar pasar la oportunidad.

—No hubiera sido mala idea anotar su teléfono y pensar las cosas más tranquilamente después, ¿no crees?

—Estas cosas hay que hacerlas en caliente, después uno las piensa mucho y al final no salen adelante. Hazme caso a mí, hombre, que algo sé de esto...

Resoplé resignado. Era increíble la manera que tenía Luis de sacarme de quicio. Al final acabé la tarde con una cita pendiente con mi representante, para saber cómo contratar a aquella desconocida y empezar a trabajar con ella en ese nuevo proyecto.

PEDRO

LA BOCA DEL LOBO

Cuando colgué a Luis empecé sopesar si sería buena idea mantener aquella reunión con Alba o anularla. No era la primera vez que me enviaba sus bocetos por *e-mail* o por WhatsApp, así que pensé que aquella sería la mejor opción.

Desde la última reunión que tuvimos con ella y lo digo en plural, porque a esa sí que se presentó Luis, empecé a notar en Alba una mirada que desgraciadamente me era muy familiar: mirada de enamoramiento.

Durante todos los años que llevaba de escritor, habían sido innumerables las veces que se me acercaban chicas jóvenes (y no tan jóvenes) a pedirme un autógrafo, una foto, a invitarme a un café o directamente a su casa... Alba empezó a mostrar en su mirada una especie de adoración hacia mí, que me recordaba demasiado a esas chicas que me habían idealizado. Luis, que también lo notó, me lo hizo saber nada más nos despedimos aquel día de ella.

—Joder, Pedro, no sé cómo cojones lo haces. ¡A tus sesenta años las sigues volviendo locas! Vale que te conservas muy bien, colega, ¡pero no es justo!.

—¡Anda, Luis, no digas chorradas! ¡Es una niña! Además si dejaras de beber cerveza y de comer bocadillos de chorizo frito, probablemente tu barriga sería menos considerable.

—Mi barriga va acorde con mi...

—¡Anda calla! No consigas revolverme el estómago por favor...

—Y tú no cambies de tema... Una niña de 22 años, ¿eh?... Ya no es tan niña...

—¡Luis, por favor!

Gracias a Dios, lo que mi editor no sabía es que en la última reunión que tuvimos y en la que él no se dignó a aparecer, Alba se mostró... digamos, muy cercana conmigo.

—¿Sabes? —me dijo en un momento en el que me encontraba valorando cual de los dos bocetos que me había presentado me gustaba más—. Me he leído todos tus libros, lo he hecho prácticamente de una sentada y eso que no me gusta leer, ji, ji, ji. Sentía que te lo debía.

La miré extrañando.

—Alba... A mí no me debes nada...

—Me sentí como una boba cuando Luis te presentó...

—Querrás decir cuando intentó engordar su ego conmigo...

—Me parece mentira estar trabajando contigo, así mano a mano... —“uy, uy, uy ... Pedro... sal corriendo”—. Eres un tío importante y yo no tenía ni idea...

—No soy un tío importante... Soy un viejo con mucha imaginación... —“Demasiada, Pedro, frena el carro...”.

Me miró sin pudor directamente a los ojos y me sonrió con aquella dulzura que la caracterizaba.

—¡Este! Creo que este representa mejor lo que pretendía contar. —“Muy bien, Pedro, desvía el tema cuanto antes...”

Volvió a sonreírme de aquella manera, siendo plenamente consciente de que se estaba haciendo con el control de la situación. Se acercó descaradamente hacia mí y rozándome con su brazo para coger el dibujo, me contestó con suficiencia:

—Sí, creo que es la mejor opción, a mí también era la que más me encajaba...

Carraspeé. Me puse nervioso al sentir a aquella chica tan segura de sí misma y tan cerca.

—Pues, nada. Parece que vamos avanzando... Si seguimos así en poco tiempo el proyecto de Luis verá la luz.

— En ese caso tendré que trabajar un poquito menos... No creo que sea bueno precipitarse... Me detendré más en los detalles de los personajes la próxima vez...

“¡Ay, la leche! Esta chica sabe lo que hace”. Sonreí sin saber muy bien qué contestar.

— Bueno, pues yo creo que por hoy es suficiente... —dije mientras hacía el absurdo gesto de mirar el reloj... Yo, que no llevaba reloj...

—¿Por qué no vamos a tomar algo a la cafetería de abajo?

—Vale —contesté en una respuesta automática como hacía muchas veces al acabar alguna reunión. Me arrepentí al instante.

Bajamos a la cafetería que, a esas horas y como era de esperar, estaba llena de gente. Nos fuimos haciendo hueco hasta la barra y en un gesto que hice sin pensar, "sigues siendo tonto del culo, Pedro", posé mi mano en su cintura para ir guiándola hasta el sitio que quedaba libre en la barra.

Nos pedimos un café con leche y nos quedamos mirándonos en silencio, quizá analizándonos, hasta que el camarero llegó con los cafés. De nuevo aquella sonrisa en su cara.

—Y bien, ¿acabas este año los estudios? —Necesitaba evaporar la tensión que se había ido creando en el ambiente. Una tensión que me resultaba extrañamente agradable.

—Sí —dijo mientras le daba vueltas con la cucharilla a un café al que no había echado azúcar. Empezaba a estar nerviosa y yo volvía a tener el control. Sonreí—. He tenido suerte de empezar a trabajar antes de acabar los estudios. Algunos profesores me han felicitado cuando les comenté este proyecto...

—No me extraña. Seguro que llegas muy lejos.

Nos sorprendió la canción de "Él no soy yo" de Blas Cantó dentro de su bolso.

—Perdón —se disculpó mientras buscaba desesperada su móvil. Sonrió al encontrarlo y descolgar—. Hola, mamá...

"Hola, mamá", aquello me descolocó y consiguió ponerme los pies en la tierra. ¿En qué demonios estaba pensando? ¡Si era una cría! y no es que tuviera pensado tener nada con ella, pero era innegable que algo me arrastraba hacia aquella chica.

Me acabé el café con urgencia mientras ella seguía hablando y dejé un billete en la barra. Ella negaba con la cabeza mientras intentaba acabar la conversación con su madre para que no me fuera.

—No te vayas —me dijo al fin cuando vio que estaba recogiendo el maletín del suelo.

—Alba, tengo que irme. Mi vuelo sale en dos horas y aún tengo que pasar por el hotel a coger mis cosas...

Los dos sabíamos que había pasado algo en aquella reunión y que la llamada de su madre nos había puesto en tierra firme.

—Pedro...

Me giré a medio camino sintiéndome algo culpable por dejarla así.

—Voy a coger un taxi pero si necesitas que te lleve a alguna parte...

—No, no, gracias, voy en metro...

Sonreí agradecido por no tener que alargar más el momento y salir de allí.

PEDRO

REUNIÓN ANULADA

Piii, un tono. Piiii, dos. No tardó demasiado en contestarme.

—¡Hola, Pedro!

—Hola, Alba... Te llamo para decirte que vamos a tener que suspender la reunión del martes. Luis no va a poder ir...

—Bueno, no es la primera vez que no aparece... —Esa chica tenía carácter, no me lo iba a poner fácil.

—Ya, pero a mí me va mal acercarme hasta Madrid, no tengo más compromisos allí para ese día...

—Pues lo dejamos para otro día entonces... —dijo algo desilusionada— ¿Cuándo tienes que volver?

—Mira Alba, yo creo que es mejor que me los envíes por *e-mail*, como hacíamos al principio... Yo tengo mucho trabajo y me supone mucha pérdida de tiempo...

—El reunirte conmigo, con una estudiante de diseño gráfico que... Ya. Lo entiendo. No me tomáis en serio.

—No —la interrumpí de inmediato, no quería que pusiera en duda su trabajo—. El viajar a Madrid... —Vale, tenía que admitirlo. No sabía muy bien por dónde salir. No había estado muy acertado.

Se produjo un silencio un poco tenso.

— Está bien, está bien. Entiendo, Pedro. Bueno pues si era solo para eso, adiós. Anulada la reunión, no te preocupes.

Y colgó. ¡Por dios, qué carácter! Estuve poco más de una semana sin saber de ella y al final, por la insistencia de Luis que me preguntaba cada dos por tres cómo iba viendo los dibujos de Alba, tuve que ponerme en contacto de nuevo con ella. Lo haría por WhatsApp. Así me ahorra escuchar aquella vocecilla que, lo dicho, mejor por WhatsApp.

WhatsApp:

Buenos días, Alba, estoy esperando a que me envíes los dibujos. Hace ya tiempo que no das señales de vida.

Dejé el móvil cerca del ordenador esperando su respuesta en breve. Seguí con mi trabajo o al menos lo intenté, porque cada dos por tres miraba el móvil a ver si me había contestado. Parecía un chaval de quince años, me dio vergüenza verme de aquella manera.

Visto que no iba a ser capaz de concentrarme decidí ir a buscar a Lilian a la facultad e irnos a comer juntos a algún restaurante. Cuando la vi bajar con sus carpetas en la mano sonreí al recordar ese primer día que fui a buscarla... Habían pasado ya tantos años... Me sentí mayor...

—¿Qué haces aquí, Pedro? —dijo dándome un cálido beso en los labios que me supo a poco.

—He pensado que podíamos ir a comer, ¿qué te parece?

—Me parece genial. ¿Qué tal si vamos a...?

—Ja, ja, ja. No Lili, esta vez elijo yo... Aún tengo tiritando la cuenta corriente con el sablazo que me metiste aquella primera vez...

—Mira que eres exagerado, cielo, además de eso hace ya mucho tiempo, ja, ja, ja...

“Demasiado, Lili, demasiado...”

El tiempo con Lilian pasaba rápido, seguía siendo la misma mujer espectacular de hacía veinte años, algo más madura pero con la misma energía. Me encantaba su compañía, su cara, su cuerpo... La manera que tenía de moverse, de hablar. Todo en ella me fascinaba y vivir cada día a su lado era todo un regalo.

—Estás muy pensativo, Pedro, y no haces más que mirar el móvil. ¿Pasa algo?

—No... Estoy preocupado por la diseñadora gráfica que contratamos. Quedó en enviarme unos bocetos y hace ya más de una semana que no sé nada y ya sabes cómo es Luis dando por el culo todo el rato.

—Ja, ja, ja. Este Luis... No le hagas ni caso, Pedro, ya sabes cómo es. Y en cuanto a la chica... No sé, a lo mejor no los tiene. La

estáis presionando demasiado, no deja de ser una estudiante y en nada son los exámenes finales...

—Sí, tienes razón, Lilian, es una niña, la presionamos demasiado.

Y a pesar de estar comiendo con la mujer más bonita de toda Sevilla, yo seguía con la cabeza en aquella cría, rebautizada como estudiante presionada, que no había dado señales de vida.

PEDRO

¡SORPRESA!

Pasaron varios días desde aquella comida con Lilian y una tarde, cuando el sol ya empezaba a apretar demasiado y yo me había refugiado en mi despacho con las persianas a medio bajar y el aire acondicionado, sonó mi móvil entre los papeles en los que lo había enterrado, rompiéndome, cómo no, los tímpanos con aquel estrepitoso titotí, titotí que tantas veces me prometí cambiar. “De hoy no pasa, lo cambio”.

—Hola, Pedro, siento haber estado tan ausente.

—¡Alba! —Sorpresa máxima, aquella llamada no me la esperaba.

—He estado trabajando mucho para tener los dibujos acabados antes de empezar los exámenes y bueno... ya los tengo.

—¿Has acabado todos los dibujos? Madre mía, eso es una barbaridad...

—Sí lo es. He pasado muchas noches sin dormir pero, bueno, creo que ha valido la pena. Quería ahorrarte viajes a Madrid innecesarios... —¿Alguien ha notado algún retintín en ese comentario?

—Genial. Pues mándamelos cuanto antes...

—Preferiría verlos contigo... y Luis, claro, aunque no creo que le apetezca volar hasta Sevilla.

—¿Sevilla? ¿Qué dices, Alba? ¿Dónde estás? —Mi corazón empezó a acelerarse de manera escandalosa. Modo adolescente activado.

—Enfrente de tu oficina.

—¿Co, co, cómo que enfrente de mi oficina, Alba? —Sentí su sonrisa victoriosa al otro lado del teléfono.

—No sé si será demasiado tarde para quedar hoy... Si te va mal podemos vernos mañana. Estoy aquí hasta el jueves, así que... ya me dirás cuándo te va bien.

Me quedé unos segundos en silencio. No me lo podía creer.

—No te muevas, voy para allá.

Guardé de manera apresurada el trabajo de toda una tarde, arriesgándome a perder el archivo por las prisas, y llamé a Lilian para contarle lo que había pasado.

Ella sabía que mis reuniones de trabajo a veces se alargaban demasiado y que solía acabar cenando en algún restaurante de la zona, por lo que no me hizo falta decirle que no me esperara para cenar.

Cuando aparqué la moto y la vi apoyada en la puerta del portal donde tenía la oficina que había comprado hacía años para gestionar todos mis asuntos, creí volver a mi más tierna adolescencia. Sentí una especie de hormigueo en el estómago tan infantil como inesperado. Se acercó a mí y mientras me quitaba el casco, sonrió de aquella manera que estaba empezando a desestabilizar mis cimientos.

—No sabía que tuvieras moto...

—Pero sí que tenía una oficina... ¿Cómo demonios has dado con...?

Y me interrumpió poniéndome un dedo en la boca (que me dejó helado, bueno, helado, helado no), al tiempo que se acercaba para darme dos besos, demasiado lentos y demasiado cerca de la boca.

— San Google, ya sabes... No es difícil encontrar cualquier dato de un tío tan famoso como tú...

Moví la cabeza rindiéndome a sus encantos.

—Anda vamos... ¿Y cómo se te ha ocurrido venir hasta aquí? — le pregunté según subíamos a la primera planta donde tenía la oficina—. ¡Te habrá costado un dineral el viaje! y no creo que una estudiante pueda permitirse estos lujos.

—Después de nuestra última conversación pensé en que no era justo que tuvieras que desplazarte cada vez que quisiera mostrarte algún avance de mis dibujos...

—¡Ja, ja, ja! ¡Pero qué dices, mujer! Teóricamente vengo siendo algo parecido a tu jefe, así que forma parte de mi trabajo... Yo viajo constantemente, a mí no me supone ningún sacrificio, aunque en nuestra última conversación pareciera todo lo contrario. Lo siento, no estuve muy acertado.

Me miró con cara de suficiencia arqueando graciosamente una ceja.

—Está bien, vale, me rindo. Tienes razón. Una pobre estudiante como yo no podría permitirse este viaje, ji, ji, ji. No he venido sola. Estoy con un grupo de clase. Todos los años se organizan una serie de visitas a determinadas exposiciones y por suerte este año ha tocado en Sevilla. Como sabía que vivías aquí, pensé que sería una oportunidad para pasar a mostrarte mi trabajo...

—Ya. ¿Y no es un poco raro que se organicen este tipo de excursiones a una semana de empezar los exámenes?

Era evidente que aquello era mentira. Sonreí intentando averiguar cómo diantres se las había arreglado para hacer ese viaje, pero la seguridad con la que ocultaba su verdad me hizo comprender que no me lo iba a poner fácil. Venía envuelta en tanto misterio que preferí dejarla así : preciosa por fuera, misteriosa por dentro...

—Vaya... para ser un abuelete, recuerdas muy bien las fechas de los exámenes. Pensé que eso ya te quedaba muy lejos... —dijo con una gracia maliciosa intentando provocarme.

—Seguramente si no estuviera ca-sa-do con una profesora de universidad, ya lo habría olvidado...

—Anda, pensé que a esas edades uno ya se jubilaba... Entonces es joven tu mu-jer, ¿no?

—Mi mu-jer es una adorable ancianita que ayuda voluntariamente a estudiantes en un taller de...

Me callé al notar cómo se había venido arriba al meterme en explicaciones y excusas que poco le importaban. Sonrió porque supo al instante que, irremediabilmente, había caído en su trampa.

PEDRO*EL DIBUJO*

Desplegó todos sus dibujos sobre la gigantesca mesa de mi despacho y de nuevo me dejó con la boca abierta. Era impresionante aquel estilo tan definido y lo bien que había captado cada uno de los personajes y cada una de las escenas del libro. Dibujó con una exactitud que casi asustaba lo que había imaginado en mi mente. De entre todos aquellos dibujos, hubo uno que me fascinó de manera extraordinaria. Lo cogí para verlo mejor e inmediatamente la mano de Alba se interpuso entre mis ojos y el dibujo.

—Vaya, lo siento. Este se me ha colado... Es un dibujo mío, personal.

—Espera, enseñámelo por favor.

—Noo... ¡qué vergüenza!

—¿Vergüenza? Anda, no seas tonta, déjamelos.

Me miró un tanto indecisa y al final decidió enseñármelo. Estaba hecho con tinta negra. Era una pareja desnuda abrazada dentro de una especie de anillo de tres hilos cruzados que se les clavaba en la piel, como si de una corona de espinas se tratara. De las heridas salían pequeñas gotas de sangre dibujadas en tinta roja y solo del chico brotaba una lágrima de sangre. Por un momento aquella imagen me dejó sin respiración.

—¿De... de dónde has sacado esta imagen? —dije titubeando. Realmente me había impresionado.

—Bueno... a veces mi mente se imagina cosas muy macabras...

—No es macabro... es... puro sentimiento...

Seguía absorto mirando aquel dibujo mientras sentía la respiración de Alba muy cerca de mí. Me giré para mirarla y me

encontré con la cercanía de sus labios a un milímetro de los míos. Hubiera deseado acariciarla y besar su boca, pero era muy joven, estaba casado, enamorado y aquello era una locura... Me separé con disimulo odiándome por haberla deseado.

—¿Puedo pedirte un favor? —dije como si no me hubiera costado un triunfo separarme de ella—. Sé que es muy egoísta por mi parte, pero... ¿podría quedarme con este dibujo? Me encantaría enmarcarlo y ponerlo justo ahí, en la pared de la entrada, para que todo el mundo cuando llegue pueda verlo.

Sus ojos dejaron la expresión de frustración y rechazo que habían sentido cuando me separé de ella y pasaron a reflejar alegría y entusiasmo. Sonreí porque era precisamente así como quería verla, feliz y contenta. Y alejada.

—¿Estás de broma? Pero si es un dibujo que hice sin prestarle demasiada atención...

—Pero qué dices, si es espectacular. ¡Te lo compro!

—No Pedro —dijo acercándose peligrosamente a mi boca—, te lo regalo.

Y cogiéndome de un brazo al ver mi retirada me dijo:

—¿Qué pasa, Pedro?.

—¿Cómo que qué pasa, Alba? Yo no suelo estar tan cerca de las personas con las que trabajo... —Sonrió. ¡Seré payaso! No era eso lo que pretendía conseguir. Seguí reculando.—Alba, yo... podría ser tu padre...

Vaya frase. Tú escritor, ¿no se te podía haber ocurrido algo mejor?. Conseguí que sonriera justo de la manera que pretendía evitar, estaba flojeando y ella lo veía.

—Já, mi padre... Mi padre es muy mayor y tú... —Se estaba acercando demasiado. "¡Mierda!"— Pedro...

Sus labios rozaron los míos sin remedio y, como si de mi muerte se tratara, reviví a cámara rápida toda mi vida de estudiante: las noches en la plaza de mi pueblo, la llegada a la facultad, mis amigos, Elisa, Lilian... Miles de imágenes chocaban unas con otras sin mucho orden y sentido. Y de repente apareció, de entre todos aquellos recuerdos, un paquetito cubierto con salsa roquefort en las

manos de Elisa. Al abrirlo descubriría el anillo de tres hilos cruzados de oro blanco que le había comprado para pedirle matrimonio. Me separé de Alba bruscamente y miré el dibujo que aún tenía en mis manos.

—Este anillo...

—¿Qué pasa, Pedro?

ALBA

¡MI PRIMER CONTRATO!

—¡Ja, ja, ja! ¡Si es que todavía no me lo puedo creer! —dije tirando la maleta en la entrada de casa y corriendo hasta donde estaban mis padres. Me puse a dar saltos como una loca de un sitio para otro ante la atenta y simpática mirada de mi padre. Mamá movía la cabeza sonriendo pero lamentándose, tal vez, de lo cabra loca que le había salido su hija.

—¡Qué pasa, cielo! —dijo mamá animándome con las manos a que me relajara un poco.

—Esperad, qué estoy seca —Y me fui corriendo de nuevo hasta la cocina a beber un vaso de agua—. No os podéis ni imaginar lo que me ha pasado.

—Pues ha debido ser algo gordo para que te hayas animado a venir el fin de semana... —dijo papá burlándose un poco de mí, a la vez que me soltaba la pullita, porque realmente, era cierto que pisaba bien poco por casa.

—A ver, Alba, hija, cuéntanos. Pero dame un beso primero, ¿no? —dijo mamá.

No le di uno, le di mil y a mi padre también. Desde que me fui a Madrid a estudiar y sobre todo aquel último año eran muy pocas las veces que estaba con ellos. Siempre tenía algo que hacer y los estudios tampoco es que me dejaran demasiado tiempo libre. Además, cualquier rato libre lo dedicaba a pintar con absoluta pasión y sin la más mínima noción del tiempo. Y así, cuando me daba cuenta, había pasado el fin de semana o ese puente en el que había prometido ir a verles. Después les llamaba avergonzada y volvía a prometerles que el fin de semana siguiente iría a casa sin excusas, pero... al final, se repetía la misma situación y volvía a

estar en el mismo punto: en mi mesa de dibujo abstraída sin remedio alguno.

Aquel fin de semana era diferente. Quería contarles todo lo que me había pasado en Londres y que su pequeña Alba tenía en sus manos su primer contrato de trabajo.

—A ver... por dónde empezar, por dónde empezar... —Me hice la interesante para crear más expectativa y papá, como siempre riéndose de mí, me tiró el cojín que le ayudaba a que le doliera menos la espalda cuando estaba sentado.

—¿Qué tal por el principio? —dijo burlándose.

—Pues no, creo que mejor lo hago por el final. Tengo trabajo. Ayer me enviaron el contrato y ya lo firmé.

Miré con orgullo sus caras de asombro.

—¿Cómo que trabajo, Alba? ¿Qué trabajo? ¿Te has vuelto loca? Estás a punto de acabar tus estudios...

Papá se levantó con esfuerzo para tranquilizar a mamá, que se había levantado de la mesa y daba vueltas por la sala con las manos en alto. Papá me guiñó un ojo a la vez que cogía a mamá de la mano y la sentaba junto a él como si fuera ella la niña pequeña. Me hacía gracia verles así.

—Tranquila, mamá, no voy a trabajar en un bar de copas si es lo que te preocupa.

Papá soltó una carcajada que mamá ahogó con un codazo en toda regla, que seguramente le dejó en estado crítico alguna de sus debilitadas costillas. Luego le sonrió cómplice al ver que este seguía riéndose con más fuerza si cabe después de aquel codazo. Puse los ojos en blanco y seguí hablando.

—¡Es de lo mío! El día que expusimos en el aquel centro comercial de Londres resulta que había un escritor (y que Dios me perdone, pero que no había visto en mi vida) haciendo la presentación de su novela y, por lo visto, a su editor le encantó mi trabajo. Me propuso hacer una edición especial de una de sus novelas con mis dibujos.

—Ja, ja, ja, Alba... ¿no conoces al escritor? ¡Eso te pasa por leer tan poco! —me dijo papá burlándose de mí—. ¿Y cómo se supone que vas a hacer los dibujos sin conocer su obra?

—Bueno, papá, tendré que leerla... ja, ja, ja. Menudo coñazo. Va a ser la peor parte.

—¡Alba, habla bien! —me regañó mamá—. Pero a ver, hija, cuéntanos más... ¿Quién es ese tipo? ¿Cuáles son sus novelas? ¿Cómo no nos lo has dicho antes?

—No os lo dije antes porque quería esperar a que fuera una realidad. Fue todo tan raro, ahí en mitad de la exposición... realmente pensé que quedaría en una anécdota, pero ayer me enviaron el contrato y ¡qué leches, es verdad!.

Los dos se rieron y se levantaron al unísono para darme un abrazo.

—Si yo sabía que eras una artista, cariño —me dijo mamá mientras me acariciaba la espalda—. Qué orgullosa estoy de ti...

“Y yo de vosotros, ¿por qué narices no pasaré más tiempo con ellos?”.

—Yo también me alegro, Alba —me dijo papá mientras entrecerraba los ojos como buscando algo más allá de mi entusiasmo—. Pero cambiando de tema, dinos... ¿no hubo ningún londinense al que le echaras el ojo?

—Pues... no, aunque el escritor ese tiene un morbazo...

—¿Es un escritor inglés?

—Pues no. Es español. Y debe ser muy conocido.

—Ay, hija, qué misterio, dinos quién es de una vez...

—Ja, ja, ja. Cuando conozca más de él. No quiero parecer una borrica ante vosotros y que me digáis, ¿pero no le conoces?, ¿si escribió esto y aquello? ¿No le has visto en el programa de la tele?

—Ja, ja, ja. No. Desde luego eso último no te lo podemos decir...

—¡Papá! No me puedo creer que sigáis sin arreglar la tele...

Dejé a los dos riéndose cómplices, mientras yo subía a mi habitación a investigar más de aquel desconocido y atractivo escritor.

PEDRO

ÉL NO SOY YO

—¿Qué pasa, Pedro?

—Nada... Lo siento, Alba, esto no puede ser, de verdad. Déjame que te lleve a tu hotel o donde narices estés alojada.

Me miró seria, con un gesto altivo y provocador que me resultó muy familiar.

—Pedro, ¿tú no sabes que todo lo que quiero lo consigo?

—Seguramente, pero no creo que quieras tener a un abuelo en tu vida, así que asunto resuelto...

Sonrió con suficiencia.

—¿Es eso? ¿Es la edad? He mamado desde muy pequeña esa diferencia, así que es algo que no me asusta.

—¿No te asusta? —me reí por lo absurdo que era todo aquello—. ¿Cuarenta años no te asustan? Ja ,ja, ja. ¡Esto es de locos!

Me miró desafiante y aquello me produjo mucha más risa de la que pude contener. ¡Lo decía en serio! ¡No parecía importarle aquella diferencia!

—Anda venga, te invito a cenar... —le dije al fin rendido ante ella, pero teniendo muy claro, que no iba a dejar que me besara de nuevo. Decir en alto aquella diferencia de edad me abrió los ojos.

—¿A tu casa? —me dijo con pose seductora.

—Sí, a mi casa. Puede ser una gran idea, así podrás conocer a mi querida mujer.

—Vale, no, no. Paso. Prefiero cualquier taberna de barrio donde pongan rebujitos. A lo mejor con un par de ellos consigo emborracharte...

Aquella jovencita me hacía reír como cuando era un crío. Envidié su energía, su vitalidad y, de repente, me sentí muy mayor.

—No sé si serán cosas de escritor, pero a veces me da la impresión de que te evades, de que te pierdes en tus pensamientos... —me dijo mientras esperábamos a que nos sirvieran.

—Ja, ja, ja. No son cosas de escritor, son cosas de viejos.

—Si sigues diciendo eso voy a tener que demostrarte que eres más joven de lo que crees.

—Ni se te ocurra, Alba... Inevitablemente soy un viejo aunque tú te empeñes en no verlo.

Para qué narices diría aquello. Esa chica era mucho más tenaz de lo que había imaginado. Me miró fijamente, se humedeció los labios muy lentamente y acercó todo lo que pudo su silla a la mía.

—Sé que eres un tipo famoso y por nada del mundo me gustaría que te vieran en actitud extraña con una “jovencita”, así que por el momento te voy a dejar tranquilo. No juegues, Pedro, porque puedo hacer que te quemes.

Me dejó tiritando. ¿De dónde demonios había salido esa chica?.

TITOTÍ, TITOTÍ, TITOTÍ, TITOTÍ... Joder, por una vez en la vida me alegré de escuchar aquella odiosa melodía.

—¡Coño! ¿Pero qué narices es eso? Vaya, creo que realmente eres más viejo de lo que pensaba —se burló de mí mientras yo intentaba apagar el móvil al ver que era Luis el que me llamaba—. ¿No contestas?.

—No. Es el pesado de mi editor. Una mosca cojonera, ya lo conoces.

—Ja, ja, ja... Trae para acá —dijo mientras me arrancaba el móvil de las manos.

—¿Pero qué haces? ¡Dámelo!

—No puedes seguir con ese ruido infernal en el móvil —No, no podía—. Déjame que te lo cambie.

—Llevo años intentando hacerlo y por unas cosas y otras al final nunca lo hago.

—Pues hoy es tu día de suerte, ¿ves?.

Sonreí rendido a la evidencia, aquella chica me estaba conquistando. Me lo devolvió poco después con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué tono me has puesto?

—Ja, ja, ja... Tono dice... Ya lo oirás cuando te llamen.

Pasamos una velada... ¿He dicho velada?, ¿veis? Lo que yo digo. Un viejo.

Me relajé al comprobar que Alba no buscaba cualquier excusa para acercarse a mí, que disfrutaba de aquellas horas con la sana intención de reírse y pasarlo bien. Así que, confiado, cuando llegó la hora de despedirnos, me atreví a llevarla a su hotel al no ver en ella la más mínima intención de provocarme para que subiera a su habitación.

—Creo que ya es hora de que te reúnas con tus compañeros, ¿no crees? —le dije dejándola ver abiertamente que la excusa de la excursión no me la había creído—. Seguro que los profesores te echan en falta, se estarán preocupando.

Sonrió con dulzura viendo que aquello era ya una despedida.

—¿Dónde te dejo?

—Llévame a tu oficina de nuevo, por favor. Si te vas a quedar con el dibujo me gustaría dedicártelo.

—Me parece bien.

Nos fuimos en la moto y en poco tiempo llegamos allí. Subimos las escaleras en silencio. Cuando entramos en la oficina cerré la puerta tras de mí y me quedé allí apostado viéndola dirigirse a la mesa y buscar un boli para escribir. Inevitablemente me fijé en su trasero que se mostraba tentador, sabedor de que lo estaba mirando. Se giró sorprendiéndome y me entregó el dibujo. Se fue un momento al baño y pude leer su dedicatoria que, estratégicamente, había colocado en la parte trasera del papel.

“No son los años, sino los sentimientos los que pesan” Lo leí varias veces, di la vuelta al papel y me fijé de nuevo en aquel anillo de tres hilos que tanto tanto sufrimiento parecía causarles a los personajes de aquel dibujo.

—Me voy, Pedro —Me sobresaltó la voz de Alba tan cerca.

—Déjame que te lleve...

—No. He llamado un taxi, enseguida vendrá.

—¿Entonces te quedas hasta el jueves?

Sonrió.

—Bien sabes que era un farol, Pedro. Sabía que nos veríamos hoy.

Me dejó sin palabras. Aquella seguridad...

—Alb...

No me dejó continuar. Me besó sin ningún tipo de remordimiento, sin miedo al rechazo y con la plena seguridad de que era exactamente lo que yo quería. Sus manos se enredaron en mi pelo, su cuerpo se acercó al mío pudiendo notar sus pechos aprisionados contra mi cuerpo. Su cadera se acercó peligrosamente a mi entrepierna consiguiendo hacerla reaccionar en cuestión de segundos... Tuve que separarme haciendo un esfuerzo máximo, como cuando separas dos imanes unidos. Me miró con el deseo aún en sus ojos y se fue sin decir nada más. Cerró tras de sí una puerta, que jamás debió abrir.

Me dejé caer en la mesa y me froté la cara para intentar alejar de mí esa sensación de ...*Una y otra vez, tu cabeza vuelve a pensar en él...* Empezó a sonar la canción de Blas Cantó en mi móvil. Sonreí al recordar que ese era el tono de llamada que Alba tenía en el suyo. Descolgué.

—Puede que no sea muy original, pero al menos será lo único que tú y yo tengamos en común.

ALBA

¡BOOOOMBA!

Pasaron varios meses desde aquel último encuentro con Pedro en Sevilla. Fue una locura, lo sé, pero no me arrepentí. Tenía que hacer aquel viaje y estar con él a pesar de que, en el fondo, sabía perfectamente que era un imposible. Pedro jamás dejaría a su mujer y jamás aceptaría nuestra diferencia de edad, pero al menos me sirvió para verificar que ambos sentíamos lo mismo, aunque con diferente intensidad, con diferentes mochilas a nuestras espaldas.

Desde aquello dejé de ser la misma. Acabé mis estudios con muy buena nota, terminó el contrato de trabajo de Pedro, pasé unos calurosos meses de verano en Madrid y me volví a casa con mis padres, por tener la sensación de encontrarme totalmente perdida y sin rumbo. Los necesitaba a mi lado, necesitaba su apoyo, sus palabras de ánimo y consuelo, porque todo, todo... había perdido su sentido.

—Alba, cielo... —me dijo mi madre una mañana, en la que me fue imposible ponerme en pie—. ¿Qué te parece si hoy hacemos algo diferente?

—No me apetece, de verdad mamá, lo siento...

—¿Y si me cuentas lo que te ha pasado? Llevas demasiado tiempo callada, hay que soltar las cosas, no puedes quedarte con lo que sea que te haya pasado dentro... ¿Ha pasado algo en Madrid? ¿Has roto con algún chico?

Irremediablemente empecé a llorar.

—Es muy difícil olvidarse de un amor imposible... —No podía más, necesitaba hablar...

—Qué me vas a decir a mí, cariño, ya lo sé... ¿Pero dime, qué es lo que lo hace imposible?

La miré con admiración, ella, tan luchadora, tan fuerte, tan segura... Me incorporé un poco y me senté en la cama recordando las noches que habíamos pasado hablando de ella, de mí, de los chicos que me gustaban, del futuro, del pasado... Siempre habíamos tenido mucha complicidad y tenía que recompensar de alguna manera la paciencia que había tenido aquellos meses conmigo, no atosigándome para hablar hasta verme más tranquila.

—Todo mamá...

—¿Todo? Vale... pues empieza por la primera cosa...

—Me da vergüenza...

—Alba, cariño... —me dijo dulcemente mientras acariciaba mi mano—. ¿Qué pasa, es una chica? ¿Te gusta una chica?

—¡Mamá! Ja, ja, ja... No mamá, no es por eso... Es... Es porque es mayor...

Sonrió y me atrevería a decir que pareció aliviada. No por el hecho de que no fuera lesbiana, sino por que el principal problema fuera la edad... Ella sabía lo que significaba aquello y pensó que eso no era tan complicado. Pobre...

—Alba... Háblame de barreras infranqueables, no me hables de edad... Ja, ja, ja... Si me dices que él no siente lo mismo, lo puedo entender porque no se puede obligar a nadie a querer... Pero por la edad... Sabes perfectamente que tu padre y yo jamás juzgaríamos eso...

—Bueno a lo mejor si supierais los años que me saca empezaríais a preocuparos, pero... No es solo eso, él tiene su vida, es un tipo importante...

—¡Es el escritor! —gritó como si hubiera descubierto el misterio del Santo Grial. Carraspeó consciente de su torpeza—. ¿Es el escritor? Papá y yo teníamos claro que era él... ¡Ja, ja, ja! Lo siento hija pero es que tanto misterio con el asunto, nos ha hecho divagar demasiado.

No pude por menos que reírme. Podía verles aprovechando cualquier despiste mío para sacar sus propias conclusiones sobre el asunto, cómplices y expectantes.

—Ay, mamá... es que no es tan sencillo... Es mayor, pero es muy guapo y atractivo, tan simpático, tan prudente... Siempre me ha

tratado tan bien...

—¿Habéis tenido algo?

—Mamá...

—Vale, vale... pero hija dinos quién es. No sé a qué viene tanto misterio...

—No es un misterio, lo que pasa que es muy... de vuestro rollo. Si os hubiera dicho quién es, seguramente hubierais tenido la tentación de aconsejarme demasiado... Quería hacerlo yo sola, con lo que me inspirase su libro.

—¿Muy de nuestro rollo? Ja, ja, ja... ¿qué es eso, a qué te refieres?

—Cucú... —Apareció la cabeza de papá por el marco de la puerta —.Traigo algo que a lo mejor te hace levantarte de la cama.

Mamá y yo le miramos intrigadas mientras nos mostraba un paquete.

—Yo creo que por fin hoy saldremos de dudas...

—¿Son los libros? —Salté de la cama como un resorte.

—No lo sé, ábrelo, por el peso y la forma... podría ser...

Abrí aquel paquete que parecía envuelto por el mayor tocapelotas del reino y, cuando por fin logré desenvolverlo, los pude ver, ahí estaban. Mi trabajo, tantas horas de esfuerzo, tantos quebraderos de cabeza, por fin se veían recompensados. Una edición con encuadernación en piel y en la portada uno de mis dibujos en relieve. Abrí sus páginas y pude ver todos y cada uno de los dibujos que había entregado a Pedro aquel día en Sevilla. Todos, estaban todos. No había quitado ninguno, lo había dejado tal cual se lo había entregado... Aspiré el aroma de aquel libro... Jamás un libro me había oído tan bien.

Papá y mamá me miraban extasiados y con orgullo, dejándome disfrutar de aquel momento tan especial.

—*“Ya no solo tenemos una cosa en común, ahora tenemos dos...”* Lo siento, se cayó del libro, no pensé que fuera una dedicatoria...

—No te preocupes, papá...

Cogí la nota y la leí varias veces. Estaba escrita de su puño y letra. La estreché contra mi pecho sin darme cuenta de que mis

padres me estaban mirando. Al instante me recompuse sintiéndome algo avergonzada y les entregué un libro.

—Aquí tenéis la solución al misterio... Ahora entenderéis porque no quise deciros quién era. Siendo los dos historiadores, no podía dejar que me influyerais.

Le tendí el libro a mamá que lo cogió con una gran sonrisa que se fue desdibujando a medida que fue ojeando las páginas y dándose cuenta del libro que era o más bien, diría yo, de quién era el autor. Se quedó blanca como la nieve , papá la miró serio sin entender muy bien qué pasaba. Vi como echaba un vistazo rápido a los demás ejemplares que había esparcidos por la cama y como se llevó las manos a la cara, frotándosela con un gesto igual de serio que el de mamá. Esta se levantó como pudo de la cama con un gesto muy digno.

—¡Pues que sean tres! —dijo enfadada.

Yo no entendía nada...

—¿Qué sean tres qué, mamá?

—Las cosas que tenéis en común.

ALBA

Y DE REPENTE... TODO PATAS PARA ARRIBA

Dejé de entender de qué iba todo eso en el momento en el que la buena noticia de la llegada de aquellos ejemplares se convirtió en la peor catástrofe del mundo y mamá salió de mi habitación como alma que lleva el diablo.

—¿Qué está pasando, papá? ¡Qué le pasa a mamá!

—Nada, Alba... Un trabajo estupendo. Estoy muy orgulloso de ti.

—Por lo visto no lo está tanto mamá —dije ofendida y sobre todo muy triste.

—Alba, esto no tiene nada que ver contigo. Mamá está tan orgullosa de ti como de tu trabajo.

—¿Ah sí? Pues bonita manera de hacérmelo entender... Dime qué es lo que está pasando, papá.

—Ahora no es el momento, Alba. Vamos a dejar que mamá se tranquilice, ¿vale?. Voy a ver cómo está.

—¡Pero por qué está así! ¡Es que no entiendo nada! —dije gritando al ver que papá salía de la habitación sin apenas escucharme.

“Esto es increíble. Que habrá visto para ponerse así”. Y volví a ojear el libro que ella había soltado como si le quemase, para intentar averiguar algo, la más mínima cosa. No vi nada.

Si soy sincera, no me costó demasiado olvidarme del tema en cuanto papá se marchó tras de ella. Estaba tan emocionada que en mi cabeza solo cabía un pensamiento: Pedro... Sonreí al imaginármelo escribiendo aquella dedicatoria para mí... Ay... Pedro...

A lo lejos oí algún que otro portazo, cosa que me extrañó porque en casa nunca se hicieron ese tipo de cosas. Bajé las escaleras

para ver qué pasaba y vi a mamá como una loca de un lado para otro, buscando algo que no lograba encontrar.

—¿Buscas algo, mamá? ¿Te puedo ayudar?

Me miró como extrañada, como si de repente bajara a la tierra y se encontrara a un desconocido hablando con ella.

—Alba, cariño... —Y se acercó a mí, olvidando aquello que con tanta urgencia estaba buscando—. Lo siento, cielo, me he comportado como una idiota... No... no quiero que creas que no me gusta tu trabajo. Es espectacular y estoy muy orgullosa de ti...

Sonreí porque necesitaba escuchar aquellas palabras.

—¿Entonces qué pasó? ¿Por qué te pusiste así?

Sonrió con cierta ironía en su gesto.

—Al ver el libro me acordé de algo muy importante que tenía que hacer. Se me había olvidado completamente que tenía... —carraspeó— un compromiso con un cliente de Sevilla, tengo que marcharme inmediatamente. Si no llego a ver quién es el misterioso escritor, se me hubiera pasado...

—¿A Sevilla, mamá? Déjame ir contigo, por favor...

—No cariño, lo siento, me tengo que ir ya... —me dijo volviendo otra vez al planeta en el que había estado hacía poco.

—¿Y que te parece Pedro? —pregunté intentando que regresara de nuevo.

Se giró de inmediato hacia mí con un gesto que no supe interpretar con exactitud, pero que no auguraba un final de conversación feliz. En ese momento salió papá de su despacho con algo en la mano que entregó a mamá.

—¿Y bien? —insistí.

—Que tenías razón, demasiado mayor.

Me sorprendió su respuesta, noté de inmediato que le incomodaba hablar de él. Papá la miró con demasiado misterio para mi gusto, luego me miró a mí y sonrió de forma bastante forzada.

—¿Qué respuesta es esa cuándo hace dos minutos me estabas diciendo...?

—Alba... —me interrumpió papá secamente para que no insistiera con el tema.

Mamá me volvió a mirar con aquel gesto extraño, siendo ahora ella la que interrumpía a papá.

—¿Has tenido algo con él? —me preguntó mamá de la manera más fría, distante e incluso amenazante que jamás había visto en mi vida.

—¡Mamá...!

—¡Elisa! —la increpó papá agarrándola de un brazo e intentando hacerla regresar de donde narices la había llevado su mente—. ¡Déjalo ya!

ELISA

EL ESCRITOR

Con la ira instalada en todo mi cuerpo puse cuatro cosas en mi maleta , mientras Arturo intentaba conseguirme un vuelo para Sevilla. Necesitaba irme cuanto antes. De no haber conseguido ese vuelo, hubiera cogido el coche sin pensarlo ni un instante.

Cuando Arturo me llevó casi a rastras hacia su despacho, después de haberme enfrentado un poco con Alba, pudo leerme la cartilla más tranquilo.

—Elisa, tienes que tranquilizarte. Alba es tan solo una chiquilla.

—¡Desde luego que es una chiquilla, demasiado joven para ese...! No es con ella con quien estoy enfadada. Es con el cretino de Pedro. ¿A quién se le ocurre? ¡Con una niña! ¡Con mi niña!

Empecé a llorar de manera desconsolada, me faltaba el aire y sentí un dolor tan agudo en el pecho que tuve que apoyarme en la mesa. Arturo se acercó a mí intentando apaciguarme, pero nada de lo que me dijera conseguiría tranquilizarme. ¿Cómo había sido capaz? Después de tantos años... ¿por qué quería hacerme daño con lo que más amaba en el mundo?

—Dudo que sepa quien es Alba...—me dijo de repente Arturo como si me hubiera leído la mente. Me conocía demasiado bien—. Todo ha debido ser una jugarreta del destino.

—¿Una jugarreta? —dije gritando—. Demasiadas jugarretas en mi vida, ¿no crees?

—¡Chsss!, Elisa. Cálmate. Alba nunca nos ha visto así y se va a asustar.

Tenía razón. Caí derrotada en sus brazos buscando el único apoyo que sabía que no me iba a fallar. Me acarició el pelo mientras intentaba calmarme con besos suaves en mi cabeza.

Hacía muchos años que había dejado de tener contacto con Pedro. Dejó de hablarme el mismo día en el que le conté todo lo de Arturo y no le juzgué por eso, fue algo muy doloroso para todos; pero jamás pensé que me la devolvería de esa manera. La última vez que le vi fue en el entierro de mi abuelo y, vale que nunca le llegué a decir que estaba embarazada, pero yo creo que por aquel entonces ya se me notaba la barriga.

“Seguro que sabía que Alba era hija mía”. Después de aquel último encuentro desapareció. Desapareció de nuestra vida, claro, porque era muy difícil perderle la pista. Él seguía siendo un escritor famoso y sus constantes apariciones en la radio y la televisión hacían que fuera prácticamente imposible no saber de él. He de confesar que en alguna que otra ocasión, cuando iba sola de compras, me paraba a ojear alguno de sus últimos libros, aunque jamás entró uno en nuestra casa, salvo aquellos ejemplares que acababan de enturbiar de manera precipitada nuestra paz familiar.

—Esto es muy duro también para mí, Elisa. Volver a enfrentarme a él de la misma manera que entonces, por la lucha de otro de los amores de mi vida.

Levanté la mirada para verle mejor. Estaba hundido, agotado. Acaricié su cara que seguía siendo prácticamente perfecta a pesar de sus arrugas. Me sonrió dulcemente, recordando quizá, todo lo que habíamos vivido.

—Tú no tienes que enfrentarte con él. Esta vez la lucha es mía.

—Quizá todo esto tenga una explicación... Quizá solo Alba se sintió atraída por él pero no haya pasado nada...

—Conozco a Alba y sé que hay algo más... Y esa dedicatoria... No, Arturo, ha pasado algo, seguro. ¡Pero cómo se le ocurre! ¡Con una cría!

Me separé un poco de Arturo para tomar algo más de aire que parecía esfumarse por momentos. Imaginármelos juntos era algo que me revolvió el estómago.

—Si no quieres perder el vuelo tenemos que irnos ya.

—Sí. Voy a hablar con Alba.

Subí a su habitación con la esperanza de encontrarla con buen ánimo sabiendo que eso sería bastante probable, ya que había

heredado el buen carácter de su padre.

Llamé a su puerta y la abrí tímidamente. La encontré releendo la dedicatoria de Pedro y, a pesar de que aquel gesto me dolió como si me arrancaran el corazón, intenté disimular.

—Papá y yo nos vamos. Mi avión sale dentro de poco y tenemos que irnos.

—¿No hay posibilidad de poder ir contigo? Mira que en dos minutos hago la maleta... Me gustaría pasarme por su oficina a agradecerle personalmente todo lo que ha hecho por mí.

Se me encendió una luz. Si sabía jugar mi baza, aquella conversación podría ahorrarme mucho tiempo.

—Quizá en otra ocasión. ¿Oficina? ¿Tiene una oficina en Sevilla? Mira, si quieres podemos hacer una cosa... dame la dirección y le haré una visita personalmente. A mí también me gustaría conocerle... Seguro que le encantará saber quién es tu madre.

—“Seguro”.

—Sí claro, mamá, y parecer aún más niñaata...

—Alba... ¡ja, ja, ja! —malditas las ganas que tenía de reírme, todo por conseguir aquella dirección—. Mira Alba, con 24 años yo sí que era una cría. Acababa de empezar la carrera y no tenía nada... Mírate tú, con los estudios acabados y un primer trabajo que ha sido un éxito y que todo el mundo alabaré.

Conseguí que recapacitara, porque nada más decir aquello, se giró hacia su escritorio y sacó algo de un cajón. Acto seguido pareció escribir algo y me entregó un folio enrollado.

—Está bien. Toma —dijo dándome un papel con la dirección y aquel folio—. Si consigues localizarle me gustaría que le entregaras esto.

—¿Qué es? ¿Puedo verlo? —Solía ser muy respetuosa con la intimidad de Alba, pero al saber que aquello tenía relación con Pedro, mis principios habían volado muy lejos.

Se encogió de hombros y movió la cabeza con un gesto afirmativo. Lo desenrollé con cierto nerviosismo y pude ver un dibujo de una pareja. Ella abrazada al chico, escondía su rostro en el cuello de él, mientras que este, con algo parecido a una espada,

rompía un anillo de tres hilos cruzados que parecía estar enredado y clavado en sus cuerpos.

Me sorprendí al ver el dibujo de aquel anillo, el mismo que me había regalado Pedro cuando me pidió matrimonio. Tragué saliva y como pude, mostré absoluta tranquilidad.

—Es precioso, Alba, como todo lo que haces... Pero, ese anillo...

—Ese anillo lo descubrí hace muchos años, cuando era una niña y jugaba con tus joyas...

Sonreí al recordarla trasteando en mis cajones. Respiré hondo queriendo volver a aquella época y deseando que todo lo que estábamos viviendo formara parte de una horrible pesadilla. Enrollé de nuevo el dibujo y pude ver en la parte trasera una dedicatoria, que leí con mucho disimulo. “*A veces lo que creemos infranqueable es más endeble de lo que pensamos.*”

“¿A qué se referirá con eso?”. Nos interrumpió Arturo.

—Venga, Elisa, que llegamos tarde. En cuanto deje a mamá en el aeropuerto vuelvo, ¿vale, cariño?

—Vale, papá, pero no hace falta que vengas corriendo. Puedes pararte en algún bar a tomarte tu agua con limón, aunque claro, sin mamá, no es lo mismo, ¿eh?

—Ja, ja, ja, ¡qué payasa eres! Aunque tienes razón, sin mamá nada es lo mismo.

ELISA

DONDE DIJE DIGO, DIGO... PEDRO

Me sudaban las manos. Pensé varias veces si sería buena idea seguir con aquello, pero la imagen de las manos de Pedro sobre mi hija me dio el valor suficiente para tocar el timbre de aquella puerta. Me abrió una mujer morena, más o menos de mi edad y de una belleza más que destacable. Su pelo rizado anudado en una graciosa coleta le daba un toque tan juvenil que había que hacer verdaderos esfuerzos para no dejarse arrastrar por aquella deidad y perder la concentración.

—Hola, buenas tardes, dígame en qué puedo ayudarla —me saludó con un marcado acento andaluz.

Carraspeé.

—Hola, siento mi descaro al presentarme así... Estaba abierta la puerta del portal... En fin, vengo buscando a... —respiré hondo, me costaba pronunciar el nombre del que fue mi mejor amigo y sobre todo, mi marido— Pedro Salvador.

Aquella mujer me miró con cierto recelo y en ese preciso instante me di cuenta de que su rostro me era conocido. “¿Dónde narices la he visto antes?”. Supongo que ella debió pensar lo mismo, porque se me quedó mirando unos segundos sin articular palabra y, acto seguido, me mandó pasar sin preguntarme quién era y por qué preguntaba por él.

—La atenderá en unos segundos, estaba terminando unas gestiones. Imagino que no tardará mucho...

Me sorprendió que fuera tan fácil citarse con un hombre tan famoso. Me dejó esperando en una pequeña salita de estar muy acogedora. Aquella oficina no era muy grande, tan solo tenía aquella sala separada de lo que debía ser su despacho por una pared y una

puerta que debía dar a un baño. Miré con atención aquel lugar y me fijé en un cuadro que era, nada más y nada menos, un dibujo de mi hija. Sentí un pinchazo en el corazón. Estaba claro que el dibujo que me entregó Alba para que le diera tenía relación con aquello. Oí como se abría la puerta de su despacho pero no me giré inmediatamente, necesité unos segundos para afrontar con entereza aquella situación. ¿Cuántos años hacía que no le veía?

—Sí, dígame, qué desea...

Dios mío, su voz... Cerré los ojos intentando que la imagen de Pedro, mi gran amigo, mi aliado, no se hiciera demasiado presente. Necesitaba odiarle. Me giré despacio y le miré. Mi corazón dejó de bombear sangre y por un segundo creí estar muerta.. Estaba igual. Quizá algo más maduro, con la piel más curtida y más arrugas en su cara pero igual, el mismo atractivo, su misma belleza... No me extrañó que Alba se sintiera atraída por él.

Al reconocermelo empalideció de repente. Sus ojos se clavaron en los míos y con voz firme y segura tan solo pudo pronunciar mi nombre.

—Elisa...

La mujer que me había atendido cuando llamé, se marchó diciendo algo que no acerté a escuchar, el pitido ensordecedor que hacía años no me visitaba, volvió a instalarse en mis oídos.

—Elisa... —repitió—. ¿Qué haces aquí?

Toda la rabia, la indignación y las ganas de odiarle se esfumaron en cuanto nuestros ojos se cruzaron. Después de más de veinte años sin saber el uno del otro, estábamos ahí, frente a frente, como el mismo día que se plantó en la puerta de clase de la Complutense, esperando por mí.

—Hola, Pedro —le contesté en un tono demasiado conciliador para mi gusto.

Nos quedamos inmóviles, ninguno de los dos nos atrevimos a acercarnos.

—¿Qué haces aquí, Elisa?

“¿Qué haces aquí?” Ya se me había olvidado. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para acordarme de qué era aquello tan importante que me había hecho salir corriendo de mi casa para

plantarme frente a su puerta. “¡Ah sí, lo cerdo que eres al liarte a una chica que casualmente es mi hija y que podía ser tu hija! Tu hija...”

—Estás estupendo, Pedro. Veo que te sigue tratando bien la vida...

“¿Perdona? ¿Elisa, estás ahí? ¿Andas boba? ¿Qué coño estás diciendo?. Céntrate : el cretino de Pedro... tu hija...”

Él permaneció en silencio analizando todo lo que estaba pasando y no lo juzgo, no debió ser fácil encontrarme de repente en su oficina, con aire conciliador, después de todo lo que habíamos pasado.

—¿Qué haces aquí, Elisa? —volvió a repetir. O contestaba rápido o aquello se iba a convertir en una conversación de besugos.

Carraspeé.

—Necesito hablar contigo.

—Adelante. Habla —Seco, sequísimo, el carácter castellano no le había desaparecido a pesar de llevar ya media vida en Sevilla.

No me lo estaba poniendo nada fácil. Estaba tan distante, tan infranqueable que me sentí algo insegura. Carraspeé de nuevo más nerviosa de lo que me hubiera gustado estar. Él lo notó y, por su bondad y el carácter protector que siempre había tenido conmigo, abrió camino al diálogo. “Pedro, mi gran amigo, mi aliado, mi protector y mi... exmarido. ¿Cómo demonios hemos llegado a este punto?” Sin venir a cuento me acordé de aquel verano en Galicia que fue tan duro para mí y que él tan bien supo capear. Me lo puso todo en bandeja para que pudiera salir adelante. Los ojos se me inundaron de repente ante aquel recuerdo.

Pedro se giró y se metió en su despacho con la intención de que le siguiera y de darme unos segundos para que pudiera recomponerme. Le conocía bien, de nuevo me estaba echando un cable.

—¿Cómo quieres que actúe, Elisa? Te presentas aquí, después de mil años sin vernos y... me rompes de nuevo.

—Es algo importante, de no ser así no hubiera venido.

—¿Le pasó algo a tu querido Losada y por eso apareces de nuevo? ¿Se ha muerto esta vez de verdad?

Sé perfectamente que aquello lo dijo desde el rencor, arriesgándose a que pudiera ser cierto y tuviera que disculparse acto seguido.

—¡Pedro! —le recriminé sobreactuando para evitar que se diera cuenta de que la forma en que dijo aquello me había hecho gracia.

—¡A ver, qué quieres! —me cortó lo más secamente posible. Castellano, castellano, vaya, de Valladolid para más señas...

Una y otra vez, tu cabeza vuelve a pensar en él... no le dejas irse, no... Aquella canción sonó de repente en su móvil bajándome de una patada a la realidad. Era la misma que Alba tenía en su móvil. Se me retorcieron las tripas.

—Perdona, tengo que contestar... —dijo mientras descolgaba—. Hola, Lilian... Sí... ya... No te preocupes...

Salí de su despacho volviendo a la pequeña salita de estar. “Lilian...” cómo me sonaba ese nombre...

—Lo siento, era mi mujer... —dijo recalcándolo mientras se acercaba a mí.

—¡Claro, Lilian! —solté para su sorpresa y... la mía, para qué negarlo—. Ha sido ella quien me abrió la puerta y no conseguí reconocerla a pesar de que sabía que la conocía de algo. ¡Claro!, era aquella chica que te encontraste en el museo del Prado... ¡ja! Por lo que veo mis celos de aquel entonces no eran infundados. A las pruebas me remito.

—¿Has venido a echarme en cara que haya rehecho mi vida?

—Con la única chica con la que sentí unos celos de morirme... —
¿Por qué dije esto? Pues no lo sé.

—¡Venga, Elisa por favor, esto es absurdo! —Se alejó de mi frotándose la cabeza—. Te pido por favor que acabes cuanto antes. Ella también te ha reconocido y no quiero por nada del mundo que piense cosas que no son. Así que desembucha de una vez.

Hice un pequeño recorrido por aquella salita ante la atenta mirada de Pedro que, para ser sinceros, me intimidó un poco.

—Bonito dibujo... —dije deteniéndome ante el dibujo de Alba.

Me miró sorprendido por el comentario.

—Sí. Misteriosamente atrayente, ¿verdad?

—Verdad. Me asombra el parecido de ese anillo con ¡este! —Y saqué el anillo con el que llevaba rato jugueteando en mi bolsillo.

A Pedro casi le da algo, se dejó caer en el sofá que tenía justo a sus espaldas.

—¿Qué haces con eso...? No pensé que lo conservarás.

—Te olvidas, Pedro, de que yo te he querido mucho. Jamás podría deshacerme de nada tuyo. Si tú y yo no estamos juntos es porque la vida nos ha jugado una mala pasada, no porque no te quisiera.

Debí ahorrarme ese comentario, creo que le hice un daño innecesario.

—No, Elisa, si tú y yo no estamos juntos, es por el maldito de Losada y tu maldita obsesión por él. No culpes a la vida —Me quedé en silencio—. Y porque a mí me has visto siempre como a un amigo.

No sé por qué tuve la extraña necesidad de acercarme a él y cogerle de la mano para que se templara su ánimo.

—En eso te equivocas, Pedro, yo siempre te he visto como algo más... Incluso antes de conocer a Arturo, si lo oculté... fue para que prevaleciera nuestra amistad por encima de todo —Se quedó quieto frente a mí, mirándome con el tiempo enredado en sus ojos—. ¿Acaso ya no te acuerdas de aquel beso en la facultad? ¿Aquel que no pude rechazar por las necesidad que tenía de sentir tu boca rozando la mía?

“Elisa, ¿por qué no te callas?”. Se acercó más. Nos quedamos a un palmo, acarició mi pelo con su mano y se inclinó para besarme como si el tiempo no hubiera pasado entre nosotros, como si no fuéramos ya un par de desconocidos.

PEDRO

¿CÓMO SABERLO?

Se alejó en el preciso instante en el que mis labios iban a rozar los suyos. En el fondo se lo agradecí, Lilian no se merecía todo lo que estaba pasando. ¿En qué me había convertido? ¿En qué demonios estaba pensando? Primero Alba, ahora Elisa... mi Elisa, Eli... Me estaba volviendo loco, era como si de repente toda mi vida volviera a quedar reducida a su presencia.

—Veo que sigues siendo tan canalla como siempre —Aquello me ofendió, ella mejor que nadie sabía que yo era hombre de una sola mujer, desgraciadamente de ella, y que lo que acababa de pasar, era fruto de la magia en la que nos había envuelto el recuerdo de nuestro pasado—. He pensado que ese dibujo se ve muy solo. Es... como si necesitara una continuación, ¿no crees? ¿Qué tal si pones este?.

Estaba totalmente descolocado, no entendía nada. Me entregó un papel enrollado y, al abrirlo, pude ver el dibujo de esa misma pareja deshaciéndose de aquel anillo que tanto dolor les causaba. Cuando vi el anillo en la mano de Elisa pensé que aquello era una sorprendente casualidad, pero lo del dibujo de Alba... ¿Qué estaba pasando?

—¿Qué es esto? ¿Qué haces tú con un dibujo de Alba?

—Alba.. .vaya, ¿quién es?, ¿otra de tus conquistas? —Noté en su voz un tono demasiado hiriente y amenazante.

—¿Sabes? Creo que estás loca, Elisa, y me vas a volver loco a mí. ¿Puedo saber qué haces con un dibujo de Alba?

—¿Puedo saber yo qué es lo que haces tú con ella?

Llegados a este punto los dos ya estábamos gritando.

—¡JA! Esa sí que es buena. Yo no tengo que darte explicaciones de nada.

—Sí cuando es de mi hija de quien estamos hablando.

Silencio máximo.

El Pedro joven, amigo, amante con el que me había estado mostrando desde que llegó Elisa a mi oficina dejó paso al Pedro de sesenta años, abatido, cansado que ya muy poco tenía que ofrecer. Me fui hasta uno de los sofás que había en la sala y me dejé caer hundiendo mi cabeza entre mis manos.

Oí a Elisa que estaba llorando pero no tuve fuerzas ni para levantar la cabeza. Después de un rato luchando contra nuestros fantasmas, Elisa comenzó a hablar de nuevo.

—Me enteré esta mañana, cuando llegaron a casa los ejemplares de tu libro. No quiso decirnos con quién estaba trabajando para que no interfiriéramos en su trabajo. —Estaba mucho más tranquila, pero no pudo deshacerse de la rabia con la que salían sus palabras—. Hace ya bastantes meses nos pidió dinero para venir a Sevilla a una reunión de trabajo y a pesar de que nos pareció raro que tuviera que pagarlo ella, siempre hemos confiado en lo que nos ha dicho y le dimos el dinero sin sospechar nada. Después de ese viaje dejó de ser ella, acabó los estudios, eso sí, pero después de un verano sin apenas dar señales de vida, regresó a casa con la necesidad, creo yo, de que le dieran cariño. Esta mañana por fin, después de todo ese tiempo, se vio con fuerzas para... —Los ojos de Elisa comenzaron de nuevo a llenarse de lágrimas— hablarme algo de ti. No me dijo gran cosa, pero sé leer entre líneas y sé que algo ha pasado... Alba se ha enamorado... Y yo que todavía no sabía que eras tú de quien me hablaba, la animaba a no tener miedo por la diferencia de edad... ¡Por Dios! —Sus ojos ya no pudieron contener más las lágrimas que cayeron a raudales, y como poseída por la rabia, empezó a chillar y a arremeter contra mí—. ¿Qué coño ha pasado, Pedro? ¿Qué coño has hecho con mi hija?

Estaba tan enloquecida que tuve que levantarme para sujetarla, me daba golpes con sus manos intentando apaciguar su ira.

—Nada, Elisa, cálmate. ¿Cómo iba a saber que era tu hija?

—¿Eso qué quiere decir? ¿Qué te has acostado con ella?

—No por Dios, Elisa, cálmate.

—¿Qué me calme? ¡Estamos hablando de mi hija...!

Y se derrumbó, empezó a llorar de forma desconsolada y yo, que estaba más bloqueado, aterrado y abatido que nunca, le ofrecí de nuevo mi hombro. Me abrazó fuerte y lloró en mi pecho hasta que poco a poco se fue quedando sin lágrimas. Cuando vi que estaba mejor, la separé con la necesidad de encontrar algo de aire para mí. Me fui hasta mi despacho y abrí la ventana. Me quedé un rato mirando la calle. Se había hecho de noche, los coches circulaban por la carretera como un día cualquiera. Respiré hondo. Alba...

Empecé a entenderlo todo. El por qué esa atracción que me arrastraba hacia ella, aquella misteriosa mirada, aquel dibujo de ese anillo... Todo me indicaba que Elisa estaba detrás, aunque jamás hubiera sospechado de qué forma.

—¿Os besasteis?

No oí a Elisa acercarse. Me giré y la tenía ya muy cerca. Me apoyé en el marco de la ventana.

—Lo siento, Elisa, yo... no sabía...

Se llevó las manos a los ojos y volvió a llorar. Intenté abrazarla pero se separó bruscamente de mí.

—Elisa, yo no soy de esa clase de hombres. Tú lo sabes... Alba... me arrastró... No, en realidad eras tú quien estaba detrás de esa mirada...

—¡No hables así de mi hija!

Me callé, no soy padre, pero supongo que tiene que ser difícil escuchar según qué cosas sobre un hijo.

—Yo quiero a mi mujer y no me li...

—¿Estás diciéndome que mi hija ha sido una aventurilla más para ti? ¡Eres un sinvergüenza!

—¡Pero qué dices, Elisa! Estoy diciendo que si la besé es porque hubo algo más fuerte que la propia Alba que me arrastró a hacerlo: mi amor hacia ti. Sin saber que era tu hija, era a ti a quien veía reflejada. A ti con tu mochila, intentando entrar por la puerta de clase.

¿Por qué dije eso? Porque era verdad, porque desde que vi a Elisa en la oficina, lo único que quería era besarla, a pesar de Lilian

que, para mi desgracia, desapareció de mi mente en el preciso instante en el que me reencontré con ella.

PEDRO*A VECES LO INFRANQUEABLE ES MÁS
ENDEBLE DE LO QUE PENSAMOS...*

La tenía agarrada por los brazos, demasiado cerca. Ella pareció no darse cuenta hasta que me separé gracias a un momento de lucidez, que, bueno, no duró mucho.

—Entonces la besaste...

—Sí, Elisa, pero fue un beso inocente, de adolescente... Soy perfectamente consciente de que Alba es una niña. Ni siquiera sé cómo pudo pasar... Yo... de verdad que intenté evitarlo.

Sonrió.

—Alba es una chica muy persistente cuando quiere algo...

—Sí, me di cuenta —Sonreí yo también algo más relajado al ver la actitud de Elisa.

—Aléjate de ella, Pedro, solo te pido eso. Estoy convencida de que con el tiempo se olvidará de ti..

—Si sale a su madre, seguro...

Me miró de manera cómplice y volvió a sonreír como el primer día que la conocí. Me estaba enredando.

—Una hija... —dije apoyándome en la mesa—. Cuánto tiempo ha pasado, Elisa... Cuánto hemos vivido... Y yo que creí morir el año que te fuiste a estudiar a Madrid... Ja, ja, ja.

—Toda una vida, Pedro, demasiado tiempo...

Se produjo un silencio necesario. Las emociones estaban empezando a golpearnos demasiado fuerte.

—¿Qué tal Losada? ¿Sigue tan gilipollas como siempre?

—Ja, ja, ja... Pedro... Te llevarías bien con él, estoy segura.

—Yo también, nunca conseguí odiarle. En el fondo me caía bien el hombre.

Sonreímos sin dejar de mirarnos a los ojos.

De nuevo silencio...

—Estás igual, Elisa... Parece que los años no hayan pasado por ti.

—Sí han pasado y aunque he de reconocer de que la vida, después de todo, no me ha tratado mal... Me ha cambiado...

Silencio...

—Es... —carraspeé— muy raro tenerte aquí, en frente de mí..

—Sí. Sí que lo es.

Miradas intensas... Silencio profundo.

—Bueno... creo que... me tengo que ir.

Salió hacia la salita donde había dejado una pequeña maleta y el bolso. Se lo colocó con parsimonia, intentando, quizá, que se detuviera el tiempo.

—Toma —me dijo entregándome de nuevo el dibujo de Alba que había quedado tirado en el sofá—. Te escribió una dedicatoria por la parte de atrás.

Lo cogí y le di la vuelta para leerla: *“A veces lo que creemos infranqueable es más endeble de lo que pensamos.”*

Aquellas palabras parecían estar escritas para que las leyera en ese preciso momento. Se me aceleró el corazón. Cogí aire y respiré hondo. Elisa se volvió para abrir la puerta.

—Adiós, Pedro. Aléjate de Alba, por favor...

Abrió la puerta para marcharse.

—¡Elisa! —Se giró sorprendida—. ¿Has sido feliz con él?

—He sido y soy muy feliz, Pedro. He estado en el lugar en el que me tocaba estar, pero... eso no quiere decir que a ti no te quisiera, te quise casi tanto como a él, lo que pasó es que...

—Él fue más fuerte. Me ganó la partida...

—Qué estúpida lucha la vuestra... —Sonrió moviendo la cabeza hacia los lados.

—No creo que fuera estúpida... Los dos peleamos por la mujer de nuestra vida que, por desgracia, era la misma.

Hubo un silencio largo pero no incómodo.

—Me tengo que ir.

—No. No tienes que hacerlo.

—Adiós, Pedro. —dijo poniendo ya un pie en la escalera.

—Al menos déjame que te lleve. ¿Dónde te hospedas?

—No hace falta...

—Sí, sí que hace. Venga, vamos.

Cogí su maleta de mano y bajé las escaleras de dos en dos.

La esperé en la calle satisfecho con mi proeza que la dejó sin margen de maniobra (y a mí sin aliento).

Sonrió al verme allí plantado con su maleta en los brazos.

—Pensé que el tiempo te habría cambiado... Ya veo que no.

—¡Ja! El tiempo y yo somos colegas, Elisa, nada que ver con la relación esa melancólica que tienes tú con él.

Se abalanzó sobre mí para darme una pequeña colleja como cuando éramos jóvenes.

—Venga, sube.

Elisa miró hacia los lados arqueando una ceja. ¡Dios, era la misma!

—Vale... ¿A dónde?

—A esto.

Me separé un poco y pude dejar al descubierto el segundo gran amor de mi vida (¿o el tercero? ¡madre mía!... estaba hecho un lío) : mi moto.

—Ja, ja, ja, ¿A eso? Estás de broma, ¿no? Pretendes que me suba ¿a eso? Ni loca. Llamo a un taxi.

—Elisa... siempre te gustaron las motos....

—¡Qué no! Que yo no me subo a la moto esa que te has comprado para creerte más joven de lo que eres, ¿no es cierto?

—Ja, ja, ja. Sí , supongo que un poco sí. Sobre todo la compré para sentirme más libre...

Arqueó de nuevo la ceja y me dedicó una sonrisa cómplice. Al instante estábamos los dos subidos en la moto dirigiéndonos a su hotel.

—Gracias por traerme, Pedro. Ha sido una experiencia... extraña, ¡ja, ja, ja! Sobre todo porque he estado sufriendo para que la maleta no se me cayera y yo con ella detrás.

—Ja, ja, ja. ¿Cuándo te vas?

—Hasta el domingo no sale mi vuelo.

—Perfecto. ¿Conoces Sevilla? —negó con la cabeza como una chica tímida—. Entonces sube a dejar la maleta y baja enseguida que te la voy a mostrar. Sevilla es preciosa, pero de noche es espectacular.

—¿Y tu mujer? —“¿perdona, quién? Joder... Lilian, mi mujer...”—. Antes has dicho que me ha reconocido, ¿no se molestará si pasas tanto tiempo conmigo?

—Lilian me conoce. Sabe que soy un tío de fiar, no como una exmujer que tuve...

—Que tenía más razón que un santo... A las pruebas me remito. Ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja.

PEDRO

RECONOCIÉNDONOS

Cuando por fin subió a la moto sin la maleta aquella como barrera, pude notar la presión de su cuerpo en mi espalda, pareciéndome imposible que hubieran pasado tantos años sin vernos. Recorrimos Sevilla por cada uno de sus rincones con la libertad de poder sentir el aire en nuestros cuerpos. Estaríamos más de una hora callejeando sin darnos cuenta de que las calles cada vez se iban quedando más vacías. Me hubiera gustado saber qué pensaba Elisa en ese momento. Lo que pensaba yo estaba muy claro. Disfruté de sus manos agarradas con fuerza a mi cintura y me repetí en más de una ocasión para poder creérmelo, que era Elisa la que tenía a mi espalda. “Elisa, son tus manos las que me están tocando. ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible que, después de tantos años, las mariposas en mi estómago vuelvan a despertarse al tenerte tan cerca...?”

Aparqué en una callejuela que a esas horas ya estaba desierta.

—Creo que es hora de regresar. —me dijo Elisa sin quitar sus manos de mi cintura.

Me quité el casco para dejar que mis pensamientos se airearan un poco y poder ver todo aquello con más perspectiva. Fue imposible cuando Elisa se bajó de la moto, quitándose el casco también y poniéndose a mi altura para que la escuchara mejor.

Me sonrió haciéndome maldecir cada uno de sus encantos. ¿Por qué tuviste que regresar? ¿No te lo dejé bien claro en aquella carta? Sé feliz, pero nunca vuelvas... Eso te dije Elisa, ¿por qué no me hiciste caso?

—Digo que es hora de que me lleves al hotel.

—Pues yo creo que deberíamos cenar antes.

—Es demasiado tarde para encontrar un restaurante abierto. ¿Por qué no me llevas al hotel, Pedro?

—¿Por qué no cogemos unas *pizzas* y las comemos en tu habitación?

Su cara de sorpresa me hizo tanta gracia que no pude evitar reírme como un crío.

—Ja, ja, ja, ¿qué pasa? ¿A qué viene esa cara? ¿En serio sigues comiendo lechuga? ¿No puedes saltarte la dieta ni un solo día?

Ceja en alza y activando contestación en tres, dos, uno...

—Primero: ¿dieta? —¿Ves? Lo que yo decía, no podía quedarse callada—. Yo en mi vida he hecho dieta, simplemente como bien. Segundo: ¿*pizza*? ¿En serio me estás diciendo que llamemos a Telepizza? Ni borracha comería eso. Tercero: ¿en mi habitación? Ja, ja, ja. Comprobado, Pedro, no cambiarás nunca.

Disimulé mi risa haciéndome el ofendido sin mucha credibilidad.

—Desde luego que ni borracha te comerías una de esas *pizzas* porque seguramente seguirás bebiendo agua con limón. Otra cosa, aunque no lo parezca por mi cara y cuerpo de joven, tengo sesenta años y, a esta edad, todavía hay lugares a los que me da vergüenza llamar. Telepizza es uno de ellos. Además mi propuesta era un poco más *gourmet*, después de tantos años en Sevilla, tengo algún que otro contacto que podría facilitarnos un par de *pizzas* de esas que te gustan a ti, con su harina integral y con productos de primera calidad y... por último, tu habitación, sí tu habitación, ¿qué pasa? Quizá preferirías comerlas a la intemperie como un par de adolescentes ...

Sonrió mientras consideraba mi propuesta.

—Está bien. Llama al traficante ese de *pizzas*, pero que sea una. Es tarde y quiero descansar.

—No te preocupes por eso, Eli —dije de una forma demasiado sensual y juguetona mientras bajaba de la moto y rozaba su cuerpo con la intención de ponerla nerviosa. ¿Eli? ¿La he vuelto a llamar así? Pedro... estás perdido—. No pensaba liarme demasiado.

Llamé a un amigo chef que trabajaba hasta tarde (su restaurante era de los últimos que cerraba en Sevilla, aunque eso no se lo dije a Elisa, claro), que me facilitó las dos *pizzas* sin problemas. Aún

estaban sirviendo los segundos platos en muchas de sus mesas cuando llegué a recogerlas. No era la primera vez que lo hacía, así que nadie se extrañó.

Antes había dejado a Elisa en su hotel para que no viera que el restaurante estaba en pleno servicio. Después de recogerlas me presenté allí, en mi moto, con las dos *pizzas* como un repartidor en toda regla. El recepcionista del hotel me miró un tanto extrañado al reconocermelo pero no se atrevió a preguntarme a dónde iba y qué hacía con las dos *pizzas*. En su lugar, yo tampoco lo habría hecho, me hubiera limitado a pensar que seguramente serían extravagancias de escritor. Probablemente, fue lo que él también pensó.

Subí a la tercera planta y llamé a su puerta. Me abrió prácticamente al instante. Se había cambiado de ropa, estaba más... como yo la recordaba, con ropa cómoda y... ese maldito moño anudado con un boli...

—¿Qué coño haces con eso? —dije señalando aquella cosa que llevaba encima de la cabeza y que me estaba llevando a la chica de veinticuatro años que conocí en la facultad. “Mierda, Pedro, deja de verla así... Han pasado muchos años, joder”.

—Lo siento, estaba enviando unos correos y... ¿Qué narices? ¡Estoy en la habitación de mi hotel y me pongo lo que me dé la gana!

Dejé las *pizzas* en el escritorio de aquella habitación y me volví hacia ella.

—Lo digo porque me da la impresión de que no has cambiado tanto.

Me acerqué a ella y, sin pensarlo, le quité el boli del pelo haciendo que su melena ondulada cayera a lo largo de su espalda. La besé. No sé cómo pasó, no tenía pensado hacerlo, solo sé que de repente nuestros labios volvían a reconocerse y nuestras lenguas a bailar acompasadas aquellos tangos que tan bien conocían. Para mi sorpresa, Elisa no puso resistencia. Continuamos enredados hasta que caímos en la cama. Su cuerpo buscaba el mío con la necesidad de encontrarlo sin ropa. Nos deshicimos de ella con prisa como un par de jóvenes en su primer encuentro.

Ahí estaba, Elisa de nuevo en mis brazos. La besé el cuello, el pecho... Su cuerpo se retorció a medida que mis manos iban tanteándola de nuevo. Sus manos recorrían mi espalda de manera estudiada, deteniéndose en cada uno de los rincones que había conocido tan bien.

Mi nombre salió de su boca en un suspiro, acariciando mi oído en el momento en el que sus piernas se abrieron para recibirme. Después de mi primera embestida nos quedamos mirándonos, no sé si reconociéndonos o echándonos de menos, pero desde luego no culpables. Volví a embestirla y su cuerpo se arqueó de tal manera dándome la bienvenida que no tuve tiempo de reacción. De nuevo caí embrujado por toda ella, en busca de sus labios. Sus movimientos se acompasaron a los míos y todas mis terminaciones nerviosas quisieron gritar de placer. Alargamos el momento todo lo que pudimos pero habían sido demasiados años añorándonos como para seguir con aquello. Unidos por boca y sexo, llegamos juntos, al que sería, el orgasmo más largo de mi vida. Con las emociones todavía anudadas en la garganta, fuimos incapaces de articular palabra y lo que más me extrañó, al igual que encantó, fue que Elisa no salió corriendo y gritando que aquello había sido un error.

Se tapó con la sábana y se acurrucó en mi pecho, que gracias a... (iba a decir a Dios, pero no, fue al deporte), todavía tenía bastante firme. Y así, en el más absoluto de los silencios compartidos, nos quedamos dormidos.

ELISA

CONFESIONES QUE LLEGAN TARDE

Si digo que me arrepentí de haberlo hecho, estaría mintiendo. Si digo que pensé en Arturo, también. Nunca en la vida me hubiera imaginado serle infiel, más que nada, porque el amor absoluto que le procesaba, me incapacitaba para desear a otra persona. Mi pensamiento cambió después de esa noche con Pedro. No pude interpretar lo que había pasado como una infidelidad, sino más bien como un acto natural de dos personas que se separaron enamorados y que se habían vuelto a reencontrar.. Era Pedro, mi exmarido, del que me tuve que separar sin un motivo aparente, solo por unos fantasmas que se nos presentaban demasiado a menudo. Nada tangible, todo etéreo. Me separé de él enamorada a pesar de que siempre dio por hecho que era algo que yo deseaba hacer desde hacía tiempo aunque no lo dijera. ¡Qué confundido estaba! ¿Es posible amar a dos hombres a la vez? Hoy puedo afirmar que sí sin miedo a equivocarme y a sentirme mal. Sin remordimientos. No me siento mala mujer por haber querido a dos hombres a la vez. El amor que sentía por uno, no restaba nada lo que sentía por el otro. Los amaba a los dos. A cada uno por cómo era, los quería a los dos en mi vida, aunque suene política y religiosamente incorrecto. Lógicamente eso era algo imposible, tenía que elegir y sabía, sin lugar a dudas, en qué posición quedaría cada uno. Por eso, aquella noche, no me frené. Necesitaba esa unión con Pedro, porque sabía que sería la última.

—Creo que se nos han quedado frías las *pizzas* ... —dije cuando me desperté a la mañana siguiente, intentando desviar un poco la tensión que había en los ojos de Pedro, que intuyo, llevaba rato

mirándome en silencio. Se quedó callado examinándome de arriba abajo.

—¿Me puedes explicar qué ha pasado esta noche? La Elisa que yo conocía sería incapaz de hacer algo así y, que conste, que no lo digo porque no me haya gustado, lo digo porque no me cuadra...

—La Elisa que tú conocías ha quedado atrapada bajo un montón de años o quizás, a lo mejor, el problema está en que no la llegaste a conocer del todo...

—¡Ja!, eso, imposible. Te conocía demasiado bien, Elisa...

—Puede que conocieras muy bien mi carácter, mi forma de pensar, pero nunca llegaste a conocer mis verdaderos sentimientos.

—Uy, sí, sí lo hice... Por eso nos separamos, ¿recuerdas? Por eso y por aquella carta desafortunada que te dejé encima de la cama...

—Sí, por eso también, pero no hizo sino confirmar mi teoría... No mentías.

—Tampoco decía toda la verdad...

—¿Toda la verdad? ¿Y qué verdad era esa, Elisa? No me fastidies que había más...

Me quedé callada porque no sabía si en ese momento, después de tantos años, sería bueno desnudar mi alma.

—Sí, había más. Pero las emociones en las que me encerré después de aquel viaje, no me dejaron sacarlo a la luz. Pedro, a pesar de que te pedí tiempo para poder pensarle, Arturo estaba muerto.

—Sí, ya veo... muy muerto... —me interrumpió con sarcasmo.

—Yo no lo sabía, Pedro... —continué—. Y sí, no te voy a negar que cada día de mi vida contigo pensé en él, a veces incluso le lloré cuando tú no estabas, porque aunque ninguno de los dos quisiéramos, Arturo, fue, es y será el amor de mi vida...

La cara de Pedro no me dejó lugar a dudas: no estaba yendo por el mejor camino. Como siempre me pasaba cada vez que le quería hablar de mis sentimientos, daba demasiados rodeos, tantos, que al final desdibujaba lo que quería decir en un principio. No es de extrañar que nunca supiera lo enamorada que estuve de él.

Se levantó, se puso el calzoncillo como queriendo olvidar lo que acababa de escuchar y se acercó al escritorio donde levantó con desgana, el envoltorio de una de la *pizzas*.

Continué.

—Pero... yo siempre te he querido, Pedro...

Se giró malhumorado.

—Sí ya lo sé. Como a un amigo, ese ha sido nuestro problema... Que no he sido en tu vida más que el pelele en el que sustentarte.

Me quedé callada. Separó la silla del escritorio y se sentó en ella mirando las *pizzas* como hipnotizado. Seguí hablando, intentando encontrar las palabras que me permitieran explicarle sin rodeos, y una vez por todas, lo que pensaba.

—A veces pienso qué hubiera pasado si me hubiera dejado llevar desde el primer momento. Si hubiera hecho caso a los celos horribles que se me anudaron en el pecho cuando nos contaste tu primera conquista en la facultad. A la que se sumarían muchas después, claro.

Ahora volvió a mirarme un tanto confundido.

—Fue a los pocos días de conocernos cuando me di cuenta de que me gustabas, pero tu magnífica interpretación sobre tu acalorado encuentro con una compañera de clase, poco tiempo después, me hizo desistir de ese enamoramiento.

Se levantó como una bala y vino directo hacia mí. Me empotró contra una de las paredes.

—¿Me estás diciendo que te gustaba? ¿Me estás diciendo que no pude estar contigo por un rollete de un sábado?

Sonreí encogiendo los hombros.

—Pero eso es absurdo, Elisa, ¡por un rollo!, ¡por algo sin importancia!...

—Pues ya ves, a veces las cosas sin importancia se convierten en trascendentales en la vida de las personas... De todas formas, Pedro, por aquel entonces tú estabas a otras cosas, te gustaba demasiado salir, flirtear con las chicas... Yo siempre he tenido otro estilo de vida mucho mas aburrido para ti... No pegábamos ni con cola.

—¡Tú qué sabrás! Hubiera dado cualquier cosa por pasar los sábados en tu casa viendo una peli o escuchando a Vivaldi.

—Ja, ja, ja... no digas tonterías, Pedro.

Intenté deshacerme de sus brazos, pero me lo impidió besándome con la pena de los años perdidos. Acepté aquel beso por considerarlo una despedida. Apoyó su cabeza en mi frente.

—Siempre estuve enamorada de ti ,Pedro, pero sabía que por mi carácter y el tuyo, sería imposible. Preferí mantenerte como amigo. Además por aquella época te gustaban todas... Ja, ja, ja.

—Por aquella época solo me gustabas tú y por la siguiente y siguiente...

Me volvió a besar, esta vez el cuello. No me aparté porque esa parte de mi cuerpo también tenía derecho a despedirse de él...

ARTURO

HOLA ARTURO, SOY LA IRA ¿TE ACUERDAS DE MI?

“Sé que han estado juntos, que se han acostado. Lo sé porque conozco a Elisa y porque sé que Pedro todavía mantiene esa lucha conmigo”.

—Papá —interrumpió Alba desde la puerta los pensamientos en los que estaba inmerso—. ¿Has hablado ya con mamá? No consigo que lea los mensajes que le mando.

“Claro que no los lee, porque tiene el móvil apagado desde ayer por la tarde...”

—Imagino que estará tan liada con el trabajo que ni cuenta se ha dado de que tiene el móvil sin batería. Ja, ja, ja ya sabes cómo es con el teléfono, no esperes hablar con ella hasta que regrese.

—¡Ay, de verdad! ¡Me desespera! y luego es ella la que se enfada cada vez que no me localiza...

—Ja, ja, ja... Alba —la llamé cuando estaba saliendo del salón— ¿Qué ha pasado con ese escritor?

—Nada, papá...

—Nada y andas medio boba desde que te han llegado los libros y esa dedicatoria...

La hice reír y relajarse. Se sentó en el respaldo del sillón en el que estaba sentado y me cogió por el cuello apoyando su mentón en mi cabeza. Nos quedamos mirando por la ventana como yo estaba haciendo minutos antes de que ella entrara...

—No sé, papá. Es un hombre brillante y, bueno, muy atractivo para su edad. Aunque no tanto como tú... ya lo sabes. Ja, ja, ja. Mis amigas me siguen insistiendo para venir a casa y poder verte... ¡Con lo abuelete que eres, no lo entiendo!.

Sí, tenía razón, estaba mayor. Aunque siempre me cuidé, los años inevitablemente habían pasado por mí. Me sentí viejo, no por el comentario de Alba, sino por Elisa, porque ella aún era joven y aunque visualmente no se apreciaba mucha diferencia de edad, mi cuerpo pedía a gritos descansar y poder dedicarme a la vida contemplativa, que por otra parte, debido a mi carácter, me resultaba tan difícil de llevar.

—Pero, ¿ha pasado algo o es que simplemente te sientes atraída por su trabajo?

—Ambas cosas.

Me retorcí en el asiento. Ahora entendía la furia de Elisa y la ganas de salir corriendo a partirle la cara.

—Vamos, a ver, papá, no fue nada. Teníamos mucho *feeling* y bueno, al final nos dimos un beso, que si te soy sincera a pesar de que a ti no debería contarte estas cosas, me supo a poco.

No pude más, me tuve que levantar, eso sí, controlando mi ira.

—Pero es muy mayor para ti, ¿no crees?.

Me miró con aquella cara de incredulidad que tan bien ponía imitando a su madre.

—Eso quién me lo está diciendo, ¿tú? Que le sacas mil años a mamá.

—No le saco mil años, y él te saca ¡más de 40! —Me estaba poniendo furioso y no quería pagarlo con ella. Decidí ir a la cocina a por un vaso de agua.

—Pero no te preocupes, papá, es un hombre casado me lo dejó muy claro...

—¿Es un hombre casado y te besó? ¡Ah, genial! Me quedo mucho más tranquilo...

“Yo lo mato, es más sinvergüenza de lo que creía, seguro que la fama le ha vuelto tonto perdido y piensa que puede hacer lo que le de la gana. Esta vez voy a ser yo quien le parta la cara”.

—Mete cuatro cosas en una maleta. Nos vamos.

Su cara fue de sorpresa absoluta y de alegría máxima. No le hizo falta preguntar, sabía perfectamente a dónde íbamos. La rabia me carcomía, no solo había seducido a mi hija, sino que se estaba

acostando con mi mujer. Aquella era una venganza demasiado cruel.

PEDRO

CHOCÁNDOME DE BRUCES CON LA REALIDAD

No la di demasiado tiempo de reacción, tiré de la sábana en la que se había envuelto y mostró de nuevo su cuerpo desnudo. Lo acaricié con ganas hasta que empezó a mostrarse receptiva y, en ese momento, la cogí al vuelo y la empotré contra la pared entrando en ella una y otra vez. Caímos en la cama donde acabamos lo que habíamos empezado, envueltos en sudor y deseo. Elisa de nuevo en mis brazos... Quizás sí era cierto, quizás sí había estado enamorada de mi, quizá aún me recordara... Vale, eso seguro que no, pero en aquel momento ¿qué me importaba aquello? La tenía enredada en mis brazos y piernas, y eso me bastaba.

Estuvimos bastante tiempo entre las sábanas de aquella cama recordándonos, oliéndonos y reconociéndonos, hasta que tuvimos que bajar a comer algo si no queríamos desfallecer por inanición. Sentados uno frente al otro en la mesa de aquella cafetería, nos mirábamos en silencio analizando lo que nuestros ojos dejaban ver ya sin reparos.

—Y cuéntame, Elisa, ¿cómo te ha tratado la vida todos estos años? ¿Te recompensó por todos aquellos malos momentos?

—Sí, me recompensó —me contestó bastante seca.

—Vaya, es ahora cuando viene lo de me tengo que ir, esto ha sido un error.

Sonrió para mi sorpresa y me lanzó, como acostumbraba a hacer hacía años, una servilleta de papel arrugada.

—Que me tengo que ir es evidente y que ha sido un error... bueno, no es que me arrepienta, pero que no ha estado bien, lo sabemos los dos...

—Bueno, esa es una apreciación bastante subjetiva, para mí ha estado mejor que bien...

—Ja, ja —Se rio con una timidez inusual en ella—. Pedro...

—Venga, déjame que te enseñe Sevilla.

—Pensé que la habíamos visto ayer...

—No, lo de ayer fue una toma de contacto y nunca mejor dicho. Hoy quiero mostrarte la verdadera Sevilla. La que luce y se refleja en el Guadalquivir...

—Siempre fuiste un poeta... y un teatrero. No era de extrañar que acabaras siendo escritor —me dijo poniendo los ojos en blanco mientras recogía las cosas para marcharnos.

Estuvimos paseando por Sevilla, por los rincones más emblemáticos y por los menos conocidos. Acabamos agotados y, después de comer en un restaurante, Elisa decidió que había llegado la hora de volver al hotel a pesar de que yo había estado retrasando disimuladamente aquel momento porque sabía que nuestros cuerpos no tendrían otra despedida entre las sábanas de aquella cama. La acompañé con cierta desgana a la entrada del hotel.

—Bueno, Pedro... Esto sí que es una despedida... Ya... no creo que vuelva a verte más...

Mis ojos empezaron a desprender llamaradas, aquella no podía ser una despedida, necesitaba tenerla una vez más. Negué con la cabeza. Me acerqué a su oído y le rogué que me dejara subir. A pesar de que tuvo un momento de debilidad, al final se echó para atrás.

—No puede ser, Pedro, es mejor que nos despedamos aquí.

—Tú no quieres y yo tampoco. Soy una persona conocida, Elisa, no me hagas dar la nota.

—Qué van a pensar si te ven subir conmigo.

—No es la primera vez que tengo reuniones en un hotel, y por lo que recuerdo tú tampoco...

—Ja, ja, ja. Claro que he tenido reuniones en hoteles, pero no en las habitaciones, Pedro, ¿notas la diferencia? Ja, ja, ja...

Sin dejarla continuar, entré en el hotel y llamé al ascensor. Se quedó tan bloqueada al verse allí sola en la recepción que no tuvo

más narices que venir hacia donde yo estaba. Subimos a su habitación.

—Estás loco, Pedro.... —dijo según abría la puerta.

—No me hagas continuar la frase...

Abrió y de forma avasalladora, la empujé contra la pared quitándole con urgencia toda la ropa. Aquel encuentro sí que sería nuestra última vez.

Después de desfogar en la cama aquel deseo, nos quedamos en silencio intentando guardar aquella sensación en un rincón demasiado escondido de nuestra alma, para que nunca nadie pudiera encontrarlo.

Llamaron a la puerta. Elisa se enfundó en el albornoz del hotel y fue a abrir ante la insistencia de quien llamaba.

No la escuché preguntar qué querían, lo que sí escuché, fueron unos pasos adentrándose en la habitación.

—Vístete, tu hija puede subir en cualquier momento —le dijo Losada a Elisa de manera autoritaria mientras me miraba amenazante.

Salté de la cama como un resorte ante la impresión que me dio ver a aquel hombre por el que, ¡me cago en la leche!, parecían no haber pasado los años. ¿Qué maldito pacto tenía con el diablo?.

—Losada... —dije en tono irónico y media sonrisa.

—No hagas que te parta la cara, querido amigo. Sabes que saldrías muy mal parado. No te ha bastado con seducir a mi hija sino que has tenido que acostarte con MI mujer, para devolverme el daño que pude hacerte en el pasado...

—No hace falta que enfatices tanto el TU MUJER. De sobra sé en qué lugar he estado siempre.

—En la sombra, escondido, como los cobardes.... —Ahora su cara estaba muy cerca de la mía.

—Yo habré estado en la sombra, pero tú has estado años en el puto infierno, mientras Elisa, TU MUJER, rehacía feliz su vida conmigo.

Sonrió con la ironía reflejada en sus ojos...

—¡Bueno, basta ya! —gritó Elisa enfurecida y avergonzada a partes iguales.

Losada reculó sin quitarme ojo.

—Te espero abajo, Elisa. Espero que no tardes y baja tu maleta. Nos vamos.

Salió de la habitación al tiempo que Elisa se dejó caer derrotada en la cama llorando a moco tendido sin poder evitarlo. Me acerqué a ella una vez más, para ser su pañuelo de lágrimas, pero me apartó con rabia.

—¡Déjame, Pedro, déjame ya! ¡Vete! ¡Vete de una vez con tu mujer y déjame en paz!

Mi mujer... Lilian... Jo-der.

Hasta ese mismo momento no me acordé de ella. Había estado viviendo aquel día y medio con Elisa, como si fuera el Pedro de hacía veinte años, libre y enamorado de ella. Jo-der...¿Lo he dicho ya? Había pasado toda la noche y medio día, fuera de casa sin llamar... ¡Qué leches, sin llamarla! Sin acordarme de que tenía mujer y no una mujer cualquiera, no, un cañonazo de mujer. “Pero ¿cómo ha podido pasar, cómo? ¡Qué cagada, Dios mío!”.

Salí corriendo de aquella habitación sin despedirme de Elisa, a la que ya no volvería a ver más, al menos de aquella manera.

En la entrada del hotel me encontré con Losada, que estaba apoyado en una de las columnas que presidía aquella recepción, mirando al horizonte con gesto mucho más que serio. Pasé de largo a toda prisa hacia la salida con el único objetivo de llegar a casa cuanto antes (como si el tiempo importase ya) para hablar con Lilian.

—¡Pedro! —escuché a lo lejos—. Tu venganza ha sido demasiado dura, yo jamás he querido hacerte daño.

—No ha sido una venganza, Losada, ha sido el destino.

“El destino, el destino...”

ALBA

EL DÍA MÁS RARO DE MI VIDA

Preferí no preguntar, metí cuatro cosas en mi maleta y bajé todo lo rápido que pude a esperar a papá en la entrada. En realidad, era él quien me esperaba a mí.

—¿Y tu maleta?.

—No necesito maleta. Vámonos.

Estuvo prácticamente todo el viaje en silencio, algo muy raro en él, porque una de sus mayores virtudes era la buena conversación que tenía.

Me enchufé los cascos y me puse a escuchar música mientras contaba los minutos para poder volver a ver a Pedro. Todo aquello era muy extraño. La huida de mamá, el viaje con papá... ¡Qué más me daba si eso servía para poder estar cerca de él de nuevo!

Fue un viaje agotador, apenas hicimos una parada y, eso, porque le amenacé con hacerme pis en su flamante BMW. Enseguida retomamos el trayecto y en poco más de cinco horas llegamos a destino.

—Papá, ¿dónde se supone que vamos ahora?.

—Primero iremos a buscar a mamá al hotel, sigue con el teléfono desconectado. Después iremos a ver al escritor ese...

Le miré exasperada.

Aparcó el coche en el primer sitio que encontró, sacó el móvil y anotó en Google maps la dirección del hotel.

—Papá, voy a ir yo sola a la oficina de Pedro.

—No —dijo con voz autoritaria sin darme opción a réplica.

—Ay, de verdad, papá... Voy a ir, te pongas como te pongas — dije mientras salía del coche.

—¡Alba! —gritó según bajaba el también del coche.

—De verdad, papá. ¿Tú crees que voy a dejar que vayáis los dos a verle, para "hablar" con él como si fuera una niña pequeña? ¡En qué lugar me deja eso a mí!

Sabía que mi padre era una persona muy comprensiva y que enseguida empatizaría conmigo.

—Solo queremos conocerle...

—Ya, papá, y yo me chupo el dedo. Vete a buscar a mamá, ya iré yo más tarde... Voy a intentar localizarle, si no lo consigo, voy directa para el hotel. Nos vemos allí. Mejor aún, cuando acabe te llamo para que me digáis dónde estáis —le dije mientras le daba un beso en la mejilla y me alejaba.

No quise mirar hacia atrás, pero imagino que se quedó mirándome pensativo. ¿De verdad habían pensado que yo les iba a dejar presentarse en la oficina de Pedro para insinuarle, muy sutilmente, como ellos sabían hacer, que dejara en paz a su hija? Por lo visto me conocían menos de lo que ellos creían. Cuando me alejé un poco, le envié un mensaje a Pedro. Estuve esperando bastante tiempo hasta que diera señales de vida, pero no lo hizo. No había visto el WhatsApp, así que decidí llamarle. Un tono, dos tonos, tres tonos, infinitos tonos... Nada.

Fui hasta su oficina con la esperanza de encontrarle allí, ya que me había comentado en alguna ocasión que solía ir los sábados por la tarde para resolver papeleo pendiente. Llamé al timbre, pero nada, tampoco hubo suerte. Me senté un rato en uno de los bancos que había en la calle y que por suerte, daban a la sombra, a esperar a tener noticias suyas antes de regresar con mis padres. Estuve algo más de media hora allí sentada, hasta que me di cuenta de que no iba a ser posible ver a Pedro.

WhatsApp Pedro:

Alba, lo siento. Me es totalmente imposible poder quedar para verte. Ayer vi a tu madre y me dio tu dibujo... Alba, vales mucho.

Me di cuenta... porque me llegó un WhatsApp suyo, si no seguramente seguiría allí plantada.

Fui hasta el hotel donde me había dicho mi padre que estaban y... los encontré a los dos ¿enfadados?. Sí, debían de estarlo porque jamás, que yo recuerde, dejaban de hablar. Era la primera vez que

les veía en aquella actitud y la verdad que no me gustó nada. Intentaron fingir cuando me vieron, pero no sabían disimular muy bien y sin explicación alguna, cogimos el coche y regresamos a casa, entre silencios y algún que otro sollozo, que mamá ahogó con disimulo.

PEDRO

JUSTIFICAR LO INJUSTIFICABLE

Salí de allí tan rápido como pude. El camino a casa, que por lo general se me solía hacer bastante corto, ese día se me antojó eterno. Iba pensando mil y una excusa que poder poner, pero por increíble que pareciera, y a pesar de mi profesión, me fue imposible inventar algo que pudiera ser creíble. Día y medio, con su noche, sin dar noticias. Aquello era demasiado hasta para el más fantasioso de los escritores.

Abrí la puerta no sin esfuerzo, y la encontré subida a una escalera limpiando muy afanosamente, vete a saber tú qué. Cuando me vio entrar ni se inmutó. Siguió con aquella tarea como si le fuera la vida en ello.

—Lilian... —dije abatido.

—Ha debido ser un reencuentro muy productivo para que no te acordaras ni un solo momento de que tenías una mujer que a lo mejor estaba preocupada. Pero bueno, para tu tranquilidad te diré que, preocupada, no ha sido precisamente como he estado.

Su tono de voz era firme, seco y cortante.

—Yo... —intenté decir algo pero era imposible. ¿Cómo justificar lo injustificable?

—No. No te molestes en poner alguna excusa, no me consideres tan tonta como para poder creérmela.

—No puedo decir nada, Lilian, salvo que lo siento. Que ha sido más fuerte que yo, que era una cuenta pendiente demasiado dolorosa para... Lo siento, Lili...

—Acepto tus disculpas porque sé que son sinceras, pero haz el favor de coger tus cosas y salir de mi casa.

Sin mover un solo músculo de su cara, se giró de nuevo para seguir con lo que, con tanto ahínco, estaba limpiando.

No fui capaz de decir nada. Recogí mis cosas y me fui, no sin antes volver a disculparme. Cuando entré de nuevo en el salón, ya había bajado de la escalera y se encontraba de pie, con los brazos cruzados, mirando por la ventana.

—Lo siento, Lilian. Lo que ha ocurrido... no tiene justificación. Yo... supongo que tenía que cerrar un ciclo...

—Bonita manera de cerrarlo, sí señor. —murmuró para sus adentros aunque fui capaz de escucharla. Sí, lo admito. No acerté mucho con el comentario.

—Lo que siento por ti no ha cambiado. Te sigo queriendo como el primer día y... solo hay una persona con la que quiero pasar el resto de mi vida... y eres tú.

Siguió inmóvil y no pude hacer otra cosa que marcharme.

Varios días después, en la habitación del hotel en el que me alojé, pude pensar tranquilamente en todo lo que había pasado y tomé una determinación. Cerraría el ciclo de una vez por todas y volvería a enamorar a mi cubanita. Porque yo, al igual que Elisa, también había elegido y me quedaba con Lilian.

ARTURO*LAS HORAS DESPUÉS DE...*

Imagino que el dolor que sentí al saber que Elisa había caído en los brazos de Pedro, no sería comparable al que sintió ella el día que se enteró de mi "muerte". Intenté comprender su vida para equilibrar mis sentimientos. No debió ser fácil para una chica de veintipocos años perder al amor de su vida e intentar reponerse lejos de todo lo que le recordaba a mí. Pedro... Pedro siempre había estado a su lado, siempre fue su amigo, el bastón en el que apoyarse. Le quiso siempre... Se casó con él... Era lógico que, después de veinte años sin saber el uno del otro, el reencuentro fuera... ¿tan caluroso? No, no tenía justificación. Me froté la cara. ¡Qué difícil era todo aquello! Jamás pensé que tuviera que enfrentarme a esa situación, me sentía... me sentía pequeño...

—Arturo, ¿tengo que recordarte que solo tú eres el amor de mi vida? —me dijo Elisa, sacándome de mis elucubraciones—. Sé que lo que ha pasado no tiene justificación, sé que no vas a poder perdonarme nunca, pero por favor, Arturo, recuerda que tú, solo tú, eres mi gran amor.

—Tu gran amor, pero por lo que veo no el único... —la reocriminé con cierto rencor.

—Arturo, por favor... Perdóname... Perdóname...

—Veo que me conoces muy poco si piensas que no voy a perdonarte. Solo te pido tiempo para que el dolor se vaya esfumando...

Me miró seria, con demasiadas lágrimas en sus ojos. Intenté que nuestras miradas se cruzasen, pero en cuanto alzó su vista para mirarme, no me vi con la fuerza suficiente para aguantar la suya. Sentía demasiado rencor. Cogí mi pijama y me fui a otra habitación.

Sentir la piel que él horas antes había tocado, me revolvía el estómago. Dejé a Elisa sentada en la cama y bajé a la cocina para hacerme una manzanilla. Alba estaba tomándose un vaso de leche caliente.

—Papá, nunca os he visto tan distantes a mamá y a ti. ¿Qué ha pasado para que estéis así? —le temblaba la voz. Me daba tanta pena ver a mi niña así—. ¿Os... os vais a separar?

—¡Alba! No, por favor.... Dime tú qué haría yo sin tu madre.. .No Alba, no vamos a separarnos...

—Entonces dime qué ha pasado para que estéis así.

—Cariño, a veces las personas mayores tenemos que afrontar situaciones difíciles... Pero, no hay nada que el amor de una familia no pueda superar.

Sonrió un poco más tranquila.

—¿Qué dirías si te pido acompañarte a tu habitación y arroparte como cuando eras pequeña? ¿Sería demasiado humillante para la diseñadora gráfica de una de las novelas más exitosas de España?

—Probablemente la diseñadora gráfica esa se sentiría bastante ridícula, pero la hija estaría encantada de que su padre la arropara y le diera el beso de buenas noches.

Sonreí y la acompañé hasta su habitación jugando con ella como cuando era pequeña. Elisa, al escuchar el alboroto, se asomó a ver qué pasaba.

—¡Mamá! Mira, papá se ha ofrecido a taparme y darme el beso de buenas noches. ¿Te unes a la fiesta? Ja, ja, ja...

Elisa me miró como pidiéndome permiso. Entendió con la minúscula mirada que le dirigí que estaba de acuerdo con Alba. Nos sentamos a ambos lados de su cama y, como cuando era pequeña, la arropamos y le dimos un beso.

—Jamás he visto una pareja que desprenda tanto sentimiento. Aún enfadados, no dejáis de prestaros atención. Os buscáis con la mirada cuando el otro no mira... De haber estado con vosotros en clase en aquella época, os hubiera pillado. A mí, no me hubierais engañado... Se os nota demasiado.

Aquellas palabras me hicieron sonreír sinceramente. Creo que a Elisa también, aunque no la miré para comprobarlo. Me trasladaron

a ese curso y la fascinación que sentí desde el primer momento por aquella mujer, que ahora era la mía y horas antes había sido la de Pedro... Tenía que deshacerme de aquel dolor cuanto antes, si no, probablemente mi vida con Elisa empezaría a convertirse en un infierno. Estuvimos un rato hablando con Alba como si no pasara nada, después, cuando la dejamos durmiendo, cada uno tomó caminos diferentes. Ella a nuestra habitación, yo al pequeño gimnasio que hacía años había montado en la planta baja.

—Arturo... —me llamó suplicante.

—No, Elisa, no me pidas que duerma contigo. No podría hacerlo.

Entré en nuestra habitación para coger ropa de deporte y me bajé al gimnasio para intentar desenredar el nudo de la decepción, la rabia, la pena, el dolor y la angustia, que se había enredado en mi pecho. Mientras preparaba la música oí el grifo de la ducha y me imaginé a Elisa, deshaciéndose de una vez por todas, del olor de aquel cretino.

Dos horas después, cuando el cansancio no dejaba espacio para ningún otro sentimiento, decidí ir a ducharme y dormir un poco. Entré en la habitación que estaba más alejada de la de Alba para que no le molestaran los ruidos. Me duché y me dejé caer exhausto en la cama. Respiré hondo y, por una décima de segundo, sentí algo de paz. Cerré los ojos e intenté alargar esa sensación de alivio. Noté como se hundía un lado de la cama. Me giré y vi a Elisa que me miraba de la misma manera que hacía años. Volví de nuevo la cabeza hacia el otro lado sin decir nada.

—Sigues encontrando en el deporte el equilibrio que necesitas...

Una de sus manos recorrió, o al menos lo intentó, mi pecho. Inmediatamente agarré su mano con fuerza y quise apartarla. Sonrió. “Puf... Elisa, no... por favor”. La solté y sin decir nada volví a girar la cabeza. Se tumbó a mi lado, apoyándose en uno de sus brazos.

—¿Te acuerdas con qué disimulo te ponías a mi lado cuando era tu alumna y nos encontrábamos en la cafetería o en el ascensor?

No contesté.

—¿O cuando, cada vez que nos veíamos, no podíamos refrenarnos? ¿Te acuerdas de aquella ocasión en las escaleras de

mi casa o cuando estuvo a punto de pillarnos la vicerrectora en tu despacho?

A pesar de no querer hacerlo, se me escapó una sonrisa que no sé si Elisa llegó a ver.

—¿Y sabes por qué me acuerdo de todo eso? Porque sigo sintiéndolo cada vez que te veo...

Me giré del malhumor.

—Elisa, haz el favor de no venirme con esas...

Me levanté y me fui hasta la ventana, que aún estaba abierta, para mirar por ella. Elisa se acercó de nuevo y rozándome intencionadamente con su cuerpo, como tantas veces había hecho yo para provocarla, estiró el brazo para bajar la persiana. Cerré los ojos intentando olvidar lo que había pasado ese día. Me abrazó por la espalda apoyando su cabeza en uno de mis hombros y subiendo sus manos hacia mi pecho.

—Elisa... no es el momento. Estoy demasiado resentido...

—Lo sé, Arturo, y lo siento. No sabes cuánto.

Me giré y la miré con las mismas ganas de años atrás.

—No me dejes dormir sola, Arturo, nunca lo hemos hecho... No lo hagamos ahora.

La cogí por el trasero y ella enroscó sus piernas a mi cintura. La llevé hasta la cama y la dejé caer mientras yo, que me moría por besarla, me dejé caer a su lado. Me giré hacia ella y volví a mirarla. Su mano acarició mi cara con delicadeza. Pasó sus dedos por mi boca, cerré los ojos y, acto seguido, noté como sus labios se unían a los míos, que no pudieron hacer otra cosa que aceptarlos. La esponjosidad de su boca animaba a quedarse en ella de por vida. La lentitud con la que arrastramos aquel beso hizo que aquel momento se convirtiera en otro de los recuerdos que guardaría para recordarla.

ELISA

LO SIENTO TANTO ARTURO...

Despertarme a la mañana siguiente a su lado fue un regalo que no imaginaba que podría hacerme, cuando el día anterior regresamos a casa. Se giró aún adormilado y me miró. Se despezó y, apoyando su cabeza en una de sus manos, se me quedó mirando como examinándome.

Acaricié su cara y le di un beso lento en la mejilla.

—¿Qué piensas, Arturo?

Sonrió de aquella manera tan seductora que me volvía loca.

—Que te quiero, Elisa...

Me derrumbé, aquellas palabras me hicieron sentir tanta culpabilidad por lo que había pasado con Pedro que me llegó a doler el alma. Sonreí sin apenas fuerzas.

—¿Cómo eres capaz de tener tanta bondad, Arturo, cómo eres capaz de perdonarme?

—Yo no soy el que tiene que perdonarte, Elisa. Creo que esa es una lucha vas a tener que lidiarla tú sola.

Qué razón tenía, lo más complicado iba a ser perdonarme a mí misma. Me acurruqué entre sus brazos, que me acogieron sin reservas, como siempre. Qué fácil había sido mi vida con Arturo. Gracias a su carácter conciliador, había conseguido apaciguar el mío, que se enfrentaba cada dos por tres a los infortunios del día a día.

—¿Pero qué narices hacéis en esta habitación? —nos sorprendió Alba, que había estado buscándonos por toda la casa—. Ay, bueno mejor no me contestéis, puedo imaginármelo... ¡Puaj! nooo, mejor no me lo imagino. ¡Puaj, puaj!

—¡Alba! —la regañé riéndome.

—¿No pensáis bajar a desayunar? Llevo dos horas esperando por vosotros en la cocina.

Arturo se levantó con una sonrisa y acercándose hasta ella para darle el beso de buenos días hizo un pequeño recorrido en su cara con el dedo.

—¿Dos horas? Pues qué raro que sigas con la marca de la almohada en la cara...

Nos reímos los tres y evadiéndome un instante de aquel momento, comprendí que ese era mi sitio.

Aquel domingo lo disfrutamos en familia como cuando Alba era pequeña, escuchando música y jugando los tres a juegos de mesa. A última hora de la tarde, yo me tuve que retirar al despacho a trabajar un poco y preparar una reunión que tenía con Martín y unos clientes.

Todo volvió a la normalidad. Aquel día borré para siempre el recuerdo de Pedro y lo que había pasado entre nosotros. Nunca más volvería a pensar en él, ni en lo que había pasado... Nunca más... hasta una semana después, cuando sin saber cómo, ni por qué, volví a caer en sus brazos, pero esa vez de forma bien diferente.

105

ALBA

Y LA VIDA SIGUE, SIN DARNOS CUENTA

Nunca supe qué fue aquello tan grave que pasó entre mis padres para que se comportaran aquel día así. En el fondo, intuía que todo

aquello era por Pedro y, puede ser que sí, que nuestra diferencia de edad fuera exagerada y que me hubiera vuelto un poco loca al pensar que podríamos llegar a tener algo. Pero la actitud de mamá yéndose sola a Sevilla con la excusa de una visita a un cliente (que lógicamente no me creí), y luego nuestro viaje para buscarla a ella (porque esa fue la verdadera intención de papá, a pesar de que me quiso hacer creer que en el fondo lo que quería era hablar con Pedro), fue demasiado extraño. No quise seguir pensando en aquello al ver que, al día siguiente, los dos estaban otra vez como siempre.

Fue a partir de ese momento cuando empecé a preocuparme por mi futuro. Desde que regresé a casa de mis padres después del verano, no había hecho otra cosa que estar llorando por los rincones un amor idealizado y tan poco real que me había nublado el entendimiento. Ahora, que empezaba a entender que aquello no era más que un amor platónico, me ofusqué en encontrar mi camino, que encontraría meses más tarde en Madrid, eso sí, después de haber tocado de nuevo fondo, y haber resurgido otra vez con una nueva energía. No puedo decir que mi vida haya sido dura porque viví una infancia, una adolescencia y una juventud feliz. Mis padres se volcaron en procurarme una educación adecuada a mis cualidades. Nunca me juzgaron, me dejaron ser libre, me dejaron caer y también levantarme y siempre bajo la agradable sensación de que, pasara lo que pasara, ellos iban a estar allí, porque la familia era el pilar fundamental en el que sustentarnos.

Gracias a ellos entendí que el amor verdadero va más allá de los límites del tiempo. Que puede con todo, aunque parezca imposible y por eso, por esos valores que me inculcaron, decidí seguir adelante con un embarazo que, a los veinticinco años, nos sorprendió a mí y a mi compañero de trabajo y que me pareció, en ese momento, la mayor faena de mi vida. No lo fue. Fue un acierto, un regalo. Después de aquella niña, vendrían otras dos y, por fin, poco después, el ansiado varón.

Me casé enamorada del padre de mis hijos, pero nunca llegué a conocer ese amor tan grande y puro que conocieron mis padres. No llegué a conocer esa clase de sentimiento con mi marido,(aunque le

quise mucho) pero sí con mis hijos y entonces lo entendí todo... Ese latido constante por una persona aunque no esté presente, ese pensar sin querer, ese sentir que duele cuando está ausente y que te engrandece cuando está presente.

Amor... qué palabra tan grande y tan perfecta... Que te hiere y que te cura, que te calma y te tortura...

ELISA*IN NOMINE PATRIS ET FILII ET SPIRITUS SANCTI*

Dicen que cuando uno muere, ve pasar su vida por delante. Pues bien, yo debo estar muriéndome porque he visto pasar cada uno de los momentos de los que soy consciente. Todos han pasado muy rápido, salvo los que empiezan en el mismo lugar en el que estoy ahora. La facultad. Me veo llegando cargada de ilusión, subiendo las escaleras de la entrada, que sería testigo de muchos momentos vividos en la clandestinidad. Me veo sonriendo a Pedro, el primer día de clase y sorprendiéndome un año después, por la sonrisa estudiada de aquel joven profesor que nos instaba a entrar en clase. Me veo riendo y también llorando. Me veo corriendo por los pasillos para llegar a clase, estudiando en la biblioteca o mirando en el tablón de reprografía los apuntes que teníamos que recoger. Me veo en la cafetería mirando de soslayo a ese profesor que parecía querer decirme algo, me veo en su despacho desnudando mi alma (y también mi cuerpo). Veo una ventana en un tejado y a un hombre desnudo a mi lado. Veo una nota, una bibliografía y un boli en el suelo. Veo a Pedro calmándome. Veo de nuevo la sonrisa de Arturo y sus brazos rodeándome. Veo luces y veo sombras. Veo a Pedro besándome en el pasillo de clase. Me veo enfadada (¿con él o conmigo?). Veo como me río con Arturo en casa, mientras intenta trabajar, veo como nos vamos. Veo como Santiago nos abre las puertas a esa libertad ansiada. Veo a Arturo besándome sin miedo.

Veo su muerte y también mi huida. Veo a Pedro que me levanta como tantas veces... Le veo, le veo apoyado en la puerta de una clase de la Complutense. Nos veo en Madrid, relajada y agradecida por tenerle a mi lado. Me estás mirando, Pedro... te veo... Nos veo besándonos y me veo sacando un paquete de la salsa roquefort del

entrecot que me estaba comiendo, con un anillo. Veo nuestra boda y nuestra felicidad. Veo a Pedro, mirándome asustado...

Veo mi regreso a esta, mi facultad. Veo reencuentros y veo sentimientos despiertos. Me veo sentada en la mesa escribiéndote una carta que sería la llave de nuestra separación.

Veo dolor y veo lágrimas. Huyo de nuevo, a mi casa, a Valladolid. Me veo trabajando con Clara y... te veo a ti, Arturo, al que creía muerto desde hacía quince o dieciséis años... Me veo muerta a mí misma de la propia emoción. Bloqueo, llanto, alegría. Sigo viendo a Pedro mirándome... Veo una pelea muy fuerte y dolorosa, contigo Pedro, mi salvador... ¿Por qué me miras, Pedro?

Me veo feliz con Arturo durante muchos años. Nos veo trabajando juntos. Veo el nacimiento de mi hija Alba, la veo de pequeña, tan bonita... La veo jugando, buscándome y abrazándome. Veo a Arturo contándole historias, nos veo felices a los tres...

Te sigo viendo, Pedro, muy preocupado...

Son los mejores años de mi vida, a pesar de que Alba crece y se va a Madrid. Estoy con Arturo feliz, porque le sigo amando por encima de todas las cosas...

Pedro, ¿por qué me miras así?...

Pedro... ¡Pedro!

—Elisa, tranquila, en seguida viene una ambulancia...

“Otra vez, una ambulancia... y en el mismo lugar, pero me temo que esta vez, no hay vuelta atrás...”

—Pedro... mi Salvador... —digo con mucho esfuerzo—. ¿Qué haces aquí?

—Chsss, calla... Pues salvarte, ¿no lo ves?

Intento sonreír pero me pesan demasiado los párpados...

—¿Alba y Arturo? —pregunto sin abrir los ojos.

— Están de camino... Los verás ahora...

Sé que es mentira, que no los voy a ver... Lloro por dentro porque no tengo la fuerza suficiente para hacerlo por fuera.

—Os quiero, Pedro, con toda mi alma.... A los tres...

Ahora sí que ya no soy capaz de hablar más. Siento que mi cuerpo, que hasta hace unos segundos caía a plomo sobre el suelo, ha dejado de pesarme. Me siento ligera, muy ligera... Veo con

perspectiva todo lo que ha pasado y veo, desde lo alto, la facultad que enredó mi vida de manera insospechada...

Paz, siento paz...

UN AÑO MÁS TARDE**PEDRO***LA VIDA, EL DESTINO*

No pude hacer nada. Elisa murió en mis brazos de un infarto ese mismo día. ¿Qué qué hacía yo allí, en la facultad en ese momento? Pues, lo de siempre. Vigilarla.

Después de nuestro encuentro en Sevilla y mi pelea (si podemos llamarlo así) con Lilian, decidí acabar de una vez por todas con aquella extraña y dañina relación. Yo, al igual que Elisa, también decidí con quién quedarme, yo al igual que ella, sabía que Lilian sería la primera.

Una semana después de aquella discusión, cogí el primer vuelo que había y me presenté en Valladolid con la clara intención de hablar con Elisa y despedirme, esta vez, para siempre (lo que no podía imaginar es que sucedería de manera literal). Estuve tentado a llamarla, pero preferí presentarme en la facultad porque sabía que, al igual que Lilian, seguía vinculada a la universidad. Quería despedirme allí, en el lugar que había sido el inicio de todo, para que de forma simbólica fuera también el final.

Subí las escaleras de la entrada y, para mi sorpresa, la encontré con unas carpetas esperando a que llegara el ascensor. Sonreí al ver aquella imagen que me resultaba tan familiar. De repente, como si le fallaran las piernas cayó al suelo. Salí corriendo desesperado reviviendo como en un *déjà vu* aquella misma situación. Cuando llegué a ella y la incorporé un poco con los brazos, lo supe. Había llegado el final.

A Arturo y Alba no les di la noticia, preferí que lo hicieran los médicos. Yo me mantuve agazapado en la sombra, como tantas

veces había hecho con ella, hasta el día del entierro.

Arturo no me llamó directamente, pero tuvo la amabilidad de mandarme un correo poniéndome al tanto de la noticia. El día de su entierro me presenté desolado. Vi a Arturo a lo lejos, derrotado, muerto en vida y a Alba, con la pena agarrotada en el pecho, pero fuerte y con la mirada al frente... Me recordó la fortaleza de su madre. Ambos me vieron, pero no me acerqué. No había necesidad de hacer más doloroso ese momento.

Regresé a Sevilla, donde mi cubanita me recibió con los brazos abiertos y con la dulzura y delicadeza que requería aquel momento. Nunca más volvió a echarme en cara aquel episodio con Elisa.

Me encerré de manera compulsiva en mi despacho y me puse a escribir. Dedicué cinco meses con sus días y sus noches a escribir la que sería la novela de mi vida. Meses después, con la satisfacción en la voz de mi editor, me llegaron los primeros ejemplares.

PEDRO

TE LO DEBÍA

Diiing.... Dooong...

Cojo todo el aire que mis pulmones son capaces de asimilar y lo suelto con fuerza mientras intento relajar mis hombros. Se abre la puerta.

—Hombre, qué sorpresa...

Sonríe de manera un tanto fingida. Le devuelvo la sonrisa, algo más sincera que la suya seguramente, porque, en el fondo, Arturo me cae bien.

—Hola, Arturo. Siento presentarme así, sin avisar...

—Casi mejor así, de haberlo sabido, seguramente no te hubiera abierto la puerta. — Sonríe para dejarme claro que se trata de una broma.

—Creo que mi pésame llega un poco tarde... Lo siento Arturo, de verdad...

—Amigo Salvador, no hace falta que digas nada... yo lo sé.

—Siento también lo de... Sevilla —¿Por qué me hace sentir tan pequeño este hombre?

—De verdad Pedro, no. No hace falta.

Me quedo unos instantes en silencio porque no sé qué más puedo decir...

—¿Está Alba?

—No, no está. Regresó a Madrid. Está trabajando...

—Vaya... me alegro... ¿Qué... qué tal está?

—Bueno, todo lo bien que uno puede estar cuando se pierde a una madre...

—Ya...

Me siento triste, por Alba y... por Arturo. Yo aún tengo a Lilian y sobreviviré a su recuerdo, pero Arturo... Él ha perdido al amor de su vida, está solo...

—¿Y bien, Pedro? ¿Qué es lo que querías?

Carraspeo.

—He venido a traerte esto...

Le tiendo la mano con un paquete.

—Es un ejemplar de mi última novela. Quería que fueras tú el primero en tenerlo y yo, el que te lo entregara.

Lo abre un tanto sorprendido. Su sorpresa aumenta a medida que lee el título.

—*“Elisa Rivas, recuerdo de una historia velada”*—Me mira—
¿Qué significa esto?

—Es lo mínimo que podía hacer por ti. Darte el recuerdo escrito de tu historia. Historia que viví en la sombra y, que para mi desgracia, me contó Elisa muy a cuenta gotas. Te quiso mucho, Arturo, como podrás comprobar si lees la novela. Espero que a ti te lo hiciera saber, de no ser así al menos podrás saberlo con este libro.

—Siento decirte, Pedro, y lo siento porque sé que oírlo te duele, que a mí sí me lo dijo, muchas veces. Recuerda que para ella estuve muerto quince años. No quiso arriesgarse a que me fuera de nuevo sin que lo supiera —Intenta sonreír pero se queda a medias—. Agradezco este gesto, Pedro. La leeré encantado... Como todas tus novelas....

—Te lo he dedicado...

Arquea las cejas expresando sorpresa. Abre la primera página y sonríe abiertamente cuando acaba de leerlo. Lo lee en voz alta.

“Al profesor que me enseñó a amar la Historia, al hombre del que aprendí a pelear sin armas y al amigo que supo perdonarme”.

FIN

AGRADECIMIENTOS

En esta, la última novela de la trilogía Mundo Elisa, quiero detenerme de forma especial en los agradecimientos puesto que han sido muchas las personas que me han ayudado a darle forma y fin a un proyecto que pareció surgir de la nada.

De manera especial y, como siempre, le agradezco a mi familia, la que yo he creado, las horas que me han regalado para poder dedicarme a esto.

Gracias a mi madre, que siempre me animó a escribir porque debió ver algo en aquellas cartas cargadas de arrepentimientos y de buenas intenciones que le escribía de pequeña, cuando tener un cuarto sin recoger se convertía en una verdadera tragedia.

Gracias a Manolo, no solo por colaborar en la mejora de mi “infraestructura”, sino por muchas cosas más, por estar cuando se le necesita, por ofrecer su mano, por ser presencia cuando somos ausencia. Por su corazón generoso en el que tenemos cabida.

A mis hermanos y, de manera extensiva, a mis cuñados también, gracias porque siempre están ahí ayudándome en todo lo que pueden y mucho más.

Gracias a mis sobrinos, Álvaro, Bianca y Erwan, por hacerme mejor persona, porque cuando estoy a su lado mi corazón se ensancha y me vuelvo vulnerable y sucumbo a sus miles de encantos.

Y también gracias a mi otra familia: mis amigas, mis amigas de verdad, las de toda la vida, las que te recogen cuando te caes y las que se parten de risa contigo.

Gracias a ellas también porque me han puesto en contacto con profesionales que me han abierto las puertas a su trabajo para que esta última novela tuviera coherencia y sentido; porque no todo se puede dejar a la imaginación. Bea, Bianca, Dori y Laura (ya las conocéis) me lo habéis puesto muy fácil. Gracias mil, amigas.

Gracias a los profesionales que me han ayudado y a los que he agobiado, aburrido y exasperado con mis continuos reclamos, llamadas, WhatsApps, emails... Siento mucho haber insistido demasiado en algunas ocasiones pero por alguna extraña razón que no alcanzo a entender, no puedo frenar los impulsos que me llevan a cuestionármelo todo. Gracias por vuestro tiempo, ese sí que es un verdadero regalo.

Gracias, Zeus Emilio Aray, médico intensivista en la UCI del Hospital Río Carrión de Palencia, por abrirme la puerta al mundo en el que trabajas y por no ver en mí una loca neurótica que quería resucitar a un muerto. Os debo una comida a ti y a Laura.

Gracias, María José, profesora y miembro del equipo de investigación de la Universidad de Palencia, por asesorarme en cuestiones prácticas, por atender mis WhatsApps y mis emails... Gracias por tu disponibilidad, por prestarte a ayudarme con entusiasmo. Muchas gracias, de verdad. A ti y a Dori os debo también otra comida.

Gracias también a A.C., profesor de la Universidad de Valladolid, que me ha ayudado mucho en el tema de la investigación histórica y ha conseguido, como le comenté en uno de mis quinientos emails, ayudarme a abrir otra línea argumental breve, eso sí, pero con la que no contaba. Me siento en la obligación y deber moral de agradecerle la ayuda que me ha prestado. Gracias por contestarme a ese primer email. Lo de invitarte a comer como al resto, lo veo difícil. No creo que esta trilogía me de para tantos convites, así que, si no te parece mal, lo dejamos para otra ocasión en la que las imágenes de Dante dejen de ser eso, imágenes, y se conviertan en realidad.

Gracias a ti, Maite, filóloga y profesora de vocación (aunque lo niegues mil veces) por tu ayuda, por tus consejos, por tu trabajo, sobre todo por tu trabajo que ha sido mucho más que profesional,

por tu implicación, por los numerosos artículos con los que me has bombardeado para animarme a publicar. Gracias también por haber sido mi profesora muchos años y por aquel verano cargado de raíces cuadradas que todavía tengo grabado a fuego. No sé cómo ambas, siendo de letras puras, pudimos salir airoso de aquello. A ti no solo te debo una comida sino parte de lo que soy por tus enseñanzas, no solo profesionales, sino vitales. Gracias, hermana, por tu apoyo incondicional.

BIOGRAFÍA

Beatriz Velasco nació en Palencia en 1977. Tras años de lucha a vida o muerte con las Matemáticas, la Física y la Química, consiguió estudiar letras puras en el instituto y, poco después, cursar estudios de Historia en la Universidad de Valladolid. De poco le sirvió todo esto, porque un curso antes de acabar la carrera, la dejó para seguir su sueño de ser independiente en A Coruña, donde fijaría definitivamente su residencia.

Apasionada de las letras, empieza a escribir con apenas ocho años poemas y relatos cortos. En 1989 termina su primera novela "*El azul del mar*" (que descansa en un cajón de su habitación), donde narra la vida de una mujer gallega (curiosidades de la vida... o no) que espera con nostalgia el regreso a puerto de su marido pescador.

No ha dejado de escribir desde entonces en los cientos de cuadernos que siempre tiene a mano, hasta que una noche de invierno de 2018, la protagonista de su primera novela publicada, la levanta de la cama para que se anime a escribir de manera más profesional.

Si quieres saber más sobre ella puedes seguirla en Instagram @nervea4 donde va actualizando todos sus trabajos.